EL ASESINATO DE JULIO CÉSAR

Una historia del pueblo de la antigua Roma

Michael Parenti

Otro estimulante libro del autor de "La Historia como misterio" y de "Más patriotas que nadie".
"Un libro provocativo y elocuente"
-Howard Zinn

EL ASESINATO DE JULIO CÉSAR

Una historia del pueblo de la antigua Roma

Michael Parenti

Editorial Hiru
Hondarribia
2005

Título original: *The assassination of Julius Caesar. A people's history of ancient Rome*
© 2003 by Michael Parenti

© de la traducción: José Sastre
© de esta edición: Argitaletxe HIRU, S.L.
Apartado de Correos 184
20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)
e-mail: hiru@euskalnet.net
www.hiru-ed.com

Diseño y portada de la colección OTRAS VOCES:
Eva Forest
Maquetación:
Eva Sastre

Impresión: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella-Navarra)
ISBN: 84-95786-72-9
Depósito Legal: NA-320-2005

EL ASESINATO DE JULIO CÉSAR

Una historia del pueblo de la antigua Roma

Michael Parenti

Traducción:
José Sastre

A Marina Anttila

RECONOCIMIENTOS

Durante años Charles Brody intentó mejorar el latín de monaguillo de mi niñez con lecciones *ad hoc*, la mayoría de ellas por teléfono ahora que vivimos en extremos opuestos de Norteamérica. Debo confesar que sus mejores esfuerzos nunca me llevaron más allá del nivel de *Omnis Gallia est divisa in tres partes*. Yo soy el único que debo avergonzarme de ello. Por suerte todas las principales (y la mayoría de las menos importantes) fuentes antiguas de información están disponibles en diversas traducciones al inglés. Brody también me suministró generosamente alguna literatura crucial y notas suyas propias e hizo una lectura muy útil del manuscrito. Igual que Iain Boal y Daniel Shoup, quienes, como Brody, me ayudaron con sus críticas sustantivas y su formación clásica.

Peggy Karp hizo una lectura cuidadosa y especialmente valiosa del manuscrito. Jane Scantlebury me ayudó a localizar fuentes de información y me dio su consejo y apoyo durante la larga duración de la escritura del libro. También contribuyó con una crítica útil del manuscrito. Susan McAllister repasó para mí una primera versión del capítulo inicial y me suministró la ayuda necesaria.

Peter Levingston salvó el libro trabajando duro para rescatar de las fauces de mi ordenador traicionero el precioso texto y las notas finales que éste había devorado misteriosamente. Por tanto también me salvó de muchos posibles meses de esfuerzo de reconstrucción. Willa Madden también llevó a cabo las operaciones necesarias contra las vicisitudes caprichosas del archivo electrónico. Richard Wiebe y Andrea Segall me pusieron al tanto de varias fuentes de información útiles. Y Sheeda Jamsheed me ayudó a

andar el camino a través de la biblioteca de la Universidad de California, desenterrando algunos materiales. Mi editor en The New Press, Colin Robinson, fue entusiasta y de gran apoyo en todos los sentidos. Su ayudante, Abby Aguirre, fue de gran ayuda. La productora de edición Sarah Fan llevó el libro a través de sus diversas fases con tranquila eficiencia. Y Holly Knowles me suministró un índice excelente.

A todas estas personas les doy las gracias de corazón.

INTRODUCCIÓN

¿TIRANICIDIO O TRAICIÓN?

¡Oh, qué caída aquella, conciudadanos!
Entonces, yo mismo, y vosotros, todos nosotros caímos,
Y la sangrienta traición triunfó sobre nosotros.

Julio César, acto III, escena 2.

El 15 de marzo del año 44 a. de C., en una sala de reuniones adyacente al anfiteatro de Pompeyo, el Senado romano esperaba la llegada del jefe supremo de la República, Julio César. Esa sesión en particular no prometía ser muy importante para la mayoría de los senadores. Pero algunos entre ellos estaban muy al tanto de lo que iba a ocurrir. Intentaban mantenerse en calma y con actitudes normales, mientras escondían las dagas bajo sus togas.

Finalmente César entró en la sala. Tenía una presencia imponente, aumentada por el aire de mando que demostraba la altura de su poder. Moviéndose rápidamente hacia el frente de la sala se sentó en el lugar de honor. El primero en aproximarse fue un senador que pretendía hacer una petición personal en nombre de un familiar. Justo detrás se acercó un grupo de otros senadores que rodearon el sillón ceremonial. A una señal

dada empezaron a apuñalar a la víctima con sus cuchillos, causándole heridas mortales. Con este acto los asaltantes creían que habían salvado a la República. En realidad habían dado el primer paso para su total destrucción.

La cuestión de la que trata este libro es el por qué un grupo de senadores romanos asesinó a su compañero aristócrata y celebrado mandatario, Julio César. Una investigación sobre este incidente revela algunas cosas importantes sobre la naturaleza de la clase política, el poder de clase y la lucha del pueblo por la democracia y la justicia social, temas todos que tienen todavía mucho que ver con nosotros. El asesinato también marcó un punto de inflexión en la historia de Roma. Puso en marcha una guerra civil y terminó con lo que siempre había sido una democracia, instaurando un régimen absolutista que subsistiría en toda Europa occidental durante los siglos venideros.

La opinión que prevalece entre los historiadores, tanto antiguos como modernos, es que los senadores asesinos estaban intentando restaurar las libertades republicanas eliminando a un usurpador despótico. Esta es la justificación preferida por los propios asesinos. En este libro yo presento una explicación alternativa: Los aristócratas del Senado mataron a César porque le percibían como un líder popular que amenazaba sus intereses de privilegio. Desde este punto de vista el crimen fue más un acto de traición que un tiranicidio, un incidente el línea con los asesinatos políticos sucedidos a lo largo de la mayor parte del siglo, una manifestación dramática de la larga lucha entre los conservadores opulentos y los reformadores apoyados por el pueblo. Esta lucha y estos asesinatos serán objeto de las páginas que siguen.

Este libro no es sólo sobre la historia de la Última República, sino sobre cómo la historia ha sido distorsionada por esos escritores que de forma regular minimizan la importancia de los intereses materiales, esos cuyos

tabús ideológicos sobre las realidades de clase oscurecen su percepción del pasado. Esta distorsión también se manifiesta en la forma en que muchos historiadores, tanto antiguos como modernos, han retratado a la gente corriente de Roma, considerándoles como poco más que una chusma maloliente y un gentío desenfrenado.

Con sus palabras y sus acciones los romanos ricos no ocultaban su temor y su odio por la gente corriente o por cualquiera que amenazara sus prerrogativas de clase. La historia está llena de ejemplos de élites político-económicas que consideran cualquier cambio en su orden social privilegiado como un cambio en *todo* el orden social, una invitación al caos y a la perdición.

Los oligarcas de Roma no fueron una excepción. Instalados en la opulencia y el lujo más absolutos, siempre estuvieron en contra de cualquier elemento democrático de Roma. Valoraban la república sólo por lo que sirviera a su forma de vida. Despreciaban por "demagogos" y "usurpadores" a los líderes que defendían la causa popular. Los historiadores de aquellos tiempos, muchas veces ellos mismos poseedores de esclavos, estaban de acuerdo con esa postura. Igual que los historiadores clásicos de la época moderna, muchos de los cuales adoptaron un punto de vista no muy diferente del de la aristocracia romana.

El pecado de César, en mi opinión, no fue subvertir la constitución romana –que era una constitución no escrita– sino aflojar el dominio despótico que la oligarquía tenía sobre ella. Y lo peor de todo, utilizó el poder del estado para imponer algunos cambios limitados que beneficiaban a los pequeños granjeros, deudores y al proletariado urbano, a expensas de la minoría rica. No importaba lo limitadas que estas reformas probaron ser, los oligarcas nunca le perdonaron. Y César encontró el mismo destino que otros reformadores romanos antes que él.

Mi interés principal no es Julio César como individuo, sino los problemas de las luchas populares y el poder oligárquico que tuvieron lugar décadas antes de que él naciera, continuaron durante su vida y le condujeron a la muerte. Siendo ya adulto, la mayoría de lo que yo sabía sobre la antigua Roma lo había aprendido de Hollywood y de la televisión. En mi cabeza había imágenes de hombres vestidos con togas, moviéndose dentro de palacios de mármol, pronunciando con afectación frases lapidarias con acento teatral y, por supuesto, imágenes de carreras de cuadrigas y multitudes enloquecidas con sus pulgares hacia abajo condenando a las víctimas desventuradas.

Mi lamentable ignorancia no era muy diferente de la de otros americanos educados que habían pasado de la escuela de grado al nivel posdoctoral sin haber aprendido nada significativo sobre la historia de Roma. Además de los decorados construidos por Hollywood y la televisión, todo lo que sabía de Julio César se lo debía a dos dramaturgos, William Shakespeare y George Bernard Shaw. Si había que estar mal informado sobre algo, al menos que fuera a través de las maravillosas plumas de Shakespeare y Shaw.[1] Las representaciones históricas de ficción generalmente no se esfuerzan por la exactitud, su primer objetivo es entretener más que educar. Suelen ser más literales que literarias por la forma en que impactan en nuestras mentes. Y haríamos mejor en controlar nuestra tendencia a considerar la ficción como algo objetivo.

El *Julio César* de Shakespeare es una obra poderosa basada marcadamente en Plutarco, de una forma imaginativa aunque sorprendentemente fiel. Los críticos literarios no están de acuerdo sobre si Shakespeare quiere considerar el asesinato execrable o digno de elogio. Se nos deja que consideremos si César debe ser admirado o censurado, si Bruto es noble u odioso y si él, o César, o Antonio, o cualquier otro son los héroes de la obra.[2] Por todas estas ambigüedades el tratamiento de Shakespeare tiene una interpretación políticamente segura. Se enfoca en las cuestiones inmedia-

tas de la tiranía versus la libertad republicana. Esos son exactamente los parámetros dentro de los que los senadores asesinos confinan el debate.

Igualmente, Shakespeare comparte el punto de vista de la élite romana de que la multitud corriente es un conjunto estúpido, fácilmente manejable de un lado a otro, primero adulando a Pompeyo, después inclinándose ante César, más tarde jaleando a Bruto por salvarles de la tiranía, sólo para al minuto siguiente ser seducidos por Antonio. En *Julio César* la gente común aparentemente sólo es capaz de la violencia sin sentido y el comportamiento degradante. Todo ello manteniendo el estereotipo dominante del proletariado romano que ha llegado hasta nosotros.

César y Cleopatra de Bernard Shaw es una obra escrita de forma encantadora y altamente atractiva. El César de Shaw es un sujeto maduro y bondadoso que mantiene de mala gana una relación familiar con Cleopatra. En su primer encuentro, cuando ella todavía no ha descubierto su identidad, le llama repetidamente "viejo caballero". Está claro desde el principio que no puede haber un interés romántico entre ellos a causa de la edad de César y la joven inmadurez de la reina. Al final de la obra, cuando César parte para Roma, expresa sus dudas de volver a ver a Cleopatra, pero le promete enviarle al joven y guapo Marco Antonio, que le agradará mucho más.

En la vida real, cuando ella todavía no ha cumplido veinte años, mucho antes de conocer a César, Cleopatra ya ha dormido con Antonio. Ocurrió en el año 55 a. de C., cuando una fuerza expedicionaria romana estuvo en Egipto para restaurar a Ptolomeo en el trono. Antonio servía como jefe de la caballería.[3] Algún tiempo más tarde, pero todavía antes de la llegada de César, Cleopatra otorgó sus favores a un segundo amante romano, Cneo, hijo de Pompeyo, que estuvo en África llevándole tropas a su padre. Y a pesar de Shaw, en el año 48 a. de C., aunque César tenía cincuenta y tres

años y ella solo veintitrés o así, demostró estar dispuesta a irse a la cama con su tercer romano. Se dice que Cleopatra fue una mujer de bello aspecto y carácter seductor. También tenía un sentido agudo de la política. Que ese conquistador romano tuviera el poder de asegurar el trono de Egipto para ella debió ser un atractivo añadido para lo que sintió por él. Eso desembocó en un prolongado episodio amoroso. Finalmente ella le dio a César un hijo y se marchó a Roma para estar más cerca de él, demostrando por tanto que algunas cosas nunca cambian.

Aunque estaba envuelto en otros compromisos sexuales y tenía una esposa, César encontró tiempo para darle a Cleopatra una lujosa bienvenida, digna de una reina, erigiéndole una estatua de oro en un área consagrada. La estableció en una villa suntuosa junto al Tíber, en la que ella mantuvo su corte, mientras la visitaban líderes políticos, financieros y hombres de letras, incluyendo el famoso Cicerón.

Dicho en su favor, Shaw incluye un sentimiento iconoclasta que no se encuentra en Shakespeare ni entre un regimiento de historiadores que han escrito sobre la Última República. En el prólogo de *César y Cleopatra*, que casi nunca se ha representado, el dios Ra le dice a la audiencia cómo descubrió Roma que "el camino de la riqueza y la grandeza va través del robo a los pobres y el sacrificio de los débiles". De conformidad con ese aforismo, los romanos "robaron a sus pobres hasta que se hicieron grandes maestros en ese arte y supieron qué leyes hacer para parecer decentes y honestos". Y después de esquilmar a su propio pueblo, despojaron a los pobres de las muchas otras tierras que conquistaron. "Y yo, Ra, me río; porque los cerebros de los romanos siguen siendo del mismo tamaño, mientras que su dominio se extiende sobre toda la tierra". Muy probablemente Shaw estaba invitando a la audiencia a que viera el paralelismo con las pequeñas mentes coloniales que gobernaban el vasto imperio británico en su tiempo.

Hay otro ejemplo del sentimiento iconoclasta de Shaw. En el Acto II de *César y Cleopatra*, Lucio Séptimo rechaza la invitación de César a unirse a sus filas y se prepara para partir. El leal camarada de armas de César, Rufo, observa airadamente: "Eso significa que es un republicano". Lucio se vuelve desafiante y pregunta, "¿Y qué eres tú?" A lo cual Rufo responde, "Un cesarista, como todos los soldados de César". Respecto a esto, tenemos el punto de vista normal expuesto por Shakespeare y por la mayoría de los historiadores: El conflicto es entre los que luchan por preservar la república y los que son un instrumento del poder de César. Pero Shaw va un paso más allá, insinuando que republicanismo versus cesarismo no es el problema real. Por eso pone en boca de César: "Lucio, créeme, César no es cesarista. Cuando Roma sea una verdadera república, entonces César será el primer republicano".

Esa repuesta invita al punto de vista disidente propuesto en este libro: ¿Cómo de republicana era la Última República? Más de 2.000 años después de César la mayoría de los estudiosos de ese período todavía tienen que desembarazarse de los errores sobre el republicanismo adoptado por Lucio y la mayoría de los de su nivel social. Deben considerar que el republicanismo pudo muy bien ser un pretexto para mantener los privilegios oligárquicos –como ocurre a menudo en nuestros días– utilizado de mala gana por las élites mientras podía servir a sus intereses. Al mismo tiempo, como veremos, los ciudadanos romanos corrientes habían conseguido algunos derechos limitados pero importantes bajo la República, y a veces importantes logros democráticos, incluidos éxitos ocasionales sobre la redistribución de la tierra, el control de las rentas, la cancelación de deudas y otras reformas. En lo que respecta a los oligarcas del Senado, esa agitación y esas victorias populares eran el problema principal, que percibían como los primeros pasos por el sendero de la revolución de clase.

Hasta nuestros días continúan comercializándose masivamente películas con representaciones dudosas sobre la Roma antigua. En el año 2000, mientras yo trabajaba en este libro, Hollywood nos trajo *Gladiador*, una fanfarronada épica sobre venganza y heroísmo, que ofrecía episodios sangrientos sin fin en la arena. Sin ni un ápice de mérito artístico, *Gladiador* se exhibió en salas abarrotadas en los Estados Unidos y en el extranjero, ganando un Globo de Oro y un premio de la Academia. La historia tiene lugar durante el reinado del venal emperador Cómodo, más de dos siglos después de la muerte de Julio César. Merece la pena señalar la forma en que se desprecia al Senado Romano. Se nos pide que creamos que el Senado estaba formado por hombres con espíritu público dedicados al bienestar de la gente. Pero al propio pueblo se le retrata como poco más que una chusma. En una escena dos líderes del Senado están sentados en el Coliseo. Cuando uno de ellos se queja del desagradable espectáculo, el otro opina que la multitud sólo está interesada en pan y circo, guerra y violencia. "Roma es el populacho... el corazón que late en Roma no es el del mármol del Senado. Es el de la arena del Coliseo. [El emperador] les traerá muerte y ellos le adorarán por eso". Este punto de vista del pueblo romano como una gentuza sedienta de sangre, desgraciadamente sigue siendo la historia del *anti*-pueblo que ha prevalecido tanto entre los medios de diversión como entre muchos eruditos clásicos.

No puedo recordar exactamente cuándo fui más allá de las imágenes de los escenarios y de las pantallas respecto a Roma y César y me convertí en alguien seriamente interesado en la Última República como tema de estudio intensivo. Fue hace años, a través de mis lecturas de historia y filosofía política sobre la Grecia antigua. Al principio me pareció que los romanos nunca podían ser tan compulsivos y absorbentes como sus primos mediterráneos. Pero realmente lo son, al menos desde el año 133 a. de C. hasta el

año 40 a. de C., los años que cubre este libro, la mayoría de ellos dentro del período designado como Última República.[4]

Para ayudar a muchos lectores que podrían estar poco familiarizados con la Roma antigua, los primeros tres capítulos tienen que ver con la historia de Roma y su vida sociopolítica. El capítulo cuatro trata de la sangrienta represión a los reformadores populares y sus seguidores por parte de la plutocracia, desde Tiberio Graco (133 a. de C.), hasta los primeros tiempos de César. El capítulo cinco ofrece un retrato crítico del héroe de los historiadores, Cicerón, con una narración de cómo movilizó a las fuerzas de la represión política a favor de los intereses de la élite. Los siguientes cinco capítulos cubren la vida de César y se refieren a temas políticos, a su muerte y sus consecuencias. El capítulo final pone remate a todo el tema de la Roma antigua, trayendo a colación el estereotipo del pueblo romano como "chusma" y "populacho".

Cuando los editores de The New Press me dijeron que querían incluir este libro en su serie de Historias del Pueblo, estuve de acuerdo. Desde mi punto de vista una historia que trata de los esfuerzos del pueblo para defenderse de los abusos de los ricos y de la tiranía es una historia del pueblo. Esa historia la han escrito durante el siglo pasado personas tan notables como W.E.B. Du Bois, Philip Foner, Herbert Aptheker, Albert Martinez, A.L. Morton, George Rudé, Richard Boyer, Herbert Morais, Jesse Lamisch, Howard Zinn, G.E.M. de Ste. Croix y otros.

Pero escribir la "historia desde abajo" no es una tarea fácil cuando se trata de la República Romana, porque no podemos encontrar rastro de cartas de la gente corriente, diarios o memorias; no hay ejemplares de publicaciones o periódicos de los trabajadores, ni documentos de la policía, los tribunales o el gobierno, de la clase que existen en los archivos históricos de épocas más recientes. La mayoría de las historias escritas de Roma,

bibliotecas y archivos se han perdido con el tiempo o han sido destruidos deliberadamente por los fanáticos proselitistas cristianos, que llevaron a cabo una guerra de erradicación sistemática contra la erudición y la cultura paganas, después de llegar al poder en el Siglo V d. de C. En cualquier caso, hasta donde sabemos, los pequeños granjeros, proletarios y esclavos de Roma no han dejado ningún documento escrito del que hablar.

Así que uno debe leer contra corriente, buscando las evidencias de las luchas del pueblo entre las palabras y hechos represivos de la oligarquía rica. Una historia del pueblo no debería ser sólo una narración de las luchas populares contra la opresión, sino una exposición de la historia del *anti*-pueblo que ha prevalecido entre generaciones de historiadores de la corriente principal. Debería ser una historia crítica sobre los *opresores* del pueblo, aquellos que propagaron una ideología elitista y una aversión hacia la gente corriente que ha distorsionado la visión histórica hasta nuestros días.

Ésta es una historia de latifundios y escuadrones de la muerte, señores y esclavos, patriarcas y mujeres subordinadas, capitalistas enriquecidos y provincias saqueadas, ganancias excesivas y revueltas urbanas. La historia de la lucha entre la minoría plutocrática y la mayoría indigente, el privilegiado versus el proletario, la corrupción política, las elecciones dirigidas por el dinero y el asesinato político de los líderes populares. Dejo al lector que decida si cualquiera de estas cosas tiene que ver con nuestros tiempos.

1

UNA HISTORIA DE CABALLEROS: IMPERIO, CLASE Y PATRIARCADO

¡Roma, has perdido la casta de la sangre noble!

Julio César, acto I, escena 2.

Escribir historia ha sido durante largo tiempo una profesión privilegiada llevada a cabo por la iglesia, la corte real, los terratenientes, los organismos del gobierno, la universidad y las fundaciones financiadas por las corporaciones. El contexto social e ideológico en el que trabajan los historiadores influye enormemente en la clase de historia que producen. Aunque esto no nos diga todo lo que hay que saber de historiografía, ciertamente merece la pena dedicarle alguna atención.

Los historiadores suelen decir, como hizo Benedetto Croce, que la historia refleja la época en que ha sido escrita. La historia de acontecimientos aparentemente remotos revive para "presentar necesidades y situaciones presentes". Collingwood expresó una idea similar: "San Agustín consideró la historia de Roma desde el punto de vista de un cristiano primitivo, Tille-

mont desde el de un francés del siglo XVII, Gibbon desde el de un inglés del siglo XVIII..."[1]

Pero algo se omite aquí, porque no hay unanimidad sobre cómo la gente de cada época ve el pasado, ni siquiera los acontecimientos de su propio tiempo. Las diferencias de percepción tienen que ver no sólo con las épocas y las civilizaciones, sino con la sociedad en cualquier tiempo. Gibbon no fue sólo "un inglés del siglo XVIII", sino un *caballero* inglés del siglo XVIII; en sus propias palabras "un joven de familia y fortuna", que disfrutaba del "lujo y la libertad de una casa rica". Como heredero de "una considerable hacienda", asistió a Oxford, donde llevó el gorro de terciopelo y la toga de seda de un caballero. Mientras servía como oficial en la milicia, estaba amargado por la compañía de "oficiales rústicos que eran deficientes en el conocimiento de la educación y las maneras de un caballero".[2]

Decir que Gibbon y sus iguales de Oxford eran "caballeros" no implica que practicaran graciosamente la etiqueta del juego limpio hacia las personas, independientemente de su nivel social, o que estuvieran dotados de compasión por los seres humanos más vulnerables, tomándose la molestia de salvarles de las indignidades, como un verdadero caballero podría hacer. Si acaso, estaban dispuestos a no poner trabas a tales sentimientos, pero sin comprender cualquier necesidad social más allá de su propio círculo selecto. Para ellos un "caballero" era alguien que ostentaba unas maneras distinguidas y un modo de vida opulento, y que se presentaba a sí mismo como alguien próspero, políticamente conservador y educado adecuadamente en el arte de la supremacía étnica de clase.

Como la mayoría de la gente, Gibbon tendía a percibir la realidad de acuerdo con la posición que ocupaba en la estructura social. Como caballero intelectual, produjo lo que yo llamaría una "historia de caballeros", un género que tiene que ver con la perspectiva ideológica de la clase alta.[3] En 1773 le encontramos empezando el trabajo de su obra magna *Historia*

del ocaso y caída del Imperio Romano, sentado en su confortable casa de la ciudad, atendida por media docena de sirvientes. Estando inmerso en lo que él llamó los "lujos decentes" y saturado de su prepotencia de clase superior, estaba predispuesto a considerar de forma amable la violencia codiciosa de la aristocracia de la Roma antigua. Podía haber producido una historia muy diferente si hubiera sido un zapatero remendón que se hubiera educado a sí mismo, escribiendo durante las pocas horas que le dejara su largo día de trabajo mal recompensado. No es accidental que un trabajador pobre, aún siendo ilustrado, raras veces tenga la posibilidad de producir un libro erudito. El propio Gibbon se daba cuenta de las realidades de clase que había tras la escritura de la historia: "Un caballero que tiene tiempo libre e independencia, dispone de libros y talento, puede animarse a escribir con la perspectiva lejana de honores y recompensas: pero desgraciado el autor, y desgraciado el libro, en el que la diligencia diaria sólo es estimulada por el hambre diaria".[4]

Como alguien que se codea con la nobleza, Gibbon aborrecía las "teorías salvajes de igualdad y libertad ilimitada" de la Revolución Francesa.[5] Era un partidario firme del Imperio Británico. Cuando sirvió como miembro del Parlamento votó en contra de extender las libertades a las colonias americanas. Como es natural no tuvo ninguna dificultad en pintar una brillante imagen pastoral del Imperio Romano: "La paz doméstica y la unión eran las consecuencias naturales de la política moderada y comprensiva llevada a cabo por los romanos... La obediencia en el mundo romano era uniforme, voluntaria y permanente. Las naciones vencidas, agrupadas en un gran pueblo, renunciaron a la esperanza, e incluso al deseo, de reasumir su independencia... la vasta extensión del Imperio Romano fue gobernada por un poder absoluto, bajo la guía de la virtud y la sabiduría".[6] Ni una palabra sobre un imperio construido sobre ciudades saqueadas, ejércitos hechos añicos, ciudadanos sacrificados, mujeres violadas, prisioneros

convertidos en esclavos, tierras arruinadas, cultivos quemados y gentes agobiadas con impuestos despiadados.

Los caballeros historiadores que vivieron en la antigüedad pintaron el mismo cuadro idílico, especialmente de la primera época de Roma. El tema que comentaban repetidamente era el de considerar los viejos tiempos como una época dorada, cuando los hombres estaban más preocupados por el deber que por el lujo, las mujeres eran castas y dedicadas generosamente al patriarca de la familia, los jóvenes eran respetuosos con sus mayores y la gente corriente era modesta en sus expectativas y servía valientemente en el ejército de Roma.[7] Escribiendo durante la Última República, Salustio nos ofrece un bello cuento sobre los tiempos anteriores al suyo: "En la paz y en la guerra... la *virtus* [valor, virilidad, virtud] era tenida en alta estima... y la avaricia era algo casi desconocido. La justicia y el derecho se mantenían no tanto por la ley como por el instinto natural... Se gobernaba confiriendo beneficios a los súbditos, no con la intimidación".[8]

Un cuadro más realista del imperialismo romano nos llega a través de algunas de sus víctimas. En el Siglo I a. de C. el rey Mitrídates, expulsado de sus tierras al norte de Anatolia, escribió, "Los romanos siempre han perseguido el mismo objetivo, hacer la guerra a todas las naciones, pueblos y reyes por el deseo insaciable del imperio y la riqueza".[9] Por otra parte, el jefe caledonio Calgaco, hacia el final del siglo I d. de C., observó:

> "Encuentras en [los romanos] una arrogancia que ninguna sumisión razonable puede eludir. Como bandidos del mundo han esquilmado la tierra con su saqueo indiscriminado y ahora saquean el mar. La riqueza de un enemigo excita su codicia, la pobreza su ansia de poder... Al robo, la matanza y la rapiña esos embusteros les llaman imperio; crean desolación y lo llaman paz... [Nuestros seres queridos] nos son arrebatados para ser convertidos en esclavos en

> otras tierras. Nuestras esposas y hermanas, si no son violadas por los soldados enemigos, son seducidas por los hombres que se supone que son nuestros amigos y huéspedes. A nuestras posesiones y dinero los consumen los impuestos; nuestra tierra es despojada de su cosecha para llenar sus graneros; nuestras manos y nuestros miembros están encallecidos de hacer carreteras a través de selvas y pantanos bajo el látigo de nuestros opresores... Se nos vende como esclavos cada día y tenemos que pagar el precio de recompra y además alimentar a nuestros amos".[10]

Durante siglos la historia escrita fue considerada un género literario patricio, como la épica y la tragedia, que tenía que ver con los hechos monumentales de grandes personajes, un mundo en el que los hombres corrientes no jugaban otro papel que el de portadores de lanzas anónimos y las mujeres ni siquiera eso. La antigüedad nos ha dado numerosos caballeros cronistas –Homero, Herodoto, Tucídides, Polibio, Cicerón, Livio, Plutarco, Suetonio, Apiano, Dión Casio, Valerio Máximo, Veleo Patérculo, Josefo y Tácito–, todos ellos con una opinión pronunciadamente baja sobre la gente corriente. Dión Casio, por ejemplo, nos asegura que "muchos monarcas son una fuente de bendiciones para sus súbditos... mientras que muchos que viven bajo una democracia padecen males innumerables".[11]

El sesgo político de los historiadores antiguos no se enterró con sus huesos. Nuestra percepción histórica está formada no sólo por nuestro nivel socioeconómico actual, sino por el sesgo ideológico y de clase de los historiadores del pasado, en los que confiamos. Como señala John Gager, es difícil alterar nuestra forma actual de pensar sobre la historia porque "sin saberlo, percibimos el pasado de acuerdo con los paradigmas creados hace muchos siglos".[12] Y los creadores de esos viejos paradigmas generalmente hablaron con el acento de la clase superior.

En suma, el punto de vista de Gibbon sobre la historia no solo fue el de un caballero inglés del Siglo XVIII, sino el de toda una serie de caballeros historiadores desde los tiempos pasados, situados igualmente en los estratos superiores de sus respectivas sociedades. Lo que haría tan difícil a Gibbon tener una perspectiva crítica de sus propias limitaciones ideológicas –aunque él nunca se lo planteara– sería el hecho de que mantuvo una compañía intelectual con los eruditos de antaño que tenían su misma mentalidad, dentro de esa unanimidad de sesgo que a menudo se confunde con la objetividad.

Para ser exactos, hubo unos pocos observadores de la Roma antigua, tales como el autor satírico Juvenal, que ofrecieron una visión del imperio como era realmente, un sistema de expropiación y rapacidad. Refiriéndose a los procónsules, Juvenal dice: "Cuando al fin vayas a gobernar tu provincia, limita tu rabia y tu codicia. Desgraciados nuestros aliados desamparados, cuyos pobres huesos vas a absorber hasta la médula".[13]

En 1919 el famoso economista conservador Joseph Schumpeter presentó un cuadro sorprendentemente crítico del imperialismo romano, en palabras que podrían sonar familiares a los críticos de la "globalización" actual en los Estados Unidos:

> "...Esa política que pretende aspirar a la paz pero que irremediablemente genera la guerra, la política de preparación para la guerra, la política de la intromisión y el intervencionismo. No había un rincón del mundo conocido donde no se alegara que había algún interés en peligro o ya estuviera bajo ataque. Si los intereses no eran romanos, eran los de los aliados de Roma, y si Roma no tenía aliados, se inventaban. Cuando era prácticamente imposible inventar tal interés, entonces era el honor nacional el que había sido insultado. La lucha siempre se investía de una aureola de legalidad. Roma estaba siempre siendo atacada por sus malignos vecinos,

siempre estaba luchando por un nuevo espacio al que extenderse. Todo el mundo estaba saturado de huestes de enemigos y era el deber manifiesto de Roma guardarse contra sus intenciones indudablemente agresivas."[14]

El Imperio Romano tiene todavía sus apologistas en el siglo XX. El historiador británico Cyril Robinson presenta la imagen familiar de un imperio conseguido de forma no deliberada: "Fue quizá casi tan cierto en Roma como en Gran Bretaña que adquirió su dominio del mundo sin ninguna intención".[15] Un imperialismo sin imperialistas, un diseño de conquista desprovisto de deseo o premeditación, eso es algo que no puede aplicarse a Roma ni a ningún otro imperio de la historia.

A pesar de su perspectiva común de clase, los caballeros historiadores no están perfectamente de acuerdo en todos los temas. El propio Gibbon fue condenado rotundamente por sus comentarios sobre los cristianos primitivos en el Imperio Romano. Fue tachado de ateo por el clero y por otros que creían que su religión había florecido exclusivamente por impulso divino y de forma moralmente impecable.[16] Gibbon da crédito al origen divino de la cristiandad como ímpetu primario para su triunfo, pero dedica sólo una frase o dos a esa idea, estando más interesado como historiador seglar en las causas naturales del triunfo de la iglesia que en las sobrenaturales. Es más, no duda en señalar ejemplos de oportunismo mundano e intolerancia fanática entre los prosélitos cristianos. Algunos lectores pueden encontrar en su tratamiento del origen de la cristiandad no sólo la parte más controvertida de su libro, sino también la más interesante.[17]

Junto con su arrogancia de clase, el caballero intelectual está dispuesto a ser un defensor de la supremacía masculina. Así Gibbon describe a la segunda esposa del emperador Severo, Julia Dona, como "poseedora de

una imaginación vivaz, firmeza de ideas y fuerza de juicio, que raras veces se dan en su sexo".[18] Los historiadores dan cuenta de las mujeres más famosas de la familia real, como Mesalina, esposa del emperador Claudio, y Agripina. Nos cuentan que Agripina consiguió el trono para su hijo Nerón envenenando a su tío y a su esposo, el reinante Claudio. Una vez convertido en emperador, Nerón mostró su gratitud a su madre matándola. Nerón no fue lo que llamaríamos un hombre de familia; también mató a su tía, a su ex mujer y a un medio hermano que reclamaba el trono.

Exceptuando unas pocas mujeres de alto nivel y notablemente letales, las romanas son virtualmente invisibles para la mayoría de los caballeros historiadores. Aunque se las mencione no se les considera de importancia.[19] Que no hubiera historiadores del sexo femenino en la antigüedad, ni durante muchos siglos después, sólo es parte de la deficiencia. En las últimas décadas, gracias principalmente a la emergencia de intelectuales feministas, la investigación sobre las mujeres en Roma ha mejorado, a pesar de la escasez de datos que han sobrevivido. Las mujeres romanas corrientes, según sabemos, solían morir más jóvenes que los hombres a causa de la malnutrición, el maltrato, la extenuación y los partos. Casi la mitad de las esposas romanas se casaban antes de los catorce años, muchas hasta con sólo doce, consumándose los matrimonios de forma inmediata, incluso antes de la primera menstruación. Las mujeres de todas las edades vivían casi invariablemente bajo el dominio de algún hombre, fuera esposo, guardián o *paterfamilias* (cabeza de una familia o clan).[20]

Durante gran parte de la historia de Roma a las mujeres se les negó tener nombres o apellidos individuales. Los nombres de *gens* prominentes como Claudio, Julio o Lucrecio tenían el derivado femenino obligatorio de Claudia, Julia o Lucrecia. Por tanto las hermanas tenían todas el mismo nombre y se les distinguía añadiéndole "la mayor" o "la joven" o "la primera", "la segunda" y "la tercera". Así las hijas de Gayo Octavio eran Octavia la mayor y Octavia la joven. Negarles cualquier signo de identidad

individual fue un modo de tratar a las mujeres como una propiedad de la familia, meros derivados del *paterfamilias*.[21]

Las mujeres de casta corriente llevaban a cabo gran parte del trabajo oneroso de la sociedad, como lavanderas, sirvientes domésticas, molineras, tejedoras, hilanderas y a veces trabajadoras de la construcción, todo ello además de sus labores cotidianas en la casa. Hasta donde sabemos, aún cuando trabajaran en la misma ocupación que los hombres, no se les permitía pertenecer a gremios profesionales.[22] Privadas de la oportunidad de una vida decente, algunas de las mujeres más pobres se veían obligadas a vender sus favores sexuales. La prostitución era considerada un empleo y como tal pagaba impuestos. Poseer un burdel se consideraba una empresa respetable para algunos inversores.[23] En general la gran masa de mujeres pobres tenía pocas esperanzas de ejercer alguna influencia en los asuntos políticos, aunque cierto número de ellas participaron en protestas públicas.

La esposa devota y sacrificada fue un personaje muy considerado en los escritos romanos. Abundan los ejemplos de matronas que hicieron frente al exilio o se arriesgaron a morir por ser leales a sus maridos.[24] Pero las matronas también podían ser rebeldes en ocasiones. Ya en el año 195 a. de C. presionaron con éxito a los magistrados para que anularan la *lex Oppia*, una ley aprobada durante la austeridad de la Segunda Guerra Púnica, que restringía el uso de adornos personales y carruajes por parte de las mujeres.[25] Que se movilizaran de forma tan firme seguramente irritó a muchos patriarcas.

En la Última República (aproximadamente los años 80 a 40 a. de C.) y durante el primer siglo del imperio, las matronas romanas consiguieron importantes mejoras respecto al matrimonio, el divorcio, los derechos de propiedad y la independencia personal. Algunas de ellas poseyeron sustanciales propiedades y administraron operaciones comerciales. Durante el conflicto civil que siguió a la muerte de César, el Segundo Triunvirato

registró una lista de 1.400 mujeres particularmente ricas cuyas propiedades fueron valoradas. Las mujeres organizaron una protesta en el Foro ante el tribunal de los magistrados y pidieron saber por qué ellas tenían que participar en el castigo de la guerra civil cuando no habían colaborado en el crimen. "¿Por qué hemos de pagar impuestos si no compartimos las magistraturas, los honores, los mandos militares o los asuntos públicos, cuyo conflicto nos ha llevado a esta terrible situación?"[26] Cualquiera que fuese la influencia que las mujeres ejercieron en los asuntos de negocios, nunca consiguieron los derechos civiles al completo, ni pudieron conseguir mucha influencia en el panorama político.[27]

Las esposas de la clase superior tenían la reputación de ser generosas con sus favores sexuales. Salustio cacarea respecto a las mujeres que "venden públicamente su castidad".[28] Horacio echa pestes de la matrona que practica "amores impuros, buscando adúlteros más jóvenes mientras su marido está borracho".[29] Escribiendo durante el siglo II d. de C., Juvenal parece anticipar la misoginia venenosa que pronto saldría de las plumas de los padres de la iglesia cristiana. Las matronas romanas, nos dice, son unas pícaras caprichosas, envueltas en acosos ilícitos a expensas de los desventurados cornudos que son sus maridos. Se han desprendido de las devociones virtuosas de sus antepasados, junto con el talante "naturalmente femenino" de la modestia, la castidad y el servicio doméstico.[30] De modo semejante, un historiador de nuestra propia época deja constancia de su desaprobación por el dominio creciente ejercido por las mujeres imprudentes de alta posición durante la Última República, cuya "influencia nociva" engendró una "permisividad creciente" e "hizo mucho por la degradación moral y social de aquellos tiempos".[31]

En realidad, las matronas romanas sin duda no eran más promiscuas que sus maridos, cuyas continuas frivolidades se pasaban por alto dado el

doble rasero de aquellos tiempos. Bajo el sistema patriarcal un hombre era libre de matar a una esposa supuestamente infiel, mientras que él mismo frecuentaba prostitutas o tenía una concubina. Las leyes contra el adulterio promovidas por el emperador Augusto iban dirigidas a las mujeres, pero no imponían ninguna prohibición a los hombres.[32] Uno de los muchos escritores romanos que veían sólo virtud en la primera época de Roma y decadencia en su propio tiempo es Valerio Máximo. Cita aprobatoriamente ejemplos de maridos de antaño que se divorciaron de sus mujeres, o las trataron severamente, por actuar en lo que podríamos considerar una forma ligeramente independiente, como andar por la calle con la cabeza descubierta o asistir a juegos públicos sin el conocimiento de su marido. "Mientras las mujeres tenían esas restricciones sus mentes estaban lejos de obrar incorrectamente", nos asegura Valerio.[33]

Los hombres poderosos como Julio César a menudo trataban a las mujeres de las buenas familias como mercancías de las que disponer estratégicamente, que se podían permutar en matrimonios de conveniencia diseñados para fortalecer una fortuna o ayudar a forjar coaliciones políticas, una práctica que continuó dentro de los círculos aristocráticos europeos a través de las diferentes épocas. Las mujeres también fueron una fuente de diversión sexual para César, como para la mayoría de los demás hombres romanos. Unas pocas –como su primera esposa Cornelia, su amante durante largo tiempo Servilia y, en sus últimos años, Cleopatra– se ganaron el amor de César, aunque ninguna pudo mantener en exclusiva sus atenciones sexuales.

Muchos maridos romanos eran mariposones que se habían casado sin amor para avanzar en sus carreras, embolsarse dotes o simplemente disfrutar de una adecuada concupiscencia. Sin embargo hubo casos de maridos con profundos lazos conyugales. Valerio nos da ejemplos de maridos realmente afectados por la pérdida de sus esposas. Como Plinio el joven, que manifestó un amor sincero por su mujer.[34]

Junto con su sesgo de género, algunos caballeros historiadores presentan un notable fanatismo etno-clasista. El padre de todos los historiadores de la Última República es Cicerón. Alabado por Balsdon como "quizá el hombre más civilizado que ha existido nunca", Cicerón ha sido reverenciado por los profesores clásicos y maestros de latín a través de todas las épocas.[35] Este hombre tan civilizado no se libró de los prejuicios étnicos y de clase más aplastantes. Cicerón despreciaba a los griegos y a los judíos, fueran esclavos u hombres libres, que se reunían junto a los líderes democráticos, declarando que "los hombres de esas naciones a menudo sumen... a nuestras asambleas en la confusión". Los griegos son dados a "la mentira vergonzosa", los judíos a la "bárbara superstición".[36]

Algunos historiadores posteriores han tomado ejemplo de Cicerón. Theodore Mommsen describe el Foro romano como una fiesta de los gritos para que "todos los que tienen forma de hombre", como los egipcios, judíos y griegos, sean libres o esclavos, sean los participantes que más chillen en las asambleas públicas.[37] Cyril Robinson señala que muchos proletarios eran "griegos u orientales de origen... [cuyo] carácter débil y cambiante les hacía malos ciudadanos". La "pureza de la sangre romana empezó a contaminarse con la mezcla de elementos extraños". Esos de "sangre oriental" eran "incapaces de asimilar los hábitos nacionales de la decencia y el control", aunque "no todos los griegos, por supuesto, eran personajes viciosos o indeseables".[38]

J.F.C. Fuller nos cuenta que "la estirpe latina [de Roma] se mezcló cada vez más cuando griegos, asiáticos, hispanos, galos y otros [esclavos] fueron absorbidos a través de la manumisión y se hicieron ciudadanos".[39] Otro estimado clasicista, Jérôme Carcopino, flirtea con una teoría racista de la sangre, diciendo que los matrimonios entre romanos aristócratas y sus esclavas o libertas, seguidos de la frecuente emancipación de la des-

cendencia, dejó a "muchas de las mejores familias de la ciudad infectadas con una mezcla híbrida, similar a la que más recientemente ha contaminado a otros pueblos poseedores de esclavos". Estas bodas mixtas "acentuaron fuertemente la descomposición nacional y social" de Roma.[40]

En la Roma antigua, como en otras sociedades antes y después, la opresión de clase estaba apoyada por un sesgo de clase. El inferior era considerado como tal a causa de sus propias deficiencias. El sesgo de clase se apoyaba a la vez en los prejuicios étnicos. Muchos de los pobres, esclavos o libres, eran de "estirpe bárbara", y esto alimentaba más la tendencia a considerarles gente perdida, bandidos, contaminadores de la sociedad respetable. Esos fueron los sesgos étnicos y de clase convenientemente ensamblados por aquellos que miraban al mundo *de haut en bas*, y eso incluye no sólo a los iguales de Cicerón, sino a muchos de los escritores que vinieron después de él.

2

ESCLAVOS, PROLETARIOS Y SEÑORES

> No veis nuestros corazones; están llenos de piedad.
> Piedad hacia las iniquidades padecidas por Roma.
>
> *Julio César*, acto III, escena 1.

La pirámide social de Roma descansaba sobre las espaldas de los esclavos *(servi)* que suponían aproximadamente un tercio de la población de Italia, probablemente con una proporción menor dentro de la propia Roma.[1] Su número se mantenía gracias a las conquistas, los secuestros a través de la piratería y la procreación de los propios esclavos. La esclavitud era también el destino final de los individuos convictos de crímenes importantes, de las personas pobres incapaces de pagar sus deudas y de los niños vendidos por las familias indigentes. A los cautivos de guerra se les hacía trabajar hasta la muerte en las minas, canteras y plantaciones *(latifundia)*, de tal modo que su número se reducía constantemente.[2]

Un escalón por encima de los *servi* estaba la gran masa de proletarios sin propiedades *(proletarii)*, consistente en personas que vivían en la ciudad *(plebs urbana)*, extranjeros y libertos (ex esclavos). El centro urbano de Roma estaba formado por templos, lugares ceremoniales, foros públicos y

oficinas del gobierno. Este centro urbano estaba rodeado de un denso anillo de barrios pobres. No había transporte público, los proletarios tenían que vivir dentro de una distancia que les permitiera ir andando hasta sus lugares de trabajo y los mercados. La solución era vivir amontonados en miles de casas pobres a lo largo de calles estrechas. Estas viviendas tenían a veces siete u ocho pisos de altura, carecían de cuartos de baño, de agua corriente y de una ventilación decente. Los alquileres de estas madrigueras fétidas y sucias usualmente eran mayores de lo que la plebe podía pagar, por lo que se veían forzados a compartirlos con otras dos o tres familias, con lo que había familias enteras viviendo en una sola habitación. Algunos inquilinos con menos suerte sólo se podían permitir un desván estrecho, no lo suficientemente alto como para permanecer de pie en él.[3]

Los braseros de carbón y las lamparillas de aceite eran una amenaza constante de incendio. Las leyes sobre edificios no aparecieron en Roma hasta siglos después. Los inquilinos que escapaban al tifus y al fuego, que abundaban en estos barrios, aún vivían con el temor de que esas estructuras cayeran sobre ellos, como ocurría con demasiada frecuencia. La genialidad por la que se conoce a la arquitectura romana no se aplicaba a los domicilios de los pobres. Como dice irónicamente Juvenal: "Roma está apoyada en trozos de tuberías y palos; es más barato para un propietario apuntalar sus ruinas, parchear los viejos muros y comunicárselo a los inquilinos. Y se espera que duerman tranquilos con la amenaza de que el edificio les aplaste".[4] El mismo Cicerón tenía unas propiedades para alquilar, cuya renta utilizó para mantener a su hijo como estudiante en Atenas. En una carta a un amigo demuestra su talante especulador: "Dos de mis tiendas se han hundido y otras muestran grietas, por lo que ni los ratones se atreven a entrar allí, no digamos nada de los inquilinos. Otros le llamarían a esto un desastre, pero para mí no es ni una molestia... Hay en marcha un proyecto de edificio... que transformará esta pérdida en una fuente de beneficios".[5]

Las calles estrechas llenas de baches estaban abarrotadas de vendedores, artesanos, intermediarios, mendigos y vagos. Los vendedores callejeros vendían pescado en salazón, peroles calientes de salsas humeantes, tazas de sopa y jarras de vino. Músicos, acróbatas y malabaristas, con sus tristes animales domesticados, actuaban para la multitud que pasaba. Había unas grandes marmitas sucias colocadas a intervalos a lo largo de las calles, que servían para que los transeúntes orinaran, una concesión a los tintoreros y lavanderos que –el jabón era desconocido en Roma– utilizaban la orina acumulada para tratar y lavar la ropa.[6] (El ácido úrico todavía se aplica hoy día en algunos limpiadores como el bórax.) Debemos suponer que a la ropa se le daba un aclarado final en agua limpia.

Para los que podían permitírselo, el vino se bebía durante y entre las comidas. Los romanos de la Última República solían beberlo diluido en agua a partes iguales. El vino era su café, su té y sus licores. "Y el aceite de oliva era su mantequilla, su jabón y su electricidad: cocinaban con él, se untaban con él en el baño y lo quemaban para sus lámparas".[7] Los pobres se mantenían a base de grano, consumido en forma de pan o de gachas.

Con la pobreza imperante había un nivel alto de crímenes. Roma no tenía luz en las calles ni policía a la que recurrir. A la caída de la noche la gente se encerraba tras los cerrojos de sus puertas. Sólo unos pocos opulentos, que podían permitirse una compañía de esclavos y forzudos que iluminaran su camino y les sirvieran de guardaespaldas, se atrevían a aventurarse en las calles, y aún así se lo pensaban dos veces. Juvenal escribe acerbamente sobre los riesgos de recorrer las calles: "No hay ninguna diferencia entre que pretendas decir algo o quieras retirarte sin una palabra, ellos te golpean igualmente... ¿Sabéis a lo que equivale la libertad del pobre? A la libertad, después de ser golpeado y hecho pedazos, de implorar que te dejen volver a casa con algún diente sano".[8]

La mayoría de la *plebs urbana* y sus familias vivían trabajando largas horas por unas sumas mínimas. En el campo la *plebs rustica* no estaba en mejor situación que sus homólogos urbanos. Cuando era posible intentaban mejorar su situación aceptando tareas peligrosas que les ofrecía el señor del *latifundia* que, como los dueños de las plantaciones americanas en el Sur antes de la guerra, a veces preferían utilizar trabajadores libres para las tareas arriesgadas. En el razonamiento de un propietario, la muerte de un trabajador de un día simplemente incrementaba la población del mundo de los muertos, mientras que la muerte de un esclavo representaba la pérdida de una inversión.[9]

Un escalón por encima de los *proletarii* sin propiedades estaban los pequeños granjeros, asentados en sus propias parcelas de tierra en las provincias de alrededor de la ciudad, con las propiedades suficientes como para estar cualificados para el servicio militar. Y justo por encima de ellos había un pequeño grupo de clase media formado por funcionarios menores, mercaderes y empleados industriales, que vivían en apartamentos situados lejos del hedor y el ruido del interior de la ciudad, pero dentro de una distancia manejable hasta el Foro y los baños.[10]

Por encima de toda esta multitud esforzada de Roma, en una "opulencia casi increíble", había "unos pocos miles de multimillonarios".[11] Un magistrado estimó que el número de familias sólidamente ricas no superaba las 2.000.[12] Este nivel de élite, la "clase de los dignatarios", incluía a los *equites* o ecuestres, una clase de caballeros, llamados así porque sus propiedades les cualificaban para servir en la caballería, aunque durante la Última República la mayoría de ellos probablemente jamás se habían subido a un caballo. Los ecuestres eran contratistas del estado, banqueros, prestamistas, comerciantes, recaudadores de impuestos y propietarios de tierras.[13] Ocupaban un rango social justo por debajo de los aristócratas y

muy por encima de la gente corriente, sirviendo como reserva de la clase aristocrática, cuando alguna familia de viejo linaje moría de vez en cuando. Al ser poseedores de grandes propiedades, generalmente tenían pocas simpatías por los pobres, y compartían muchos de los intereses de la nobleza, aunque a veces había conflictos ocasionales entre estos dos grupos de élite.[14]

En la cima absoluta de la pirámide social estaban los *nobilitas*, una oligarquía aristocrática representada por familias cuyo linaje podía presumir de que uno o más de sus miembros habían sido cónsules (la magistratura más alta de la República). Los ecuestres y los nobles se diferenciaban más en linaje político que en fortuna familiar. Ambos grupos eran miembros de la clase de los dignatarios; ambos poseían riquezas en tierras, esclavos, comercio y finanzas. Ambos vivían en mansiones parecidas, disfrutaban de comidas exquisitas servidas en platos de oro y plata, tenían jardines lujosos, cotos, pajareras, establos con hermosos caballos, estanques con peces, bibliotecas privadas, baños privados y servicios sanitarios. Sus mansiones estaban situadas en extensiones del tamaño de verdaderas ciudades, lo bastante grandes para albergar un séquito de esclavos y sirvientes personales. Cicerón era un ecuestre que poseía siete u ocho mansiones y varias granjas más pequeñas, junto con propiedades urbanas y otras empresas de negocios.[15]

La vieja nobleza no se privaba de emprender negocios especulativos. Por ejemplo el amigo y aliado de Julio César, Craso, se convirtió en uno de los hombres más ricos de la Última República comprando inmuebles urbanos que se habían hundido o incendiado, reconstruyéndolos después y obteniendo unas rentas que recompensaban ampliamente el capital invertido.[16]

La supremacía de clase influía en los códigos internos de la sociedad republicana de Roma. Había una prohibición estricta de los matrimonios

entre un miembro de la aristocracia y un ciudadano que hubiera surgido de la clase de los libertos. Los aristócratas también tenían prohibido casarse con actrices o mujeres de otras profesiones dudosas.[17] En la Última República de Roma, como en cualquier plutocracia, era una desgracia ser pobre y un honor ser rico. El rico, que vivía como un parásito del trabajo de los demás, era celebrado como hombre de calidad y valor; mientras los pobres, que luchaban por sobrevivir con las míseras ganancias de su trabajo, eran considerados vulgares y deficientes. Aunque escribió más tarde, durante la época de los emperadores, Juvenal habló de la sociedad republicana anterior, señalando que la palabra de un hombre rico era considerada como el oro, porque él poseía ese oro, mientras que el juramento de un hombre pobre "no tenía valor en los tribunales... los hombres no podían salir fácilmente de una pobreza que ocultaba su mérito".[18]

La naturaleza opresora de clase de Roma fue de lo más evidente en la amplia práctica de la esclavitud. La esclavitud en Roma ha sido tratada amplia pero no severamente por los caballeros historiadores. Gibbon, por ejemplo, nos cuenta que un esclavo no vivía sin esperanza, dada "la benevolencia del amo". Si mostraba diligencia y fidelidad durante "unos cuantos años" podía esperar de forma natural ganar su libertad.[19] Más recientemente, Jérôme Carcopino se entusiasma con las leyes romanas que "aligeraban las cadenas [de los esclavos] y favorecían su emancipación... El buen sentido práctico de los romanos, no menos que el instinto humanitario fundamental de sus rústicos corazones, les alejaba de cualquier muestra de crueldad hacia los *servi*. Siempre trataron a sus esclavos con consideración... Con pocas excepciones, la esclavitud en Roma no era eterna ni, mientras duró, intolerable".[20] Ningún esclavista podría haberlo dicho mejor.

"No ha sido hasta tiempos recientes", señala K.R. Bradley, "que los intelectuales han empezado a darse cuenta de que había algo difícil de digerir respecto a la esclavitud en la antigüedad. Realmente todavía funcionan algunas influencias apologéticas".[21] Un reputado historiador que todavía celebra el lado feliz de la esclavitud es Lionel Casson. Dedica un gesto mínimo a las desgraciadas almas que tuvieron que trabajar bajo el látigo en los campos o murieron en las minas, diciendo solamente que estaban a cargo de "tareas que suponían un trabajo penoso". Después se extiende sobre las condiciones favorables que supuestamente disfrutaban los esclavos que vivían en lujosas mansiones u ocupaban puestos en el gobierno. Algunos incluso amasaron fortunas sustanciales como inversores. A veces "los hombres libres con malas perspectivas se vendían a sí mismos como esclavos para poder llegar" a esos magníficos puestos.[22] Gran cantidad de *servi* manumitidos, dice Casson con entusiasmo, "fueron capaces de escapar de la esclavitud y subir en la escala social, en algunos casos hasta lo más alto". Un antiguo *servus* le dio a su hijo una educación excelente y el muchacho creció para convertirse en el famoso escritor Horacio. "En sólo dos generaciones la familia había subido desde la esclavitud a la inmortalidad literaria".[23]

La impresión que uno saca es que la esclavitud en Roma era una especie de programa de acción afirmativa y Roma una tierra de oportunidades *ouvert aux talents*. De hecho esos ejemplos impresionantes de ascenso fueron la rara excepción. La manumisión generalmente se conseguía después de muchos años de servicio. Aún entonces la libertad tenía sus trabas. Frecuentemente el *servus* manumitido dejaba detrás a su esposa y a sus hijos como esclavos. El liberto no podía servir en el ejército ni desempañar cargos públicos. Mantenía los nombres de sus antiguos amos, a quienes continuaba debiendo servicios y haciendo pagos.[24]

Los esclavos generalmente compraban su libertad pagando su precio original de compra. Obviamente la gran mayoría no podía esperar ahorrar

tal suma. A algunos de los más afortunados les pagaban la libertad familiares que ya eran libres y estaban trabajando. Sólo un grupo selecto tenía la posibilidad de conseguir propinas como porteros o actores, o recibir gratificaciones en ocupaciones especializadas, tales como artesanos, doctores y prostitutas.

La manumisión estaba muchas veces motivada por el deseo del propietario de librarse del gasto de cobijar y alimentar al esclavo durante toda su vida, especialmente si éste ya no poseía el vigor productivo de su juventud. Muchos de los manumitidos conseguían una emancipación testimonial en el testamento del amo, esto es, sólo después de que la muerte le privara de la oportunidad de seguirle explotando podía ser libre. Como reconoce Bradley, "la mayoría de la población esclava probablemente nunca consiguió la libertad... La manumisión era una perspectiva real pero frágil para los esclavos, y ocultaba los años de duro trabajo que la precedían".[25]

Todos los regímenes esclavistas desarrollan una ideología que justifica sus relaciones sociales deshumanizadas. En Roma a los esclavos del sexo masculino habitualmente se les vestía como a un *puer* o "muchacho". Un trato degradante similar se aplicaba a los esclavos de la Grecia antigua y en el régimen esclavista de los Estados Unidos, que persistió en el Sur segregacionista de la posguerra durante el siglo XX. El esclavo como ser inferior o sub-humano es un tema que encontramos en los escritos de Platón y de Aristóteles. En las mentes de los poseedores de esclavos romanos, los *servi* –incluyendo los extranjeros, que constituían una gran proporción de la población esclava– eran inferiores en capacidad moral y mental, un nivel o dos por encima de los animales. Cicerón nos asegura que los judíos, sirios y otros bárbaros asiáticos habían "nacido para ser esclavos".[26] El historiador romano Floro ve la rebelión de los esclavos de Espartaco no como una lucha monumental por la libertad, sino como una empresa desgraciada perpetrada "por personas de la más baja estofa" llevada a cabo por "hombres del peor carácter... sedientos de venganza hacia sus amos".[27]

Gibbon describe la población esclava de Roma como "una multitud promiscua e inferior".[28] Más recientemente tenemos a Sir Ronald Syme afirmando que el mercado romano de esclavos estaba inundado de "cautivos de un linaje extraño y a menudo inferior".[29] La mayoría de los escritores clásicos actuales, sin embargo, no se adhieren a la supremacía del poseedor de esclavos, al menos no abiertamente.

Por definición la relación entre amo y esclavo es coercitiva. No es casualidad que el amo esté preocupado por cuestiones de control, por inculcar lealtad y obediencia a sus recalcitrantes subordinados, utilizando una combinación de métodos indulgentes y severos. En el Siglo I d. de C. el escritor agrícola romano Columela aconsejaba cómo manejar mejor el trabajo de los siervos en la granja. El poseedor de esclavos tenía que evitar la severidad excesiva y la crueldad gratuita, no por consideración humana, sino porque tales cosas eran contraproducentes para el trabajo. Los esclavos estaban mejor controlados si se les permitían unas condiciones de vida decentes, tiempo libre y la oportunidad ocasional de escuchar sus quejas.[30]

La promesa incierta de una eventual emancipación a veces hacía de la manumisión un mecanismo de control efectivo. El esclavo estaba más dispuesto al conformismo ante la esperanza de una eventual libertad. Las familias de los siervos eran otro instrumento útil de control. Los esclavos casados con hijos estaban menos dispuestos a fugarse y más a colaborar. Y su descendencia era una riqueza adicional para el amo. Pero la familia del esclavo sólo existía mientras sirviera a los intereses del amo. Estaba en peligro constante de ruptura, ya que el esclavo era una propiedad disponible por el amo. Los poseedores de esclavos estaban dispuestos a romper las familias de sus siervos "cuando las consideraciones económicas hacían la venta de sus esclavos atractiva o necesaria".[31]

El buen trato no garantizaba buenos esclavos. Podemos recordar la observación de Frederick Douglass referida a su propio e infeliz cautiverio en el Sur americano: El esclavo que tiene un amo cruel desea uno amable, el esclavo que tiene un amo amable desea la libertad. El trato amable puede minar el control alimentando expectativas mayores. Era necesario imponer un dominio coercitivo e inspirar temor. Un esclavo romano podía ser azotado, marcado, mutilado, subalimentado, violado o crucificado sin posibilidad de defensa. "Contra un esclavo está permitido todo", escribió Séneca, el estoico, que condenaba el trato cruel a los *servi* mientras que él disfrutaba de sus servicios.[32]

De acuerdo con una vieja regla, si el amo era asesinado por uno de sus esclavos, todos los de la casa se enfrentaban a la muerte. De ese modo cada *servus* podía tener interés en la seguridad de su amo. Un fallo en informar de algún hecho sospechoso o un complot secreto podía costarle la vida a un esclavo. Los esclavos sólo podían rezar porque el amo expirará de una forma indudablemente natural, porque si había cualquier sospecha de juego sucio, las autoridades a cargo de la investigación podían torturar hasta al último de ellos.[33] Las leyes romanas no permitían la tortura de un hombre libre, pero la requerían para conseguir evidencias de los esclavos, fueran hombres o mujeres. Pero los *servi* que traicionaban a sus amos declarando voluntariamente contra ellos en los tribunales terminaban siendo castigados más que recompensados.[34] Porque aunque los acusadores o querellantes querían ganar sus casos, no estaban inclinados a favorecer la deslealtad entre los esclavos.

Los que piensan que la esclavitud en Roma era una institución benigna no han explicado por qué los esclavos fugitivos eran un problema constante. Los dueños no toleraban ni lo más mínimo la pérdida de una propiedad valiosa. Normalmente utilizaban cadenas, collares de metal y otros mecanismos de seguridad. Los esclavos que huían eran cazados y devueltos a sus furiosos amos que estaban dispuestos a infligirles un severo casti-

go.[35] Los poseedores de esclavos consultaban a los oráculos y a los astrólogos para adivinar el paradero de los huidos, colocaban carteles ofreciendo recompensas, apelaban a las autoridades del estado y recurrían a buscadores de esclavos profesionales *(fugitivarii)*.[36] Cicerón mantuvo a dos gobernadores provinciales en la búsqueda de un esclavo que le había hurtado alguno de sus valiosos libros y había huido al extranjero.[37]

Todas las sociedades esclavistas han conocido sus revueltas. Roma no fue una excepción. Las tres rebeliones más importantes ocurrieron en los dos últimos siglos de la República, alcanzando el nivel de guerra abierta, con muchos miles de hombres armados en cada bando, incluyendo la famosa llevada a cabo por Espartaco y sus valientes en los años 74-60 a. de C. Todas fueron aplastadas sin piedad. Hubo otras numerosas revueltas de esclavos, pero fueron a pequeña escala, duraron poco y no tuvieron éxito, aparte de los relativamente pocos esclavos que consiguieron escapar de forma definitiva.[38]

Algunos esclavos domésticos que disfrutaban de las circunstancias de una casa rica sin duda estaban materialmente mejor que muchos de los habitantes de los barrios pobres, aunque el alojamiento y las raciones de comida, incluso en las mansiones más ricas, normalmente tenían un nivel mínimo. Algunos esclavos urbanos podían escabullirse y participar en debates en la plaza del mercado e incluso unirse a los gremios. Pero la mayoría soportaba largas horas de servicio, humillaciones diarias, maltrato caprichoso y la amenaza de los azotes. Amiano Marcelino nos habla de amos que en su tiempo podían dar 300 azotes a un esclavo por una ofensa menor, tal como retrasarse en traer agua caliente.[39] Séneca el joven describe algunas de las indignidades padecidas por esclavos urbanos.

"Cuando nos reclinamos en un banquete un esclavo limpia los vómitos de comida, otro se agacha bajo la mesa y recoge las sobras de los invitados borrachos. Otro trincha las apreciadas aves; con golpes infalibles y mano hábil corta los trozos de la pechuga y los cuartos traseros. Desgraciado sujeto, vivir sólo con el propósito de cortar los capones correctamente... otro, que sirve el vino, debe vestir como una mujer y luchar por ocultar sus años, no puede desprenderse de su juventud; la arrastra con él; y aunque ya tiene la figura de un soldado tiene que mantenerse afeitado y con su pelo terso y tirante desde sus raíces, y permanecer despierto toda la noche, dividiendo su tiempo entre la embriaguez de su amo y su lujuria; en los aposentos debe ser un hombre, en la fiesta un muchacho".[40]

La explotación sexual de los *servi* de Roma por parte de sus amos, aunque pandémica, es ignorada por virtualmente todos los historiadores de hoy. Entre los escritores antiguos era bien sabido que los esclavos debían tener sus cuerpos disponibles a petición. Horacio pasa revista a sus preferencias por los esclavos de la casa, hombres y mujeres: "Me gusta el sexo fácil y a mano".[41] Y Petronio habla de un ex esclavo en los recuerdos de su Satyricon, contando cómo sirvió sexualmente tanto a su amo como a su ama durante catorce años, un arreglo que los lectores romanos sin duda encontraban familiar y creíble.[42]

El poeta Marcial –que fue en la Roma antigua lo más parecido a un columnista chismoso actual– alude repetidamente a las intimidades sexuales de que disfrutaban los amos con los *servi* de la casa. Alaba irónicamente a un tal Quirinal por no necesitar una esposa, ya que fornicaba con las sirvientas y llenaba su casa de la ciudad y su casa del campo con la correspondiente descendencia. "Quirinal es un genuino *paterfamilias*".[43] No nos dice nada de cómo se sentían las sirvientas respecto a eso.

Las mujeres ricas a veces sacaban ventaja de su estatus de clase para satisfacer sus apetitos carnales. Así Marcial reprende a un hombre cuyos siete hijos tienen gran parecido con los esclavos de su madre, entre los que se encontraba el cocinero, el panadero e incluso el siervo sodomita de su propio marido. El poeta se refiere a una mujer de avanzada edad que utiliza su dote completa para redimir de la esclavitud a su amante favorito, asegurándose por otra parte de forma regular su satisfacción, a un señor que se acuesta con su ama de llaves, a otro que recompra a su criada para mantenerla como concubina, a los que buscan chicos esclavos para su placer y al marido que se las arregla con sus sirvientas mientras su esposa lo hace con los porteadores de su litera: "Sois una buena pareja, Alauda".[44]

El propio Marcial suspira por "un esclavo rollizo nacido en su casa". Cuando renuncia a la posibilidad de comprar "un chico" por 100.000 sestercios, un amigo suyo paga inmediatamente el precio. Con su estilo pródigamente tosco, Marcial nos cuenta cómo "llora su gallo" por la oportunidad perdida.[45] Por supuesto, el chico en cuestión no tiene nada que decir en el asunto. El propietario colocaba unilateralmente los límites y escogía el modo de gratificación, utilizando al chico como desease. Los esclavistas solían proveer a los pedófilos, vendiendo chicos y chicas para propósitos sexuales. Se usaban depilatorios para eliminar el vello del cuerpo de un chico, manteniéndole con una apariencia tan joven como fuera posible. A los chicos se les hacía ingerir diversas pociones para retrasar su pubertad. Aún peor, los poseedores de esclavos recurrían frecuentemente a la castración, a pesar de las diversas leyes que la prohibían.[46]

Tales ejemplos de intercambio de chicos, violaciones y mutilaciones sexuales no se mencionan por parte de esos intelectuales que, como los propios poseedores de esclavos, parecen estar más dispuestos a exponer los beneficios escondidos de la esclavitud que sus perjuicios manifiestos.

La imagen de una relación amo-esclavo mutuamente cariñosa en la Roma antigua, como señala Finley, parece "llevar irresistiblemente a los comentaristas modernos al sentimentalismo y a olvidar lo importante para fijarse en lo trivial".[47] Pero esa relación era todo menos mutua. No importa con qué sensiblería se la vista, la esclavitud en Roma nunca puede considerarse una relación de amor.

Cuando un favorito suyo llamado Sositeo, "un chico delicioso", murió, Cicerón observó: "Estoy más conmovido de lo que quizá debiera por la muerte de un esclavo".[48] Aquí Cicerón está controlando sus sentimientos, sabedor de que el que tiene esclavos debe mantener la distancia de clase y no afectarse demasiado por un simple *servus*. El cariño que un amo puede sentir por su esclavo es protector y paternalista. Mientras que el que siente un esclavo por su amo está al menos impuesto parcialmente por la acentuada relación asimétrica de poder, generada tanto por la necesidad e inseguridad como por un afecto genuino. No hay duda de que existió más firmemente en la imaginación del amo que en el corazón del esclavo. Nunca sabremos cómo el Sositeo de Cicerón, que vivió y murió esclavo, pudo sentirse sobre su relación y cómo se hubiera sentido de habérsele dado la oportunidad de ser libre y tener un trabajo decente.

Durante la guerra civil americana muchos dueños de esclavos de la Confederación estaban asombrados de ver que éstos –supuestamente bien tratados y por tanto devotos y fieles– manifestaban la más terrible ingratitud a la primera oportunidad, desobedeciendo órdenes insolentemente o huyendo hacia la libertad, e incluso alistándose en las filas del ejército de la Unión para luchar por su emancipación y por sus hermanos. El periodista Whitelaw Reid, viajando a través del Sur inmediatamente después de la guerra, señaló la frase repetida sin descanso por los antiguos esclavistas: "Hemos sido los mejores amigos que han tenido los negros. Sin embargo ésta es la manera en la que nos tratan".[49] Con seguridad podemos asumir

que esta especie de "ingratitud" escondida también existió entre muchos esclavos romanos.

El "esclavo fiel" fue el tema favorito entre los escritores antiguos, la mayoría de los cuales tenían esclavos. Tanto Valerio como Apiano cuentan cierto número de historias de esclavos que mostraron una devoción extraordinaria por sus amos.[50] No hay duda que pudieron florecer grandes amistades entre amo y esclavo. Cautivos vulnerables, arrancados de su tierra y de su hogar, a veces buscarían la supervivencia y la seguridad arrimándose emocionalmente a aquellos que tenían el poder sobre su vida y su muerte. Pero no debemos dejarnos engañar por eso. Los dueños de esclavos romanos, como los americanos del Sur anterior a la guerra, vivieron con el temor constante de que sus "fieles esclavos" fueran capaces de sublevarse y masacrar a sus señores. En palabras de Plinio el joven, los dueños de esclavos estaban permanentemente expuestos a "peligros, atropellos e insultos... Ningún señor podía sentirse seguro por ser amable y considerado: porque es su brutalidad, y no su capacidad de razonamiento, la que conduce a los esclavos a matar a sus dueños".[51] He aquí un proverbio romano, "Cien esclavos, cien enemigos".

El punto de vista de Panglossian sobre el cautiverio benigno ignora la inhumanidad inherente a la servidumbre forzosa. Los esclavos tienen que someterse a sus amos y a todos los otros superiores. Fueron criaturas marginadas a las que a menudo se les negó el más elemental vínculo social. Sufrieron una casi total carencia de control sobre su trabajo, sus personas y en la mayoría de los casos su propia personalidad. Los mismos esclavos –no la fuerza de su trabajo– fueron mercancías.[52] Posiblemente sin pensar en su delicioso Sositeo, Cicerón lo dejó perfectamente claro cuando señaló que era preferible para aligerar un barco ante una emergencia arrojar por la borda a un esclavo viejo que a un buen caballo. Y Catón el viejo aconseja a sus lectores vender a sus esclavos viejos o enfermos junto con sus animales viejos o enfermos "así como todo lo demás que sea super-

fluo".[53] De ese modo el poseedor de esclavos está encerrado en la esencia ineludible de la esclavitud: La explotación degradante de un ser humano de forma que otro pueda conseguir el confort y las ventajas que la riqueza puede conferir. Por último, lo mismo puede decirse de todas las relaciones de explotación de clase perpetradas por los que acumulan riqueza para sí mismos a costa de mantener a otros en la pobreza.

3

UNA REPÚBLICA PARA UNOS POCOS

Siempre se dirá de nosotros
Que fuimos los hombres que dieron la libertad a su país.

Julio César, acto III, escena 1.

Dice la leyenda que Roma fue fundada en el año 753 a. de C. y se llamó así por su primer monarca, Rómulo. A principios del siglo VI a. de C. reinaron en la ciudad una serie de reyes etruscos. Detestada por la gente corriente a causa de su régimen explotador, la monarquía fue derrocada alrededor de los años 510-509 a. de C. y se proclamó la república. El mando ejecutivo pasó a una pareja de cónsules, elegidos por un año y sujetos cada uno de ellos al veto del otro. Los cónsules siguieron siendo los más altos magistrados de la república a lo largo de toda su existencia. Imponían los tributos y comandaban los ejércitos de Roma, dictaban las leyes, concedían audiencias a las delegaciones extranjeras y presidían el Senado y las asambleas populares.[1]

Pronto la sociedad romana estuvo marcadamente dividida entre una aristocracia asentada de patricios y una masa de gente corriente llamados plebeyos. Solo los patricios podían pertenecer al Senado u ocupar los pues-

tos gubernamentales y religiosos importantes. Durante el siglo IV a. de C. algunas de las familias plebeyas más ricas consiguieron el acceso a puestos oficiales superiores, ganando su acceso al Senado y entrando en la nobleza hasta llegar al consulado. Hacia la mitad del siglo III a. de C. plebeyos y patricios consiguieron el derecho a casarse entre ellos y los elementos más ricos de ambos grupos se fundieron en la aristocracia.[2]

La República fue también un imperio. Durante los siglos III y IV Roma se embarcó en una serie de conquistas y alianzas que extendieron su dominio por la mayoría de la península italiana. Con la derrota de su principal rival comercial, Cartago, en lo que se conoció como la Primera Guerra Púnica (264-261 a. de C.), Roma tomó el control de Sicilia, Cerdeña y Córcega. En la Segunda Guerra Púnica (218-202 a. de C.), el general cartaginés Aníbal se lanzó a su famosa invasión de Italia, cruzando los Alpes cubiertos de nieve con su ejército y una tropa de elefantes. Aníbal marchó hacia el sur por la península destruyendo dos ejércitos romanos a su paso, sufriendo un desgaste que al final le llevó a la derrota.[3] Roma expulsó a los cartagineses de España, convirtiendo la mayor parte de la península ibérica en provincia romana.

En 146 a. de C., después de medio siglo de paz, Roma atacó y destruyó la propia Cartago transformando ese territorio en una provincia colonial llamada África (que coincidía más o menos con lo que hoy día es Túnez). Al contrario del mito popular, los invasores no derramaron sal y cal sobre la tierra para dejarla estéril para siempre. Cartago volvió finalmente a florecer, pero como una provincia romana.

Los imperialistas romanos se movieron entonces hacia el este para pescar en aguas turbulentas, interviniendo para ayudar a Grecia que estaba amenazada por los ejércitos sirios y macedonios. Después de vencer todas estas amenazas Roma subyugó a los propios griegos, unificando sus nume-

rosas ciudades en una sola provincia. Al final del siglo II a. de C. Roma era la señora suprema del Mediterráneo.

Al igual que otros poderes imperiales antes y después del suyo, el imperio romano supuso una inmensa riqueza para su clase dirigente e impuso pesadas cargas a su ciudadanía común. La aristocracia mantuvo una política de estado de guerra casi continuo. La guerra ofrecía oportunidades de saquear el tesoro de otros países y aprovecharse de las tierras deprimidas de la propia Italia. Muchos pequeños propietarios de tierras, el principal sostén de la infantería romana, cayeron en las batallas. Muchos más tuvieron que servir en el ejército durante largo tiempo, lo que les incapacitó para atender sus granjas. Los inversores ricos compraron estas propiedades por una miseria. La guerra también supuso un enorme suministro de esclavos cautivos, que cultivaron estas tierras recientemente adquiridas.

El *ager publicus*, las fértiles tierras de propiedad pública al sur y al este de Roma, habían sido trabajadas durante generaciones por colectivos de pequeños granjeros que pagaban una renta modesta al tesoro del estado. Estos colectivos, formados por trabajadores libres, habían producido lo suficiente para abastecer a la ciudad entera. Que Roma pudiera ser alimentada por granjeros corrientes, sin un penique de beneficio para los ricos, era más de lo que esos ricos estaban dispuestos a tolerar. Para proteger a los pequeños granjeros se aprobó una ley que prohibía que cualquier individuo poseyera más de 500 *iugera* (unos 300 acres). "Durante un tiempo", escribe Plutarco, "esta ley frenó la codicia de los ricos y ayudó a los pobres... Pero después los hombres ricos, usando nombres de inquilinos ficticios, se las ingeniaron para transferirse a sí mismos muchas de estas propiedades, y al final tomaron posesión abiertamente de la mayor parte de la tierra a su nombre verdadero".[4]

En el siglo II a. de C., a través de una combinación de compras oportunistas y pura violencia, unos pocos ricos sacaron del *ager publicus* vastas extensiones de terreno para sí mismos, a las cuales no tenían ningún derecho, excepto el que imponían su dinero y sus asesinos a sueldo. En su momento las leyes se cambiaron para permitir la concentración ilimitada de tierras públicas y privadas en una sola mano.[5] Como informa Apiano, "los poderosos [terratenientes] se hicieron extremadamente ricos, y el número de esclavos en el país alcanzó grandes proporciones. Mientras tanto el pueblo italiano sufría despoblación y carencia de hombres, esquilmado por la pobreza, los impuestos y el servicio militar".[6]

Los granjeros desposeídos emigraron a las ciudades y provincias, donde se unieron a las filas del proletariado, sirviendo como mano de obra barata y contribuyendo al crecimiento de los nuevos mercados urbanos y a la congestión de las ciudades. Algunos permanecieron en el campo, viviendo como intermediarios sin tierra.[7]

La minería a gran escala y la agricultura estaban dominadas, entonces y ahora, por ricos propietarios cuya primera preocupación era maximizar beneficios, sin preocuparse por el agotamiento de los trabajadores o de la tierra. Como observó Plinio el viejo, los hombres acumularon implacablemente propiedades en tierras y las sondearon "cavando las venas de oro y plata y las minas de cobre y plomo; hay pozos enormemente profundos para buscar gemas y otras piedras preciosas. ¡Entramos en las entrañas de la tierra en busca de una joya que simplemente adorna un dedo! ¡Cuántas manos tienen que encallecer y caer de fatiga para que pueda resplandecer un solo dedo!... Este camino solo conduce al crimen, la matanza y la guerra..."[8]

Con otro toque de sabiduría, Plinio continúa: si la comparamos con todo el universo, la tierra sólo es "un pequeño punto", sin embargo "aquí estamos anhelando posiciones de poder y codiciando riquezas y arrojando

al género humano a una vorágine". Aquí estamos originando "guerras civiles y luchando unos contra otros para hacer nuestra tierra más espaciosa... Expulsamos a nuestro vecino para añadir un pedazo de césped a nuestra propiedad, robándole –a él, que a su vez ha extendido sus fronteras desterrando a sus vecinos para conseguir más de lo que puede disfrutar– ¿qué pequeña fracción de la superficie de la tierra? ¿Qué porción de esa tierra podrá retener cada uno cuando esté muerto?"[9]

La estructura política de la República no estaba construida del todo conforme a un diseño racional. Surgió de un conflicto prolongado entre la ciudadanía y la aristocracia, una mezcla mal construida de protecciones populares y atrincheramiento de la élite. Menos de dos décadas después de que fueran expulsados los reyes el pueblo empezó a luchar, lo que duraría 200 años, para conseguir el derecho a las elecciones populares y a la asamblea legislativa. Los plebeyos se manifestaron y se amotinaron, embarcándose en acciones de huelgas bien organizadas o "secesiones" cuando se les llamó para servir como soldados. La democracia, una maravillosa invención del pueblo a lo largo de la historia para defenderse del poder de los ricos, tuvo sus tenues raíces en la antigua Roma.

Sin embargo, como democracia, Roma dejó mucho que desear. En el Foro, en la plaza del mercado y en la plaza abierta de la ciudad, los candidatos y la gente corriente podían reunirse en grupos informales, extendiéndose en temas diversos. Pero los debates formales ante la asamblea completa estaban limitados a aquellos a los que se invitaba a hablar por parte del magistrado convocante. Los ciudadanos corrientes no podían participar directamente, excepto para aplaudir ocasionalmente, aclamar o gritar. Y los ciudadanos sólo podían votar "sí" o "no" sobre propuestas remitidas por uno de los magistrados, sin derecho a enmendar ninguna cláusula.

Careciendo de un sistema representativo, las asambleas estaban abiertas a todos los ciudadanos. En la práctica solo una proporción relativamente pequeña de la población elegible podía acomodarse en los locales al aire libre, generalmente los más prósperos y que por tanto tenían más tiempo y medios para poder asistir. Sin embargo la plebe y, en mucho menor grado, incluso los extranjeros y los esclavos a veces hacían sentir su presencia. En la Asamblea Centuriada (*comitia centuriata*), que elegía a los cónsules y pretores, las votaciones tenían lugar por bloques unitarios organizados alrededor de las agrupaciones militares tradicionales, que estaban fuertemente manipuladas por las clases altas. Más democrática era la Asamblea Tribal del Pueblo (*comitia tributa*), en la que cada grupo tribal de familias votaba como una unidad. Sin embargo en ella tenían más peso los votantes rurales que los proletarios. Los reformadores como los hermanos Graco y Julio César normalmente preferían la Asamblea Tribal a la Asamblea Centuriada cuando intentaban que se aprobaran reformas legislativas.[10] Con la suficiente unidad y la movilización de las masas, los habitantes pobres de la ciudad, aliados con los votantes de los distritos de fuera, podían aprobar medidas a las que se opusiera la facción aristocrática dominante del Senado.

Los diversos magistrados (cónsules, pretores, ediles y cuestores) eran elegidos por las asambleas.[11] Para ser elegido para cualquiera de estas cuatro altas magistraturas era necesario ser miembro del Senado. El cargo oficial más cercano a una democracia popular era el de Tribuno del Pueblo, creado después de décadas de agitación popular y amenazas de secesión armada. Diez tribunos elegidos cada año por las asambleas actuaban como protectores de los derechos populares. Podían vetar leyes e incluso decretos senatoriales. Finalmente se ganaron el derecho a remitir ellos mismos leyes y demandar a los funcionarios que no se comportaban bien. Había que ser de linaje plebeyo para poder aspirar a ser tribuno, uno de los pocos ejemplos en la Última República en que prevalecía el plebeyo sobre el patricio.

Un tribuno que se ganara la confianza de la élite senatorial podía a veces contar con su apoyo para llegar a ser cuestor. Si salía victorioso, se ganaba su admisión al Senado. La posibilidad de ese prestigioso ascenso podía deteriorar el empuje democrático de muchos tribunos. Además las propuestas de un tribuno podían ser vetadas por cualquiera de los otros nueve, lo que podía minar los esfuerzos de cualquier innovador. En el siglo II a. de C. –a pesar de momentos excepcionales de independencia– los tribunos eran tan defensores del pueblo como meros instrumentos del Senado.[12] Los miembros del Senado (si tenían ascendencia plebeya), podían paralizar nombramientos de tribuno siendo elegidos tribunos ellos mismos, como hizo el conservador Catón. Sin embargo el tribunado era muy valorado por la gente corriente, que lo consideraba una protección clave para las libertades republicanas.

De ordinario se presentaban a las elecciones candidatos que o eran ricos ellos mismos o eran partidarios de los ricos. Los que poseían una bolsa modesta tenían una posibilidad mínima de ser elegidos. El soborno y la compra de votos eran algo común. Raramente los candidatos tenían programas perceptibles. Para distinguirse de sus oponentes un candidato ponía énfasis en su integridad personal y su liderazgo, el prestigio del nombre de su familia, su relación con personalidades importantes del momento, su servicio público y su heroico historial de guerra, prevaleciendo el estilo sobre el fondo y la sustancia, algo que los votantes de hoy día pueden encontrar familiar.[13]

En suma, el sistema político romano permitía que la minoría rica prevaleciera en la mayoría de los casos.[14] Un historiador no encuentra en esto nada incorrecto: "Realmente había alguna justicia en un sistema que hacía que aquellos que soportaban la carga principal de la lucha y la financiación de las guerras, también tuvieran la voz principal a la hora de dirigir los destinos de la ciudad".[15] De hecho los ricos no soportaban la carga principal de la lucha. Las tareas peligrosas recaían sobre los hombros de los

granjeros y los ciudadanos, y en último caso sobre el proletariado. El rico soportaba gran parte de las cargas financieras de la guerra, a menudo usando fondos propios para formar ejércitos. Pero normalmente estaba bien recompensado embolsándose la parte del león de los botines de guerra.

Más que contribuir al bien común los ricos se alimentaban de él. Evitaban pagar rentas por las tierras públicas que ellos o sus familiares habían expropiado. La esposa aristocrática de Cicerón, por ejemplo, no pagaba impuestos ni tasas por las tierras de bosques, cuya madera explotaba para su exclusivo beneficio personal.[16] Los senadores no pagaban impuestos y muy pocas otras tasas. El dinero que le prestaban al estado les era devuelto con intereses de los fondos que el propio estado conseguía, cargando a su vez menos impuestos a los ricos tanto en la ciudad como en el exterior. Este sistema de financiar el déficit –tomando dinero prestado de los ricos y devolviéndoselo con los impuestos de los pobres– suponía una redistribución de la renta muy en línea con la que practican los gobiernos endeudados de hoy día, incluido el nuestro.

El cuerpo de gobierno más poderoso era el Senado Romano. Formado por varios cientos de hombres de gran riqueza, que habían desempeñado, o continuaban haciéndolo, las magistraturas del estado, el Senado determinaba la política exterior, nombraba a los gobernadores provinciales y controlaba el erario de la República. La aprobación del Senado era necesaria para la mayoría de las medidas antes de que fueran remitidas a las asambleas. El Senado controlaba el reclutamiento de las unidades militares y el nombramiento de los altos oficiales del ejército. Y tomaba decisiones sobre la guerra y la paz, después de una consulta formal con las asambleas populares.

Dentro del propio Senado había un círculo de nobles *(nobiles)* que ejercían la influencia y el control sobre la elección de los principales magis-

trados, especialmente los cónsules y pretores, que ostentaban el poder ejecutivo y militar, y los censores, que supervisaban la moral pública y las listas de votantes. Los candidatos de familias de renombre senatorial generalmente conseguían las más altas magistraturas. La mayor parte del tiempo "veinte o treinta hombres de una docena de familias" mantenían casi "un monopolio del poder".[17] Por ejemplo, siete Metelos consiguieron el consulado en un plazo de quince años.

Las desigualdades prevalecían dentro del propio Senado. Ningún senador podía hablar a menos que se lo permitiera el cónsul que presidía, y los de rango consular (la nobleza) siempre eran invitados a hablar primero, a menudo dejando poco tiempo a los senadores de menor importancia. Salustio, que era un recién llegado de bajo rango senatorial, se quejaba de que gobernaba una pequeña facción de senadores, "dando y recibiendo a su antojo, oprimiendo al inocente y distribuyendo honores entre sus seguidores; aunque no haya maldad o deshonestidad, esto es un obstáculo para lograr un nombramiento. Si les parece conveniente embargan o devuelven sin encomendarse a nadie, actuando tan arbitrariamente como los vencedores en una ciudad conquistada".[18]

Los nobles mantenían su influencia principalmente con su dinero, su prestigio social y la protección y patronazgo que extendían a sus seguidores o clientes (*clientela*), junto con las amenazas o medidas de fuerza que podían emplear. Cuando la necesidad lo recomendaba, usaban su clientela como votantes, agitadores o cuadros armados. El sistema relacionaba así parte de la clase baja con los ricos. Los patrones influyentes pasaban gran parte de la mañana en casa recibiendo a multitud de seguidores que venían a presionar por un favor, pasar una información útil, recibir un encargo, dar sus respetos o asegurarse un poco de dinero o comida. Como señala Max Weber, el patronazgo creaba relaciones de dependencia personal que proporcionaban a la vida política romana sus ejércitos privados y desembocaban en una relación casi feudal.[19]

En el siglo II a. de C. los nobles del Senado empezaron a dividirse en dos grupos, el más grande de los cuales se llamó a sí mismo el de los *optimates* ("mejores hombres"), que se dedicó a mantener las prerrogativas político-económicas de los nobles. Cicerón describe a los *optimates* como "los hombres principales y los salvadores del estado".[20] La facción más pequeña, conocida como los *populares* o "demagogos" por sus oponentes, eran reformadores que estuvieron al lado de la gente corriente en varios temas. Julio César está considerado el líder de los populares y el último de una serie que surgió entre los años 133 y 44 a. de C.

Los *optimates* a veces encontraban oposición dentro del propio Senado y no precisamente por parte del grupo más pequeño de los *populares*. Asconio señala que los *optimates* se opusieron a un requerimiento de quórum porque la abaja asistencia al Senado les permitía sacar adelante más fácilmente las votaciones.[21] Brunt cree que muchos senadores, incluso una mayoría, estaban abiertos a un compromiso con César, pero fueron intimidados e incluso en cierta manera obligados por los líderes del Senado.[22]

La simpatía por los *optimates* es parte de una larga tradición. Tácito, que también era senador, describe a los oligarcas del Senado que asesinaron a César y lucharon contra Octavio y Marco Antonio como "los más ardientes patriotas" y "el último ejército de la República".[23] Cuatro siglos más tarde, San Agustín escribiría que los asesinos eran "un grupo de nobles senadores que conspiraron para defender la libertad de la República".[24] Y en el siglo XVIII, Gibbon vio a los oligarcas como "republicanos de espíritu y capacidad que perecieron en el campo de batalla".[25]

Muchos historiadores actuales también miran con un entusiasmo sin disimulos a esta República para unos pocos. Dickinson se entusiasma con el constitucionalismo de Roma sin mencionar su acentuada desigualdad económica o sus características políticas antidemocráticas. Grant nos hace

creer que los candidatos senatoriales al consulado "poseían la educación heredada de su clase, que frecuentemente suponía... una actitud de sacrificio sin egoísmos por las necesidades de la comunidad". Robinson colma de alabanzas a las élites senatoriales que engendraron una marcada tradición de subordinación de sus ambiciones al bien común. Y Scullard nos asegura que la constitución romana –una mezcla "equilibrada" de los poderes de la realeza, la aristocracia y la democracia, representados respectivamente por los cónsules, el Senado y las asambleas– nunca fue amenazada seriamente por la enorme influencia del Senado. Ese órgano augusto "lo formaban los hombres que poseían la más grande experiencia administrativa y la mayor sabiduría política".[26]

La práctica de alabar una constitución "equilibrada" como el instrumento más estable y adecuado del gobierno viene de tiempos antiguos. Refiriéndose a las tres formas de gobierno: "monarquía, aristocracia y democracia", Polibio argumenta, "está claro que deberíamos considerar la *mejor* constitución una que incluya elementos de los tres sistemas..."[27] Cicerón está de acuerdo, favoreciendo una que incluya los tres, aunque aparentemente no todos con igual peso.[28] Realmente no está claro lo que aquí quiere decir la etiqueta "igual", dada la contradicción y antagonismo inherentes a estos sistemas. Se ha presumido durante mucho tiempo que la diversidad constitucional da un resultado óptimo. En realidad crea un sistema de impedimentos que hace de la reforma popular algo casi imposible.

Lo mismo que Polibio y Cicerón pensaba Aristóteles y también los redactores de la Constitución de los Estados Unidos en 1787 (que estaban influenciados fuertemente por la lectura de los clásicos y por sus propias preocupaciones de clase rica), y todos han estado preocupados por las amenazas a las fuerzas democráticas y la necesidad de una constitución "mezclada" que permita sólo una participación limitada a la gente y un papel dominante a la élite del poder ejecutivo.[29] Esas mismas preocupaciones

predominaron entre los que desarrollaron la constitución de la Rusia capitalista de hoy. Esa ha sido la verdadera naturaleza de la constitución mixta. Diluir el poder democrático con una mezcla preponderantemente antidemocrática no crea un "equilibrio" y una "estabilidad" admirables. En la práctica real la diversidad de formas a menudo ha sido un subterfugio, permitiendo una aparente participación popular para prestar legitimidad al dominio oligárquico.

Desgraciadamente muchos historiadores clásicos se sienten menos incómodos con la plutocracia senatorial que con el igualitarismo proletario. Su temor es que el pueblo y sus líderes demagógicos son dados a cometer "excesos democráticos", una preocupación que nos viene al menos desde Platón. Theodore Mommsen, por ejemplo, no puede contener su disgusto por los reformadores radicales de la Última República, como el pretor Marco Celio Rufo, un aristócrata que en el año 48 a. de C. lanzó una campaña para cancelar las deudas y liberar a los esclavos. Rufo fue acusado de planear apoderarse de la ciudad de Capua con esclavos armados. Al año siguiente el tribuno Publio Dolabela y otros incitaron a la lucha callejera contra los rentistas y los que reclamaban deudas. Para Mommsen tanto Rufo como Dolabela fueron "locos" y "comunistas de aquel tiempo", instigadores de la chusma que no estaban envueltos en la actividad política, sino en una guerra de bandidaje contra la propiedad".[30]

La multitud impetuosa, se nos dice, necesita el freno de la probidad y la moderación de la aristocracia, ingredientes que existen más en la imaginación de algunos comentaristas que en la realidad de la historia. No es cuestión de negar que los oligarcas del Senado se preocuparan por preservar las reglas de la ley, pero siempre que sirvieran a los intereses de los ricos, impidiendo a los reformadores que intentaran una modesta redistribución de la renta y los privilegios. En la práctica constitucional romana no había nada que evitara que el Senado aprobase un decreto si así lo deseaba. Los nobles protegían la constitución –no escrita y basada en la cos-

tumbre y en la práctica– mientras fortaleciera la oligarquía. Era *su* constitución, *su* ley y realmente *su* República, hecha para acomodarse a las "sagradas tradiciones", incluyendo, sobre todo, sus intereses de clase. Este punto suelen evitarlo los que aclaman a los aristócratas senadores como defensores de las virtudes republicanas.

4

"DEMAGOGOS" Y ESCUADRONES DE LA MUERTE

> Presentadme en un ojo el honor y en el otro la muerte.
> *Julio César*, acto I, escena 2.

A través de las épocas, manteniendo sus inclinaciones ideológicas, los caballeros historiadores han tendido a tratar a los *populari*s de la República de Roma como demagogos dedicados a su propio engrandecimiento que se enfrentaban a los principios constitucionales, usurpando el dominio del Senado. Entre los primeros en dar esta imagen de la historia está Cicerón, que acusó a los agitadores populares de estar psicológicamente desequilibrados y que "mostrando una especie de locura revolucionaria innata causaron el desorden civil y la sedición". Son "imprudentes y desenfrenados", llenos de "propósitos viciosos" y con "una disposición natural que les incita contra el estado".[1] En nuestra propia época, historiadores como P.A. Brunt nos dicen: "La estructura establecida [de Roma] sólo estaba amenazada por agitadores que a menudo o siempre eran aventureros guiados por su propio interés..."[2]

Uno de los más prominentes entre esos "agitadores" fue Tiberio Graco, un hombre de cuna aristocrática y fuertes inclinaciones democráticas. Más

de tres décadas antes de que naciera Julio César, Tiberio hizo frente a algunas de las aflicciones que acosaban a Roma e Italia, la más sangrante de las cuales era la necesidad de una distribución más equitativa de la tierra. Elegido como tribuno en el año 133 a. de C., Tiberio Graco movilizó a la gente de dentro y fuera de la ciudad para que se aprobase su *lex agraria*, destinada a revivir la letra muerta de la ley del año 367 a. de C., que limitaba la cantidad de tierra pública que podía asignarse a un solo individuo. La gran superficie expropiada por grandes propietarios debía ser redistribuida a los pobres por parte de tres comisionados elegidos.[3]

Para desarrollar su ley Tiberio consultó a un cierto número de ciudadanos eminentes incluidos magistrados y antiguos magistrados. Los ricos, que merecían ser penalizados por sus delitos asociados a la rapiña de la tierra, sólo estaban obligados a dejar lo que habían conseguido ilegalmente en las manos de quienes necesitaban más la tierra. "Y por ello serían recompensados. Seguramente muchos estarían de acuerdo en que no había ninguna ley dirigida contra la injusticia y la avaricia que tuviera unos términos más suaves y conciliatorios", argumenta Plutarco de una forma sorprendentemente benévola. La tierra sería devuelta a precio de mercado por aquellos que la habían usurpado. "Aunque este acto de restitución manifestaba un trato muy suave con los que habían obrado mal, la gente corriente estaba contenta de olvidar el pasado mientras se les asegurara la protección contra futuras injusticias". Sin embargo los ricos propietarios detestaron la *lex agraria* y odiaron a Tiberio por proponerla, continúa Plutarco. Hicieron todo lo posible por poner al pueblo contra la ley, alegando que el verdadero intento de Tiberio era fomentar la revolución, imponer su voluntad autocrática y socavar los fundamentos de la República.[4] Esos mismos cargos se esgrimieron contra César un siglo más tarde.

Han llegado hasta nosotros algunos fragmentos del discurso de Tiberio al presentar su *lex agraria*. Con amarga elocuencia describe la situación de las gentes sin tierra, muchos de los cuales eran veteranos del ejército: "De-

sarraigados y sin hogar, tienen que coger a sus mujeres y familias y recorrer las calles como mendigos... Luchan y caen sin otro objetivo que multiplicar las posesiones y el confort de los ricos. Se les llama señores del mundo, pero no poseen ni un ápice de tierra que sea realmente suyo".[5] Estos sentimientos de conciencia de clase, expresados ante una asamblea de la plebe, alimentaron el rencor de los oligarcas. "La conspiración que se organizó contra Tiberio parece que tuvo sus orígenes en el odio y la malevolencia de los ricos más que en las excusas que éstos dieron para sus acciones", escribe Plutarco, que describe a Tiberio Graco como alguien que escogía sus palabras con cuidado, mientras apelaba al sentido de compasión de los hombres.[6]

La mayoría de otros historiadores tienen un punto de vista diferente. Dión Casio ve a Tiberio como "separándose de lo que era mejor" (su prominente familia y su buena educación) para derivar "en lo peor, perturbando las costumbres establecidas", y haciendo "cualquier afirmación o promesa sin importarle a quién".[7] Una cohorte de intelectuales posteriores está de acuerdo, proclamando que Graco "le hizo un daño indecible a la República", fue "arbitrario", "imprudente", "santurrón", "inmerso en procedimientos ilegales" e "innecesariamente provocativo y de mal juicio".[8]

¿Cuáles eran exactamente las imprudencias y métodos ilegales de Tiberio Graco? En vez de presentar su ley de reforma de la tierra ante el Senado, que estaba poco dispuesto a considerarla, escogió un sistema más democrático establecido cientos de años antes, aunque invocado raras veces desde entonces. Llevó la ley directamente ante la Asamblea Tribal del Pueblo, que estaba formada a lo largo y a lo ancho por plebeyos, con lo que se anticipaba al rechazo. La ley se aprobó, pero fue vetada inesperadamente por otro tribuno, Marco Octavio, aliado del grupo de los *optimates*. Este comportamiento presumiblemente era anticonstitucional, ya que el veto de un tribuno se suponía que era para intentar proteger a la ciudada-

nía contra la tiranía oficial y no para ahogar la voz del pueblo en temas importantes.[9]

Por consejo de algunos ciudadanos importantes, Tiberio llevó la disputa sobre el veto de Octavio al Senado, "donde fue tratado con desprecio por los ricos", de acuerdo con Apiano, lo que le hizo volver rápidamente al Foro. Allí propuso que Octavio fuera desposeído. A decir verdad un tribuno era inviolable, porque estaba considerado un protector del pueblo. "Pero si un tribuno se aparta de su deber, oprime al pueblo, cercena sus poderes y anula su derecho a votar", argumentó Graco, "sus propias acciones deben privarle de su honorable oficio porque no cumple las condiciones para las que fue elegido". Tiberio ganó de forma abrumadora los votos de las tribus y Octavio fue destituido de su cargo, con lo que se pudo aprobar la *lex agraria*.[10]

Tiberio propuso otras reformas. Quiso reducir el período de servicio militar (en aquellos tiempos desde los diecisiete a los cuarenta y seis años), darle al pueblo el derecho a apelar sentencias y permitir a los ecuestres que formaran parte de jurados hasta ese momento compuestos exclusivamente por senadores. Después de señalar estos esfuerzos, Plutarco nos sigue hablando de su punto de vista, por otra parte amable, sobre Graco y concluye: "En resumen, el programa de Tiberio estaba diseñado para reducir el poder del Senado en cualquier forma posible, y estaba inspirado en la rabia y en temas políticos de partido más que en consideraciones de justicia y bien común".[11]

Poco después de aprobarse la *lex agraria* un rey asiático legó su reino y todos sus bienes al estado romano. Tiberio propuso que algunas de estas ganancias inesperadas se utilizaran como capital inicial para los granjeros necesitados a los que se habían adjudicado parcelas bajo la nueva ley. Esto incurre en la desaprobación de historiadores de los últimos tiempos. Para Mommsen su idea fue equivalente a "descomponer las finanzas públicas".

Para Handford fue "una usurpación seria del control indiscutible que el Senado tenía sobre los asuntos financieros y extranjeros".[12]

Tiberio después se presentó a la reelección para un segundo mandato. Como funcionarios del estado los magistrados superiores tenían prohibida la reelección inmediata para el mismo cargo, pero el tribunado era un cargo de la plebe. La intención de Tiberio ni era ilegal ni carecía de precedentes. Sin embargo esta actitud ha sido condenada rotundamente por historiadores modernos por "carecer de tacto y ser provocativa", sintomática del "populacho", "transgredir las costumbres tradicionales" y mostrar una "indudable precipitación y estupidez".[13]

La *lex agraria* de Tiberio Graco les habría dado a miles de familias desarraigadas la posibilidad de trabajar la tierra, facilitando por tanto la descongestión de Roma. Habría revertido la despoblación del campo italiano y creado un buen número de agricultores. Haciendo frente al movimiento popular contra la usurpación ilegal de la tierra, los oligarcas no tenían fácil atacar la ley de Tiberio. Así que atacaron al propio Tiberio. Aprovecharon cualquier oportunidad para denunciarle como demagogo y tirano que intentaba coronarse rey. Le privaron de los fondos suficientes para administrar el programa de reforma de la tierra. El principal promotor de estas afrentas fue Publio Nasica, uno de los mayores propietarios de tierra pública, que estaba resentido amargamente por haberse visto obligado a entregar algo del *ager publicus* y que, como escribe Plutarco, "se abandonó completamente a su odio por Tiberio".[14] Habiéndose apropiado del *ager publicus* para sí mismos, los grandes propietarios estaban convencidos de que les pertenecía con todo derecho.

Tiberio temía ser asesinado a causa de sus esfuerzos reformistas. Su miedo probó tener una buena base. Cuando la Asamblea Tribal se reunió para votar la reelección de Tiberio, Nasica, con otros senadores y un gran

grupo de desalmados pagados se presentó en la reunión y le mató juntamente con otros 300 de sus seguidores, ninguno de los cuales llevaba armas. Cuando Mommsen escribe que Graco tenía "un cuerpo de guardia de hampones de los barrios bajos", se refiere a este grupo de romanos completamente desarmados que estaban con Tiberio y dieron sus vidas por defender las reformas igualitarias.[15]

La gente corriente sufrió amargamente con estos asesinatos y habló abiertamente de venganza. Cuando encontraron a Nasica, escribe Plutarco, "no intentaron esconder su odio, sino que le gritaron salvajemente, llamándole maldito y tirano", que había asesinado a "una persona sagrada e inviolable". Temiendo por la seguridad de Nasica el Senado votó enviarle a Asia, aunque no había ninguna necesidad de él allí. Nasica partió de Italia clandestinamente aunque era sumo sacerdote de Roma *(pontifex maximus)*. Vagó de forma ignominiosa por tierras extranjeras durante un breve período y después se marchó a vivir a Pérgamo (en la costa del Egeo, donde hoy día está Turquía).[16]

Recurriendo a una anécdota improbable, Lucio Anneo Floro condona el asesinato de Tiberio. Nos cuenta que el tribuno huyó al Capitolio perseguido por sus atacantes. Allí exhortó al pueblo para que le salvara la vida, pero se tocó la cabeza con una mano sugiriendo que "estaba pidiendo una diadema real". Este gesto indignó a la multitud que entonces tomó las armas para unirse a los que querían matar a Tiberio "con aparente justicia".[17] Que Tiberio estuviera pidiendo una corona mientras era perseguido por una banda de asesinos, y que su auditorio de simpatizantes se volviera en armas contra él de repente porque se tocó la cabeza, le parece a Floro algo perfectamente aceptable.

Ha sido una práctica frecuente culpar de "imprudentes" y "provocativos" a los reformadores por la violencia que han padecido por parte de las

fuerzas reaccionarias. Hablando por un cierto número de historiadores modernos, Andrew Lintott dice que la hostilidad de los que atacaron a Tiberio Graco "no estaba inspirada propiamente por la ley sobre la tierra, sino por las tácticas que Graco empleó".[18] Cyril Robinson echa la culpa de la hecatombe del año 133 a. de C. a sus víctimas, refiriéndose a "las tácticas temerarias e irregulares de los demócratas seguidores de Graco". La violencia civil que trajo consigo la muerte de Tiberio es algo "de lo cual al menos parcialmente él comparte la culpa".[19] Scullard va más allá: los oligarcas, los propios asesinos, no son los culpables en absoluto. Los "prudentes" senadores se vieron forzados a enfrentarse a un reformador demasiado celoso". "La chusma urbana que irrumpió en la asamblea de Roma... se estaba convirtiendo en algo cada vez más irresponsable y menos representativo de la necesidades del pueblo como un todo", persiguiendo "el mandato de la chusma o la dictadura".[20]

Estos críticos no nos cuentan qué programa reformador podría haber intentado Tiberio que no hubiera incurrido en la ira de los ricos terratenientes. Incluso si hubiera seguido el trámite tradicional, dejando la *lex agraria* en las delicadas manos del Senado y hubiera empleado la mayor delicadeza y moderación, los grandes propietarios siempre hubieran rechazado la medida. Precisamente la ley de Tiberio era de lo más generosa, ofreciendo una compensación inmerecida a los ricos, inmerecida porque ellos nunca habían pagado por las tierras que habían usurpado años antes, ni por los daños que habían infringido a los pequeños propietarios de aquel tiempo.

La verdad es que el pecado de Tiberio fue más sustantivo que de estilo. No fue que no se ajustara estrechamente a la práctica establecida. El propio Senado a menudo se apartaba de sus propios procedimientos constitucionales cuando se lo dictaba la conveniencia, como cuando lanzó el asalto armado para masacrar a Tiberio y a cientos de sus seguidores. Fue que intentó revertir la ascendente redistribución de la riqueza. Tuvo la

audacia de defender reformas que dieran algo a los pobres afectando a la rapacidad de los ricos.

Después del asesinato de Tiberio Graco el Senado dudó si abolir o no la comisión de tres personas a cargo de la reforma de la tierra. "Por temor a la multitud", como dice Plutarco, los nobles permitieron que continuara la redistribución de las tierras públicas.[21] Pero se las apañaron para socavar los trabajos de la comisión. En el año 129 había habido numerosos casos de disputas que se les escapaban de las manos y tenían que remitir a los cónsules, cuyas frecuentes y deliberadas ausencias impedían el desarrollo del programa. En su momento la reforma de la tierra fue totalmente olvidada.

Considerado entre los más grandes de los populares, quizá el segundo después de Julio César, estuvo el hermano menor de Tiberio, Gayo Graco. Conociendo el destino de su hermano, Gayo estaba poco dispuesto a optar a un cargo público. Su madre, Cornelia, una mujer de cierta notoriedad, le pidió que se apartara de los peligros de la vida pública para poder poner algún sosiego a su dolor: "Tú... el único superviviente de todos los hijos que he tenido... preséntate al tribunado una vez que yo haya muerto... cuando yo ya no pueda saberlo".[22] Pero Gayo encontró imposible resistirse a los ruegos de los que deseaban la reforma. Finalmente surgió como un orador fiero y elocuente, uno de los oradores más grandes que produjo Roma. Contra la oposición combinada de todos los nobles distinguidos fue elegido tribuno en el año 123 a. de C.

Al asumir el cargo se embarcó en un extenso programa de reformas que incluía la redistribución de las tierras públicas a los indigentes, la construcción de carreteras en los distritos más fértiles para que la agricultura italiana pudiera avanzar, la venta de grano a los pobres a precio reducido, el acortamiento del servicio militar y la ropa gratis para los soldados. Gayo

también defendió la garantía de los derechos de voto a los aliados de los romanos para que pudieran vivir como ciudadanos y no como objetos. Puso a los ecuestres a formar los tribunales, rompiendo de ese modo el privilegio monopolístico del Senado para ser jurados en los casos criminales. Y propuso añadir 200 nuevos asientos en el Senado para ser ocupados por la orden de los caballeros.

Gayo Graco recomendó que las diferentes clases no votaran por orden jerárquico, lo que favorecía a la nobleza, sino por suerte, "para que todos tengan la misma influencia política independientemente de su riqueza".[23] Introdujo una ley que prohibía a cualquier magistrado que hubiera sido depuesto por el pueblo optar de nuevo al cargo. Otra ley suya reafirmó el viejo principio que protegía la vida de un ciudadano contra los juicios sumarios de los magistrados, como cuando el Senado condenó a muerte a su hermano Tiberio sin juicio alguno y asesinó a muchos de sus seguidores.

Plutarco señala que Gayo Graco supervisó cada proyecto con extraordinaria rapidez y dedicación, impresionando incluso a los que estaban en su contra. Gayo fue "asistido por una multitud de contratistas, artesanos, embajadores, magistrados, soldados y hombres de letras, a todos los cuales trató con la cortés facilidad que le capacitaba para mostrase amable siempre... De esa forma dio la prueba más clara posible de que los que le presentaban como un tirano, despótico o violento no eran más que calumniadores maliciosos".[24]

En el año 121, en respuesta a las iniciativas de Gayo, el Senado aprobó el que luego sería llamado el *senatus consultum ultimum*, un decreto que permitía la suspensión de los derechos republicanos "en defensa de la República". Le daba a los magistrados licencia para aplicar un poder absolutista, incluyendo la represión política y el asesinato de masas. Después de repetidas amenazas contra su vida, Gayo y 250 de sus seguidores, incluido

otro *popularis*, Fulvio Flaco, fueron masacrados por los escuadrones de la muerte de los *optimates* en el año 121 a. de C. Esos asesinos continuaron su trabajo y ejecutaron de forma sumaria a otros 3.000 demócratas. A los familiares de las víctimas se les prohibió llorar públicamente por los muertos.[25]

Dada la magnitud de estos crímenes, es descorazonador encontrar que a través de las épocas muchos historiadores han sido más críticos con las víctimas que con sus verdugos. Cicerón está entre los primeros comentaristas que denunciaron a los Graco y proclamaron su aprobación por su muerte. Les veía como demagogos que formaban parte de los peores elementos.[26] De igual modo Dión escribe que Gayo "era de una naturaleza intratable" y un "pícaro", que se había convertido en una amenaza mortal para "la nobleza y el partido senatorial".[27] Floro desprecia las luchas reformistas llevadas a cabo por los Graco tachándolas de "sediciones".[28] Valerio Máximo denuncia repetidamente a los Graco por estar envueltos en "intentos villanos". Se refiere a la muerte de Gayo como "un buen ejemplo", y aplaude la "sabiduría" del Senado por matar a Tiberio Graco "que se atrevió a promulgar una ley agraria". Los Graco y sus "criminales seguidores... pagaron con la pena que se merecían".[29] Para Valeo Patérculo los Graco estaban impulsados por "ideas perniciosas". A Gayo le movía el deseo de "prepararse el camino para ser nombrado rey". Y el asesinato de Fulvio Flaco, su aliado, estaba justificado porque compartía con Gayo el deseo del "poder de un rey" y "estaba igualmente inclinado a tomar medidas nocivas".[30]

Entre los cristianos primitivos tenemos a San Agustín, que nos cuenta que los Graco actuaron de forma transgresora con la sociedad "cuando lo sumieron todo en la confusión"; ellos y otros *populares* que vinieron después perseguían "las guerras civiles por las más inicuas e injustificables de las causas".[31] Escritores modernos, como H.H. Scullard, dicen que Gayo "organizó de forma imprudente un cuerpo de guardia de amigos" que

"provocó" que los *optimates* le matarán.[32] Christian Meier justifica la furia homicida de los *optimates,* argumentando que Gayo desafió la "ley no escrita" del Senado y "parece" que sus seguidores fueron los primeros en utilizar la violencia.[33] Otto Kiefer soslaya todo el tema de la culpabilidad de los aristócratas utilizando una expresión neutral: Los Graco "perecieron en una furiosa lucha callejera".[34]

Que el *senatus consultum ultimum* se utilizara para eliminar a Gayo Graco y a miles de sus seguidores no parece preocupar a P.A. Brunt, que argumenta de manera legalista que el decreto no confería ninguna autoridad nueva, sino que simplemente permitía a los magistrados no tener en cuenta los estatutos existentes "actuando sobre el principio de que la ley más alta es la de la seguridad pública".[35] Pero la ley más alta es a menudo el pretexto para las acciones más bajas. ¿Fueron los Graco unos reformadores que pusieron en peligro la sociedad? ¿O simplemente infringieron las prerrogativas de unos pocos? Lo cierto es que, como la mayoría de las élites dirigentes, para los *optimates* no había ninguna diferencia; para ellos cualquier traba hacia sus intereses privilegiados era equivalente a poner en peligro el orden social como ellos lo concebían

Después de las masacres del año 121 se aceleró la expropiación violenta de la tierra por parte de los propietarios ricos y poderosos.[36] La comisión de la tierra se disolvió totalmente en el 118 a instancias del Senado y las asignaciones a los pequeños propietarios se convirtieron en algo del pasado. En el 111 las rentas que los grandes terratenientes habían pagado al estado por el uso de las tierras públicas fueron abolidas, lo que llevó a la completa privatización del *ager publicus*. Las fértiles tierras públicas pasaron a pertenecer completamente a los ricos poseedores de esclavos.[37]

Unos veinte años después de que Gayo Graco fuera asesinado, otro *popularis*, Lucio Apuleyo Saturnino, siendo tribuno, propuso una ley para

distribuir grano a precio asequible al proletariado. Quiso establecer un tribunal que atendiera los casos "que degradaban la majestad del estado", una medida dirigida contra la facción de los *optimates*. Se le unió otro senador con mentalidad reformadora, Gayo Servilio Glauco. En el 100 a. de C. el Senado declaró otro *senatus consultum ultimum*, por el cual ambos hombres fueron puestos bajo custodia en la Casa del Senado. Un escuadrón de la muerte de los *optimates* irrumpió en la Casa del Senado por el tejado y les mató. Los asesinos nunca fueron perseguidos.[38]

Marco Livio Druso, otro tribuno, quiso extender el derecho a voto a gran parte de Italia, distribuir grano a precios subsidiados, hacer asignaciones de tierra a la manera de los Graco y alcanzar un plan de compromiso para reformar los tribunales. Por sus esfuerzos fue apuñalado y muerto en el 91. Nunca se buscó a su asesino.[39]

Otro tribuno, Sulpicio Rufo, amigo de Druso, intentó continuar con las reformas. Después de cierto número de choques con las fuerzas reaccionarias fue cazado por los escuadrones de la muerte de los *optimates* y muerto, probablemente en el 88 a. de C. Incluso un conservador como Veleo permitió que las concesiones limitadas defendidas por Druso intentaran aplacar a la multitud, de forma que, agradecidos por esos pequeños favores, consintieran las recompensas más importantes dispensadas a los ricos.[40] La mayoría de los historiadores antiguos y modernos desprecian a estos reformadores posteriores a los Graco tachándoles de "demagogos".[41]

Un *popularis* importante fue Gayo Mario (tío de César por su matrimonio), que provenía de una familia de provincias de menor importancia y vivió una vida de agricultor y soldado en sus primeros años, ganando finalmente fama como general. En el 119 a. de C. fue elegido tribuno de la plebe, después cónsul en el 107 y cinco veces más posteriormente, un honor inusual. Mario fue el primero en eliminar el requisito de las propiedades para servir en el ejército y en alistar incluso a los proletarios más

pobres, una reforma impelida principalmente por la carencia de agricultores propietarios. Aliado con Saturnino y con Glauco presionó para la concesión de tierras a los veteranos de guerra y para la venta de grano subsidiado. Finalmente rompió con Saturnino y no pudo evitar su muerte. En el 87, embarcado en su lucha contra Sila, Mario se unió a Lucio Cornelio Cinna para asaltar Roma y matar a cientos de aristócratas y a sus colaboradores. Murió de pleuresía al año siguiente a la edad de setenta y un años. A pesar de su carrera espectacular, Mario no tuvo una intención clara de reforma política. Gran parte de su popularidad y consiguiente reputación legendaria entre la gente corriente vino de sus relativamente modestos orígenes provincianos, sus tempranos éxitos militares, su voluntad de promocionar a los plebeyos a puestos importantes y su habilidad para hostigar a la nobleza.[42]

El primero entre los líderes reaccionarios que transgredió de forma regular los derechos republicanos al servicio de los intereses de los aristócratas fue Lucio Cornelio Sila, que en el 88 a. de C. marchó con sus fuerzas sobre Roma, violando una antigua prohibición constitucional contra la entrada de fuerzas armadas dentro de los límites de la ciudad. En el 87 miles de ciudadanos desarmados, incluyendo un cierto número de ecuestres ricos que eran seguidores de Cinna,[43] fueron masacrados por los escuadrones de la muerte de Sila, siendo su crimen principal el deseo de revitalizar las reformas igualitarias de Sulpicio Rufo, incluido un sistema más democrático de votación en la Asamblea Tribal. "El Foro estaba abarrotado de cadáveres y corría la sangre por las alcantarillas", es la forma en que un escritor describe la matanza de los demócratas de Cinna.[44] El propio Cinna fue muerto poco después por un grupo de traidores.

Después de varios años de guerras en el extranjero Sila volvió a entrar en Roma en el 82. Derrotó a un ejército rebelde samnita y masacró a todas

sus tropas, incluyendo las que se habían rendido. Entonces dictó una proscripción (*proscriptio*) contra cientos de romanos, a los que se añadieron varios cientos más en los meses siguientes. La proscripción consistía en una lista de personas declaradas fuera de la ley por la autoridad del estado. Sus propiedades fueron confiscadas y puesto precio a sus cabezas. Sus asesinos serían recompensados y los que les ayudaran castigados. Como método de purga política la proscripción tuvo una perfección brutal con Sila. Mató a unos cincuenta oponentes senatoriales sospechosos de no cooperar lo suficiente, junto con 1.600 caballeros y 2.000 miembros de la plebe (algunos estiman sus víctimas en 10.000), decidido a erradicar la facción democrática que se le oponía.[45] Muchos cayeron a la más mínima sospecha, algunos porque sus posesiones eran codiciadas por los ejecutores. Como en cualquier estado de terror inquisitorial, muchos se erigieron en acusadores, señalando a otros con el dedo para demostrar su propia lealtad y mantenerse por encima de cualquier sospecha.[46]

Como otros reaccionarios antes y después que él, Sila también empleó su poder dictatorial para acumular una vasta fortuna personal.[47] Declarándose a sí mismo *dictador*, no por el período usual de seis meses, sino a perpetuidad, pasó el control de los tribunales criminales de la Asamblea al Senado. Nombró 300 nuevos miembros del Senado elegidos principalmente por sus ideas conservadoras e incrementó el número de sacerdotes del estado. Legisló que los tribunos nunca pudieran aspirar a un cargo superior, bloqueando de ese modo el ascenso de líderes democráticos como los Graco. Tampoco podían convocar reuniones del pueblo o iniciar cualquier legislación en la Asamblea. Todas las propuestas legislativas tenían que recibir el consentimiento previo del Senado. Y aunque no se abolió el poder de veto de los tribunos –probablemente porque el Senado podía usarlo para bloquear a algún cónsul molesto– fue limitado seriamente.

Sila deshizo la reforma de los tribunales de Graco, restaurando el monopolio senatorial sobre la judicatura. En suma, revirtió todos los

logros ganados democráticamente e instauró una constitución notablemente reaccionaria. El Senado resurgió como con un control casi completo sobre la legislación, los tribunales y los magistrados ejecutivos, con más poder del que nunca había tenido desde siglos atrás.[48]

Sila abolió el derecho de la plebe a comprar grano barato, imponiéndoles por tanto serias privaciones. Durante su dictadura, y en las décadas siguientes, los usureros y los grandes terratenientes impulsaron fuera del campo a la mitad de sus residentes. Sus granjas se transformaron en plantaciones, viñedos, campos de olivos y pastos para el ganado y las ovejas, trabajados por esclavos, un cataclismo social que trajo consigo gran sufrimiento, y sin embargo apenas mencionado por las figuras públicas o los historiadores de hoy día.[49]

La lucha alrededor del nuevo orden instaurado por Sila continuó hasta mucho después de su retirada en el 81 y su muerte en el 78. Una demanda inmediata hecha por los demócratas fue la restauración de los derechos y prerrogativas de los tribunos del pueblo. En el 76 el tribuno Cneo Licinio se atrevió a hablar de restauración, por lo cual murió víctima de la "*perfidis patricia*", nos informa Salustio.[50] Un *popularis* proscrito por Sila fue Quinto Sartorio, que pidió la ciudadanía para la gente de la Península Ibérica y que durante un cierto número de años llevó a cabo una guerra de guerrillas contra las fuerzas de Sila en España. Uno de los compañeros de Sila ofreció a cualquier romano que matara a Sartorio la enorme recompensa de 20.000 acres de tierra.[51] Sartorio fue cazado finalmente y asesinado en el año 73. Recordando el reinado de Sila, Cicerón escribió: "Todo fue básicamente admirable, aunque carente de paciencia y moderación".[52]

Algunos historiadores no han pronunciado una sola palabra crítica contra las "reformas" de Sila. Scullard no manifiesta ninguna preocupación sobre la pérdida del equilibrio constitucional y la libertad que evidencia cuando habla de los Graco: "Como jefe del ejército y dictador Sila

podía actuar con gran independencia". Sila entendió que el Senado tenía que "reasumir el control firme y lo convirtió de nuevo en un cuerpo efectivo de gobierno". En una línea similar Mommsen se refiere a la "moderación juiciosa y el patriotismo" de Sila y a su firmeza para establecer la oligarquía en una posición más independiente. Meier nos dice que Sila "simplemente fue realista" y que "simplemente llevó a cabo las tareas que creyó que le incumbían, aunque hay que admitir que de una forma poco convencional". Y Keaveney dedica un libro entero a explicar un punto de vista de lo más positivo sobre el dictador, apreciando sus esfuerzos restauradores y sus virtudes republicanas.[53]

* * *

En el año 66 a. de C. el tribuno con ideas reformadoras Gayo Manilio introdujo una ley para democratizar el sistema de votación de la Asamblea Tribal. Domitio Ahenobarbo, uno de los protagonistas del reinado del terror de Sila y violento oponente a las reformas populares, envió a miembros de su *clientela* a atacar la asamblea, los cuales mataron a cierto número de seguidores de Manilio. El Senado felicitó a Ahenobarbo por su espíritu cívico y anuló la ley de Manilio.[54]

Mención especial merece Publio Clodio Pulcher, un tribuno aliado de Julio César. Clodio adoptó la vieja ortografía de su nombre patricio familiar, Claudio, para adaptarlo al estilo de pronunciación más común. Incluso renunció a su rango patricio y se hizo adoptar por una señalada familia plebeya para poder ser tribuno en el año 58. Desde ese cargo patrocinó una ley para frenar el uso partidista de los censores. Declaró ilegales las ejecuciones de ciudadanos sin juicio, una medida dirigida a los escuadrones de la muerte. Y consiguió que se aprobara una ley que restablecía el derecho a organizar los *collegia*, los populares gremios y sindicatos de artesanos.

Muchos gremios habían sido abolidos por decreto senatorial seis años antes. La ley de Clodio colocó a estas organizaciones del pueblo sobre una base legal y paramilitar, permitiéndoles la acción defensiva armada contra los ejércitos privados de los *optimates*. Sus filas estaban formadas por libertos, por la ciudadanía pobre e incluso por esclavos. Propuso una ley para conceder derechos políticos completos a los libertos y a muchos esclavos.[55] Los oligarcas del Senado intentaron constantemente enfrentar a Clodio con la ciudadanía alegando que sus seguidores eran exclusivamente esclavos y criminales.

Clodio luchó para conseguir grano gratis para el proletariado y prohibió que los magistrados utilizaran los "malos presagios" y otras excusas sacerdotales para obstaculizar las asambleas populares.[56] La distribución de grano gratuito mejoró modestamente el bienestar de la plebe, la liberalización de los procedimientos asamblearios incrementó su soberanía y la organización de los *collegia* aumentó su poder político.

La mayoría de nuestros caballeros historiadores, tanto antiguos como modernos, desaprueban los esfuerzos de Clodio a favor del estatus popular. En el 57 un Cicerón escandalizado denunció a Clodio acusándole de bribón de la peor especie por ir "de calle en calle ofreciendo abiertamente a los esclavos la libertad... y por utilizar esclavos como consejeros".[57] Otros apoyan la opinión de Cicerón abiertamente. Plutarco llama a Clodio "el más osado y más vil" y "el demagogo mas notorio de su tiempo". Asconio muestra su aversión por Clodio por incitar a "la sedición de la población de esclavos de la ciudad". Veleo contempla no muy severamente su muerte (contada más adelante), llamándola "un mal precedente, pero beneficiosa para la gente".[58]

Los historiadores posteriores son casi unánimes en denunciar a Clodio como "perdido y disoluto", un "canalla", "sinvergüenza", "aventurero sin escrúpulos", "demagogo imprudente" y "pandillero" que "organizó distur-

bios callejeros" y "reclutó hombres para ejercer la violencia", un "tribuno del pueblo anárquico".[59] Gelzer califica a Clodio como "un demagogo del tipo más salvaje" por defender la distribución gratuita de grano y organizar grupos políticos entre el proletariado. Lintott, con resonancias de Cicerón, nos asegura que Clodio "persiguió el poder político urbano como un fin en sí mismo", y necesitó el apoyo de "bandas de luchadores profesionales, mercenarios criminales, gladiadores y soldados".[60]

Para ser exactos Clodio también fue capaz de alguna aventura disoluta. En el 61 fue acusado de vestirse de mujer e introducirse en el lugar santo de las vírgenes vestales para encontrarse con la segunda esposa de César, Pompeya. Las autoridades calificaron el incidente de sacrilegio. César no reaccionó muy duramente contra su aliado político Clodio, pero se divorció de Pompeya. Insistió en que ella no había dormido con Clodio, pero no obstante "la esposa de César debe estar por encima de toda sospecha". Clodio fue llevado a los tribunales y absuelto por 31 votos contra 25 porque, según acusó Cicerón, el jurado estaba formado por indigentes de baja estofa cuya simpatía por el acusado se debía al soborno. Después, en el Senado, Cicerón pronunció su sentencia: "Clodio... el jurado no te ha librado de las calles de Roma, sino sólo de la cámara de la muerte",[61] un pronóstico amenazador que probaría ser muy cierto.

El 18 de enero del 52, Clodio iba a través de la Vía Apia con treinta esclavos. Se encontró con una banda de 300 mercenarios, la mayoría gladiadores, dirigidos por el *optimate* Tito Annio Milo, amigo de Cicerón y esposo de la hija de Sila. Herido en la consiguiente refriega, Clodio fue llevado a una posada cercana. Al mando de Milo los gladiadores persiguieron a su víctima, mataron al posadero y después arrastraron a Clodio a la calle, apuñalándole repetidamente hasta que acabaron con él.[62]

Cuando se corrió la voz por toda la ciudad, la población conmocionada se concentró toda la noche en el Foro. Al día siguiente una multitud

enardecida llevó el cuerpo desnudo, para que se vieran sus heridas, a la Casa del Senado. Allí hicieron una pira con asientos y maderas y quemaron el cuerpo y el edificio. Después continuaron hasta la casa del asesino poniéndole cerco hasta que fueron expulsados por los arqueros de Milo. Los proletarios se desmandaron por toda la ciudad, golpeando y matando a todo el que fuera sospechoso de simpatizar con Milo, atacando especialmente a las personas que iban elegantemente trajeadas.[63]

Milo fue llevado a los tribunales y Cicerón fue su abogado defensor. Con ese estilo de defensa de los abogados que no tienen caso, Cicerón defendió a su cliente atacando a la víctima, acusando al "monstruo audaz y despreciable" de Clodio de ser "un ladrón y un traidor", que incitó "los ataques frenéticos de la escoria". Por el contrario, Milo era "un caballero encantador y elegante" que actuó sólo para defenderse. Clodio había querido impedir la candidatura de Milo al consulado; era una amenaza revolucionaria para la República, mientras que Milo era un valiente defensor de Roma. Clodio había amenazado repetidamente la vida de Milo, pero "nada en el mundo podía haber inducido a Milo a matar a Clodio, ni siquiera a tener el deseo de hacerlo". Clodio le había hecho a Milo objeto de una emboscada llevado por su rabia y su odio. Pero en Milo "no había ni rastro de tales sentimientos".[64]

Aquí Cicerón estaba derivando la cuestión, como era su costumbre. En una carta privada anterior él mismo había reconocido que Milo estaba amenazando de muerte abiertamente a Clodio: "Creo que Publio [Clodio] será llevado a los tribunales por Milo, a menos que antes le mate. Si se pone en el camino de Milo no dudo de que éste le despache con sus propias manos. No tiene escrúpulos o dudas para llevarlo a cabo".[65]

Durante el juicio los sentimientos populares estaban tan alterados contra Milo que pusieron nervioso a Cicerón, lo que le impidió terminar su alegato de defensa. Milo fue encontrado culpable y enviado al exilio, la

pena más severa que podía imponerse a un aristócrata. Dicho en su favor, muchos historiadores no aceptan la acusación de Cicerón de que Clodio atacó a Milo. Un cuerpo armado de treinta hombres difícilmente puede poner una emboscada a un contingente armado de 300, especialmente si en este último hay un número sustancial de gladiadores bien entrenados. La mayoría describe el encuentro en la Vía Apia como algo casual: sucedió que las dos partes se cruzaron y saltó la chispa, originando un choque no premeditado. Apio nos cuenta que Clodio y Milo se miraron suspicazmente al cruzarse, pero entonces uno de los esclavos de Milo "bien fuera obedeciendo una orden o porque quería matar al enemigo de su amo", clavó una daga en la espalda de Clodio.[66] Es difícil imaginar que un esclavo pudiera llegar tan fácilmente a acceder al bien guardado Clodio o que se arriesgara a tomar esa iniciativa de graves consecuencias por sí mismo.

Un mes después de la muerte de Clodio, Metelo Escipión denunció que la defensa de Milo había sido una mentira. Metelo mantuvo que Clodio, acompañado por veintiséis esclavos, había salido de Roma para hablar con unos funcionarios en Arica y que Milo, con un acompañamiento de 300 hombres armados había caído sobre él. Once de los hombres de Clodio perdieron la vida en el ataque y otros fueron heridos, mientras que sólo tres de los hombres de Milo sufrieron heridas. De acuerdo con Metelo, al día siguiente Milo recompensó a doce de sus hombres, probablemente gladiadores, como pago por sus servicios contra Clodio. También dio la libertad a un cierto número de ellos, de modo que podrían testificar en el tribunal si era necesario.[67]

Algún tiempo después de esta declaración de Metelo, un conocido liberto llamado Emilio Filemón anunció que él y otras cuatro personas habían sido testigos de la muerte de Clodio. Cuando protestaron fueron secuestrados y mantenidos cautivos durante dos meses en una casa perteneciente a Milo. Este informe alimentó más el resentimiento contra Milo. En su exposición en el juicio, Cicerón nunca hizo referencia a los detalles

hechos públicos por Metelo o Filemón, ni siquiera con el propósito de refutarlos.[68] Tampoco explica por qué Milo estaba atravesando la Vía Apia con ese contingente de fuerzas armadas y matones profesionales. En vez de eso Cicerón proclama sin rubor que la comitiva de Milo estaba formada por un grupo de muchachos y una colección de sirvientas, "mientras que Clodio, que habitualmente iba acompañado de prostitutas y homosexuales" ahora llevaba un grupo de delincuentes bien escogidos.

¿Por qué entonces Clodio se llevó la peor parte? Porque Milo siempre estaba preparado contra él, argumentó Cicerón. Y, como ocurre con las cosas de la guerra, el final de un encuentro armado nunca es predecible. Es más, Clodio "estaba amodorrado de tanto comer y beber", creyendo equivocadamente que había cogido a su víctima por la espalda, sólo para encontrarse en medio de los seguidores de Milo.[69] Lo que nos hace llegar a la conclusión de que, habiendo metido la pata, él y un cierto número de sus cómplices fueron hechos pedazos por los implacables muchachos y sirvientas de Milo.

Cuatro años después de la muerte de Clodio, Milo volvió del exilio para unir sus fuerzas en Italia con otros en un intento de promover una rebelión contra Julio César. Fue capturado rápidamente y ejecutado por el pretor Pedio, sobrino de César.

Con Clodio eliminado los *optimates* lanzaron sus escuadrones de la muerte contra sus partidarios, de igual modo que habían hecho en el pasado con los seguidores de los Graco y otros *populares*.[70] En suma, todos los líderes que en la Media y en la Última Repúblicas defendieron la causa popular tuvieron un final violento, empezando por Tiberio Graco en el 133 y continuando con Gayo Graco, Fulvio Flaco, Livio Druso, Sulpicio Rufo, Cornelio Cinna, Mario Gratidiano, Apuleyo Saturnino, Cneo Licinio, Quinto Sartorio, Servilio Glaucia, Sergio Catilina (del que se habla en el

capítulo siguiente), Clodio Pulcher y Julio César. Y lo que es más, los *optimates* y sus matones a sueldo mataron a miles de seguidores *populares*.

¿Realmente podría ser que las *tácticas* de los reformistas fueran tan inquietantes como para justificar los asesinatos en masa por parte de los "hombres de la cachiporra" (como llama Mommsen a los escuadrones de la muerte de los *optimates)*?[71] Había algo más que detalles sutiles de procedimiento y rivalidades personales en la raíz de todas esas matanzas. El verdadero pecado de los *populares* no fueron sus métodos supuestamente inconstitucionales, sino la democracia económica de sus programas. ¿Estaban los Graco violando las costumbres y la constitución cuando pedían una ley que reclamaba el *ager publicus* para los pequeños propietarios, cuyos antepasados lo habían trabajado durante siglos? En cualquier caso, ¿qué derecho constitucional justificaba el uso repetido de escuadrones de la muerte contra ellos y otros *populares* y contra miles de sus seguidores durante la mayor parte del siglo?

Como todas las clases dirigentes en la historia, la nobleza romana reaccionaba fieramente cuando veía peligrar sus intereses, especialmente su indiscutible "derecho" a acumular la mayor riqueza posible a expensas de la gente. Si no era su única preocupación, sí al menos era la más importante. En una palabra, a los nobles les importaban menos los procedimientos y las leyes que los privilegios de su clase que esos procedimientos y leyes protegían. Nunca dudaron de apartarse de su "constitución hereditaria", recurriendo a actos extraordinarios de represión sangrienta cuando las circunstancias lo requerían. Consideraban las reformas igualitarias y los intentos de democratizar el proceso de toma de decisiones de la República como algo subversivo. Lo que no debemos dejar de señalar es la disposición de algunos historiadores pasados y presentes a adoptar la misma postura.

5

LA CAZA DE BRUJAS DE CICERÓN

> Pero los hombres pueden interpretar las cosas
> a su manera,
> lejos del propósito de las propias cosas.
>
> *Julio César*, acto I, escena 3.

El gran orador Marco Tulio Cicerón es de gran importancia en cualquier consideración de la Última República. Fue un participante clave en sus asuntos y sus escritos constituyen de lejos la fuente de información principal que ha sobrevivido y que tenemos de esa época. Es más, sus inclinaciones ideológicas se ajustan a las de un regimiento de historiadores a través de los tiempos, convirtiéndole en el gran favorito entre ellos. Sir Ronald Syme alaba a Cicerón considerándole "un hombre humano y cultivado, con una influencia perdurable en el transcurso de toda la civilización europea".[1] Otros admiradores le elogian como "constitucionalista" de "ideales honorables y desinteresados", un líder dedicado a las "normas del deber, la bondad y el espíritu público", "singularmente sincero, refinado y amable", "uno de los hijos principales de Roma" y "de sus más preciadas gemas", que se negó "a vivir bajo la tiranía".[2]

Casi todos comparten esa opinión sobre Cicerón. "Los historiadores americanos contemporáneos y los antiguos historiadores británicos están divididos entre ciceronianos (95 por ciento) y cesaristas (un simple puñado), y esa división refleja sus actuales actitudes políticas", observa Arthur Kahn, uno de los de ese puñado.[3] Otro de los que están dentro del puñado es Friedrich Engels, que llamó a Cicerón "el canalla más despreciable de la historia".[4]

Nacido en Arpinum (un municipio al sudeste de Roma) de una rica familia ecuestre, Cicerón marchó a Roma para recibir su educación y finalmente se estableció en la ciudad como uno de sus abogados principales. Pronto en su carrera demostró su gusto por la aristocracia, defendiendo con éxito los casos de "gran número de jóvenes de familias nobles e ilustres" acusados de indisciplina y cobardía en la guerra.[5] Cuestor en el 75, edil en el 69 y pretor en el 66, forjó lazos, siempre que fue posible, con los ciudadanos principales, conociendo las mansiones de la ciudad y del campo y lo que sus amigos y vecinos tenían.[6]

Por su prodigiosa humildad con los nobles éstos nunca le consideraron más que un advenedizo útil. El propio Cicerón se quejaba de su ingratitud: "Nunca me han dado el más ligero premio o recompensa, material ni incluso verbal".[7] En el 56 se quejó de "ciertos caballeros" que se opusieron a que adquiriera una villa que había pertenecido a un *optimate* principal. Cuando el aristócrata Metelo le preguntó burlonamente a Cicerón: "¿Quién es tu padre?" eso debió llegarle al corazón al orador. Podemos perdonar su réplica e incluso concederle el favor de una sonrisa: "Yo no podría hacerte la misma pregunta, ya que tu madre ha hecho bastante difícil la respuesta".[8]

Cicerón echó pestes en particular de la falta de confianza de Bruto por rechazar su hospitalidad y por utilizar "un tono brusco, arrogante y falto de gracia conmigo cuando me está pidiendo un favor". Sin embargo se las

arregló para convencerse a sí mismo de que Bruto le quería mucho.[9] En un cierto momento concluyó llanamente que "ahora es el momento de quererme a mí mismo ya que *ellos* no me quieren tanto como yo lo hago".[10] Y se quiso a sí mismo. Dión Casio señala que Cicerón "era el más grande fanfarrón y pensaba que no había nadie igual a él".[11]

Rico poseedor de esclavos, dueño de muchas propiedades y senador, Cicerón deploraba incluso los más leves movimientos hacia la democracia. Los dirigentes, insistía, deben ser siempre personas de la clase de los ricos: "Cuando nombras un juez es perfectamente propio que te guíen consideraciones de propiedades y rango".[12] En el 66, cuando Gayo Manilio, un tribuno de la plebe, propuso una ley que garantizaba a los libertos el derecho a votar conjuntamente con sus antiguos amos, Cicerón fue parte de la mayoría senatorial que inmediatamente la rechazó.[13] También denunció la votación secreta, introducida varias generaciones antes, en el año 139 a. de C., por Aulo Gabino, tribuno y nieto de esclavos, a quien Cicerón despreciaba por ser "un tipo vulgar e insignificante". Creía que la votación secreta hacía más fácil a la plebe el hacer daño. Era "un subterfugio que aseguraba el secreto del voto equivocado, manteniendo a la aristocracia en la ignorancia de lo que pensaba cada hombre".[14]

Consideraba al pueblo como gente rudimentaria sin valor, semejantes a criminales y degenerados, "un rebaño", la "masa de los peores elementos... muchos de ellos simplemente dispuestos a la revolución". Denunció a los que tenían ocupaciones pedestres, "artesanos y tenderos y toda esa clase de escoria", que se juntaba con los peligrosos demagogos, "los miserables muertos de hambre que asisten a las reuniones masivas y chupan la sangre del tesoro".[15] Para él su agitación era una muestra de su malevolencia personal más que una respuesta a sus miserables circunstancias materiales. Privadamente se refería a "mi ejército de los ricos" y señalaba que "la seguridad del estado es la ventaja de todos los hombres buenos, pero beneficia más claramente a los hombres de fortuna", que era lo que él pen-

saba que debería ser.[16] En el 59 escribió a su rico confidente Ático: "Mi única política ahora es el odio a los radicales".[17]

Alabado generosamente por generaciones de clasicistas debido a sus principios, Cicerón fue a menudo un oportunista y un hipócrita sin principios. En el año 50 a. de C., por ejemplo, con César en la cúspide de su fama y su poder, convenció al Senado de que aprobara un decreto para dar las gracias y honrar a César y él mismo pronunció un panegírico hipócrita, del que se retractó inmediatamente después privadamente en una carta a Ático: "No estaba especialmente orgulloso de mi discurso. ¡Pero buenas noches a los principios, a la sinceridad y al honor!"[18]

Celebrado a través de todas las épocas como el campeón del constitucionalismo, Cicerón fue capaz sin embargo de jugar con los derechos constitucionales. Su papel en lo que se conoció como "la conspiración de Catilina" es una triste evidencia de ello.

Nacido en una vieja familia patricia en decadencia, Lucio Sergio Catilina estuvo a las ordenes de Sila cuando éste ocupó Roma y participó en las despiadadas proscripciones del dictador en los años 81-80 a. de C. Después de desempeñar varias magistraturas durante años, fue acusado de extorsión en el año 66 mientras servía como gobernador en África, pero resultó absuelto. En ese tiempo Catilina surgió como un floreciente *popularis*. La mayoría de los escritores ven a Catilina como alguien empujado exclusivamente por la ambición, carente de cualquier dedicación a la causa popular. Pero salió en defensa de los pobres con pronunciamientos como éste: "Desde que el estado ha caído sobre la jurisdicción y dominio de unos pocos hombres poderosos, son ellos los que reciben siempre los tributos de los reyes y príncipes extranjeros y los impuestos de todos los pueblos y tribus... Toda la influencia, el poder y la riqueza está en sus manos o en las

de los que ellos quieren; todo lo que dejan para nosotros es el peligro, la derrota, las persecuciones y la pobreza".[19]

Las diatribas de Catilina se registraron en la mente de Cicerón nada menos que como una subversión, un asalto revolucionario a la constitución y a toda la sociedad romana. Acosó a Catilina de planear acciones sanguinarias para arrebatar el poder al estado. Veinte años después de los acontecimientos, Salustio (que no era amigo de Cicerón) acepta sin ninguna crítica todas las incriminaciones de Cicerón. Mantiene que Catilina y un confederado suyo estaban dispuestos a asesinar a los cónsules electos el 1 de enero del 65 y ocupar ellos mismos los cargos. "Como su intento homicida fue descubierto, pospusieron la ejecución hasta el 5 de febrero, fecha en la que planeaban destruir a la mayoría de los senadores junto con los cónsules". Pero Catilina se precipitó en dar la señal a sus cómplices enfrente de la Casa del Senado, afirma Salustio, y el ataque nunca tuvo lugar. De ese modo fracasó el que hubiera sido "el crimen más atroz en los anales de la historia de Roma".[20]

Como ocurre a menudo Salustio nos deja más preguntas que respuestas. No nos explica cómo los conspiradores podían esperar convertirse en cónsules matando a los dos cónsules electos. Y una vez descubiertos, ¿por qué no fueron perseguidos por las autoridades? En vez de eso se sintieron perfectamente libres para volver a planear su trampa al mes siguiente, incluso incrementándola para incluir en la masacre a cientos de senadores. Y después, ¿por qué este grandioso plan fracasó de forma permanente simplemente a causa de una señal prematura?

En el 64, de ningún modo actuando como un asesino de masas, Catilina llevó a cabo una campaña electoral para ser cónsul, quizá con el apoyo de Craso y de César, obteniendo en ella gran apoyo popular.[21] En un intento de pararle, los nobles, aunque de mala gana, dieron todo su apoyo a la candidatura de Cicerón. Su problema con Cicerón era que éste era un

novus homo, un "hombre nuevo", el primero en su familia en pertenecer al Senado. La nobleza romana estaba compuesta de individuos, fueran patricios o plebeyos, que podían presumir de un cónsul dentro de su linaje. Ocasionalmente los nobles elegían a un candidato para el consulado –y por tanto para la aristocracia– cuyos ancestros se habían detenido en un cargo inferior, pero raramente se dignaban apoyar a un *novus homo*, alguien como Cicerón, sin ningún antepasado senatorial.[22] Salustio, también un *novus homo*, lo explica: "Un hombre hecho a sí mismo, aunque sea distinguido y admirable en sus logros, invariablemente no es considerado [para el consulado], casi como si fuera deshonesto".[23]

Pero en el 64 Cicerón había probado ser un perfecto paladín de la plutocracia, mientras que Catilina surgía como un patricio renegado, que irritaba a los *optimates* con salidas de tono como la petición de cancelar las deudas o la de redistribuir la tierra. Forzados a escoger entre su esnobismo de clase y sus intereses de clase, los oligarcas eligieron esto último. Cuando la necesidad lo dicta todas las clases gobernantes han reclutado talentos serviciales de entre las filas de los inferiores a ellos. Así que los *optimates* se taparon la nariz y pusieron todo su peso en apoyo del ambicioso orador de Arpinum. Siendo el primer hombre en su familia en obtener un consulado, el hombre nuevo obtiene además el estatus de aristócrata para él y sus descendientes. Era un logro relativamente raro y Cicerón lo consiguió, cosa que nunca se cansó de recordarles a los demás.

En la campaña del 64, Cicerón siguió los consejos de su hermano Quinto, resumiendo en un manual sus discusiones sobre campañas tácticas. Tenía que evitar los temas específicos y generalmente presentarse a sí mismo como un defensor de la autoridad del Senado, dedicado a defender el orden establecido y la constitución reaccionaria de Sila. Al mismo tiempo tenía que colmar de calumnias a sus oponentes, Antonio y Catilina (los demás candidatos no suponían ningún peligro serio), difamándoles como "dos asesinos de la juventud, ambos libertinos", acusando a Catilina de ser

tan eficiente "en su lujuria que había violado niños prácticamente a las rodillas de sus padres".[24]

En un punto de la campaña, cuando un tribuno radical denunció a Cicerón como incapacitado para el puesto consular, él respondió acusando al tribuno de ser parte de una trama que amenazaba a la comunidad. Desde entonces la conspiración y la subversión constituyeron el tema electoral de la campaña de Cicerón, de todo su consulado y de gran parte de su vida.[25] Estigmatizaría cualquier intento de reforma como parte de una estratagema para subvertir la República.

En el verano del 64 Cicerón y Antonio ganaron las elecciones para desempeñar el consulado en el 63. Catilina fue derrotado por un margen estrecho. A través de una combinación de soborno y amenazas, el financieramente atado Antonio fue disuadido de no ejercer el veto sobre el otro cónsul, dejando a Cicerón con las manos libres para actuar como deseara. En el 63 Catilina llevó a cabo otra campaña para el consulado (para ejercerlo en el 62). Cicerón retrasó las elecciones hasta el final del verano, cuando muchos seguidores de Catilina se habían visto obligados a volver a sus provincias, lo que contribuyó a su segunda derrota. En ese tiempo Cicerón informó al Senado que Catilina había planeado asesinarle. La acusación nunca se explicó claramente y fracasó en convencer a los senadores.[26]

Durante la posesión de su cargo Cicerón no movió un dedo por el pueblo y se opuso vigorosamente a todas las propuestas de reforma. Él y sus colaboradores en el Senado rechazaron las mociones diseñadas para cancelar las deudas, efectuar la redistribución de la tierra y permitir a los descendientes de los exiliados por Sila que ocuparan cargos públicos.[27] Cuando su más bien mediocre consulado estaba en sus últimos meses, Cicerón intensificó su venganza contra Catilina, acusándole de orquestar una

conspiración revolucionaria de proporciones inmensas. Catilina supuestamente persiguió ese diabólico plan durante todo el año 63, al tiempo que estaba inmerso totalmente en su campaña para el consulado. He aquí una "crisis" que podía servir a la fama de Cicerón. Con poco tiempo por delante en el cargo para marcar su propia grandeza, el cónsul vigilante debía saltar a la lucha, cerrar las brechas y poner freno a los perpetradores. Esta proeza, insistió, sería causa de que las futuras generaciones cantaran *hosannas* en su honor, como realmente hicieron. Todo lo que necesitaba era un prominente pero no muy poderoso enemigo que se pudiera identificar con las clases bajas. El derrotado Catilina cumplía el papel perfectamente.

El malestar en ciertas provincias sólo era un añadido a la atmósfera alarmista que Cicerón estaba confeccionando. En Etruria (Toscana) los veteranos de guerra empobrecidos, los pequeños propietarios humillados y los granjeros desposeídos se estaban agrupando alrededor de su líder Manilio. Como Manilio explicó en su declaración al procónsul romano: "Nuestro objetivo al tomar las armas no es atacar a nuestro país o poner en peligro a nadie, sino protegernos de la injusticia. Somos pobres necesitados. La dureza y crueldad de los prestamistas nos ha robado a la mayoría nuestras casas... No buscamos dominio o riquezas... Te rogamos a ti y al Senado que devuelva la felicidad a los ciudadanos y nos restaure la protección que se nos ha arrebatado".[28]

Manilio sonaba más a alguien que pide la reparación de agravios que a un rebelde que respira el fuego del infierno de la insurrección. Sin embargo Cicerón le condenó por estar coaligado con Catilina en una campaña para destruir Roma. Manilio y sus seguidores habían apoyado a Catilina en las elecciones. Pero no había nada que indicase que estaban colaborando en una revolución inminente.

En Roma fueron enviadas cartas anónimas a los líderes del Senado avisando de una masacre. Un senador nervioso leyó una carta en el Senado

informando que los veteranos disgustados estaban concentrándose masivamente en Etruria para caer sobre Roma el 27 de octubre, momento en que la ciudad ardería en llamas, incendiada por elementos revolucionarios inconcretos que había dentro de sus puertas. El 1 de noviembre otros rebeldes escindirían Palestrina (una ciudad al este de Roma), y desde allí lanzarían un ataque sobre la ciudad. Nadie pidió una investigación de los hechos salvajes que presagiaban esas cartas, ni sobre el origen de las propias cartas tan misteriosamente distribuidas.[29]

Las exageraciones de Cicerón estaban teniendo el efecto previsto. El Senado aprobó un *senatus consultum ultimum*, suspendiendo la constitución y dando al cónsul poderes de emergencia extraordinarios. El pánico y el pesimismo se apoderaron de ciertos sectores de la ciudad. Como ocurre a menudo la gente ve la evidencia de la amenaza en las propias precauciones contra ella. Los senadores y otros notables hicieron sus equipajes y huyeron. Las residencias privadas y los edificios del gobierno quedaron desatendidos. Los valores de las inversiones se hundieron. Pero el 27 de octubre llegó y se fue, y también el 1 de noviembre, y no ocurrió nada. Ningún ejército tomó el campo en Etruria, ni hubo insurgentes que escindieran Palestrina, ni Roma fue molestada.[30]

En ese tiempo Catilina se ofreció para ponerse bajo la custodia de Cicerón para de ese modo estar tan libre como fuera posible de la sospecha de promover la insurrección. Cicerón se negó a acomodarle. Servía mejor a sus propósitos tener a su víctima libre para que pudiera seguir siendo una amenaza. Catilina voluntariamente fijó su residencia en la casa de Metelo Nepote, el pretor, en un gesto de buena fe. En contraste Cicerón se hizo acompañar por un gran contingente de guardaespaldas. Empezó a usar una coraza, abriéndose la ropa para que pudiera verse,[31] tratando de que esas precauciones ostentosas fueran una evidencia más del intento diabólico de Catilina.

El 7 de noviembre del 63, Cicerón convocó una reunión extraordinaria del Senado. Aunque muchos senadores dudaban de sus acusaciones, no se atrevían a arriesgarse a ser sospechosos llevándole la contraria. Cuando Catilina entró en la sala sus colegas evitaron saludarle o sentarse cerca de él, como Cicerón apuntó con júbilo. Su reacción timorata ante el clima de miedo sólo hizo que éste se reafirmara. El cónsul lanzó su discurso acusando a Catilina de "conspirar para la destrucción de todos y cada uno de nosotros, de toda Roma y de todo lo que hay sobre la faz de la tierra". Catilina estaba "determinado a hundir al mundo entero en fuego y muerte". Su conspiración constituía "la amenaza mortal más feroz y espantosa contra nuestro país". Él y sus seguidores estaban dispuestos a "sitiar la casa del Senado a punta de espada y movilizar a sus incendiarios para sumir en llamas la ciudad". En subsecuentes invectivas Cicerón repitió esta acusación una y otra vez: Catilina intentaba "quemar toda la ciudad y matarnos a todos"; su objetivo era "nada menos que la exterminación del pueblo romano".[32]

Cicerón se dirigió directamente a Catilina llamándole "espíritu maligno", que había intentado repetidas veces acabar con la vida del propio Cicerón: "Aunque yo sabía muy bien que mi muerte sería un desastre para el estado, y por eso emplee todos mis esfuerzos para frustrar tus complots... Hiciste varios intentos de matarme... Muchos de tus asesinos eran tan peligrosos que parecía que no podrían fallar. Pero yo me las arreglé para esquivarles".[33] Diez años después Cicerón seguiría diciendo que él era el objetivo de los *populares*: "Hace mucho tiempo... que pude escaparme por poco de las manos ensangrentadas y armadas de Publio Clodio".[34] Uno se maravilla al imaginarse al obeso orador evadiendo ágilmente a sus resueltos asaltantes.

Durante su discurso en el Senado, Cicerón insistió repetidamente en sus amenazas contra la vida de Catilina, haciendo notar que estaba calculando la hora para que la ejecución de Catilina coincidiera con la de otros de sus guardaespaldas de su misma ralea. Para convencer al Senado de que esas ejecuciones sumarias no eran algo sin precedentes, mencionó repetida y aprobatoriamente la muerte de Tiberio y Gayo Graco y otros líderes de alto rango social por una mera "sospecha de traición".[35] Pero muchos senadores encontraron las acusaciones difíciles de creer, lo que probablemente explica por qué no hicieron ningún intento de detener a Catilina. Dándose cuenta de que no estaba convenciendo a su auditorio, Cicerón criticó a esos colegas que se negaban a ver "los desastres" que les amenazaban. Y de nuevo al día siguiente ante la Asamblea, se quejó de que "hay un cierto número de personas que no creen lo que les estoy diciendo".[36]

No obstante, las repetidas acusaciones del orador consiguieron crear una atmósfera de caza de brujas que las tranquilas negativas de Catilina no pudieron disipar lo suficiente. Un Catilina abatido abandonó Roma la noche después de las primeras invectivas de Cicerón. Si hemos de creerle, partió por no crear una oposición revolucionaria en Italia, pero a regañadientes cuando las denuncias y amenazas del cónsul en el Senado hicieron su posición insostenible, causándole temor por su propia vida. Catilina envió cartas a hombres de rango consular y a otros miembros de la aristocracia, declarando sentirse "acosado por falsas acusaciones" e incapaz de hacer frente a las intrigas de sus enemigos. Les informó de que se iba al exilio a Masilia (Marsella).[37]

Pocos días después de su marcha Catilina debió pensarse de otro modo su exilio. En vez de ir a Masilia se unió a los rebeldes dirigidos por Manilio en Etruria. Que intentó hacerlo así desde el principio es la opinión más aceptada entre la mayoría de los historiadores, empezando por Cicerón. Realmente es posible que mintiera para evitar el ataque de sus perseguidores. Es igual de probable que cambiará de idea, como él mismo aseguró

más adelante.[38] Se dio cuenta de que nunca podría esperar volver a Roma sin ser molestado y temió ser cazado por los guardias armados del cónsul mientras estaba en el extranjero. En cualquier caso una vida estéril y temerosa en el exilio no iba con su temperamento. Así que se embarcó en un último intento desesperado, uniéndose a los desposeídos del norte de Italia que en ese momento estaban tomando las armas para defenderse de los hipotecadores y usureros prestamistas.

Esto se sugiere en la carta presentada por el archiconservador Quinto Cátulo, que dijo que provenía de Catilina. Se lee en una parte de ella:

> "Me encontré provocado por improperios e insultos e... incapaz de mantener una postura digna. Así que me uní a la causa de los oprimidos, como a menudo había hecho antes... Fue porque vi a hombres sin valor promocionados a puestos honorables y me sentí tratado como un proscrito a causa de sospechas injustas. Por eso he adoptado la vía de la acción, justificada ampliamente dadas mis presentes circunstancias, que es la única que me ofrece una esperanza de salvar lo que queda de mi honor. He intentado escribir una carta más larga, pero me llegan noticias de que se están preparando para usar la fuerza contra mí".[39]

Cuando llegó a Roma la noticia de la llegada de Catilina a Etruria, el Senado les declaró a él y a Manilio enemigos públicos. El 9 de noviembre, ante la Asamblea, Cicerón desarrolló una pieza del arte de convertir a alguien en un demonio: "Imaginaos cualquier tipo de criminalidad y maldad que se os ocurra; [Catilina] ha estado tras ella. En toda Italia no hay un solo envenenador, gladiador, ladrón, asesino, parricida, falsario, tramposo, glotón, adúltero, prostituta, corruptor de menores, joven que haya sido corrompido o realmente cualquier clase de individuo sucio que exista, que no se vea obligado a admitir que ha sido íntimo de Catilina. En

todos estos años, donde haya habido un asesinato el asesino ha sido él". Catilina incluso había animado a sus jóvenes amantes masculinos a asesinar a sus padres y "personalmente echó una mano" en tales crímenes, aseguró Cicerón en la Asamblea. El orador no explicó por qué el depravado patricio nunca había sido perseguido por esos terribles hechos.[40]

La estrategia de Cicerón estaba disfrutando de algún éxito: Convertir a Catilina en un demonio y aislarle, ponerle contra la pared y provocar en él algún acto de resistencia ilegal, todo ello mientras creaba un clima de alarma dentro de la ciudad. El orador utilizaría entonces la "emergencia peligrosa" como oportunidad para restaurar, a la manera de Sila, la autoridad incontestable del círculo de senadores aristócratas, ganándose por tanto su gratitud eterna y consiguiendo para él la gloria suprema.

Sin embargo, el fantástico escenario que montó fallaba en un componente esencial: las evidencias. Nadie había sufrido daño, no se había quemado ninguna casa, no se habían descubierto armas escondidas, no se había tomado ninguna posición por parte de los insurrectos, no había ni rastro de una trama inicua y no había surgido ningún traidor al que aprehender. Los escuadrones de hombres armados e incendiarios nunca se materializaron. La subversión y el asesinato de masas no aparecieron más que en los hiperbólicos escritos que emanaban del sobreexcitado cónsul.[41]

Con Catilina instalado ahora en Etruria, pasó otro mes y siguió sin ocurrir nada. Cicerón explicó fácilmente por qué; la insurrección había sido obstaculizada por su vigilancia intachable: "Yo estoy en guardia. El interés de nuestro país es toda mi preocupación". Y "mi valor, sabiduría y previsión [han] salvado al estado de los peligros más graves".[42]

El 3 de diciembre hubo un giro dramático, cuando un Cicerón excitado reunió al Senado en otra sesión de emergencia. Anunció que había colocado informadores dentro de una camarilla secreta de aristócratas que

estaban aliados con Catilina. Actuando sobre aviso de sus agentes había arrestado a una delegación de alóbroges (de la Galia) que estaban en Roma para resolver ciertas extorsiones de funcionarios romanos y usureros. Un tal Umbreno, prestamista en la Galia, y probablemente agente de Cicerón, contactó con los confiados galos y les informó de la conspiración de Catilina para derribar a la República de Roma. Incluso mencionó el nombre de los conspiradores. Temiendo haber sido abordados por un provocador, los alóbroges informaron a un senador, que normalmente actuaba como su patrocinador en Roma. Éste a su vez informó a Cicerón, probablemente sin darse cuenta de que estaba metiendo a los galos en las redes del cónsul.[43]

A la mañana siguiente Cicerón había arrestado a los enviados alóbroges cuando se disponían a abandonar la ciudad, junto con alguien llamado Tito Volturcio, un italiano de provincias que supuestamente estaba coaligado con los conspiradores de Catilina. Los enviados ahora estaban implicados. O cooperaban (con la promesa de una amplia recompensa monetaria) o se arriesgaban a un castigo terrible. Los galos eligieron cooperar completamente con Cicerón. Siguiendo sus instrucciones se las arreglaron para ser presentados a los conspiradores aristócratas y les pidieron "una garantía escrita" con su sello personal que los alóbroges pudieran llevar a sus conciudadanos.[44]

Cicerón convocó entonces a los aristócratas quienes, actuando de ningún modo como conspiradores culpables, acudieron a su llamada para encontrarse que estaban bajo arresto.[45] "Se sospechaba", escribe Kahn, "que el mismo Umbreno estaba contratado por Cicerón y que Volturcio, el conspirador detenido con los galos, era casi con seguridad un informante pagado. Sólo se había unido a la conspiración hacía muy poco tiempo y, apresado, ofreció con excesiva presteza la evidencia de su situación". Volturcio corroboró toda la serie de horrores que Cicerón había estado anunciando. Declaró que, a la señal del levantamiento, jóvenes de familias

nobles iban a asesinar a sus padres. Pero Cicerón "no presionó a Volturcio para que diera el nombre de esos futuros parricidas".[46]

Las cartas de los aristócratas aprehendidos no revelaban ninguna evidencia precisa de un intento criminal y probablemente sólo eran manifestaciones de apoyo a la reparación de agravios a los alóbroges. Si hubieran mencionado delitos, masacres o intenciones de tomar el poder de estado, ciertamente lo hubiéramos sabido por Cicerón.

A pesar de todo el orador continuó con su Apocalipsis inminente. Señaló que cuando Catilina "huyó de la ciudad hace unos días" (realmente Catilina había dejado la ciudad hacía casi un mes sin ser molestado), "dejó tras él en Roma a los socios de sus odiosos designios, los líderes feroces... cuya locura y malignidad no tiene límites". Uno de esos conspiradores locos y malignos no era otro que Publio Léntulo Sura, un eminente pretor y antiguo cónsul, amigo de Catilina y padrastro de Marco Antonio. Léntulo había escrito una carta de apoyo a Catilina que supuestamente le había pedido a Volturcio que distribuyera. Urgía a Catilina a "mantenerse firme" y conseguir la ayuda de "incluso las clases más bajas".[47] Ésa es la única parte de la carta que Cicerón acotó y por tanto la única que ha llegado hasta nosotros, con lo que podemos pensar que hubo una manipulación. Sin embargo tampoco así indica una conspiración siniestra para destruir Roma. "Mantenerse firme" ante las calumnias implacables no es exactamente una llamada a la destrucción del estado y la masacre de sus habitantes. Más bien Léntulo parece aconsejar tranquilamente a su amigo que reúna el suficiente apoyo para aguantar los ataques de Cicerón. Y si Catilina y Léntulo habían estado conspirando para armar a la plebe y a los esclavos, la sugerencia de Léntulo de recurrir incluso a "las clases más bajas" parece extrañamente redundante y fuera de lugar con lo que supuestamente ya estaba preparado por los conspiradores.

Apareciendo en el Foro al final de ese día, Cicerón anunció que ahora estaba probado de forma concluyente que Catilina había planeado invadir Roma y masacrar a toda la ciudadanía; los cinco cómplices habían estado tramando la insurrección desde dentro y Léntulo había intentado convertirse en rey de Roma. Otro conspirador, Cetego, hombre de cierta fortuna, poseía una colección privada de dagas y espadas de fantasía que Cicerón confiscó ansiosamente y consideró el arsenal para armar al ejército de canallas de Catilina.[48] Los cinco eran culpables, aseguró Cicerón a la Asamblea. Más concluyente que cualquier evidencia eran "su palidez, la mirada de sus ojos, sus gestos y su silencio. Permaneciendo ahí estupefactos, mirando al suelo o dirigiéndose ocasionalmente miradas furtivas unos a otros, su culpabilidad es tan manifiesta por su apariencia como por cualquier otro testimonio".[49]

A una conclusión diferente llegan unos cuantos historiadores que disienten y que señalan que la "evidencia" contra los cinco es la declaración de informantes de una credibilidad cuestionable, y que a los acusados no se les permitió un careo con sus acusadores de forma sistemática. "Para cualquier senador que mantuviera un mínimo de sentido común estaba claro que el vocerío no guardaba proporción con los acontecimientos".[50] Una serie de simpatizantes habían intentado mostrar su apoyo a su amigo Catilina, pero ¿estaban planeando delitos, asesinatos y una revolución? Si era sí, ¿con qué medios? No con un ejército invisible de plebeyos y esclavos, ni con Manilio y sus veteranos que pedían al procónsul romano sólo la reforma de la tierra y la exención de impuestos y deudas, ni con los alóbroges que estaban pidiendo una reparación de agravios y que no suponían ninguna evidencia de una invasión de Roma por parte de los galos.

Al día siguiente, 4 de diciembre, como cuenta Salustio, un tal Lucio Tarquinio fue conducido ante todo el Senado. Declaró que iba a unirse a

Catilina cuando fue arrestado. Por qué pensaron las autoridades que era sospechoso es algo que Salustio no dice. Emplazado a hablar por Cicerón, Tarquinio relató rápidamente una historia hecha a la medida para apoyar las acusaciones de Cicerón y extrañamente similar a la contada por Volturcio. Pero Tarquinio también declaró que había sido enviado por Marco Craso para dar instrucciones a Catilina de que preparara su ataque a toda prisa. La mención de Craso, un aristócrata poseedor de una inmensa fortuna y gran prestigio, tuvo un efecto perturbador sobre el Senado. Una cosa era que Craso hubiera apoyado a Catilina para el consulado y le hubiera echado un cable en un caso antiguo de extorsión y otra cosa era acusarle de un complot para derribar al gobierno de Roma. ¿Podía el hombre que había aplastado implacablemente la rebelión de los esclavos de Espartaco en el 71 liderar ahora él mismo una rebelión de esclavos? ¿Podía el hombre más rico de Roma querer quemar sus propios bienes?

Algunos senadores consideraron la afirmación de Tarquinio como algo más allá de lo creíble. Otros pensaron que era mejor no provocar a un hombre tan poderoso como Craso, independientemente de que la acusación contra él fuera o no cierta. Toda la Asamblea declaró rápidamente que los cargos eran falsos y decidió mantener a Tarquinio bajo custodia hasta que revelara el nombre de la persona que le había inducido a ese testimonio. Algunos sospechaban que Tarquinio había sido sobornado por Cicerón en un intento de destruir a Craso, que había cogido la costumbre de trabajar con líderes de mentalidad reformadora, incluyendo al popular Pompeyo (que en ese momento estaba en Asia en una campaña militar). Salustio escribe: "En una fecha posterior oí a Craso declarar con sus propios labios que esa acusación infame contra él había sido inducida por Cicerón".[51]

Dos líderes de los *optimates*, Cátulo y Piso, guiados por sus desavenencias personales y políticas con Julio César, urgieron a Cicerón para que contratara informantes que dieran un falso testimonio contra él.[52] Pero

Cicerón, quizá considerando el efecto contraproducente que había tenido la acusación contra Craso, se negó a arriesgarse. Cátulo y Piso tomaron entonces el asunto en sus propias manos, haciendo circular falsas noticias que habían pretendido oír de boca de Volturcio o de los alóbroges, provocando el suficiente sentimiento contra César como para hacer que caballeros armados –firmes seguidores de Cicerón– le amenazaran con sus espadas a la salida del Senado.[53]

El 5 de diciembre el Senado tuvo una sesión trascendental. Varios senadores siguieron adelante con los testimonios incriminatorios contra los cinco "conspiradores de Catilina". El cónsul electo Silano, colaborador de Cicerón, declaró que Cetego le había condenado a muerte junto con otros siete senadores de alto rango. Silano no suministró ninguna evidencia que apoyara su sorprendente acusación ni explicó por qué había esperado hasta ahora para informar de ello. Cetego, Léntulo y los demás conspiradores debían sufrir "el destino final" que él pedía, una demanda que apoyaron otros senadores.

Con el destino de los conspiradores aparentemente decidido, Julio César tomó la palabra. Aún a cuatro años de su primer consulado, César ya era una figura prominente en la política romana, identificada con la facción popular. Con calma pidió a los senadores una actitud diferente, recordándoles sus deberes constitucionales. No podía consentir que se llevara a la muerte a los acusados sin un juicio. En vez de eso recomendó mantenerles encerrados bajo custodia hasta que hubiera una investigación, un juicio y una sentencia. Ahora no era el momento de hacer algo imprudente e irreversible –y ciertamente inconstitucional–, algo que pudiera generar una crisis todavía más grave. Aquí César estaba aludiendo a la posibilidad de que las ejecuciones pudieran ocasionar disturbios entre los ciudadanos, muchos de los cuales habían tomado partido por la creciente popularidad de Catilina. Las indicaciones comedidas de César, escribe Plutarco, "produjeron tal cambio en las opiniones del Senado, además del temor

al pueblo", que incluso Silano anunció rápidamente que cuando se refería al "destino final" no quería decir la muerte, sino el encarcelamiento, que para un romano amante de la libertad era mucho peor que la muerte.[54]

Cátulo tomó la palabra y farfulló furiosamente contra el consejo de César. Le apoyó otro líder de los *optimates*, Catón el joven, que conminó con rabia a Silano por su retractación y después acusó a César por utilizar una cobertura de palabras humanas mientras "intentaba subvertir el estado... queriendo asustar al Senado en un caso en el que él mismo tenía mucho que temer". Aquí Catón estaba acusando a César de estar coaligado secretamente con Catilina. ¿Por qué si no era así estaba intentando salvar a los enemigos que habían llevado al país al borde de la ruina y cuyas muertes "librarían al Senado de grandes matanzas y peligros"?[55]

Mientras Catón hablaba sucedió que un mensajero entregó a César una nota. Viendo la oportunidad de confirmar sus sospechas, Catón gritó que incluso ahora, mientras él hablaba, César se estaba comunicando con los enemigos de la comunidad. Catón le instó a que leyera la misiva en voz alta. En vez de eso César se levantó y le tendió la hoja a Catón, que desgraciadamente para él descubrió que era una carta amorosa de su hermanastra Servilia (la madre de Bruto) que tuvo una larga y notoria relación con César. Plutarco la describe como "locamente enamorada" de él. Con un gesto destemplado Catón le devolvió a César la nota exclamando: "Guárdatela, borracho", un epíteto singularmente inadecuado ya que César era conocido por su contención con la bebida, y la nota tenía que ver con la intoxicación muy diferente padecida por Servilia.[56]

Aunque esta estratagema contra César fracasó, Catón consiguió cambiar la corriente de opinión. Los senadores muy nerviosos votaron por la condena a muerte de los acusados.[57] Esa misma tarde, bajo la supervisión directa de Cicerón, Léntulo, Cetego, Estatilio, Gabino y Cepario fueron

llevados a prisión, bajados uno por uno a una celda húmeda y sucia y estrangulados.[58]

Otros conspiradores de menos renombre también fueron perseguidos en Roma y en toda Italia. Por encima de la ley, ahora que su consulado había expirado, Cicerón mantuvo el tribunal en su casa. Algunos de los acusados fueron condenados a muerte con el simple testimonio de un informador, otros fueron absueltos. Alguno de los supuestos culpables logró escapar. En una polémica a veces atribuida a Salustio, un crítico anónimo señala que varios de los acusados que ofrecieron a Cicerón suntuosos regalos, entre ellos una casa, una villa en la Toscana y otra villa en Pompeya, escaparon al castigo. Pero los que no ofrecieron tales favores fueron acusados de complot contra el Senado y Cicerón certificó su culpabilidad.[59]

Algunas semanas más tarde Catilina y su grupo pobremente armado en Etruria fueron sitiados por las legiones romanas y lucharon con valentía en lo que fue esencialmente una acción defensiva. Catilina murió en el combate y la fuerza etrusca fue aplastada. No se hicieron prisioneros.

Durante los siguientes veinte años Cicerón se atribuyó incansablemente "haber salvado al estado" y haber "librado al Senado de una masacre", describiendo su cruzada contra Catilina como "el hecho más grande en la historia de la raza humana". Tenía que admitir que el único ciudadano de la República "sin el que ésta no podría vivir era él mismo".[60] En una carta a Lucio Luceo, que estaba escribiendo una historia de Roma (perdida para nosotros), Cicerón le pidió que utilizara su genio para elogiar el papel que él, Cicerón, había jugado en la historia de la ciudad "con un ardor incluso mayor del que tú sientes y esa tendencia a descuidar los cánones de la historia" escribiendo con una parcialidad que "mejore mis méritos a tus ojos incluso hasta la exageración... incluso un poco más de lo que permite la

verdad". Esto ayudaría a "reivindicar mis deseos de renombre eterno". Porque si un hombre ha transgredido alguna vez los límites de la modestia, lo mejor que puede hacer es no avergonzarse de ello".[61]

La fanfarronada incansable de Cicerón se ha convertido en la opinión aceptada entre los intelectuales a través de las épocas. Valeo Patérculo, Plutarco, Juvenal, Lucano, Dión Casio, Floro y otros escritores antiguos le alaban casi tanto como él se alabó a sí mismo por haber frustrado una terrible conspiración contra Roma y sus mejores ciudadanos.[62] Igualmente, la mayoría de los historiadores modernos aceptan lo que cuenta Cicerón sobre cómo rescató a la ciudad de las garras de Catilina. Escriben sobre la "evidencia firme" que consiguió, la "diligencia" y "cuidado" que "salvó a Roma del fuego y la espada", su "brillante arte de gobernar", su acción "rápida, decisiva y valerosa" y sus "contramedidas inmediatas".[63]

Para aquellos de nosotros menos enamorados del gran orador, sigue habiendo cuestiones preocupantes. Empezando por las acusaciones más inverosímiles:

*Si los supuestos conspiradores querían ser los amos de Roma, ¿por qué intentaban "liquidar la ciudad entera y a todos sus habitantes... amenazando a nuestro país con la aniquilación"?, como proclamó Cicerón.[64] ¿Por qué querían mandar sobre un montón de cadáveres y de restos quemados?

*La banda secreta de aliados de Catilina, de acuerdo con Cicerón, estaba compuesta de deudores, jugadores, gandules, parricidas, asesinos, viciosos, degenerados afeminados y maleantes de toda índole.[65] ¿Cómo podía el supervillano esperar derribar el imperio romano con esa bandada de andrajosos, discapacitados y perdidos?

*Dadas las sangrientas intenciones de Catalina, ¿por qué no se cometió ningún asesinato? Los asesinatos eran un hecho apenas conocido en la política romana y sin embargo Catilina y su banda de vagabundos nunca

pudieron ser acusados de ninguno. Los dos cónsules electos fueron supuestamente su objetivo en enero del 65, pero no ocurrió nada. En cuanto al complot para matar a cientos de senadores al mes siguiente, de nuevo no ocurrió nada.

*Hubo la noticia, ampliamente difundida por Cicerón, de dos conspiradores que iban a matarle, pero cuando les negó la entrada en su casa, se marcharon sin decir nada y nunca más volvieron a molestarle. Cicerón declaró: "Casi he sido asesinado en mi propia casa".[66] Pero, ¿por qué no les detuvo por conspiración para cometer un asesinato?[67] De nuevo siguió sin ocurrir nada. Los comentaristas ni siquiera pueden ponerse de acuerdo sobre la identidad de esos dos responsables descuidados. Salustio está seguro de que fueron Cornelio y Vargunteo, Plutarco señala a Marcio y Cetego, Apiano acusa a Léntulo y Cetego, Dión no da nombres, Suetonio y Veleo ni siquiera mencionan el incidente. Y el propio Cicerón es extrañamente vago, diciendo solamente que fueron "dos ecuestres romanos", lo cual excluye a la mayoría de los anteriores.[68]

*Cicerón refiere intentos contra otras varias personas y un intento de matar a los competidores de Catilina en los *comitia* consulares del año 63. De nuevo no ocurrió nada. ¿Y qué evidencias había de que Catilina asaltó a Cicerón repetidas veces con una daga, pero aparentemente de manera tan torpe como para que lo frustraran unos movimientos de esquiva del cónsul? ¿Por qué no arrestó Cicerón a Catilina por esos intentos de acabar con su vida?

*Catilina y sus cómplices también tuvieron fracasos ignominiosos cuando intentaron realizar sus ataques incendiarios. Si creemos a Salustio, Catilina reclutó un cierto número de damas viciosas de la sociedad para que produjeran agitación entre los esclavos de la ciudad y organizaran los asaltos incendiarios. De nuevo no hubo resultados.[69] A los incendiarios los pararon supuestamente los guardias de Cicerón. Esto también es difícil de

creer. Roma era una yesca; los fuegos accidentales eran frecuentes y feroces. Si las bandas de incendiarios realmente hubieran intentado comenzar una conflagración mayor, ningún número de guardias podría haberlo evitado.[70]

*¿Qué evidencia tenía Cicerón que apoyara su sorprendente acusación de que el amigo de Catalina, Léntulo, quería proclamarse rey de Roma? Léntulo estaba al tanto sin duda de cómo abominaban a los reyes los ciudadanos romanos. Y estaba muy al tanto de que él mismo, aunque gran orador, no tenía la fuerza suficiente en el Foro, el Senado o el ejército. ¿Cómo podía esperar conseguir tan grandioso objetivo? Sin un ejército, ¿cómo hubiera podido esperar resistir al celoso Pompeyo que, al volver con sus legiones sobre Roma se hubiera encontrado con alguien autoproclamado rey o, en su caso, autoproclamado cónsul como Catalina?

*¿Por qué los cinco acusados divulgarían sus secretos peligrosamente incriminatorios, en cartas marcadas con sus propios sellos a enviados extranjeros de la Galia, con quienes no habían tenido contacto previo? El mismo Cicerón se dio cuenta de que este escenario increíble necesitaba explicación. Su respuesta dada ante la Asamblea en la tarde del 3 de diciembre fue que ¡las fuerzas divinas les habían hecho equivocarse! "Léntulo y los otros traidores nunca hubieran estado tan locos como para confiar estas intrigas a gente que además de extranjeros son bárbaros, a menos que los mismos dioses les hayan despojado de su más mínima discreción". Ante el Senado Cicerón declaró: "Caballeros, soy consciente de que la voluntad y la guía de los dioses inmortales han estado detrás de todas las cosas que he dispuesto".[71] Esto dicho por un hombre que en privado desacreditaba los augurios y otras creencias religiosas.

*Dadas las dimensiones supuestamente masivas del complot, ¿por qué no había otras evidencias más que el dudoso testimonio de varios informantes que simplemente confirmaron los cargos que había expuesto Cice-

rón? Se ofrecieron recompensas si se daba información sobre el complot. Para un esclavo el precio era su libertad más 100.000 sestercios (unos diez años de ingresos de un trabajador medio); para un hombre libre el doble de esa suma y el perdón si estaba implicado en la conspiración.[72] Salustio señala que "ningún hombre entre los conspiradores fue tentado por la promesa de una recompensa a traicionar sus planes".[73] Como es usual Salustio no se hace más preguntas, pero podría preguntarse por qué ninguno de los irreflexivos renegados suministró información para poder embolsarse una suntuosa recompensa y además salvar la piel.

Lo más probable es que la conspiración no fuera traicionada porque no existía, al menos no al nivel fantasmal expresado por Cicerón.

El 29 de diciembre, último día de su consulado, Cicerón intentó pronunciar un discurso de despedida alabando su año en el cargo. Pero la asamblea no le permitió pronunciar una palabra además de su juramento. En vez de eso le abuchearon por ejecutar a ciudadanos romanos sin juicio previo y sin el consentimiento del pueblo. En su vehemente protesta el orador volvió a gritar que la seguridad del estado y de la ciudad "se deben sólo a mis esfuerzos", una baladronada que sólo consiguió excitar más los ánimos de la multitud.[74]

Cicerón había esperado que su fama como salvador de Roma perdurara a través de las épocas, y así ocurrió entre muchos clasicistas. Pero entre sus conciudadanos sensibles de Roma su gloria autoproclamada duró apenas un día.

6

EL ROSTRO DE CÉSAR

> César saldrá adelante: las cosas que me amenazaron
> Nunca vieron más que mi espalda; cuando vean
> El rostro de César se desvanecerán.
>
> *Julio César*, acto II, escena 2.

El más grande de los *populares* de Roma fue Gayo Julio César, conocido por sus contemporáneos como Gayo César y por la historia como Julio César. Nació en el año 100 a. de C. en una vieja familia patricia. Su tío por matrimonio fue Gayo Mario, el famoso *populares*, y su suegro fue el íntimo aliado de Mario, Cornelio Cinna. Ser sobrino de Mario y yerno de Cinna durante la represión de Sila del año 82 colocó a César en el lado de los derrotados y le convirtió en candidato a la proscripción. Sila anunció su voluntad de no perdonar la vida de César si el joven apoyaba la causa reaccionaria. Y para demostrar la sinceridad de su conversión, se esperaba que César repudiara a su esposa Cornelia (hija de Cinna) y se casara con alguna mujer elegida por Sila.

Si César hubiera estado guiado por la ambición sin principios y el ansia de poder, como proclamó Cicerón y muchos historiadores insisten hasta el

día de hoy, habría aprovechado con presteza esa posibilidad de ser catapultado hasta las más altas instancias como protegido del tirano. En vez de eso rechazó la oferta de Sila, aunque era consciente de las desastrosas consecuencias. Mostrando gran disgusto, Sila ordenó su arresto y le confiscó su herencia y la dote de su mujer. Algunos historiadores cuentan que César se salvó escapando después de sobornar a uno de los capitanes de Sila con la suma considerable de dos talentos (aproximadamente 100 libras de oro o plata).[1] Otros dicen que sobrevivió porque la madre de César y los miembros conservadores de su familia, utilizaron sus contactos con los partidarios cercanos de Sila para conseguir el perdón del tirano para el desafiante joven. A los que aconsejaron a Sila que no eliminara a alguien tan joven, se cuenta que les dijo: "Acordaos de que el hombre que estáis tan empeñados en salvar, un día traerá un viento de muerte para la aristocracia, que hoy queréis que yo apoye; porque en este César hay algo más que un Mario".[2]

Durante los años siguientes César mantuvo una distancia saludable de Roma, mientras las proscripciones de Sila producían miles de víctimas. En el 78 la noticia de la muerte de Sila le hizo regresar rápidamente a la ciudad. El movimiento popular estaba resurgiendo de nuevo, e incluso parecía amenazar una revolución social. Con una energía desesperada los aristócratas del Senado reagruparon las fuerzas de Sila y dieron plenos poderes a Pompeyo para reprimir los disturbios. En aquel momento César se abstuvo de entrar en la lucha.[3]

En el 75 César viajó al extranjero, lo más probable para reclamar una herencia de su amigo muerto y antiguo amante, el rey Nicomedes. Durante el viaje, cuenta la historia, fue capturado por piratas que pidieron por su libertad la suma de cincuenta talentos. Después de varias semanas de esfuerzos, sus enviados consiguieron recolectar ese dinero entre las ciudades y pueblos costeros aliados. Muchos de los piratas habían salido de esas mismas ciudades. Como los habitantes compartían los expolios, también se

les podía requerir que ayudaran a su restitución. Una vez libre, y en el espacio de un día, César armó varios barcos y reclutó un grupo irregular, que quizá pertenecía a un clan rival de sus captores. Su fuerza improvisada sorprendió a los bandidos y capturó algunos de sus barcos. César ejecutó a sus antiguos captores y se embolsó para sí el inmenso rescate, probablemente después de pagar a sus mercenarios.[4]

Hasta este momento todavía no había nada que pudiera evitar que Julio César tomara el bien pavimentado sendero de la carrera como *optimate*. Habría sido bienvenido por la oligarquía, que le habría recibido con los brazos abiertos y recompensas inmediatas. En vez de eso, se movió en la dirección opuesta, mostrando una dedicación a la causa popular que le hizo contar con el afecto del pueblo. En el 73 apoyó una medida que permitiría volver a los exiliados políticos afines a Mario, expulsados durante el reinado de Sila. Ese mismo año se unió a un interesante líder democrático y tribuno, Licinio Mácer, en una campaña para anular los decretos de Sila que derogaban los poderes de los tribunos del pueblo.

Fue Mácer quien ayudó a crear una forma democrática de hablar en público (utilizada por el propio César), convenciendo a sus oyentes con evidencias y argumentos precisos, en vez de liarles con alocuciones histriónicas de oratoria clásica. Cicerón describe a Mácer como alguien poco convincente. Sus modos y maneras quitaban atractivo a su destreza intelectual, que sin embargo era lo suficientemente efectiva. "Su lenguaje no era ricamente abundante, pero tampoco era pobre. Su voz, gestos y modos carecían totalmente de encanto. Sin embargo su utilización de material original y su idea de lo que había que decir estaban pensados cuidadosamente, como para no ser sobrepasado por nadie a esos respectos".[5]

Todo lo que nos ha llegado de las palabras de Mácer es un discurso, conservado en los fragmentos que han sobrevivido de la *Historia* de Salustio. Viviendo bajo la constitución de Sila en los años 70, Mácer era perfec-

tamente conocedor del peligroso poder que ejercían los oligarcas. Un tribuno como él "solo y carente de recursos y con la simple apariencia vacía del cargo" no podía esperar desafiarles sin el apoyo de las masas. "Qué alboroto organizan contra mí", señaló. Mácer recriminó a la plebe por su falta de acción organizada y su buena voluntad para convertirse en clientela de los patrones aristocráticos. "Actuáis como un rebaño domesticado, aunque sois grandes en número, permitiendo que unos pocos os manden y os esquilmen". Argumentaba que obedeciendo las órdenes de los cónsules y los decretos del Senado el pueblo fortalecía la autoridad que le oprimía. Si ellos no luchaban para volver a ganar sus derechos y defender sus intereses se verían cada vez más sujetos a las injusticias.

Bajo la pretensión de dirigir la guerra, los nobles se habían apoderado del control del tesoro y del ejército, continuaba Mácer. Engañaban al pueblo haciéndole creer que era soberano, llevando a cabo ruidosas pero necias luchas políticas en las que a los votantes se les permite elegir, no a sus defensores, sino a sus amos. El pueblo, argumentaba, no debe permitir que le sobornen con una cantidad mínima de grano, que "no es mucho más que una ración de la cárcel". Incluso ese reparto insignificante estaba garantizado a duras penas y sólo por temor a la agitación social. Mácer conminó a la plebe a hacerse fuerte resistiéndose al servicio militar obligatorio y a servir a los ricos: "No recomiendo la violencia armada o la secesión, sino sólo que os neguéis a derramar vuestra sangre por ellos... Que los que comparten los beneficios compartan también los peligros y el trabajo".[6]

La carrera de Mácer es ilustrativa de cómo un líder popular puede ser inmovilizado sin llegar al asesinato. En el 66, mientras servía como gobernador provincial, fue acusado de extorsión por los *optimates*. Presidiendo el tribunal estuvo el propio Cicerón, que jubilosamente escribió a Ático: "He ganado más aprobación con su condena que lo que hubiera sido su gratitud por su inocencia".[7] Completamente convencido de que no iba a ser

declarado culpable, Mácer recibió la noticia de su culpabilidad con un desánimo total, retirándose a su casa, donde murió de un ataque al corazón o suicidándose.[8]

En el 68 Julio César pronunció un elogio público de su tía Julia, esposa de Mario, en cuyo funeral desplegó osadamente imágenes de Mario, algo que nadie se había atrevido a hacer desde la reacción de Sila. En los años siguientes César obtendría varios cargos públicos. Como edil en el 65 utilizó dinero de ricos asociados para organizar festivales y espectáculos sin precedentes por su extravagancia. Se ganó gran aprecio por la atención que dio a las plazas públicas y edificios y por su restauración de la Vía Apia. También ordenó que las imágenes casi ocultas de Mario se instalaran en el Capitolio. Al día siguiente, cuando se corrió la noticia, "los partidarios de Mario se armaron de valor y fue increíble lo numerosos que de repente resultaron ser y la gran multitud que se concentró aclamando en el Capitolio", muchos de ellos ensalzando a César como el único "que había tenido una relación honesta con Mario".[9]

En el 64, con treinta y ocho años, César se presentó a candidato para pontífice máximo (*pontifex maximus*), un cargo vitalicio y prestigioso que ocupó sin tener ninguna convicción religiosa profunda. Plutarco informa que su elección, ganada contra otros dos eminentes senadores, "originó gran alarma entre el Senado y la nobleza, porque ahora podría incitar al pueblo a temeridades extremas".[10]

Más tarde en ese mismo año César y otros presentaron una ley de reforma de la tierra, que fue diseñada para ser moderada en sus métodos pero extensa en su alcance. Las asignaciones beneficiarían tanto a los pobres sin tierras como a los veteranos de guerra. Las tierras saldrían sólo de parcelas públicas y de parcelas de propietarios que quisieran vender. A los nobles con tierras pero profundamente endeudados se les garantizaba un buen

precio a pesar del valor a la baja de las tierras. Los fondos para el programa provendrían de la venta de propiedades y riquezas confiscadas en las dependencias exteriores, costando por tanto muy poco al tesoro público, a la vez que se utilizaba un método socialmente útil para distribuir los botines.[11]

El 1 de enero del 63, el nuevo cónsul electo, Cicerón, en su discurso inaugural ante el Senado y en otros dos subsecuentes en el Foro, arrojó todo el peso de su cargo contra la ley de reforma de la tierra, desfigurando su contenido moderado y profiriendo gritos alarmistas de que la propuesta era un "complot contra la libertad", "elaborada de forma oscura" y llena de "propósitos secretos". Kahn señala que "Cicerón estaba igualando el cambio a la subversión", despreciando cualquier medida que mitigase la miseria material como si fuera un paso hacia la revolución. La ley fue eliminada o derrotada en una votación en la Asamblea.[12]

Este revés debió hacer pensar a César sobre las dificultades de una reforma pacífica dentro del sistema existente. Sin embargo su carrera personal siguió adelante. Fue elegido pretor en el 62 y procónsul de la Hispania Ulterior en el 61, lugar donde llevó a cabo una campaña militar victoriosa contra los lusitanos. Fue durante estos años cuando se forjó su amistad política con Craso y Pompeyo.

El ex-pretor Marco Craso, antiguo subordinado de Sila (mencionado en el capítulo anterior como acusado de participar en el complot de Catilina), debía su celebridad tanto al dinero como a sus hazañas militares. Amasó sumas enormes a través de inversiones, convirtiéndose en propietario de tierras y de inmuebles urbanos. Su dudosa fama le llegó en el año 71 a. de C. cuando estuvo a la cabeza del ejército que sofocó la gran rebelión de esclavos de Espartaco. Cazó y mató a Espartaco y después crucificó a 6.000 de sus hombres.

Pompeyo también empezó su carrera militar como aliado de Sila en el 82, a quien sirvió de forma espléndida, ganándose la gratitud y admiración del dictador.[13] Reclamado de España para ayudar a sofocar la rebelión de Espartaco, Pompeyo llegó a tiempo de participar en la carnicería final, que él y sus compañeros proclamaron como el mayor éxito militar, que eclipsaba las hazañas de Craso.

Cualesquiera que fueran los choques y sentimientos de rivalidad que tuvieran, Craso y Pompeyo se las arreglaron para trabajar juntos, siendo elegidos cónsules para el año 70 a. de C. Presionados por la agitación popular, dedicaron su año en el cargo a anular algunas de las leyes reaccionarias de Sila. Alentaron a los censores para que expulsaran a sesenta y cuatro senadores por corrupción y apoyaron una ley que reducía a un tercio los miembros senatoriales en los jurados. Y lo más importante de todo, una ley propuesta por Pompeyo eliminó las restricciones que Sila había impuesto sobre los tribunos del pueblo. Estos esfuerzos se ganaron el aplauso del pueblo y la ira del Senado, y cualificaron a Pompeyo como *popularis*, al menos de nombre.

Durante los años 60 Craso se asoció con la causa popular, apoyando a Mácer cuando fue acosado por los *optimates* en el 66 y después sirviendo como banquero y financiero de César. En aquel momento Pompeyo había ganado fama adicional por su rápida y exitosa campaña contra los piratas que merodeaban el Mediterráneo. En el año 60 a. de C. César invitó a Craso y a Pompeyo a que se unieran a él en lo que se ha conocido por los historiadores modernos como Primer Triunvirato. Pompeyo tenía el prestigio de un héroe de guerra y presumiblemente el respaldo de sus veteranos, Craso tenía el dinero y César el apoyo de la plebe. Juntos desafiaron a los *optimates* y surgieron durante un tiempo como la fuerza política dominante, capaz de deshacer las características más reaccionarias de la constitución de Sila, haciendo que Cicerón les denunciara en privado por ser "tres hombres inmoderados".[14]

Contra la fuerte oposición de los *optimates*, César consiguió el cargo supremo de cónsul, ejerciéndolo en el 59. Pronto durante su consulado remitió otra ley de reforma de la tierra, aceptada por Pompeyo y Craso, y no muy diferente de la que presentó en el 63. Cicerón fue invitado a participar en la comisión para la reforma de la tierra, pero rechazó la invitación. Después de que la ley fuera pirateada hasta su muerte en el Senado por parte de Catón, César aplicó la táctica de los Graco y ya no recurrió al Senado sino a las asambleas populares para que se aprobase la ley.[15] Cicerón no tardó mucho tiempo en quejarse de que el programa de distribución de la tierra estaba "eliminando nuestras rentas en Campania".[16]

El cónsul compañero de César, Bíbulo, hombre de los *optimates*, se opuso a las medidas reformistas de César e intentó paralizar los procedimientos dentro de las asambleas para siempre, aduciendo malos presagios. Siempre que el movimiento democrático ganaba el ímpetu suficiente se arriesgaba a ser detenido por los auspicios religiosos (*auspicia*), esto es, las adivinaciones de la voluntad de los dioses. Los auspicios los dirigía el Colegio de Augures, una reserva exclusiva de los aristócratas hasta el principio del Siglo I a. de C., cuando se nombró para el mismo a algunos ecuestres notables. Simplemente informando de presagios desfavorables, los augures podían posponer cualquier acción dentro de las asambleas populares o invalidar la elección de un funcionario prodemocrático. Era costumbre considerar cualquier signo de los cielos como desfavorable y razón suficiente para suspender los procedimientos públicos.[17]

Las adivinaciones se comunicaban después de un estudio ritualizado de las entrañas de los animales sacrificados, o después de observar un vuelo de pájaros repentino, una tormenta con truenos, una línea de luz en el firmamento o algún otro hecho "inusual". La clase dirigente apreciaba el veto conservador que ofrecían los auspicios. Cicerón era explícito en este

punto. Mientras que en privado despreciaba los augurios como algo poco menos que ridículo, los utilizaba como arma del estado contra "el frenesí de los tribunos" y "la impetuosidad injusta del pueblo".[18]

Un siglo antes de Cicerón, Polibio comentaba el uso político de la religión: "La superstición es el elemento que mantiene unido al estado romano... Como las masas son siempre inconstantes, llenas de deseos ilegales, rabia irrazonable y pasiones violentas, sólo pueden ser contenidas por terrores misteriosos u otras dramatizaciones..."[19] Más tarde Gibbon escribió: "Los diversos modos de adoración que prevalecían en el mundo romano estaban considerados por el pueblo como igualmente verdaderos, por los filósofos como igualmente falsos y por los magistrados como igualmente útiles".[20] Un historiador conservador de nuestro tiempo reconoce que los auspicios religiosos "ayudaban a mantener las cosas como siempre habían estado y a enseñar a las clases bajas cual era su lugar".[21] Así que no era una sorpresa que Bíbulo, permaneciendo encerrado en su casa durante la mayor parte de su consulado, intentara poner trabas a César en las asambleas populares anunciando repetidamente malos augurios, truco que César simplemente ignoró, igual que debió no hacer caso de los vetos de Bíbulo.[22]

Con toda su popularidad César todavía carecía del poder y prestigio de un héroe militar. Al contrario que Alejandro, Aníbal y Napoleón, él había empezado su carrera como político más que como líder militar. Inicialmente intentó, a la manera de Pericles y Gayo Graco, conseguir las reformas sin el uso de la fuerza, manteniéndose en la arena política durante dieciocho años. Después, a la edad de cuarenta años, se convenció de que tener un ejército a su espalda era una manera más segura de hacer frente a la oligarquía.

Por ese tiempo la República de Roma dominaba un gran imperio que se extendía a través de todo el Mediterráneo, desde España hasta Asia Menor. César le añadió posesiones y tomó parte en el saqueo y las matanzas.[23] En el 58 fue nombrado procónsul (gobernador provincial) de la Galia Cisalpina (norte de Italia) y la Galia Trasalpina (Francia y Bélgica). En una serie de campañas militares que duraron nueve años, anexionó toda la Galia a la soberanía romana, además de algunas partes de Alemania. Continuó de procónsul durante cinco años más al amparo de una ley aprobada en el 55 por Pompeyo y Craso, que de nuevo habían sido nombrados cónsules.

La alianza entre Pompeyo y César se consolidó con el matrimonio entre Pompeyo y la hija de César, Julia. Pero Julia murió en el 54, en un momento en el que Pompeyo estaba cada vez más incomodo con la creciente popularidad de César y con su fuerza militar. Al año siguiente el triunvirato llegó a su fin cuando Craso sufrió una desastrosa derrota militar en su campaña contra los partos en el este (actualmente Irak y el norte de Siria), y fue muerto a traición mientras intentaba negociar con ellos. Los partos sabían algo acerca de Craso. Como nos informa Floro, le cortaron la cabeza y llenaron su boca de oro molido para que "aquel cuya mente ha ardido con el deseo del oro pueda, una vez muerto, ser quemado con ese mismo oro".[24]

La muerte de Craso no sólo supuso la caída del triunvirato, sino que fue el presagio del comienzo de una guerra civil. De acuerdo con el historiador romano Lucano: "César no podía seguir tolerando a un superior ni Pompeyo a un igual".[25] Pompeyo estaba, según Dión, muy disgustado por los elogios generalizados otorgados a César "mientras que se ensombrecían sus hazañas". Intentó convencer a los cónsules de que no hicieran públicas las cartas de César y que minusvaloraran sus victorias. "Le reprochó al populacho que no le hiciera mucho caso a él y que sin embargo fuera un fanático de César".[26]

Viendo el descontento de Pompeyo, los *optimates* intentaron unirse a su causa. Temían a César por ser el más inteligente y el más dedicado de los dos *popularis*. Aunque estuvo fuera en su campaña de las Galias durante la mayor parte de los años 50, César siguió manejando la política romana, actuando a través de legados o a veces por sí mismo, volviendo a Roma durante los meses de invierno.

Pompeyo se mostró receptivo con las proposiciones de los *optimates*. En el 52 los senadores le designaron cónsul único, violando la práctica constitucional que requería que fueran elegidos dos cónsules por parte de las asambleas. En aquel tiempo prorrogaron su mandato sobre España por otros cinco años. Con Julia muerta, Pompeyo rechazó una oferta para casarse con la sobrina segunda de César y en vez de eso lo hizo con la hija de Metelo Escipión, un *optimate* del Senado. Entonces eligió a su nuevo suegro para servir con él como cónsul durante los meses que quedaban del año 52, otra medida inconstitucional que sin embargo fue perfectamente aceptable para los senadores constitucionalistas. Familias aristocráticas altamente influyentes como los Metelo se aliaron con Pompeyo, al menos hasta que César pudiera ser eliminado.

En diciembre del 50, mientras César estaba todavía en la Galia, el conflicto entre él y los *optimates* llegó a su punto de ebullición. El Senado decidió que debía enviarse un sustituto que le reemplazara. La orden del Senado fue vetada por Curio, un tribuno simpatizante de César. La contraoferta de César, expuesta ante el Senado por Curio, fue que tanto él como Pompeyo renunciaran a sus mandos militares. Esta propuesta tuvo el apoyo entusiasta de la gente corriente.[27] Por votación de 370 contra 22 los senadores aprobaron rápidamente este plan. Aquí estaba la posibilidad de evitar la guerra civil y desarmar tanto a Pompeyo como a César.

Pero eso no era lo suficientemente bueno para los *optimates* ultraconservadores fuertemente opuestos a César. Encontraron un tribuno que vetó la propuesta de mutuo desarme. Si César renunciaba al mando, debieron pensar, ese no sería el fin de su encanto político. En cualquier caso, nada le impediría volver a llamar a sus veteranos o hacer nuevos reclutamientos ante futuros conflictos. Al día siguiente uno de los cónsules, también de la facción conservadora, llamó a Pompeyo para que tomara el mando de dos legiones.

Las negociaciones continuaron durante enero del 49. Actuando como alguien que no está sediento de poder, César propuso de nuevo que él y Pompeyo renunciaran a sus mandos. Su mensaje lo expuso ante el Senado un tribuno y aliado político llamado Marco Antonio, que había sucedido a Curio. Esta vez los senadores rechazaron airadamente la propuesta sin debate. Los *optimates* aferraban en ese momento las riendas senatoriales dirigiéndose hacia una confrontación. Con Pompeyo como su espada defensora, creían que podían aislar y vencer a César de una vez por todas. El Senado aprobó un *senatum consultum ultimum* junto con "resoluciones de las más duras y severas" para terminar con el mando de César y suprimir "a esos distinguidos funcionarios, los tribunos del pueblo", como escribió César.[28] Temiendo por sus vidas, Marco Antonio y otro tribuno abandonaron Roma, dirigiéndose al norte para unirse a César.

Varios días más tarde, César reunió a sus tropas y les contó las injusticias de que creía haber sido objeto por parte de los oligarcas del Senado. Habían seducido a Pompeyo, jugando con su orgullo, y le habían vuelto contra César. Habían utilizado fuerza armada para retirar los poderes a los tribunos del pueblo. Habían aprobado un *ultimum* reservado normalmente para reprimir motines y violencia, ninguno de los cuales se había producido. Habían ordenado que César disolviera su ejército mientras Pompeyo continuaba reclutando tropas. A pesar de las propuestas de César, Pompeyo no había mostrado intención de tratar con él. César reiteraba su

oferta: "Los dos disolveremos los ejércitos; habrá una desmovilización completa en Italia; cesará el régimen del terror; habrá elecciones libres y el Senado y el pueblo romanos tendrán el control total del gobierno... Sometiendo nuestras diferencias a una discusión mutua, terminaremos con ellas".[29]

Estas propuestas contaron con la aprobación de sus tropas pero fueron de nuevo rechazadas totalmente por Pompeyo y los *optimates*. "Pompeyo", escribió Cicerón aprobatoriamente, "tiene el desprecio más absoluto por cualquier cosa que [César] pueda hacer y confía en sí mismo y en las fuerzas de la República". Para Cicerón un acuerdo negociado con César no ofrecía más que "peligros y una paz falsa".[30]

Las posibilidades a las que hacía frente César suponían ahora un gran problema. Si volvía a entrar en Italia con sus legionarios originaría una guerra civil de resultado incierto. Pero si volvía sin ellos se encontraría sin el poder de hacer reformas y a merced de los asesinos de los *optimates*. Al final sería acusado de compra de votos o traición, o de no haber hecho caso de los augurios y los vetos durante su primer consulado. El jurado sería seleccionado cuidadosamente en un tribunal rodeado por los soldados de Pompeyo, con un resultado predecible.[31]

Seguro del respaldo de sus tropas César levantó su campamento y se preparó para marchar hacia el sur. El 10 de enero del 49 a. de C., con sólo 300 hombres de caballería y 5.000 de infantería (el resto del ejército permanecía más allá de los Alpes), cruzó el Rubicón, un pequeño río que separaba la Galia Cisalpina de la antigua Italia.[32] (Hoy día, como los lectores pueden reconocer, "cruzar el Rubicón" significa dar un paso irrevocable ante un dilema.) Moviendo sus tropas dentro de suelo italiano sin permiso del Senado, César cometía un acto de traición. La guerra civil entre él y Pompeyo ya era inevitable.

Cuando César siguió su camino hacia el sur por la península italiana, las poblaciones a su paso empezaron a unirse a sus filas. Un siglo después de los acontecimientos, Lucano, simpatizante del partido senatorial, describe a César como "obsesionado por la guerra... prefería quemar las puertas de una ciudad que encontrarlas abiertas para darle paso; asolar la tierra a sangre y fuego que atravesarla sin resistencia".[33] Esto es difícilmente creíble. César siempre prefería convertir en aliados a sus antiguos enemigos. En enero del 49 dio la bienvenida a las alianzas de las ciudades y guarniciones italianas que le abrieron sus puertas. Prometió un mandato sin la crueldad y la represión que habían caracterizado la época de Sila, declarando, "que esto sea un nuevo estilo de conquista, hagamos de la piedad y la generosidad nuestro escudo". De nuevo se dirigió a Pompeyo "para que opte por mi amistad en vez de la de aquellos que siempre han sido mis enemigos y los suyos, por cuyas maquinaciones el país ha llegado al callejón sin salida actual".[34] A mediados de marzo del 49, casi tres meses después de su entrada en Italia –como Balbo le informa a Cicerón– César todavía quiere recuperar sus buenas relaciones con Pompeyo.[35]

El mismo Cicerón tampoco quiere saber nada de eso. Continua lamentándose de la campaña diabólica de César para "cancelar las deudas, volver a traer a los exiliados (contarios a Sila) y cien otras villanías... No espero de él más que atrocidades".[36] La florida hipocresía que Cicerón desplegó hacia César llega a su punto culminante en marzo del 49. En una carta a César le profesa su amistad y le ofrece mediar en su disputa con Pompeyo, y al día siguiente escribe a su amigo Ático contándole su deseo de impedir la victoria de César. Algún tiempo más tarde se jacta de su astucia, diciéndole a Ático que la misiva enviada a César no contiene "más que adulaciones" y "ni una palabra de lo que realmente pienso".[37]

La mayoría del campo italiano se alió con César. Como lo hizo el proletariado romano, lejos de la recepción hostil que tributó a Sila décadas antes. En unas semanas César tomó Roma mientras Pompeyo y sus fuer-

zas se retiraban a Gracia donde esperaban un gran apoyo. Con ambos cónsules y la mayoría del Senado huidos, la Asamblea Tribal del pueblo consideró que la República necesitaba una autoridad legalmente constituida. Aprobó una ley dándole al pretor Lépido el derecho a nombrar un dictador temporal en lugar de los cónsules ausentes. Como el pueblo esperaba, Lépido nombró a César. Dión dice que César no cometió ningún acto de terror mientras fue dictador. En vez de eso permitió el regreso a Roma de los descendientes de los proscritos por Sila, con todos sus derechos restaurados después de unos treinta años de exilio. También concedió la ciudadanía romana a los galos que vivían al sur de los Alpes, justo por encima del Po.[38]

El resto es historia antigua. César renunció a su dictadura para ser nombrado cónsul. Siguieron más de cuatro años de guerra civil, terminando con la derrota de las fuerzas de Pompeyo en Farsalia (norte de Grecia) en el 48. Con César persiguiéndole Pompeyo huyó a Egipto. Los ministros del rey Ptolomeo, no queriendo a Pompeyo como amo ni a César como enemigo, le matan. César llega a Egipto. Cuando le presentan la cabeza de Pompeyo se vuelve horrorizado. Cuando le entregan el anillo con el sello de Pompeyo estalla en lágrimas. Después condena a muerte a dos de los asesinos de Pompeyo.[39] César ocupa Alejandría con una pequeña fuerza y es sitiado por las tropas del rey. Asistido por refuerzos que llegan en marzo del 47, sale victorioso. César nombra a Cleopatra y a su hermano pequeño co-regentes de Egipto, encontrando tiempo para tener una aventura amorosa con ella que incluyó un crucero por el Nilo. Del 48 al 44 César dirige Roma, a veces a distancia, con una serie de consulados que le permiten iniciar amplias reformas (tratadas en el capítulo 8). Después de derrotar a los hijos de Pompeyo en España en marzo del 45, se restaura finalmente la paz. En algún momento en septiembre u octubre del 45, ahora en el cenit de su poder, un César triunfante vuelve a Roma donde se le rinden extra-

vagantes honores que incluyen el título de *imperator perpetuus*. Apenas le quedan seis meses de vida.

7

TODOS LE AMASTEIS UNA VEZ

Todos le amasteis una vez, y no sin razón.
Julio César, acto III, escena 2.

Gayo Julio César fue un hombre de cualidades sobresalientes, una figura imponente, de inteligencia poco común, atractivo y totalmente encantador cuando lo quería ser. Su compañero Salustio testifica que fue estimado "por los muchos y grandes servicios que desarrolló y su proverbial generosidad".[1] Líder militar ejemplar, fue muy querido por sus tropas, a las que conducía con una mezcla de exhortación elocuente, disciplina de hierro y participación en los botines. Al contrario que muchos de su clase desdeñaba el lujo y la excesiva autocomplacencia, aunque era elegante en su forma de vestir. También al contrario que muchos miembros de su clase, generalmente se reprimía del consumo excesivo de alcohol. Incluso sus enemigos admitían que era un bebedor muy moderado. Como dijo uno de ellos, "César es el único hombre sobrio que ha intentado destruir la constitución".[2]

César no necesitaba convencerse a sí mismo de que poseía unas cualidades excepcionales, pero se afanaba en hacerle difícil a los demás que

negaran o devaluaran sus capacidades. Sus victorias militares demostraron su dominio sobre los hombres y las situaciones y fomentaron su propia *dignitas* (reputación, autoridad, distinción), suponiéndole el apoyo popular y la posibilidad de efectuar muchas reformas necesarias.

Altamente considerado por la elegancia y claridad de sus escritos, César pasa por ser uno de los más grandes estilistas en prosa de Roma.[3] Sus intereses intelectuales eran impresionantemente variados. Fue señor de las artes y la enseñanza y experto en astronomía. Considerado orador público superlativo, podía arrastrar a las masas y llegar a conmover sus corazones con sus palabras. Incluso un orador de renombre y encarnizado rival político como Cicerón, se vio obligado a admitir que no conocía a nadie más elocuente, ingenioso, lúcido y dotado del más variado y sin embargo preciso vocabulario que Gayo César.[4]

César también poseía unos rasgos poco menos que perfectos, dicho sin exageración. Se le conocía por sus gastos extravagantes con dinero prestado a lo largo de gran parte de su carrera. Pasaron por sus manos grandes sumas, permitiéndole comprar elecciones, ganar influencia política y organizar ejércitos. Suetonio observa que no era particularmente honesto en su obtención de riquezas, saqueando santuarios, templos y ciudades, especialmente las que tenían habitantes ricos. Robó 3.000 libras de oro del Capitolio, reemplazándolas con bronce dorado. Y obtuvo a la fuerza cerca de 1,5 millones de piezas de oro del rey Ptolomeo de Egipto.[5]

Peor que eso, como otros jefes militares de su época, incluidos muchos de los *optimates*, fue un saqueador de las tierras conquistadas. Se ha dicho que su conquista de las Galias fue simplemente la búsqueda de botines. Profundamente divididos entre ellos, los galos no eran capaces de resistir el ataque violento de las tribus germánicas. En su sometimiento a Roma encontraron la paz y la estabilidad. Realmente hubo unidades galas que se unieron a las legiones de César para luchar contra Ariovisto y otros inva-

sores germanos. Pero los "beneficios" de la conquista romana no supusieron la liberación para las decenas de miles que murieron, fueron desarraigados, esclavizados o sufrieron padecimientos similares durante los años de conquista sanguinaria.[6] Al propio César se debe la peor atrocidad cometida por sus tropas, en el sitio de Avaricum donde masacraron a más de 40.000 de sus habitantes "sin respetar ancianos, mujeres o niños".[7]

Y cómo podría perdonarse el trato que le dio a Vercingetorix, un líder galo cuyo mayor crimen fue llevar a cabo una valiente campaña contra la dominación militar romana en el año 52, que era la última posibilidad de preservar la independencia de su pueblo.[8] Cuando fue finalmente derrotado, Vercingetorix fue hecho prisionero por César. Estuvo seis años en prisión y sólo le sacaron de su celda para marchar encadenado en el desfile triunfal en honor de César y ser ejecutado públicamente.

Como en todos los imperios, la gente corriente de la nación imperial también pagó su precio. Desde el oscuro suelo de España hasta las arenas ardientes de Egipto, los huesos de los soldados romanos se esparcieron por todo el imperio. Y los que sobrevivieron, ¿tuvieron la compensación suficiente por su juventud perdida? Lucano nos habla de los cansados legionarios de César quejándose: "¿Cuál es el límite de la guerra que buscas? ¿Qué te satisfará si Roma no es suficiente?... Hemos perdido la alegría de vivir, hemos pasado nuestra vida luchando".[9]

Los pecados de César también incluyen los que compartió con su época y su clase. Era poseedor de esclavos, como cualquier otro romano principal. Y como muchos de ellos, utilizaba esclavos y mujeres para su placer personal. Como otros líderes romanos, trataba a las mujeres como objetos de negociación marital. Entregó en matrimonio a su hija Julia a Pompeyo como un paso para cimentar su primera alianza política, aunque Julia estaba prometida a Cepio. Para aplacar el enfado de Cepio, Pompeyo le

prometió su propia hija, aunque ella ya estaba comprometida con el último hijo de Sila.

Cuando Julia murió de parto en el 54 a. de C., dejando viudo a Pompeyo, César intentó eliminar el creciente distanciamiento entre ellos ofreciéndole a Pompeyo a su sobrina segunda Octavia, sin preocuparle que ella ya tuviera un marido al que tendría que abandonar. César más adelante pidió casarse con la hija de Pompeyo que ya estaba prometida con Fausto Sila. Que Pompeyo no aceptara ninguna de esas propuestas fue debido a consideraciones políticas más que personales.[10]

César era famoso por sus aventuras sexuales, que incluyeron, entre otras, a las mujeres de numerosos aristócratas y varias reinas, incluida Cleopatra. El poeta Cátulo, que despreciaba la política de César, condenaba sus escapadas a los dormitorios: "Y quién será ese desgraciado de andar arrogante/ exultante con su nobleza/ que se mueve alrededor de nuestros lechos matrimoniales..." César y su amigo Mamurra, que fue su jefe de ingenieros en la Galia, eran "expertos en adulterio y codicia/ Rivales entre las ninfómanas... y los desvergonzados sodomitas".[11]

Al volver de una campaña victoriosa usualmente los generales eran recompensados con un *triumphus* o "triunfo". Éste consistía en un elaborado desfile seguido de fiestas, diversiones y entrega de privilegios y honores al general. Inmediatamente después del triunfo era costumbre que los soldados se reunieran con su general y le hicieran objeto de bromas groseras. Se le intentaba descolgar por una polea para de ese modo evitar los celos de los dioses. Como dice Marcial, después de un triunfo "no es ninguna vergüenza que el general sea objeto de chistes".[12] Así, durante las celebraciones del año 46 a. de C. las tropas de César se reunieron con él y le cantaron versos obscenos que sugerían que se había acostado con mujeres de todo el espectro social: "Traemos a casa a este calvo putero/ Romanos, encerrad a vuestras esposas/ Todos los sacos de oro que le prestasteis/

Fueron para pagar a las furcias galas".[13] Estas y otras pullas César las aguantó con buen espíritu.

En su juventud César fue a una breve misión con el rey Nicomedes. Durante este triunfo sus tropas también le cantaron versos obscenos sobre ese episodio. He aquí una parte: "César conquistó las Galias y Nicomedes conquistó a César". Recibió estos versos en particular con algo menos de buen humor. Y cuando intentó negarlo incurrió en el castigo adicional de las risas.[14] Las frivolidades juveniles en la corte de Nicomedes y otros varios episodios homosexuales posteriores le convirtieron en objeto de mofas por parte de sus enemigos políticos, incluyendo a Cicerón y a Dolabela. Con objeto de señalar la reputación de César respecto al adulterio y la sodomía, un oponente le describió como "el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres".[15]

Al contrario de la impresión que nosotros podemos tener, los romanos de la Última República fueron una mezcla de libertinaje y gazmoñería. Parece que muchos practicaron relaciones con su mismo sexo. César, Catilina, Marco Antonio, Gabino, Salustio y Augusto son sólo unos pocos de los más conocidos. Sin embargo, la homosexualidad no era considerada una práctica aceptable. Un siglo antes de César, Polibio informó que cualquier soldado del ejército romano "que en posesión de su virilidad completa cometiera actos homosexuales" se arriesgaba a ser azotado hasta la muerte.[16] La *lex scantinia*, una ley de fecha incierta, penalizaba los actos homosexuales con personas nacidas libres. Sodomizar a un ciudadano era robarle su virilidad romana. Sin embargo la práctica con esclavos no tenía ningún castigo. Como un hombre esclavo no tenía virilidad, nadie podía privarle de ella.

Una forma corriente de invectiva política era acusar al oponente de afeminado. Jugar el papel pasivo en una relación homosexual, bien fuera anal u oral, se consideraba la peor de las perversiones.[17] Cicerón utilizó este sis-

tema de ataque en su venganza contra Catilina en el 63. Habló de la "guardia pretoriana de maricones de Catilina", y le acusó de seducir de forma regular a jóvenes "de la forma más repulsiva; y permitió asquerosamente a otros que le amaran". Cicerón incluso vio en la homosexualidad un campo abonado para el crimen, exclamando ante el Senado, "las seducciones insidiosas [de Catilina], que han atrapado a un joven tras otro, les han dejado predispuestos para los crímenes más horribles o estimulados a llevar una vida de sensualidad sin freno". "Esos chicos guapos y delicados son expertos en hacer el amor y en que se lo hagan a ellos, y saben bailar y cantar; pero también han aprendido a usar las dagas y a derramar veneno".[18]

El rencor entre los *optimates* y su principal adversario, Julio César, podía rezumar una cruda homofobia en sus deliberaciones. Como cuenta Suetonio, un César victorioso bromeó una vez ante un Senado repleto anunciando que montaría sobre las cabezas de sus oponentes, una expresión que podía tener un doble sentido, el segundo de los cuales implicaba una *fellatio*. Cuando alguien exclamó que esa proeza no sería fácil para una mujer, César intentó quitar hierro a la afrenta observando que Semiramis había gobernado como reina en Siria y las amazonas dominaron una vez gran parte de Asia.[19]

La homofobia virulenta fue también muy corriente en la época imperial, aunque muchos emperadores tuvieron relaciones con personas de su mismo sexo de forma abierta. Escribiendo en el siglo II d. de C., una persona de letras como Juvenal truena contra la decadencia de muchos hombres de la clase alta, chicos perfumados y afeminados que se pintan los ojos, llevan pendientes y ropas transparentes, se mueven de forma exagerada con las manos en las caderas y se casan con otros hombres. Esas reinas revoloteadoras, se queja, no actúan como verdaderas reinas, como "Semiramis llevando su carcaj", o Cleopatra "en la cubierta de su buque de guerra".[20] En la mente de Juvenal su afeminamiento estaba en contraste patético con los rectos guerreros de la época anterior, los poseedores de una

virtus sin tacha, cuyas hazañas de gran valor y sacrificio le dieron a Roma su supuesta grandeza.

* * *

El resumen de Fuller es sin duda la opinión que comparten muchos historiadores que están al lado de Cicerón: César "era un oportunista supremo... poseedor de una personalidad magnética y una egolatría ilimitada, carecía de temor y de escrúpulos... un hombre que no permitiría que nada se interpusiera en su camino".[21] De hecho el propósito de César no parecía que fuera destruir la libertad republicana, sino movilizar el suficiente poder popular para romper el dominio total de la aristocracia senatorial, reduciendo el Senado a un ente consultivo y administrativo.[22] Él mismo proclamó su intento de ser un campeón del pueblo más que su amo. A decir verdad, de los labios de muchos autócratas astutos salieron muchas declaraciones democráticas fáciles. Pero debemos dar alguna consideración a sus palabras, porque a menudo estuvieron respaldadas por sus acciones.

En el año 49, después de cruzar el Rubicón, César proclamó: "Yo simplemente quiero protegerme contra las calumnias de mis enemigos, restaurar la verdadera posición de los tribunos del pueblo que han sido expulsados por apoyar mi causa y reclamar para mí y para el pueblo romano la independencia del dominio de una pequeña camarilla". Al llegar a Roma unas semanas más tarde, convocó a los senadores que no se habían marchado con Pompeyo y dijo: "He sido insultado y ultrajado y se ha interferido en los derechos de los tribunos... Mi objetivo es exceder a los demás en justicia y equidad, como he luchado previamente por excederles en hazañas".[23]

Algunos demócratas querían una revolución social a través de la cancelación de las deudas y el reparto de la riqueza entre los ciudadanos pobres de Roma (excluyendo esclavos y extranjeros). César encontró útil su apoyo, pero tuvo cuidado de no tratar demasiado duramente a los prestamistas y a los grandes terratenientes.[24] No obstante, como veremos en el siguiente capítulo, sus políticas fueron lo suficientemente redistributivas como para causar consternación entre las clases altas. "Fue más allá de sus predecesores en favorecer a las masas", escribe Yavetz, y esto fue "precisamente lo que le enfrentó con la aristocracia senatorial".[25] No fue la ambición personal de César la que incurrió en la ira de los *optimates*. En su mundo la ambición era una moneda común y perfectamente aceptable. Lo que detestaban eran sus ideas *igualitarias*, su constante preocupación por los intereses del pueblo.

Para ser exactos, el conflicto entre *nobiles* y *proletarii* no estuvo planteado claramente. Hubo algunos senadores, que no formaban parte del círculo de los *optimates*, que apoyaron a César, y hubo plebeyos, libertos y extranjeros que, por ser parte de su clientela o por la coyuntura que fuese, estuvieron con sus patrones aristócratas. Sin embargo, si no perfectamente sí en general, las líneas de la lucha entre César y los oligarcas del Senado estaban bien definidas.

Hasta nuestros días los defensores de los privilegios de clase recurren a los ataques *ad hominem*, difamando a cualquier líder que defienda políticas en defensa de la gente corriente, tachándole de demagogo y de intentar ocultamente usurpar el poder. Es cierto que ningún líder popular puede evitar permanecer indiferente a las consideraciones del poder popular. El apoyo de las masas se necesita como contrapeso en la lucha contra los intereses de las clases dirigentes. En otras palabras, el deseo de poder y el deseo de una reforma igualitaria no son mutuamente excluyentes, sino mutuamente imperativos.

Aunque los líderes sin duda obtienen una gratificación personal con el renombre que adquieren, sería un error pensar que su motivación es *sólo* la popularidad y el poder, especialmente para aquellos que se alinean con los pobres y los oprimidos. Como hemos visto, en la Última República estar al lado de las masas era una decisión peligrosa y en ningún modo suponía una carrera prometedora para los líderes ambiciosos. Unos cuantos *populares* fueron repudiados y etiquetados de agitadores sediciosos por sus iguales. Nadie disfrutaba por ser amenazado con daños físicos. Nadie pensaba que estando al lado de las masas desorganizadas se le allanaría el camino hacia el pináculo del poder. Los que, como los Graco, Clodio, César y otros, se aventuraron a ser paladines de las causas igualitarias, pagaron un precio supremo por hacerlo y fueron impulsados por algo más que –o adicionalmente a– su propio engrandecimiento.

¿Y qué decir de la demagogia de los *optimates*? Raras veces los intelectuales de la Última República plantean ninguna cuestión sobre la duplicidad interesada y el engrandecimiento de las élites privilegiadas y poderosas, que antepusieron sus intereses por cualquier medio que fuera necesario. Demasiados historiadores parecen compartir la descripción brillantemente lírica de Cicerón de sus colegas elitistas como hombres que dirigían pensando en el beneficio de todos, llevando firmemente el timón del estado "con dedicación y devoción".[26]

Se ha dicho muy poco sobre los llamamientos engañosamente demagógicos hechos por Cicerón y su cohorte, pretendiendo ser protectores del pueblo mientras que en realidad se comportaban como sus expropiadores. Los *optimates* han llegado hasta nosotros a través del filtro de la historia de caballeros como hombres de los más elevados principios. En realidad sólo estaban apegados a los principios que se ajustaban a su noción de la buena vida como ellos la concebían. Se opusieron a la reforma de la tierra, al control de las rentas y a la cancelación de las deudas. Más para los muchos suponía menos para los pocos. Se opusieron a la votación secreta y a todas

las formas de participación popular. Sin embargo fueron lo bastante demagogos cuando desempeñaban un cargo público como para presentarse a sí mismos como amigos del pueblo.

Un protagonista principal de la facción de los *optimates* fue Marco Porcio Catón (el joven), alabado a través de todas las épocas como un mantenedor emblemático de la rectitud republicana. Plutarco le celebra por estar dedicado a la "justicia rígida que no admite ni clemencia ni favor". Dión dice que Catón fue el único de su generación que "tomó parte en la política por motivos puros, sin ningún deseo de aprovechamiento individual". Valerio se refiere a su "vida valiente y emblemática... su completa virtud en todos los aspectos". Valeo dice que Catón "en cada faceta particular de su conducta parecía estar más entre los dioses que entre los seres humanos". Y Salustio describe a Catón como impulsado por la honestidad más rígida.[27]

Los historiadores modernos son casi igual de efusivos, ensalzando a Catón como "un conservador formidable de altos principios", "el líder irreducible de la oligarquía" y "de elevada cuna y personalidad".[28] Incluso Theodore Mommsen, que una vez se desliza y llama a Catón "estúpido dogmático", en otras ocasiones no puede dedicarle elogios mejores: "honorable y resuelto", "serio en sus propósitos y en sus actos", "lleno de apego a su país y a su constitución hereditaria".[29]

Se dedica poca atención a las imperfecciones de Catón. Así, mientras se pronunciaba poderosamente contra la corrupción y juraba perseguir el soborno, era indulgente consigo mismo, contribuyendo a un fondo a favor del conservador Bíbulo (su sobrino) cuando se presentó al consulado en el 60, para la compra de votos, que originó comentarios indignados incluso en esa época tan acostumbrada a ello. Los *optimates* intentaron parar a César, que estaba contribuyendo con largueza entre los votantes. Pero

cuando Catón intervino en la compra de votos dejó de ser un asunto de corrupción para convertirse en alta necesidad moral, porque "el soborno bajo tales circunstancias era algo para el bien de la comunidad".[30]

En el 51 Cicerón fue nombrado gobernador de Cilicia (al sudeste de Turquía). Desarrolló su cargo competente y honestamente, embolsándose sólo el dinero que le estaba asignado de forma regular, en vez de saquear la provincia de todo lo que tuviera de valor, que era la práctica más frecuente. También estuvo involucrado con éxito en acciones militares contra los bandidos de la provincia. A su vuelta en el 50 fue recompensado por sus servicios con un acto público de agradecimiento por parte del Senado. Catón votó contra ese acto de agradecimiento. Cuando Cicerón le preguntó por qué lo había hecho, Catón explicó no muy claramente que, en efecto, la administración provincial de Cicerón había sido digna de alabanza, pero no de un agradecimiento público, a menos que ese agradecimiento fuera para los dioses más que para él. Inmediatamente después, sin embargo, Catón votó a favor de un agradecimiento público para su sobrino Bíbulo, cuyos méritos ciertamente no eran mayores que los de Cicerón. Parece que el rigurosamente correcto Catón podía olvidar sus principios cuando se trataba de favorecer a miembros de su familia.[31]

Catón exigió una vez que a todos los candidatos a tribuno se les exigiera el depósito de una elevada suma de dinero para optar al cargo, una idea que hubiera socavado el mandato democrático de los tribunos, convirtiéndoles en algo reservado para hombres ricos.[32] En el año 52 a. de C. él y Bíbulo recomendaron que el Senado nombrara a Pompeyo para que gobernara como cónsul único, sin elecciones y violando toda la práctica constitucional.[33] De nuevo en el 49, incluso cuando otros miembros de la jerarquía eran contrarios a esa decisión, Catón urgió al Senado para que depositara el mando de todo el estado en las manos de Pompeyo para anular la movilización del pueblo a favor de César.[34] Unos cuantos años más tarde, con las nubes de la guerra civil encapotando el cielo, un senador

sugirió que debería garantizarse la libertad a los esclavos para que se les pudiera utilizar en el servicio militar, una propuesta que contó con el apoyo de los senadores. Pero guiado por sus principios de amor a la propiedad, Catón argumentó que no era ni legal ni justo privar a los amos de sus propiedades.[35]

En al menos dos ocasiones defendió el asesinato político. Como se cuenta en el capítulo cinco, en un "discurso vehemente" (palabras de Plutarco) Catón convenció al Senado para que apoyara, sobre la base de un testimonio dudoso, la ejecución ilegal sin juicio de Léntulo y otros prisioneros políticos implicados en la "conspiración de Catilina" del 63. Once años más tarde, cuando el líder de la banda de los *optimates* Milo asesinó al tribuno del pueblo Clodio, Catón de nuevo conculcó los principios legales, proclamando que el asesino no sólo debía seguir libre, sino que debía ser recompensado por sus servicios al estado. Catón defendió a Milo y más que probablemente votó por su inocencia.[36]

En una palabra, cuando los líderes populares defendían políticas a favor del pueblo, Catón trataba de obstaculizar los procedimientos de la constitución no escrita como si ésta estuviera grabada en piedra. Pero cuando los *optimates* necesitaban soslayar e incluso suspender las reglas de los derechos básicos –o sus intereses de clase lo podían necesitar– Catón era capaz de una flexibilidad infinita, considerando la constitución no sólo como algo elástico sino como algo prescindible. La ley podía suspenderse para salvar la ley, incluso si eso suponía dejar libre a un asesino como Milo. Según Catón, Milo no era ni mucho menos un asesino, sino un defensor de la República. Para Catón cualquier cosa que se hiciera para salvaguardar los principios de su grupo era constitucional *ipso facto*, porque los intereses de la aristocracia él los veía coincidentes con el bienestar de todo el pueblo.

De acuerdo con uno de sus admiradores modernos, Catón "nunca confundió la esfera personal y la política, y no tuvo animadversión... hacia la persona de Julio César".[37] De hecho odiaba a César, considerándole representante de todo lo que él aborrecía: autoengrandecimiento, desprecio por la República y traición a su clase.[38] Como hemos visto, durante el debate senatorial del 63, Catón se dirigió a César tachándole sin motivo alguno de "borracho". Aunque declaraba su desaprobación por el excesivo consumo de alcohol en los demás, el propio Catón era conocido por beber hasta caer profundamente embriagado.[39]

Dión proclama que Catón "era un amante del pueblo como ningún otro", pero su amor no llegaba a querer verle situado decentemente. Por eso dirigió el ataque contra César por la reforma de la tierra.[40] Sin embargo hasta un conservador intransigente como Catón podía comprometerse cuando las fuerzas populares tenían la fuerza suficiente. Así en el 63, cuando la agitación de los proletarios pareció alcanzar proporciones amenazadoras, se alarmó y persuadió al Senado de que aplacara a la multitud urbana incluyéndola en la distribución de grano. Plutarco le llama a esto "un acto de humanidad y amabilidad", aunque parece más un acto de oportunidad carente de generosidad para "eliminar con éxito un peligro amenazante", como el propio Plutarco escribe.[41]

Se dice que Catón tenía una actitud impecable en sus asuntos personales. Pero incluso en esto uno podría tener dudas. Las mujeres aristocráticas eran tratadas como piezas de un juego, en matrimonios que pretendían incrementar fortunas familiares o favorecer alianzas políticas. Catón no fue una excepción en esa práctica. Primero entregó a su propia esposa, Marcia, a su viejo y muy rico amigo Hortensio para que se casara con él. Hortensio quería tener hijos comunes con Catón, según dijo, y Marcia era todavía lo bastante joven para tener descendencia. Realmente se dice que estaba preñada de Catón cuando éste se la pasó a Hortensio. Algunos años más tarde, cuando Hortensio murió dejando a Marcia como viuda inmen-

samente rica, Catón volvió a casarse con ella. Esto fue motivo de que César le acusara de traficar con matrimonios: "¿Por qué entregó Catón a su esposa si la quería?, o ¿por qué, si no la quería, volvió a casarse con ella? A menos que sea cierto que esa mujer fuera un cebo para Hortensio, al que Catón se la prestó para recuperarla cuando todavía era suficientemente joven y muy rica".[42]

Catón estuvo dedicado a la gente, pero "la gente que contaba para él era la de su misma clase, la nobleza hereditaria", nos recuerda Lilly Ross Taylor. "La cura de Catón para las enfermedades de su tiempo era aparentemente la misma que la de Cicerón en la *República* y las *Leyes*, una vuelta a los días anteriores a los Graco".[43] Hoy, el Instituto Catón, un reducto del pensamiento conservador, lleva el nombre del ilustre reaccionario porque se resistió a César y supuestamente fue un campeón de la libertad. No es necesario decir que la naturaleza estrecha de esa libertad sigue siendo algo no reconocido por los admiradores de Catón.

* * *

Marco Bruto también es aclamado por actuar sólo por motivos honrados. Bruto no podía disimular su disgusto por las reformas de César, mostrando poca simpatía por los indigentes y mucha preocupación por los bolsillos repletos de los ricos, especialmente por el suyo. Fue uno de los principales conspiradores para asesinar a un gran líder popular, que además le había perdonado y le había tratado bien.

Shakespeare llama a Bruto "el romano más noble de todos", y pone en su boca: "Yo no sé procurarme oro por medios viles/ Por el cielo que mejor hiciera moneda de mi corazón/ Y destilar mi sangre en dracmas, que arrancar/ De las manos de los campesinos su vil metal".[44] La realidad es

otra cosa. Bruto era un usurero de la peor especie y además un expoliador. Habiendo prestado dinero al 48 por ciento de interés (en vez del usual 12 por ciento, que ya era lo suficientemente usurero), el noble Bruto pidió que los militares romanos ayudaran a sus agentes a cobrar las deudas de la desventurada ciudad chipriota de Salamina, en el año 50 a. de C. Ante la insistencia de Bruto el concejo municipal fue asediado hasta que cinco de sus ancianos murieron de hambre. Incluso Cicerón se horrorizó por las condiciones de un préstamo que llevó la ruina a la comunidad chipriota. También se manifestó desconcertado por el estilo arrogante e incivilizado con el que Bruto llevó el asunto.[45]

Bruto escribió una vez al pueblo de Pérgamo que si le habían dado dinero a Dolabela voluntariamente, debían confesar que habían obrado mal con Bruto. Pero que si lo habían hecho obligados, podían probarlo dándole dinero a Bruto de forma voluntaria. En otra ocasión escribió amenazadoramente a los samianos porque sus contribuciones eran "inexistentes".[46] Sin embargo la mayoría de los historiadores clásicos no ponen ningún reparo a Bruto, prefiriendo tratar a este asesino por sucio dinero como un defensor emblemático de la República.

Así se utiliza un doble rasero. Los líderes que defienden la causa popular son tachados de gente hambrienta de poder y causantes de sus infelices destinos, mientras que a sus asesinos se les pinta como baluartes desinteresados de la virtud republicana. Lo mejor que podemos decir es que el propio pueblo romano no lo veía de ese modo.

8

LOS *POPULARIS*

El mal que hacen los hombres les sobrevive;
El bien es enterrado a menudo con sus huesos.

Julio César, Acto III, Escena 2

Como uno de los *populares*, Julio César introdujo "leyes para mejorar las condiciones de los pobres", como escribió Apiano.[1] Durante sus últimos consulados, 46-44 a. de C., fundó asentamientos para los veteranos de su ejército y para 80.000 miembros de la plebe romana, distribuyendo algunas de las mejores tierras alrededor de Capua y en otros lugares para las 20.000 familias pobres que tenían tres o más hijos. Plutarco escribe que la ley de reforma de César "hizo que casi toda la Campania se dividiera entre los pobres y necesitados".[2]

César organizó diversiones y fiestas públicas, tomó una serie de medidas para evitar que el desbordamiento del Tíber inundara la ciudad e impuso nuevas reglas para el tráfico y el mantenimiento de las carreteras.[3] Planificó el drenaje de zonas pantanosas, utilizando las nuevas tierras ganadas de este modo para emplear a muchos miles de personas en los cultivos.[4] Envió a los proletarios sin trabajo a reparar las viejas ciudades de las

colonias o les asignó trabajos públicos cerca de sus hogares. Mandó que los grandes terratenientes tuvieran no menos de un tercio de sus trabajadores como libertos en vez de esclavos, una norma que disminuiría el desempleo, el bandidaje y los beneficios exagerados de los propietarios. Y depositó las riquezas de los enemigos vencidos en el tesoro del estado para que fueran distribuidas en forma de regalos o beneficios entre la ciudadanía romana, con lo que cada soldado recibió 5.000 denarios y cada plebeyo 100 denarios.[5]

Bajo la ley romana tradicional los individuos ricos que mataban a un ciudadano sólo podían ser sentenciados al exilio. César añadió a ese castigo el embargo de sus propiedades, cosa que para la clase opulenta era algo mucho más terrible que la propia muerte.[6] Siguiendo a Gayo Graco y a otros populares, César incrementó los impuestos a las importaciones de artículos de lujo para favorecer la producción interna italiana y hacer que los ricos pagaran algo al tesoro público por su estilo de vida lujoso. Introdujo leyes suntuarias que ponían limitaciones estrictas a los atuendos ostentosos, a los costes de los funerales y a los banquetes. Intentó imponer una administración honesta en las provincias, donde las poblaciones habían padecido durante largo tiempo la rapacidad de los gobernadores. Expulsó del Senado a muchos de los implicados en esas expoliaciones de las provincias. Puso un límite a los tributos en las comunidades que pagaban más impuestos y abolió los diezmos en Asia y Sicilia, sustituyendo el impuesto sobre la tierra por una cantidad fija, eliminando de ese modo a los odiados y enriquecidos asesores de impuestos.[7]

César redujo el número de receptores del grano subsidiado de 320.000 (casi la totalidad de la población masculina libre) a 150.000, eliminando de las abultadas listas a los receptores fraudulentos, incluidos los poseedores de esclavos que deliberadamente "liberaban" a sus trabajadores y después presentaban la cuenta de comida de sus esclavos para que el estado se la reembolsara.[8] César prohibió la acumulación de elevadas sumas de dinero

en efectivo y alivió las estrecheces desesperadas de gran número de deudores permitiendo a la gente pagar sus deudas a intereses más bajos. También impuso límites a la usura de los acreedores al mismo tiempo que les prohibía exigir los atrasos a un interés que excediera la suma del préstamo original. Eliminó las proscripciones, la confiscación de propiedades y las multas a los deudores. Ordenó que todo interés ya pagado se redujera del principal y canceló los intereses debidos desde el principio de la guerra civil. Sólo esta última medida, reconoce Suetonio, eliminó la cuarta parte de las deudas pendientes.[9] Fue una medida "que los demócratas habían pedido vehementemente", se queja Mommsen.[10] "Una vez más se había infligido una seria pérdida a los acreedores", comenta Grant, pero añade como compensación: "Sin embargo es necesario admitir que nunca hubieran visto ese dinero de cualquier forma, y que César no fue el destructor de la propiedad privada que sus enemigos dijeron que era".[11]

Hay dos teorías sobre por qué la gente se endeuda profundamente. La primera dice que las personas que soportan elevados alquileres, impuestos exorbitantes y bajos ingresos son casi siempre incapaces de ganar lo suficiente o ahorrar lo suficiente de lo que ganan. Por eso se ven forzados a pedir prestado sobre su trabajo, esperando que las cosas vayan mejor en el futuro. Pero las partes interesadas que les pagan poco, les sobrecargan de intereses e impuestos, son igual de despiadadas hoy que mañana. Por eso los deudores deben pedir más dinero prestado, con una proporción cada vez más grande de sus ingresos dedicada a pagar intereses, dejándoles cada vez menos para sus necesidades e incrementando la presión para tener que pedir prestado todavía más. Este ciclo toma proporciones ruinosas, forzando a los deudores a vender sus pequeñas pertenencias y a veces incluso a sí mismos y a sus hijos como esclavos. Tal ha sido la situación de los pobres a través de la historia e incluso hasta hoy. La clase de los acreedores es algo más que una variable en todo esto. Su monopolio del capital y del

mercado de trabajo, su presión sobre los precios y los impuestos, su avidez de beneficios, son las cosas que crean la penuria y las deudas.

La segunda teoría proclama que la gente incurre en deudas porque son unos derrochadores. Los papeles de víctima y verdugo se invierten: al acreedor ahora se le considera la víctima y al deudor el verdugo. Este modelo explica realmente algunas formas de deuda. Pero no se debe aplicar a las miserables clases más bajas. De hecho describe mejor a los vástagos imprudentes de familias estimadas socialmente, *la jeunesse dorée*, la juventud dorada (y no tan juventud), que vive a lo grande, cultivando el arte mágico de pedir prestado siempre y no pagar nunca, como hizo el propio César al principio de su carrera. Tal crédito aparentemente sin límites es más apto para personas de herencia venerable, ya que sus perspectivas se consideran buenas. En una carta a César, Salustio condena a los jóvenes consumistas que esquilman no sólo su propio patrimonio, sino el de los demás, intentando siempre conseguir nuevas fortunas que reparen la ruina de las viejas; consideran la moderación algo equivalente a la avaricia y hacen alarde de su prodigalidad como si fuese generosidad de espíritu.[12]

Los esfuerzos de César por aliviar la opresión de las deudas estuvieron destinados a ayudar a las masas trabajadoras, no a unos pocos disolutos. Dio los pasos para limitar el dominio del capital. De acuerdo con la ley romana, el deudor que no podía pagar se convertía en siervo de su acreedor. Fue César quien concedió a los insolventes el derecho a ceder sus posesiones al acreedor, fueran estas suficientes o no, sin tener que ceder su libertad personal, una máxima en la que hoy se basan las leyes referentes a la bancarrota. La libertad de una persona era innata e inalienable, no permutable como parte de una propiedad, al menos no si uno era ciudadano romano.[13]

César fue el primer dirigente romano en garantizar a la sustancial población judía de la ciudad el derecho a practicar el judaísmo, una religión que asombraba a muchos politeístas paganos a causa de su monoteísmo. Como señaló Dión Casio, los judíos se distinguían "especialmente por el hecho de que no adoraban a ninguno de los dioses usuales, sino que reverenciaban profundamente a una sola deidad en particular". E incluso algo más misterioso, creían que su dios era invisible e inefable y sin embargo omnipresente, y "le adoraban de la forma más extravagante sobre la tierra", dedicándole "el día de Saturno (sábado), durante el cual, entre otras muchas acciones peculiares, no llevaban a cabo ningún trabajo serio".[14]

En una época en la que la política y la religión estaban interconectadas de forma inextricable, el judaísmo tuvo una posición aparte del estado romano. César era conocedor de la comunidad judía de Roma, incluidos los curtidores, estibadores y otros trabajadores. En el 47 a. de C., sin preocuparle las singularidades del judaísmo, hizo que el Senado ratificara sus tratados garantizando derechos extraterritoriales a los asentamientos judíos a través del imperio, como "amigos y aliados del pueblo romano".[15] Que se le asociara con unos elementos marginales como el proletariado judío debió ser para los *optimates* la confirmación de sus peores presentimientos sobre sus odiosas tendencias igualitarias.

César garantizó la ciudadanía a los que practicaban la medicina y a los profesores de artes liberales para animarles a permanecer en Roma. Emprendió la tarea de proveer a Roma de "las mejores bibliotecas posibles".[16] En el 47 comisionó al prolífico intelectual e historiador Marco Terencio Varrón para que diseñara los planes para una nueva y gran biblioteca pública a semejanza de la de Alejandría, un proyecto que quedó incompleto a la muerte de César tres meses más tarde.

Partidario entusiasta de las bibliotecas y la enseñanza, Julio César ha sido acusado falsamente de haber quemado la biblioteca de Alejandría

durante su expedición a Egipto en los años 48-47, una acusación reiterada incansablemente por regimientos de escritores desde Plutarco y Dión Casio hasta biógrafos modernos como Gelzer y Walter.[17]

César incendió la flota real egipcia en la bahía y parte de las brasas sobre el muelle pudieron haberla destruido. Pero el borde del agua estaba a una distancia sustancial de la biblioteca y no causó un incendio general en Alejandría, que hubiera sido la única manera de que el sólido edificio de piedra de la biblioteca pudiera haber ardido. Escribiendo dos siglos más tarde de la muerte de César, Floro no dice nada sobre la biblioteca de Alejandría en llamas, limitándose a señalar que el fuego consumió algunas casas cercanas al muelle".[18] Y Lucano, que no perdía una oportunidad de atacar a César con el peor estilo, no menciona la famosa biblioteca, escribiendo sólo que las llamas quemaron la flota y algunas "casas cercanas al mar".[19] Ninguno de sus contemporáneos alude a la biblioteca. El propio César no dice nada sobre que el fuego se extendiera a la ciudad. Lo que describe es la destrucción de los barcos en el puerto y en los diques.[20]

Lo que es más, veinte años después de la campaña de César en Egipto, el geógrafo griego Estrabón trabajó en los dos edificios que componían la biblioteca de Alejandría: el Serapeum, que era el templo con la biblioteca anexa, y el Museum, que era el edificio principal. Los describe en algún detalle como perfectamente intactos.[21] Otra fuente olvidada es Suetonio, que informa que el Museum estaba floreciente cien años después de César y que se le había añadido un ala nueva para albergar algunos escritos del emperador Claudio.[22] Y Gibbon escribe que "cuando Augusto fue a Egipto [unos quince años después de la muerte de César], veneró la majestad de Serapis", que, lejos de estar quemada, permanecía intacta en toda su gloria.[23]

Culpando a César de la destrucción de la gran biblioteca se exculpa a los verdaderos culpables. El Serapeum, que contenía cientos de miles de

pergaminos y códices sobre historia, ciencias naturales y literatura, fue de hecho destruido por una muchedumbre de adoradores de Cristo, conducidos por el obispo Teófilo en el año 391 d. de C. Ese era un tiempo en el que la ascendente iglesia cristiana derribaba las viejas academias y destruía bibliotecas y libros a través de todo el imperio, como parte de su guerra total contra la cultura pagana. "La quema de libros", señala Luciano Canfora, "era parte del advenimiento e imposición del cristianismo".[24] Según lo describe Gibbon: "[El obispo] Teófilo procedió a demoler el templo de Serapis... La valiosa biblioteca de Alejandría fue saqueada y destruida; y, cerca de veinte años después, el aspecto de las estanterías vacías suscitó el pesar y la indignación de todos los espectadores cuya mente no estuviera totalmente oscurecida por los prejuicios religiosos".[25]

Los cristianos también liquidaron el Museum, la biblioteca principal, durante los dos siglos siguientes, por lo que cuando fue totalmente destruida por los invasores islámicos en el año 641 d. de C., sólo albergaba algunos escritos de los patriarcas.[26] Una vez que la cristiandad se convirtió en la religión oficial bajo el mandato del emperador Constantino, las veintiocho bibliotecas públicas de Roma "fueron cerradas para siempre como tumbas", se lamenta el señalado historiador pagano del Siglo IV Amiano Marcelino.[27] En los tiempos paganos los romanos se enorgullecían de sus bibliotecas con más de 500.000 volúmenes. Pero bajo la hegemonía cristiana a los laicos se les prohibía generalmente el acceso a los libros, la profesión de copista desapareció y con ella los escritos más seculares. En el Siglo VI las bibliotecas más grandes de los monasterios contenían pequeñas colecciones de entre 200 y 600 volúmenes, predominantemente de contenido religioso.[28]

Livio comentó que "escribir sobre la historia del pueblo romano... es una tarea honorable que muchos han llevado a cabo".[29] Sin embargo, todas esas historias romanas se han perdido para nosotros. Por supuesto, los estragos del tiempo y de la fortuna han jugado su papel, pero si tan poco

de la prolífica literatura pagana ha sobrevivido, ha sido en buena parte debido a las sistemáticas campañas de los prosélitos de Jesús contra archivos y bibliotecas, la enseñanza secular y la literatura en general. Aunque alabada como un oasis de la enseñanza en medio de la brutal ignorancia de las épocas oscuras, la iglesia cristiana realmente fue el mayor causante de esa ignorancia. La cruzada de la cristiandad para erradicar la cultura y la erudición paganas –una historia todavía sin explorar completamente por los eruditos de nuestros días– estuvo dirigida no sólo contra la historiografía, sino contra la astronomía, la biología, las matemáticas, la medicina, la anatomía, la filosofía, la literatura, el teatro, la música y el arte.[30] Sin embargo, el hecho falso de la quema de la biblioteca de Alejandría por parte de César sigue contando con la reiteración de decenas de historiadores que se intercambian la información equivocada sin molestarse en una investigación independiente.[31]

Plutarco culpa a César de promulgar propuestas legislativas durante su primer mandato como cónsul en el 59 a. de C. que estaban diseñadas "simplemente para agradar a la comunidad".[32] Del mismo modo Dión Casio mantiene que durante su primer consulado César "deseaba contar con el favor de las multitudes que podía hacer suyas en un grado aún mayor".[33] Ni Plutarco ni Dión conceden a César que pudiera intentar políticas reformistas porque respondía a la presión popular y porque creía que tales reformas eran beneficiosas para Roma y para su pueblo.

Ni tampoco Cicerón, que expresó los temores de su clase privilegiada equiparando la reforma redistributiva a la revolución apocalíptica: "Preveo un baño de sangre... un ataque violento a la propiedad privada, la vuelta de los exiliados y la cancelación de las deudas". Creía que César no mostraría piedad "matando a la nobleza" y "destrozando lo que estaba bien hecho".[34]

Otros han equiparado a César con Sila, el sangriento autócrata. Shackleton Bailey escribe sobre "los regímenes autocráticos de Sila y Julio César".[35] Sir Ronald Syme va más allá, dando a entender que César perseguía más el propio engrandecimiento que Sila. "Tenía que limitar los derechos del pueblo como hizo Sila", pero Sila dimitió una vez que terminó sus "reformas", porque al contrario que César no deseaba el mando supremo para él solo.[36]

La plebe romana, aunque mucho menos educada que nuestros historiadores, fue capaz de distinguir entre el reaccionario Sila, a quien despreciaban, y el reformista César, a quien apoyaron. Sila impuso una constitución regresiva. Suprimió cualquier intento de reforma popular, despojó a los tribunos del pueblo de su vieja autoridad democrática, impuso el terror sangriento entre las fuerzas populares, confirió el poder supremo a la oligarquía senatorial y abolió el subsidio para el grano. César hizo justamente lo contrario. Inició las reformas populares, restableció la autoridad de los tribunos, evitó el uso del terror, hizo alianzas con los líderes populares, despojó a la oligarquía senatorial de gran parte de su poder y mantuvo el subsidio sobre el grano. Si fue criticado por algunos demócratas de su tiempo no fue por su semejanza a Sila, sino por no ir más lejos en la abolición de las deudas y otras reformas y por pasar mucho tiempo en conquistas sangrientas en el extranjero.

Al contrario que Sila, César mostró una notable clemencia hacia sus enemigos después de la guerra civil, en algunos casos no sólo respetando sus vidas y propiedades, sino restaurándoles sus honores y sus cargos. Eliminó la proscripción sobre las familias de los que habían luchado contra él, como incluso Dión admite, "garantizándoles la inmunidad en iguales términos... a las viudas de los fallecidos les devolvió sus dotes y a sus hijos les garantizó compartir la propiedad, haciendo caer poderosamente en la vergüenza las medidas sanguinarias de Sila".[37]

En el 46, en el pináculo de su fama como héroe militar y líder de Roma, el Senado le ofreció abundantes recompensas y poderes, incluyendo el consulado por cinco años consecutivos y el derecho a sentarse entre los tribunos y ejercitar el veto. Apiano informa que como cónsul César empezó a evitar el Senado de forma regular y a tratar sólo con la Asamblea Tribal del pueblo.[38] Algunos caballeros historiadores ven en esto una evidencia de su desprecio tiránico por la constitución. Podría también considerarse como una actitud democrática el separarse del sistema oligárquico senatorial.

John Dickinson acusa a César de que su actitud para quitar poder al Senado no estuvo acompañada de la transferencia de ese poder a las instituciones democráticas; su intento era mantener un absolutismo personal.[39] La verdad es que las leyes de César desde su primer consulado en el 59 hasta sus últimos años como *imperator* fueron sancionadas regularmente por decretos de la Asamblea Tribal.

No es cierto que César hiciera lo que quiso. Su tratamiento de Atenas sugiere que fue receptivo a las normas democráticas. Durante el tiempo en que Roma mantuvo su yugo imperial sobre Atenas, los aristócratas atenienses, coaligados con los oligarcas romanos, mantuvieron su hegemonía de clase sobre su propio pueblo. Durante la guerra civil naturalmente apoyaron a Pompeyo, un hombre de los *optimates*. Un victorioso Julio César perdonó a los nobles atenienses pero para su disgusto permitió que la ciudad adoptara una constitución democrática, que les apartaba de un siglo de normas impuestas por la aristocracia romana.[40] La gente corriente de las otras ciudades griegas que estaban regidas por Roma se negó a oponerse a César y se resistió abiertamente contra los mandos pompeyanos. En algunos casos abrieron sus puertas y mandaron emisarios a César afirmándole su lealtad.[41]

César también concedió el derecho a voto a la Galia Cisalpina. Después de los idus de marzo, Marco Antonio publicó el plan de César para

garantizar también el derecho a Sicilia. Cicerón se quejó de que César planeara conferir "la ciudadanía no simplemente a los individuos sino a naciones y provincias enteras".[42]

Uno de los primeros actos de César al convertirse en cónsul fue hacer que los procedimientos del Senado y la Asamblea se publicaran diariamente, haciendo a ambos cuerpos más responsables ante la ciudadanía.[43] Durante su primer consulado en el 59 de forma regular desatendió los augurios. Puso al día y perfeccionó las listas de votantes. Y terminó definitivamente con la caza de brujas política de Cicerón contra los líderes populares, apoyando a Clodio para enviar a Cicerón al exilio en el 58 por lo que resultó ser un período breve. Durante sus últimos consulados despojó a la oligarquía senatorial de sus enormes poderes ejecutivos, incluyendo su control sobre el tesoro y aseguró el poder de los tribunos del pueblo para iniciar acciones legislativas. Si todo esto es considerado despótico o democrático depende de la perspectiva desde la cual se mire. Acumuló poder individual para poder romper el yugo de la oligarquía y de ese modo iniciar reformas populares. Sin ir demasiado lejos podríamos afirmar que su mandato podría denominarse una dictadura de los *proletarii*, un ejemplo de autoridad contra la plutocracia a favor de los intereses de la ciudadanía.

Muy al tanto de las divisiones que quebraban la sociedad romana, César hizo un pronóstico que resultaría profético: "Es más importante para Roma que para mí mismo que yo sobreviva. He ostentado desde hace tiempo el poder y la gloria, pero si algo me ocurriera, Roma no disfrutaría de paz. Una nueva guerra civil presentaría unas condiciones mucho peores que la última".[44] ¿Cómo esperaba César evitar otra guerra civil? Con reformas más que con una revolución; pararía el excesivo afán de lucro y lo abusos de los ricos dándole algo más a la masa trabajadora, incluido un mayor papel en el gobierno.

Los puestos del gobierno que requerían una confianza especial los nombró César, permitiendo otras consideraciones con "sus esclavos, libertos y seguidores de humilde cuna".[45] Promocionó a los plebeyos al patriciado e incrementó el número de senadores de 600 a 900, completando sus filas con ecuestres y hombres eminentes de las provincias de España y la Galia. Incluso nombró senadores a centuriones, soldados, escribas y un pequeño grupo de *libertini*, hijos de esclavos liberados que habían alcanzado alguna distinción por sus propios méritos. Pereció seguir el consejo sorprendentemente igualitario de Salustio: "No dejéis que los más cualificados por su riqueza enjuicien las vidas de sus conciudadanos, ni elijáis pretor o cónsul a nadie en función de su fortuna, sino de su mérito".[46]

Es innecesario decir que estos nuevos senadores, hombres de origen humilde, contaron con el rechazo de los senadores de sangre azul y bolsillo lleno.[47] En una carta a su rico amigo Ático, Cicerón –sin acordarse de los insultos que él mismo tuvo que aguantar por parte de los *optimates*, o quizá como compensación por ellos– se queja de los recién llegados: "¡Qué caso, por los dioses!... qué banda de desesperados".[48] Siglos más tarde Gibbon describe el nombramiento por parte de César de "soldados, extranjeros y gente casi bárbara para el Senado" como un abuso de proporciones escandalosas.[49] En los tiempos modernos tenemos al estimable Sir Ronald Syme, que desprecia a los nuevos senadores considerándoles nada más que "una chusma horrible y repugnante".[50]

Los mismos nobles que supuestamente eran tan protectores de las normas republicanas sólo mostraron hostilidad hacia la educación republicana. La primera escuela para el estudio del latín retórico, abierta en Roma en los años 95-93 a. de C. por un seguidor de Mario fue cerrada muy pronto por los censores aristócratas, que pensaban que el maestro estaba enseñando temas políticamente inaceptables. Los censores se opusieron a cualquier intento de cultivar las dotes oratorias de los jóvenes del pueblo, ya que podían con ello incitar a las audiencias y competir en los tribunales o

en las campañas para las elecciones con los jóvenes de las familias aristocráticas. Los oligarcas estaban decididos a que nadie salvo sus propios hijos, y otros colaboradores suyos de su misma clase, dispusieran de las armas de la retórica y otras ventajas de la educación. Por eso cortaban el paso a los innovadores.[51] Las escuelas populares de oratoria latina no se reabrieron hasta los consulados de Julio César. Sobre este tema tampoco fue él, sino sus enemigos, quienes cerraron el paso a la participación en el gobierno republicano a la ciudadanía.

Dicho todo esto, hay aspectos en la carrera de César que sugieren algo que no suponía un gobierno popular. Fue nombrado Prefecto de la Moral (*praefectus moribus*), y decidió que la mitad de los magistrados fueran nombrados por él, soslayando de nuevo al Senado.[52] Podía sentarse en la silla curul entre los cónsules en todas las reuniones y hablar primero sobre todas las cuestiones. Su carro triunfal fue colocado en el Capitolio frente al de Júpiter. También se erigió una estatua de bronce con su efigie sobre un monumento al mundo, con una inscripción –retirada más tarde por orden suya– que efectivamente le declaraba un semidiós.[53]

El Senado le nombró *imperator* por diez años. *Imperator* se ha traducido muy a menudo como "dictador". Pero es más bien comandante en jefe o comandante supremo. En latín incluso *dictator* no tiene las connotaciones de hoy día. Un *dictator* era un magistrado nombrado en momentos de crisis al que se le daba autoridad absoluta durante un período máximo de entre seis meses y un año. Los senadores acumularon honores extravagantes y sin precedentes sobre César, más con la intención de adherirse al ganador que por admiración verdadera. Existe también la sospecha de que alguno de ellos estaba intentando comprometerle a los ojos de sus seguidores, creando la inquietud popular a causa de su acumulación de poder y

de gloria, a sabiendas de que el pueblo romano históricamente odiaba a los reyes.[54]

Aunque él sabía la diferencia entre adulación y buena voluntad, César no rechazó los abundantes honores. Aunque rechazó ostensiblemente la corona y evitó que se le diera el título de rey, tomó los símbolos de un monarca: usaba un manto púrpura, puso su imagen en monedas y llenó el calendario de conmemoraciones de su cumpleaños y sus victorias militares. A principios del 44, el último año de su vida, intentó ocupar el cargo de cónsul vitalicio con el nuevo título de *imperator perpetuus*, dando de ese modo a sus enemigos una oportunidad adicional de convertirse en honrados tiranicidas.

Siempre se asume que un líder que se promociona a sí mismo sólo está motivado por un impulso de vanagloria. También puede ser –e incluso ser más importante– un medio de fortalecer su imagen pública y por tanto maximizar su figura política. La preocupación de César no era mandar sobre la gente corriente, sino sobre una poderosa oligarquía fuertemente enraizada. Elevándose a sí mismo sobre esa plutocracia era más fácil tener éxito con su programa reformador.

No parece ser el caso que César quisiera gobernar a la manera de un monarca divino, como hicieron los emperadores que vinieron después. Jane Gardner incide en este punto, argumentando que durante el período de su dictadura en Roma, "el mito de que quería hacer de sí mismo un rey, o incluso un rey al estilo helenístico, digno de honores divinos", lo propagaron sus enemigos. Desde entonces lo han aceptado "los historiadores y otros de las últimas generaciones, que se han mostrado dispuestos a creer esas habladurías de sus detractores..."[55]

Mommsen llega a la conclusión de que César fue "un rey democrático" cuyo objetivo era la igualdad gradual de las clases. Realmente César nunca intentó igualar a ricos y pobres, sino que intentó resolver algunos de los

flagrantes abusos de clase perpetrados por los ricos. Les dio a los plebeyos y granjeros más pobres la posibilidad de ser poseedores de sus tierras y generalmente amplió las oportunidades de que la gente corriente progresara.

En el 49 a. de C. intentó que se aprobara una ley que limitaba la posesión privada de más de 15.000 dracmas de oro o plata, evitándose así la acumulación de inmensas fortunas. El pueblo estaba entusiasmado con esta reforma y preparado para ir más allá. Propusieron que los siervos fueran recompensados por informar que sus amos poseían un tesoro superior a la suma permitida. Pero César se negó a añadir esa cláusula en la ley, alegando que nunca se fiaría de un esclavo que testificara contra su amo.[56] Incluso el más grande de los *populares* tenía sus límites de clase.

Una de las reformas más duraderas e indiscutidas de César fue su reconstrucción del calendario romano. Los romanos contaban los años desde el origen legendario de su ciudad, un método que subsistió en la era cristiana durante cinco siglos. Así Julio César fue asesinado en el año 710 a.u.c. (*ab urbe condita*, es decir "desde la fundación de la ciudad"). Fue en algún momento alrededor de los años 1277-1280 (o lo que más tarde serían los años 523-526 d. de C.), durante el reinado del papa Juan I, en que al monje y erudito Dionisio Exiguo se le ocurrió la denominación a. de C.-d. de C. para distinguir las épocas anteriores y posteriores al cristianismo. Por eso hoy decimos que César fue asesinado en el año 44 a. de C.

Encontró su final el 15 de marzo, los idus de marzo. Los romanos tenían una forma difícil de contar los días. Dividían el mes en tres secciones: las calendas eran el primer día de cada mes, las nonas el séptimo día de algunos meses y el quinto o el noveno de otros y los idus el decimoquinto de algunos meses y el decimotercero de otros. Las fechas se contaban desde estos tres puntos fijos.[57]

En los tiempos de César el calendario lunar romano estaba retrasado casi tres meses del año solar por lo que las vacaciones caían fuera de su estación y las estimaciones respecto a las cosechas y las siembras eran poco fiables. César, que tenía un gran interés en la astronomía, planteó el problema ante los mejores astrónomos y matemáticos de su época. Basado en su trabajo desarrolló un sistema propio que era más fiable que cualquier otro. Descartó el método lunar e igualó el movimiento solar al tiempo. Habiendo empezado en el año 45 a. de C., el calendario juliano sirvió durante más de 1.600 años.[58]

Sin embargo el nuevo sistema de calendario erraba el año solar en once minutos, perdiendo sincronización de forma gradual con los solsticios y los equinoccios. Consecuentemente, en el año 1582 d. de C. el papa Gregorio XIII modificó ligeramente la fórmula con los años bisiestos y adelantó la fecha diez días completos.[59] Aparte de estos pequeños ajustes el calendario que utilizamos hoy es esencialmente la versión juliana, que le debe más a César y a sus astrónomos que a Gregorio y a los suyos. Pero dado el dominio de la cristiandad sobre el mundo occidental, lo que ha llegado hasta nosotros es el "calendario gregoriano", sin que se le rinda ningún tributo a César.

9

EL ASESINATO

Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte,
El valiente sólo gusta una vez el sabor de la muerte.

Julio César, acto III, escena 2.

Porque Bruto es un hombre honorable,
Como todos ellos, todos son hombres honorables.

Julio César, acto III, escena 2.

La historia del asesinato de César ha llegado hasta nosotros con una mezcla de hechos y ficción, presentada aquí con las debidas precauciones dadas sus partes menos probables.[1] Los conspiradores estaban planeando terminar con César incluso cuando le estaban haciendo objeto de homenaje. Como escribe Dión, los honores con que le colmaban eran "todos en exceso, alguno como un acto de adulación exagerada y otros de ridículo sarcástico... porque deseaban convertirle en odiado y antipático tan rápido como fuera posible, para poder terminar pronto con él". Por eso se afanaron en "enfrentar con él incluso a sus mejores amigos", llamándole "rey", un apelativo escuchado a menudo en sus deliberaciones.[2]

La conspiración se incubó, si hemos de hacer caso a Plutarco, cuando Gayo Casio planteó el tema a su cuñado Marco Bruto y le convenció para que se uniera a la empresa. Casio y Bruto habían luchado al lado de Pompeyo, siendo perdonados por César después de la guerra.[3] Un participante sorprendente en el complot fue Décimo Bruto (relacionado sólo lejanamente con Marco), uno de los seguidores íntimos de César y el oficial más competente en la Galia, quien al final sintió una lealtad más grande por la clase aristocrática que por el programa reformador de su comandante.[4]

Una leyenda largamente mantenida ha sido que César abrigaba un cariño especial por Marco Bruto, porque éste había nacido en el tiempo en que César mantenía una prolongada aventura amorosa con su madre, Servilia, y podía haber sido hijo del propio César. Este cuento estúpido es tan antiguo como Plutarco y Apiano y tan reciente como Will Durant. Como mito histórico es de una magnitud increíble. Sin embargo es curioso cómo ha permanecido hasta nuestros días, dado que César tenía apenas quince años cuando nació Bruto en el año 85 a. de C. En la época en que César se acostó con Servilia su hijo tenía veinte años o más.

Se dijo que César estaba muy preocupado por la seguridad de Marco Bruto en Farsalia, ordenando a sus comandantes que no debían hacerle daño en la batalla. Si Bruto se rendía debían capturarle vivo. Si se resistía a su captura debían dejarle ir sin violencia. Pero César no hizo esto porque sospechase de su paternidad, sino por estima a la madre de Bruto, que se dijo que fue uno de los pocos verdaderos amores de su vida.[5]

Los conspiradores fueron alrededor de sesenta, según Suetonio. Apiano identifica a quince con sus nombres. Incluían "muchos ciudadanos principales de Roma, hombres prominentes por su ascendencia, su prestigio y sus cualidades personales", como les describe Plutarco. A una figura de la mayor importancia, Cicerón, no se le pidió que participara, aunque Casio y Bruto sabían que hubiera estado dispuesto a intervenir en los

hechos. Temieron que la timidez innata de Cicerón –más la precaución que su avanzada edad le imponía y su insistencia en eliminar de cualquier plan el más pequeño riesgo– podían embotar su resolución en el momento decisivo.[6]

Una estrategia que consideraron fue esperar a las elecciones consulares, cuando César se situaría sobre el puente de madera utilizado por los votantes para pasar el estanque. Algunos de los conspiradores podían derribarle allí mientras los otros le asaltaban con sus dagas. Otra posibilidad era atacarle mientras estaba de camino a una de las numerosas ceremonias públicas.[7] Pronto se supo que César estaba planeando dejar la ciudad el 18 de marzo para una campaña militar contra los partos, a quienes los líderes romanos siempre habían considerado una "amenaza" en el este. Una vez embarcado en esa aventura, estaría más allá del alcance de los asesinos. Así que cuando se anunció que se iba a reunir con el Senado el 15 de marzo en la sala adyacente al teatro de Pompeyo, en lo que probablemente sería su última aparición pública antes de partir, los conjurados fijaron esa ocasión para su golpe.

Una sesión del Senado sería una cobertura perfecta para que un grupo grande de cómplices reunieran toda su fuerza sin llamar la atención. Su propósito confesado era el tiranicidio, un acto históricamente justo a los ojos de los romanos, como a los de los griegos. Su acción por tanto no se consideraría una traición, sino un acto de altos principios a favor del interés común, o eso era lo que ellos presumían.[8]

Pocos historiadores, antiguos o modernos, han tomado nota de los verdaderos intereses político-económicos que subyacían bajo ese asesinato. Por eso es una agradable sorpresa el comentario siguiente en un lugar tan impensable como la biografía de César del general Fuller:

"Los conspiradores sabían bien que bajo la autoridad de César sus oportunidades para financiar el grano y su poder político se desvanecerían y que desaparecería el prestigio del Senado poco a poco. En resumen, la forma de vida que los senadores habían llevado desde la Segunda Guerra Púnica terminaría. Su lucha contra las reformas se había iniciado con la muerte de los Graco y pensaron que podía cerrarse con la muerte de César. Blindados por su arrogancia y corrompidos por su avaricia, soslayaron las causas de la lucha y se convencieron a sí mismos de que con César eliminado la maquinaria republicana volvería a funcionar".[9]

Habiendo acordado el momento y el lugar de los hechos, los conspiradores todavía estaban divididos sobre cómo hacerlo. Algunos querían incluir a Marco Antonio, cónsul junto a César, y a Lépido, su leal comandante. Ambos tenían una gran influencia en el ejército. Antonio había sustituido frecuentemente a César cuando éste estaba en el extranjero y tenía considerable influencia entre la plebe. Pero Bruto pensó que no era político matar a los tres. Ni Antonio ni Lépido podían ser acusados de aspirar a ser reyes. Y Antonio –sospechoso de haber flaqueado a veces en su lealtad con César– podía ser útil posteriormente a la causa de los conspiradores. Si se concentraban en César solamente podían conseguir la gloria de haber terminado con un rey y un tirano. Pero si acababan con sus seguidores se les podía acusar de perpetrar un golpe de estado y de actuar por enemistad y venganza al haber pertenecido al bando de Pompeyo. Este argumento era convincente.

Eso también puede explicar por qué decidieron hacer el trabajo sucio por sí mismos en vez de delegar en matones pagados, que era la manera menos arriesgada a la que solían recurrir los aristócratas. César no era un magistrado común para ser eliminado por asesinos de baja estofa, que en cualquier caso podían dudar al encontrarse ante una víctima tan cualifica-

da. Más que un mero asesinato político, el hecho podía equipararse a un glorioso tiranicidio, una lección para las generaciones venideras. Eliminar al usurpador y salvar a la República, sólo los verdaderos líderes estaban cualificados para una misión histórica tan elevada.[10]

En el penúltimo día de su vida, durante el curso de una conversación mientras cenaba con Lépido y unos cuantos íntimos, César planteó una cuestión inquietante: ¿Cuál era la mejor clase de muerte? Después de que sus compañeros aventuraran varias opiniones, él mismo comentó que una muerte rápida e inesperada sería su preferida.[11] Esa noche, dice la historia, su esposa Calpurnia soñó que le veía con numerosas heridas en un charco de sangre. A la mañana siguiente, muy inquieta, rogó a César que no saliera de la casa y pospusiera la reunión del Senado.[12] Las manifestaciones de su esposa le dieron qué pensar pues ella era de ordinario una persona sosegada y equilibrada, no dada a "supersticiones propias de mujeres", según cuenta Plutarco.

El propio Plutarco se muestra curiosamente asustado por las supersticiones, presumiblemente propias de hombres. Nos cuenta que justo antes de la muerte de César salió fuego de la mano del sirviente de un soldado, que sin embargo no mostró ninguna quemadura. Todas las ventanas de la casa de César se abrieron de repente y a la vez mientras César dormía. Y un animal sacrificado por César se vio que no tenía corazón, "un mal presagio porque ninguna criatura viviente puede subsistir sin corazón", nos recuerda el gran historiador.[13]

Suetonio y Dión también registran portentos: una manada de caballos de César mostró una repugnancia repentina por los pastos y derramó lagrimas, un pequeño pájaro voló en el interior del Salón de Pompeyo siendo hecho pedazos por una bandada de otros pájaros y otros "signos inconfundibles presagiaron a César su asesinato".[14]

Presagios aparte, el clima político era bastante inquietante. Al menos dos años antes de su muerte, César tuvo sus propios temores acerca de una conspiración. En su discurso al Senado en el 46, Cicerón le aseguraba: "En cuanto a tus hazañas, Gayo César, nadie puede ser tan genial, ninguna pluma o lengua lo suficientemente elocuente o fluida, para poder adornarlas ni incluso describirlas". En cuanto a las sospechas de César sobre alguna "conspiración siniestra y traicionera", eran "infundadas", porque, ¿quién querría hacerle daño? Seguramente no sus antiguos oponentes, los seguidores del derrotado Pompeyo, como el propio Cicerón, al que se había permitido la vuelta a Roma y al Senado manteniendo intactas sus propiedades, y que ahora era el más leal y agradecido de sus amigos. "Pienso en ti día y noche", susurró el gran orador, que prometió permanecer vigilante eternamente contra posibles conspiradores. "Ya que sientes que hay algún peligro del que salvaguardarte, nosotros [los senadores] prometemos ser tus centinelas y tus guardaespaldas. Y juramos protegerte con nuestros propios pechos y nuestros cuerpos".[15]

Tales promesas empalagosas no hicieron que César se fiara de sus nuevos amigos. Poco antes de los idus de marzo expresó su sospecha de que Casio no era bueno. Plutarco nos cuenta que dijo: "¿Qué pensáis que está tramando Casio? No me gusta, con ese aspecto tan adusto". César dijo que "no albergaba temor de los hombres gordos y amantes del lujo" como Marco Antonio y Dolabela, "sino más bien de los pálidos y enjutos como Casio y Bruto". (Esta narración de Plutarco inspiró los memorables versos de Shakespeare: "¡Antonio!... Dame hombres que sean gordos... Pero ese Casio tiene un aspecto enjuto y enfadado".)[16]

En la mañana fatídica del 15 de marzo, inquieto por el sueño de Calpurnia, César se dirigió a Antonio que en aquel momento entraba en su casa y le dio instrucciones para que pospusiera la reunión del Senado. Pero

Décimo Bruto, uno de los pocos que tenían acceso regular a su residencia, llegaba cuando Antonio iba a marcharse. Al oír la decisión de César, Décimo le conminó a que la reconsiderara. Los senadores estaban esperando desde hacía algún tiempo y habían sido convocados por César. Tenía que imaginarse su reacción si alguien llegaba y les despedía hasta que Calpurnia tuviera sueños más agradables. No debía darles a sus oponentes más pretextos para ofenderse, alimentando la acusación de que su mandato era insultantemente arbitrario. ¿Se iba a esconder César tras los temores de una mujer o dar crédito a las supersticiones? Incluso si estaba inclinado a considerar desfavorable ese día, sería más conveniente que él mismo anunciara el retraso de la reunión para otra ocasión. César estaba convencido. Permitió que Décimo le acompañara donde le esperaban los porteadores de su litera.

Cuando la litera comenzó a moverse entre la multitud, Artemidoro, un maestro griego de lógica y antiguo tutor de Marco Bruto, habiendo oído algo sobre la conspiración, quiso avisar a César. Las versiones varían; algunos colocan a Artemidoro corriendo hacia la casa de César después de que éste saliera y luego no pudiendo alcanzar la litera. Otros alcanzando a César y entregándole una nota informándole del complot, pero dada la presión de los que iban a hacer peticiones a César éste no la pudo leer. Otros dicen que alguien más, quizá un sirviente, le dio a César la nota. Todas las fuentes parecen estar de acuerdo en que se hizo algún intento de alertarle.[17]

Antes de entrar en la sala se dice que César se encontró con Espurina, el adivino, que previamente le había avisado de que caería sobre él alguna desgracia no más tarde de los idus de marzo. "Los idus de marzo han llegado", le dijo a Espurina, que respondió: "Sí, pero todavía no han terminado".[18] Renunciando a las adivinaciones y presionado hacia delante por los enemigos que se pasaban por amigos, entró en la cámara del Senado, "porque César tiene que sufrir el destino de César", como Apiano le para-

frasea.[19] No le acompañaba ninguna guardia personal, porque su *dignitas* no le permitía mostrar temor, especialmente ante todo el Senado, que había jurado salvaguardar su vida. Se cuenta que dijo: "No hay nada peor que estar constantemente protegido, porque eso presupone que estás en constante temor".[20]

Los conspiradores mantenían una guardia de gladiadores en el anfiteatro adjunto que podían acudir en su ayuda si algunos senadores leales a César les causaban algún problema.[21] Estaban preocupados especialmente por Marco Antonio, un hombre físicamente poderoso y difícil de reducir. Se sentaría convenientemente al lado de César. Así que idearon que Gayo Trebonio, conocido de Antonio y uno de los conspiradores, le entretuviera dándole conversación a la entrada de la sala.[22]

Al entrar César todos se pusieron en pie. Un grupo de senadores le rodeó rápidamente, aparentemente de forma amistosa. César apenas había ocupado su silla ceremonial cuando uno de ellos, Tulio Címber, le pidió que permitiera a su hermano volver del exilio. César le apartó. Ese no era el momento para tratar tal asunto; podían discutirlo en otra ocasión. Se acercaron otros pretendiendo adherirse a la petición. Entonces Tulio agarró de repente la túnica de César tirando de ella hacia abajo por su hombro. Era la señal para el asalto.

El primer golpe le vino por la espalda, dirigido por un tembloroso Publio Casca; erró su objetivo, rozando el hombro de César. Éste se volvió cogiendo a su asaltante por el brazo e hiriéndole con la aguja que utilizaba para escribir. César se volvió hacia delante en el momento en que Casio le hería en el rostro. Hizo frente desesperadamente a sus atacantes lanzando gritos furiosos como una bestia atrapada, sintió otra puñalada en el costado y después en el muslo, la espalda y la ingle, hasta que se tambaleó y cayó, dicen algunos, al pie de la estatua de Pompeyo. Incluso entonces los asaltantes continuaron hiriéndole con sus dagas, y algunos de ellos se

hirieron entre sí en el tumulto. César yacía inmóvil con veintitrés puñaladas en su cuerpo.[23]

En ese momento Marco Bruto se volvió al Senado asegurándoles que todo estaba bien. Ahora les explicaría las razones de ese acto de tiranicidio. Ciertamente ese era un lugar apto para discutir sobre los asuntos desagradables pero imperativos de la restauración republicana. Pero los senadores no estaban para lecciones cívicas. Paralizados de asombro durante unos instantes por el violento ataque, empezaron a salir en tromba de la sala tropezando unos con otros, algunos temiendo ser las próximas víctimas y otros queriendo distanciarse del asesinato y sus terribles implicaciones.

Bruto y sus cómplices les siguieron, blandiendo triunfalmente sus dagas ensangrentadas. Todavía enardecidos por el hecho, marcharon juntos, no como traidores que quieren huir, sino con aire de seguridad arrogante, llamado al pueblo para que celebrara su libertad e invitando a las personas de rango a unirse a ellos. Algunos de estos últimos se unieron a su marcha, actuando como si hubieran sido los autores del hecho sangriento y reclamaran su parte en los honores.[24]

En la sala de reuniones vacía, el cuerpo de César deshecho permaneció solo y en silencio durante gran parte del día. Finalmente tres de sus esclavos se aventuraron a sacarle. Así llegó Gayo Julio César a su fatal destino, a la edad de cincuenta y seis años, en los idus de marzo del año 44 a. de C.

Cuarenta años antes, ese mismo día, un hermoso joven de dieciséis años andaba en medio de un grupo alegre de familiares y amigos que rogaron que la divinidad le concediera un brillante destino. Eran las fiestas que celebraban el nacimiento de la primavera en la península italiana, cuando las cosas vivientes están tocadas por la dulce agitación del renacimiento de la naturaleza y la gente eleva sus corazones con la esperanza de que vengan tiempos mejores.[25]

Al correr la noticia de la muerte de César se extendió la alarma por toda la ciudad. Una multitud se concentró en el Foro para escuchar en incómodo silencio a los asesinos "que tenían mucho que decir contra César y a favor de la democracia".[26] Le habían matado, insistieron, no para tomar el poder o cualquier otra ventaja funesta, sino para que todos los romanos pudieran ser gobernados correctamente. Los asesinos con sus simpatizantes, su clientela pagada y gladiadores armados, se concentrarían en el Capitolio y ofrecerían sacrificios permaneciendo allí toda la noche. Enterado de lo ocurrido, Lépido ocupó el Foro con sus soldados esa misma noche. Al amanecer pronunció un fiero discurso condenando el hecho sangriento. Los gritos de cólera de la multitud concentrada no pudieron escapar a los oídos de los asesinos, ya que el Capitolio –como hoy día puede verse todavía– estaba a apenas cien metros del Foro.

Cómo iban a ser neutralizadas las legiones de César es una cuestión que parece que se les escapó a los conspiradores. Quizá asumieron que un ejército en ausencia de su audaz comandante sería incapaz de rebelarse contra la nobleza. ¿Y qué iba a pasar con la *plebs urbana* y la *plebs rustica* que se habían beneficiado de las reformas de César? ¿No iban a rechazar tumultuosamente un golpe senatorial? Quizá los asesinos esperaban que la gente corriente de Roma les vitoreara como salvadores de la República. Manteniendo un breve encanto después del asesinato, el propio Cicerón se mostró convencido de que "la población entera [está] guiada por un deseo vehemente de libertad y a disgusto con su prolongada servidumbre", y "toda la ciudadanía" aprecia "haber sido liberada del tirano".[27] A Décimo Bruto le escribió, "El pueblo de Roma considera que has colmado sus aspiraciones y pone en ti todas sus esperanzas de recobrar su libertad".[28]

Tal punto de vista sobre el pueblo no era del todo una alucinación. Había ciertos ciudadanos que temían que César aspirara a una monarquía. Hizo un gran espectáculo rechazando la corona. Sin embargo, "se sospechaba que... estaba ansioso por el título y quería verse obligado a

tomarlo, por lo que en consecuencia el odio hacia él era intenso".[29] Canciones y carteles expresaban la oposición tanto a los extranjeros que César había nombrado para el Senado como a su mandato en general, que a los ojos de algunos tenía todo lo de un rey excepto el nombre. Y probablemente algunos demócratas eran contrarios a sus pretensiones aparentemente monárquicas y a lo que veían como reformas a medias. "Incluso la gente corriente empezó a desaprobar la forma en que iban las cosas", escribe Suetonio, "y no escondían su disgusto con César, sino que abiertamente pedían líderes que protegieran sus antiguas libertades".[30]

Sin embargo, nosotros podemos preguntarnos si esos historiadores no estaban deseando sobrevalorar el antagonismo que la plebe alimentó por su *imperator*. Podemos también preguntarnos si las canciones y carteles que mostraban su oposición no estaban realizados por la clientela pagada de los enemigos de César, siendo más una instigación que un síntoma de desafecto popular. En cualquier caso, si César fue odiado intensamente como usurpador, no lo fue por la mayoría. Mientras que la plebe se oponía de forma abrumadora a un reinado para él, apoyaban mucho más lo que había hecho o estaba intentando hacer, incluyendo la política que indujo a sus asesinos a matarle. Como incluso Dión admite, César gozaba de una gran reputación, no sólo por su bravura en la guerra, sino por su rectitud en la paz.[31]

En su juego Casio y sus secuaces se convencieron a sí mismos de que iban a matar a un tirano aislado, un íncubo solitario que infectaba todo el cuerpo político. De hecho actuaron contra un líder que contaba con el apoyo entusiasta de una gran parte de la población. Los conjurados entendieron correctamente que el pueblo tenía aversión por la monarquía. De aquí concluyeron incorrectamente que el pueblo veía a César como el peor de los reyes tiránicos. Al contrario que las expectativas senatoriales, los asesinos no trajeron una rápida restauración de la República tradicional ni

fueron alabados como salvadores. En vez de eso, como César había pronosticado, su prematura muerte desató a los perros de la guerra.

El día después del asesinato los senadores se reunieron de nuevo en la sala del Senado, situada en la colina cercana al Capitolio. Hablando con una profunda e inusual intensidad, Marco Antonio se dirigió a ellos: "¿Pensáis que los hombres que han servido en el ejército de César permanecerán quietos y observando mientras su cuerpo es arrastrado por el polvo, mancillado y arrojado a un lado sin enterrar –porque esa es la condena prescrita por la ley para los tiranos?... ¿Cómo actuará el pueblo aquí, en Roma? ¿Y el pueblo en toda Italia?... Propongo que ratifiquemos los actos y proyectos de César y no elogiemos a ninguna clase de criminales... sino que les perdonemos la vida, si ese es vuestro deseo, simplemente por compasión, pensando en sus familias y en sus amigos..."[32]

Ésta parecía ser la dirección más adecuada. Los senadores decidieron mantener las reformas de César con la esperanza de aplacar al populacho furioso y al ejército intranquilo. También acordaron darle a César un funeral de estado en vez de deshonrar su cuerpo. Y, como aconsejó Antonio, votaron perdonar las vidas de los asesinos, a los que en cualquier caso no tenían deseos ni medios para apresar.

Los asesinos debieron sentirse bastante inquietos con los legionarios de rostros adustos que permanecían en el Foro con las manos en las empuñaduras de sus espadas. Algunos de esos guerreros veteranos estaban sin duda dispuestos a marchar sobre el Senado y eliminar cualquier toga a la vista. Otros podían sentirse aliviados internamente viendo que terminaban sus campañas militares ahora que César no existía. Habían soportado demasiados años fuera de casa, demasiadas heridas y demasiados camaradas perdidos. Pero cualesquiera que fueran sus sentimientos, todos estaban

preocupados porque podían perder las modestas concesiones y recompensas en metálico que su *imperator* les había prometido.

La población civil también pedía garantías de que las reformas de César no iban a anularse. Con gritos de "venguemos a César" ocuparon todas las áreas públicas cercanas al Senado, por lo que Bruto de mala gana les aseguró –después de comentar de forma desaprobatoria la redistribución de la tierra– que conservarían la tierra que se les había concedido, "y nadie os la quitará, ni Bruto, ni Casio".[33] Él y sus cómplices enviaron una carta al Foro proclamando que no privarían a nadie de las concesiones prometidas y no intentarían derogar las leyes de César. Ofrecieron estas concesiones para asegurar "un estado de armonía, obligándose a sí mismos bajo los más fuertes juramentos a ser honestos en todo".[34]

Mientras tanto, "la parte de la multitud que estaba comprada", como describe Apiano a los que estaban a favor de los asesinos, gritaba "paz para la ciudad", en un intento de acallar los gritos de venganza.[35] Cicerón el día después del asesinato también jugó el papel de gran pacificador –o quizá de táctico astuto– llamando a la calma y a la unidad en un espléndido discurso ante el Senado. Argumentó que tomar venganza por la muerte de César solo conduciría a mayores conflictos. Urgió a todos a recordar que todos eran romanos, por lo que debían olvidar su amargura y su espíritu dolido y mostrarse generosos los unos con los otros. También recomendó que se mantuvieran las reformas de César aunque sólo fuera por mantener la paz y la tranquilidad.[36]

Privadamente Cicerón mostró su rabia porque las reformas de César siguieran en vigor. "¿No es lamentable que debamos seguir soportando las cosas que nos hicieron odiar a César?", le escribió a Ático.[37] Y no pudo contener su dicha por el asesinato, mostrándose efusivo respecto a cómo "los idus de marzo han incrementado mucho mi cariño [por Marco Bruto]".[38] Al propio Bruto le escribió: "Esa hazaña casi memorable vuestra está a

prueba de toda crítica; realmente nunca podrá ser alabada lo suficiente".[39] En una misiva a Casio se refirió al asesinato como "vuestra noble empresa" y deseó haber sido él mismo el promotor.[40] Apiano escribe que Cicerón odiaba a Décimo Bruto mientras sirvió a César, "pero le amé una vez que se convirtió en su asesino".[41]

Cuando el cuerpo de César fue trasladado al Foro al final de ese día, Antonio llevó a cabo una oración funeraria ante la multitud (en la cual Shakespeare se basó para su famoso discurso "Amigos, romanos, conciudadanos"). Antonio se explayó respecto a las cualidades excepcionales del líder caído, la brillantez de sus campañas y la generosidad y justicia de su gobierno. César había recibido muchos honores de su pueblo agradecido. Había perdonado compasivamente a sus oponentes e incluso les había hecho objeto de honores, llevando una política de reconciliación más que de castigo. Para los dioses había sido nombrado *pontifex maximus,* para el pueblo de Roma había gobernado como cónsul, para sus tropas fue *imperator* y para sus enemigos *dictator.* Fue César quien promulgó leyes especiales contra el crimen. Sin embargo este héroe y padre de Roma, a quien ningún enemigo en el extranjero logró matar, yacía ahora muerto traicionado dentro de su propia ciudad, abatido en su asiento del Senado en un acto de vil perfidia.[42]

César fue un benefactor de Roma, continuó Antonio. Incluso en su muerte recordó a su pueblo. En su testamento dejó 75 denarios a cada romano adulto y legó para uso público sus jardines más allá del Tíber. Antonio recogió entonces la túnica de César y mostró sus rasgaduras ensangrentadas, señalando cada hendidura y numerando las heridas.[43] Llena de angustia y de furia la multitud en tropel tomó el cuerpo de César, lo colocó sobre una pira y le prendió fuego. "El dolor público", escribe Suetonio, "se vio intensificado por la multitud de extranjeros que se

lamentaban a su manera, especialmente los judíos, que se congregaron en el Foro durante varias noches sucesivas".[44]

Gran parte de la multitud acusó al Senado por haber sido testigo del asesinato sin intentar detenerlo. Incluso mientras la pira ardía grupos coléricos asaltaron las casas de los asesinos.[45] Cicerón cuenta que "nos enviaron esclavos y mendigos con antorchas a atacar nuestras casas".[46] Hubo otros disturbios por toda la ciudad, algunos de los cuales fueron reprimidos duramente por los grupos armados de los *optimates*. La situación cada vez estaba más descontrolada.

En su correspondencia privada, Cicerón clamó por una venganza violenta que difícilmente se compagina con sus llamadas públicas a la armonía y a la reconciliación. Se quejó amargamente del fallo del Senado para derogar las leyes reformistas de César, y urgió "medidas extremas" contra las fuerzas cesaristas.[47] Un año después del asesinato le encontramos incitando a Bruto a actuar con más fuerza para llegar a una solución final en el conflicto de clases: "No admito tu doctrina de compasión". Debería de haber "una severidad saludable", porque "si somos clementes la guerra civil no terminará nunca".[48] Alabó a un cónsul por masacrar a manifestantes proletarios y por derribar el monumento que habían erigido en el Foro en honor de César.[49] Sólo el baño de sangre más completo pondría fin a la resistencia popular y él estaba por esa idea. Algún tiempo más tarde, sin embargo, al encontrarse en el bando perdedor de la segunda guerra civil, Cicerón de nuevo era un hombre atemperado y conciliador. Con su acostumbrada hipocresía y cobardía elogiaba a un conocido que había estado del lado cesarista por "hacer un uso moderado de la victoria", porque ese era el único camino sensible y decente.[50]

Los asesinos pronto se dieron cuenta de que el pueblo no les iba a aclamar como héroes. Dos días después del asesinato, con la agitación y los disturbios a su nivel máximo, Décimo Bruto escribió a Marco Bruto y a

Casio urgiéndoles a "salir todos de Italia y emigrar a Rodas o a cualquier otro lugar". Si las cosas iban mejor, entonces podrían volver. Si empeoraban podían tener el recurso del conflicto armado, un recurso imposible en el presente al no contar con fuerzas suficientes.[51] Cicerón también pensó que era mejor marcharse, admitiendo que la ciudad estaba "en manos de los traidores", y que ni Bruto ni Casio estaban seguros en ella.[52] Los dos asesinos dejaron Roma unas semanas después de los idus de marzo.

En el Foro, la pira funeraria improvisada de César ardió toda la noche, alimentada por las ofrendas de la multitud. La plebe rompió las plataformas de los jueces y las echó al fuego, junto con bancos y otros materiales inflamables que pudieron encontrar. Las mujeres arrojaron sus ornamentos y amuletos, los soldados sus condecoraciones y laureles. Cuando terminaba la noche el viento gemía entonando su réquiem, elevando las llamas. No muchos entre la multitud congregada entendieron que sus 500 años de República se iban con ese humo.

Algunos años después de la desaparición de César, cuando Augusto era emperador supremo, en el firmamento, hacia el norte, apareció un cometa. Plinio el viejo escribe que era como una estrella brillante "visible desde todas las tierras". En privado Augusto interpretó felizmente que el cometa había aparecido en su honor. Pero Plinio cuenta que el emperador dijo públicamente: "La gente creía que esa estrella era el alma de César, recibida entre los espíritus de los dioses, y por eso el emblema de la estrella se añadió al busto de César".[53]

Hoy, en la Roma moderna, en medio de las ruinas del Foro permanece el templo de Julio César, según dicen construido en el mismo lugar en que fueron quemados sus restos mortales. Realmente parece situado en el centro del Foro, justo donde es más probable que estuviera. El templo es una modesta estructura de ladrillos oscuros, que eran el material que se usaba

normalmente en Roma para los edificios durante la República. (Roma no fue una ciudad de mármol hasta Augusto.) Se dice que las cenizas de la pira de César continúan en algún lugar bajo la estructura. Hasta el día de hoy, el 15 de marzo de cada año, se depositan numerosos ramos de flores a la entrada del templo por personas desconocidas.

10

LAS LIBERTADES DEL PODER

Nuestros motivos están llenos de fundamento.

Julio César, acto III, escena 1.

Algunos historiadores parecen pensar que el asesinato de César fue el resultado de un choque de egos. Sintiéndose ensombrecidos por este notable individuo, los aristócratas molestos decidieron terminar con él. Como señala Dión, actuaron "celosos del progreso de César al que odiaban por ser querido por encima de los demás".[1] Para Suetonio lo que les hizo despreciarle de forma tan acerba fue su rechazo al Senado cuando éste le ofreció una lista de honores imponente.[2] Aunque los choques entre César y sus oponentes eran a menudo cáusticos, tales incidentes a duras penas explican el por qué los *optimates* optaron por matarle.

El propio Suetonio reconoce que César intentó cultivar relaciones amistosas con los miembros del Senado, incluso con algunos de sus enemigos más señalados.[3] En una carta privada Cicerón menciona "la notable e incluso más que humana generosidad mostrada por César con mi hermano y conmigo mismo".[4] En agosto o septiembre del 46 a. de C., escribió

que César se estaba mostrando cada vez más conciliatorio hacia sus oponentes.[5] Sin embargo, por supuesto, Cicerón se colocó de forma entusiasta al lado de los asesinos, considerando que sus intereses de clase eran más convincentes que la magnanimidad personal de César.

César tenía simpatizantes en el Senado, incluyendo algunos de familias patricias eclipsadas. Tenía apoyos activos entre los ecuestres, algunos de los cuales habían servido como oficiales en su ejército. Pero los *optimates,* ese círculo conservador de aristócratas ricos y poderosos, terminaron con él fríamente. Todos sus instintos se alzaron contra él, porque entendían, como señala Gelzer, que "al contrario que ellos, él no consideraba la conservación de su supremacía en el estado como la razón de ser de su vida".[6]

Algunos escritores argumentan que César fue asesinado porque usurpó el poder y redujo a la República a una sombra. Por ejemplo Apiano afirma que los oponentes de César actuaron "en defensa de la constitución tradicional".[7] Ernst Mason, haciéndose eco de Cicerón, nos asegura que César, "un hombre ambicioso y peligroso que haría cualquier cosa por el poder", fue asesinado por "romanos leales a la República".[8] Michael Grant mantiene que los asesinos llevaron a cabo su acción porque "se negaban a aceptar categóricamente" el mandato de un solo hombre.[9] De hecho los senadores aceptaron de forma voluntaria el mandato de un solo hombre cuando eso actuaba en su favor, rechazando a cualquiera que respaldara la causa popular. Como admite Cicerón en una carta privada, "lo que nosotros queremos es un líder, un hombre de peso moral y una especie de controlador".[10]

Los *optimates* se habían opuesto a César mucho antes de que asumiera el poder dictatorial, incluso antes de su primera campaña para cónsul en el 60 a. de C. Quisieron quitárselo de encima en su primer proconsulado intentando asignarle una provincia desde la cual no pudiera ejercer nin-

guna influencia.[11] Hicieron esfuerzos por cortar su camino hacia un alto cargo porque detestaban todo lo que él defendía. César no era simplemente otro *popularis* que contaba con el apoyo de la gente –lo que ya hubiera sido bastante– sino uno brillante y carismático como Gayo Graco, que defendía un amplio programa de reformas distributivas. Peor todavía, como Mario, tenía un ejército que le respaldaba y, más allá que Mario, unos instintos políticos muy agudos y un apego profundo a la política social. Lo que es más, era personalmente incorruptible. Es cierto que como otras figuras públicas aceptaba sin reservas la práctica corrupta de comprar influencias y votos, pero él mismo no podía ser comprado o inducido de cualquier modo a aliarse con los *optimates*, al igual que otros reformadores como Pompeyo.

César trataba a sus antiguos enemigos con una indulgencia inusual. En el 44, poco antes de los idus de marzo, seleccionó a Aulo Hirtio y a Vibio Pansa para cónsules en el 43, y a Munatio Planco y a Décimo Bruto para el 42. A este último también le asignó la Galia Cisalpina. Los cuatro le hirieron con sus dagas. César nombró a Gayo Trebonio a Tilio Cimber gobernadores de Asia y Bitinia respectivamente. Ellos también participaron en su asesinato. Y nombró a los principales protagonistas del complot, Marco Bruto y Gayo Cassio, *praetor urbanus* y *praetor peregrinus* respectivamente.[12] Un oponente a quien César no tuvo mucha oportunidad de ganarse su amistad fue Catón, que mostró enemistad hacia él desde el principio. Después de la derrota de las fuerzas de Pompeyo en el 46, Catón, viendo que la causa de los *optimates* estaba perdida –y no queriendo someterse a César, que expresamente ya le había perdonado– se suicidó. Sin embargo César se negó a castigar a su familia, manteniendo intacto el patrimonio de Catón para sus hijos.[13]

La clemencia de César no provenía de una carencia de resolución ni de una prepotencia excesiva. Más bien era una táctica consciente nacida de su estrategia de reconciliación. Su objetivo era convertir a sus enemigos políticos en aliados. Su *modus operandi* era la captación más que la proscripción. Creía que las medidas punitivas duras sólo creaban residuos tóxicos de enemistad y venganza. Mejor que tener a los ricos oligarcas confabulando en la sombra, abrigando la venganza en sus corazones, era darles responsabilidades y puestos de honor en su administración.

Quería encajonarles. Una vez que vieran que él era el único que podía traer paz y estabilidad, cederían sin resistencia dándole un poco al pueblo para mantener ellos un mucho para sí mismos. Pero la historia ofrece pocos ejemplos, si es que ofrece alguno, de que las clases poderosas cedan voluntariamente a la disminución de sus privilegios materiales. Lo que parece que escapó a la comprensión de César, dicho sea con el beneficio de la duda, es que su generosidad era una recompensa insuficiente para los oligarcas iracundos. En tanto que sus políticas populistas provocaran el odio implacable alimentado oscuramente de los *optimates*, su clemencia hacia ellos sólo podía actuar contra él.[14]

Es una interpretación errónea de la historia reducir esta lucha a un campo personal o incluso puramente constitucional desprovisto de contenido social. Los oligarcas no eran tanto rivales personales de César, o sus ingratos beneficiarios, como sus acérrimos enemigos político-económicos. Su poder les alarmó porque lo utilizaba contra y no a favor de sus intereses. Como otros *populares* intentó resolver el desempleo, la pobreza, los impuestos excesivos, el consumo lujoso excesivo, la distribución de la tierra, las rentas exageradas, la usura, la cancelación de las deudas y la avaricia de la aristocracia. Como todos los reformadores aristocráticos, desde Cleístenes siglos antes de él en la antigua Grecia hasta Franklin Delano Roosevelt en el siglo XX en los Estados Unidos, César fue etiquetado de traidor a su clase por los miembros de esa clase. Cometió el pecado imper-

donable de intentar redistribuir, aunque fuera en partes modestas, algo de la riqueza que los poderosos extraían incansablemente de las arcas del estado y del trabajo de muchos. Era imperdonable que intentara descomponer el sistema de expropiación que ellos habían conocido desde su nacimiento.

César pareció no comprender que en el conflicto entre los que tienen y los que no, los que tienen realmente lo quieren todo. Los aristócratas romanos odiaban las reformas más mínimas como si fueran una especie de latrocinio, el principio de una revolución de un nivel calamitoso que necesitaba contramedidas urgentes. Y ellos presentaron sus violentas represalias, no como una sucia conveniencia de su clase, sino como un acto honorable en nombre de la libertad republicana.

Sólo un puñado de historiadores ha suscrito la acusación de Badian al mandato senatorial de la Última República: "Ninguna administración en la historia ha estado dedicada con tanto entusiasmo a luchar por los beneficios privados de la clase dirigente como la de la Última República de Roma".[15] Esa rapacidad de la clase dirigente nunca está desamparada. Los que están instalados en la cima de la pirámide social utilizan su predominio en dinero, propiedades, educación, organización y prestigio para mantener su hegemonía ideológica sobre el resto de la sociedad. Desarrollan una variedad de argumentos para justificar su posición privilegiada, argumentos que utilizan siempre en su propia conveniencia.

Pero la ideología no es simplemente un apoyo a los intereses de clase. La función de la ideología es precisamente encubrir estrechamente intereses egoístas, disfrazándolos de una visión más elevada y abierta de la sociedad.[16] Esto ayuda a explicar por qué la ideología de los *optimates* nos suena tan familiar hoy día; contiene los dogmas mistificadores de todas las clases

dirigentes a través de todas las épocas. Todo ello se puede resumir de la forma siguiente:

Primero y principal, la camarilla oligárquica presenta sus propios intereses privilegiados como algo equivalente al interés general. Cicerón preparó el cultivo para los propagandistas de las futuras generaciones de elite, cuando argumentó que el bienestar de la República y de la sociedad entera dependía del bienestar de la minoría prominente, que llevaba tan sabia y resplandecientemente los asuntos públicos y cuya elevada posición era prueba de su meritoria excelencia.

Segundo, los protagonistas de la clase dirigente advierten que cosas tales como los subsidios, los límites a las rentas y la cancelación de deudas minan la fibra moral de los indigentes, que son sus beneficiarios, contribuyendo a su prodigalidad a expensas de los elementos más responsables y estables de la sociedad.

Tercero, las élites dirigentes mantienen que los programas sociales de redistribución suponen un coste ruinoso para la sociedad entera. No hay bastante tierra para volver a asentar a los pequeños granjeros, ni bastantes fondos para el grano subsidiado o los proyectos públicos de empleo para la plebe. No se menciona que siempre hay dinero suficiente para la guerra y las ayudas masivas a los más ricos.

Cuarto, cuando son incapaces de atacar abiertamente las reformas populares que frenan su arrogante codicia, los oligarcas atacan al reformador y a sus motivaciones. Consideran la agitación de las masas, no como una resistencia a las injusticias económicas, sino como una "guerra de clases", alentada por demagogos inestables, sin escrúpulos y sedientos de poder que, en palabras de Cicerón, "inflaman las pasiones de la gente simple", pero realmente no llevan los intereses del pueblo en el corazón.[17]

Muchos historiadores de nuestro tiempo están inmersos en esta perspectiva ideológica. Por eso explican el asesinato de César en términos que

son más favorables para los asesinos. Ponen énfasis en cómo Cicerón y otros "constitucionalistas" se enorgullecen de una República basada en la ley y en la virtud desinteresada. Pero apenas mencionan cómo esos mismos "constitucionalistas" les arrebataron las tierras a los pequeños granjeros (violando la ley), saquearon las provincias como piratas, machacaron a impuestos a los pueblos colonizados hasta sumirles en la penuria, impusieron rentas agobiantes a los inquilinos urbanos y rurales, aplicaron intereses de usura a los deudores, extendieron el uso de esclavos para el trabajo a expensas del trabajo libre, manipularon los augurios para frenar las decisiones populares, se resistieron hasta a las más mínimas reformas, compraron elecciones, sobornaron a tribunales y funcionarios y suspendieron repetidamente la constitución para involucrarse en actos criminales contra la gente corriente y sus líderes democráticos. Así eran los firmes republicanos a quienes la mayoría de los historiadores clásicos contemplan con tanta admiración.

Según lo entendía la nobleza, la "libertad republicana" era primero y principalmente libertad para la aristocracia, libertad para mantener todas las prerrogativas de clase sin restricciones y con la apariencia de devoción pública, disfrutar de todos los beneficios de la sociedad civil sin soportar ninguno de sus costes y hacerse más rica cada día a costa de los demás. Cualesquiera que fueran sus adornos republicanos, la libertad aristocrática es esencialmente una plutocracia de sangre azul, la implacable libertad de los ricos que sigue siendo hasta nuestros días inamistosa con la más mínima democracia económica.

Aquellos que piensan que la política y la historia "son sólo un asunto de poder" pueden desear reflexionar sobre la Última República. La clase rica no persigue el poder como un fin en sí mismo. El poder fue y todavía es un valor instrumental; capacita a los ricos para asegurar y avanzar en

sus oportunidades de beneficiarse del trabajo humano, ejercer una influencia decisiva sobre los grupos más desaventajados, monopolizar los recursos públicos y los mercados privados, expandir sus posesiones y expoliar los tesoros públicos. El poder les permite conservar sus preciosos privilegios, su fabulosa forma de vida y la única cosa que hace tal vida posible, su inmensa riqueza.

A decir verdad, los individuos ambiciosos pueden perseguir el poder como un fin en sí mismo, como un camino para avanzar en sus poco escrupulosas carreras y cubrirse de gloria. Pero ver las ambiciones personales como la suma total del conflicto político es excluir intereses más importantes. Entonces lo que se llama "política" se convierte nada más que en la "maniobra de los ricos y poderosos dentro de una clase que ya ostenta el monopolio sobre la riqueza y el poder".[18] De hecho, incluso un ambicioso tan frenético como Cicerón tenía puntos de vista que iban más allá de una simple promoción personal, reflejando las preocupaciones genuinas de la clase rica de la que era parte y del grupo especialmente poderoso y privilegiado de esa clase rica, los oligarcas senatoriales, en cuyo líder incomparable él soñaba con convertirse.

A través de la historia, en el nombre de la "libertad" las clases opulentas se han opuesto a los líderes políticos que han luchado por una distribución más equitativa de la riqueza. Y en el nombre de la "estabilidad" y de la "seguridad pública" repetidamente han entregado algo de su propio poder a líderes autocráticos dedicados a preservar el orden socioeconómico privilegiado. Así ha sido en todas las épocas antes y después de la Última República. El poder no es generalmente un fin en sí mismo; es el medio precioso por el cual la riqueza se acumula, se preserva y se disfruta. El arribista que busca por encima de todo promocionarse a sí mismo se convierte en un instrumento de los ricos. Esa carrera es menos arriesgada y más remuneradora que la del que defiende la causa de los desposeídos.

Los mismos *optimates* que temían el poder dictatorial de Julio César no tuvieron inconveniente en entregarle ese mismo poder a Pompeyo durante los disturbios públicos del año 52 a. de C. Violando completamente la práctica constitucional los senadores nombraron a Pompeyo "cónsul sin compañero", para que pudiera ejercer el mando él solo a prueba de cualquier veto. También le garantizaron el control total sobre el tesoro y sobre el suministro de maíz en todo el imperio durante cinco años. Ambas cosas también violaban la constitución. Pero recurriendo a Pompeyo de ese modo los oligarcas del Senado revelaron su disposición a echar por la borda los principios republicanos cuando era necesario.[19]

Consideremos otros ejemplos de extra-constitucionalidad senatorial. Algunos de los antagonistas de César en el Senado interfirieron en su conducta en la campaña de las Galias, yendo tan lejos como para pedirle que se entregara al enemigo. En el año 58 a. de C. intentaron provocar un motín entre sus oficiales y conspiraron traicioneramente con Ariovisto, un líder germano y enemigo de César en la Galia, para asesinar a éste. En un encuentro antes de la batalla Ariovisto se jactó ante César de que muchos romanos nobles le recompensarían abundantemente si conseguía matarle, según le habían comunicado mensajeros enviados por el Senado.[20] En el 51 los líderes del Senado colaboraron con los galos en un intento de acabar con César urgiéndoles a que resistieran un año más.[21] Tales actos de traición representaban rupturas de la práctica constitucional, que sin embargo han originado pocos comentarios críticos por parte de los historiadores pasados o presentes.

Los oligarcas senatoriales demostraron abiertamente su intolerancia con las acciones contra la constitución cuando eran ellos los primeros en llevarlas a cabo. En el 49, por ejemplo, el Senado aprobó un decreto ordenando a César que licenciara a su ejército y dejara la Galia en manos de los generales nombrados por el Senado, y al fracasar en su intento le tacharon de traidor. Actuando como tribuno del pueblo Marco Antonio puso su

veto perfectamente legal a ese decreto. Sin embargo, él y otro tribuno tuvieron que huir para salvarse de la ira potencialmente letal de los *optimates*.

* * *

La muerte de César no supuso la restauración tranquila de la República dominada por el Senado, como esperaban los asesinos. Ante la amenaza de la guerra civil los *optimates* y sus ricos aliados plantearon participar con una modesta parte de sus enormes fortunas para pagar un ejército lo suficientemente fuerte como para vencer a los cesaristas. "Nuestro problema político más complicado es la carencia de dinero", se quejó Cicerón. "Los más ricos se hicieron más obstinados cada día ante la mención de un tributo especial. Las aportaciones del uno por ciento, gracias a los límites escandalosamente bajos impuestos por la gente rica", resultaron ser totalmente inadecuadas.[22] Los ricos querían el poder, pero no querían pagarlo con su propio dinero.

Por ese tiempo surgió en escena un joven relativamente desconocido, Gayo Octavio, sobrino-nieto de César y su hijo adoptivo, más tarde conocido como Octavio u Octaviano. Estaba destinado a ser el primer emperador de Roma. Inicialmente Octavio se alió con el partido senatorial frente a Antonio. En el 43 a. de C., cuando sólo tenía diecinueve años, condujo un ejército de veteranos de César cuya lealtad se había ganado, derrotando a Antonio en Mutina. El Senado le garantizó el rango de senador. Marchó sobre Roma y obligó a un Senado poco dispuesto a ello a que le reconociera como hijo de César y su heredero y le nombrara cónsul para lo que quedaba del año 43.[23] Sin embargo, al año siguiente Octavio formó una alianza con Antonio y con Lépido en lo que se ha conocido como el Segundo Triunvirato. Los tres líderes sacaron adelante una ley que les garantizaba poderes dictatoriales durante cinco años. En el 42 los triunviros derrotaron

al partido senatorial en la batalla de Filipos, después de lo cual Bruto y Casio se suicidaron. Antonio, Lépido y Octavio eran ahora los jefes supremos.

Los triunviros proclamaron que César había sido asesinado por hombres a los que había perdonado y favorecido con cargos y honores. Esos mismos hombres se habían confabulado contra los propios triunviros y a juzgar por lo que "habían hecho con Gayo César", habían demostrado "que su naturaleza maligna no se podía corregir con amabilidad".[24] Aquí el triunvirato optó por las proscripciones, cazando y matando a los asesinos de César y a sus seguidores. Antonio ya había hecho un intento con Cicerón en el 43. La historia cuenta que mientras intentaba escapar, Cicerón asomó la cabeza fuera de su litera para ver quién se aproximaba y entonces fue decapitado sin piedad por sus perseguidores.[25] Así se silenció la voz dorada del grupo de los privilegiados de Roma.

El propio Triunvirato se deshizo finalmente. Lépido fue degradado por sus dos socios por colaborar supuestamente con el hijo de Pompeyo y reclamar Sicilia para sí. En el 36 a. de C. Octavio le puso bajo arresto en Circei. En el 31 Octavio venció a Antonio en Actium (costa oeste de Grecia), y se convirtió en jefe supremo, denominando a su régimen Principado, literalmente "gobierno del primer hombre", o lo que es lo mismo gobierno de un rey.

En el 27 a. de C. Octavio apareció ante el Senado libre de sus oponentes y montó el gran espectáculo de ofrecer todos sus poderes a ese ente estatal y al pueblo. Habiendo alcanzado la edad madura de veinticinco años, su deseo era retirarse. Como un solo hombre el Senado no pudo resistir su desinterés y le imploró que permaneciera al mando. Profundamente conmovido por sus súplicas, Octavio decidió permanecer en el cargo por el resto de su vida. El Senado le confirió inmediatamente el título de "Augusto", por el cual sería conocido en adelante. Era un nombre aplicable a

todas las cosas divinas y astrales. Octavio adoptó el ilustre título junto con el sumo apelativo adicional de "César", convirtiéndose en el primero de una larga lista de emperadores romanos absolutistas a todos los cuales se les denominó "César". *Imperator*, o emperador, se convirtió en un título monopolizado por Octavio y sus sucesores. Como Augusto nunca volvió a tener el deseo de retirarse, reinó durante cuarenta y cinco años, muriendo en el 14 a. de C.

Todos los emperadores de Roma ostentaron un poder sustancialmente mayor que Julio César. Sin embargo los senadores y los ricos en general se lo consintieron, como señala Tácito respecto a su rápida sumisión a Augusto, "avanzando en riqueza y posición en proporción directa a su servilismo, y beneficiándose del nuevo orden de cosas".[26] Mientras que César abrió el Senado a hombres de talento de origen humilde, Augusto lo mantuvo como una reserva para los ricos, nombrando incluso nuevos miembros patricios. Como informa Plinio el viejo, "los senadores y los jueces empezaron a ser nombrados en función de su riqueza, siendo ésta el único mérito de los magistrados y los jefes militares..."[27]

Augusto elevó las propiedades para poder ser cualificado como senador de 8.000 a 12.000 piezas de oro, y si cualquier miembro deseado no llegaba a esta cifra el joven rector la completaba de la bolsa reservada.[28] Eliminó la publicación de los procedimientos del Senado, haciendo a esta institución menos abierta a la crítica de la gente, anulando una de las reformas de Julio César. Y expulsó del Senado a todos los que se mostraron poco amistosos con él.

No es difícil adivinar por qué la nobleza, que se opuso a un César mucho más conciliatorio, aceptó a un Augusto más autocrático y a sus sucesores, sin mostrar ninguna nostalgia por su querida República. Al contrario que César, Augusto no promovió ningún programa a favor de las

masas. Disolvió todos los gremios de trabajadores, excepto los más antiguos que llevaban a cabo "negocios legítimos", sin duda compartiendo la opinión de Suetonio de que muchos *collegia* eran "en realidad organizaciones para cometer toda clase de crímenes".[29] Augusto no manifestó ningún interés en la reducción de las deudas o en las asignaciones de tierras (excepto para sus veteranos del ejército), y se mostró indiferente por el bienestar de la población rural en general.[30] Los dos impuestos que creó, sobre las ventas y sobre las defunciones, eran regresivos, manteniendo intocable la riqueza de los aristócratas, todo lo cual la nobleza no podía por menos que apreciar.

Augusto instituyó varias reformas relativas a las leyes del matrimonio, la práctica administrativa y las observancias religiosas.[31] Pero no hizo nada para aliviar la pobreza de la plebe o disminuir las fuertes desigualdades de clase. Al contrario que César, que había contado con las asambleas populares, Augusto ignoró estas asambleas y eliminó incluso las limitadas funciones que poseían, acciones que agradaron todavía más a las clases opulentas.

Adicionalmente Augusto quiso proteger la riqueza heredada y la esclavitud decretando que los poseedores de esclavos no podían liberar más que a una proporción limitada de ellos. La liberación de esclavos había llevado a sus matrimonios con personas libres, y Augusto estaba preocupado de que la raza nativa romana se "tiñera" con sangre servil extranjera.[32] Liberando esclavos el propietario podía evitarse los gastos de su alimentación, su ropa y su alojamiento en los años menos productivos de su vida. Pero si la manumisión se convertía en algo muy común debilitaría el orden establecido de la propia esclavitud y crearía un campo indudablemente dependiente de los trabajadores libres. Las restricciones de Augusto a la manumisión ilustran cómo el estado pone los intereses de las clases pudientes por encima de los intereses de los propietarios particulares.

Augusto quitó importancia astutamente a los adornos ostentosos del poder manteniendo su sustancia. Mantuvo la apariencia del Senado como órgano consultivo, delegando muchas responsabilidades a esta institución, pero con muy poco poder de decisión. Mantuvo el control total sobre las provincias y el mando sobre las fuerzas militares, incluido un numeroso cuerpo de guardias dentro de la ciudad. El "tirano sutil", como le llama Gibbon, "organizó una monarquía absoluta disfrazada con las formas de una mancomunidad".[33]

Después de unos cinco siglos, la República de Roma, con sus limitadas pero reales libertades populares, llegó a su fin con el reinado de Augusto, aunque algunas de sus formas se mantuvieron durante algún tiempo. Durante generaciones la clase senatorial continuó jugando un papel poco mayor que el de consejera en las instituciones cívicas. Los senadores prefirieron "ignorar el hecho de que el poder real había migrado de estas instituciones al régimen imperial... El respeto a sí mismos de las clases senatoriales dependía de su ignorancia".[34]

Augusto conservó la dignidad del Senado pero le quitó su independencia, dejándole sólo con una apariencia de autoridad. Y lo más importante para los senadores, fortaleció su posición privilegiada de clase. Realmente bajo su mandato se hicieron aún más ricos, aunque en alguna ocasión el emperador tuvo que frenar su codicia para que estos parásitos no destruyeran el mismo órgano social a costa del cual vivían. Al mismo tiempo la casa del Senado siguió siendo un lugar prestigioso en el que pasar el tiempo, debatir y hacer un ejercicio de responsabilidades de asesoramiento.

El punto que hay que recordar es que a los senadores no pareció preocuparles esta pérdida de poder y de sus sagradas instituciones y tradiciones republicanas. No hubo cabildeos furiosos en el Senado ni en ningún otro círculo de los ricos para conspirar contra el usurpador.

Las antiguas libertades de la República, tal como eran, se desvanecieron y Roma bajo los emperadores se convirtió en una dictadura militar. Durante la República artistas satíricos y mimos dirigían sus puyas y sátiras contra las principales figuras políticas. Cicerón pensó medir la reacción popular al asesinato de César a través de las parodias que representaran los mimos.[35] Sin embargo, bajo el imperio los mimos y los artistas satíricos no tenían otra opción que alinearse con el emperador, haciendo objeto de sus parodias sólo a los que no estaban bien vistos en la corte, o refiriéndose a asuntos triviales y evitando los temas políticos.[36]

El debate público se hizo cada vez más superficial en su contenido y, como compensación, cada vez más elaborado en su estilo. En la atmósfera represiva del período imperial los estudiantes de retórica eran educados para hacer discursos políticamente seguros e impregnados de locuciones floridas y exageraciones melodramáticas. Tácito –que era lo bastante viejo para recordar el magnífico nivel del debate durante la Última República– se quejaba: "¡Qué calidad tan pobre! ¡Y qué increíble en su contenido! Los temas están fuera de la realidad..."[37] Era la victoria del estilo sobre la sustancia, como dictaban las circunstancias políticas de esos momentos.

La pérdida de libertad popular también llevó a la suspensión sistemática de los gremios de trabajadores y otras organizaciones del pueblo. Consideremos la correspondencia reveladora a principios del siglo II d. de C. entre Trajano y Plinio el joven, que estaba actuando en el extranjero como gobernador de Bitinia. Habiendo sido testigo de un gran incendio que había destruido muchas casas privadas y dos edificios públicos, Plinio pidió que se le permitiera organizar una brigada contra incendios limitada a 150 hombres, todos los cuales serían sólo bomberos, según le aseguró al emperador. Añadió que "no podrán abusar de ningún privilegio; no será difícil mantener a un número tan pequeño bajo observación". Pero Traja-

no no quiso saber nada de ello: "Debemos recordar que organizaciones como ésa han sido responsables de disturbios políticos en tu provincia, particularmente en las ciudades. Si la gente se reúne para una causa común, cualquiera que sea su nombre y cualquiera que sea su razón, pronto se convertirán en un grupo político". Trajano sugirió que el equipo de lucha contra el fuego lo dispusiera cada propietario individual y que eventualmente podía ser ayudado por la multitud que solía congregarse alrededor de los incendios.[38] El emperador estaba claramente menos preocupado por los incendios de las casas que por evitar los incendios políticos.

Pronto en el reinado de Augusto la oposición al mandato de un solo hombre murió en el Senado y durante 400 años no hubo ningún intento serio por parte de los senadores para restaurar la República. Este o aquel emperador podían actuar de una manera que causara su indignación, pero su remedio era siempre intentar sustituirle por otro emperador más que arriesgarse a hacer peligrar sus intereses, lo que era posible con la vuelta de la democracia y el fin de la dictadura. Aquellos senadores que conspiraron contra Calígula, Nerón y Domiciano estaban preocupados por su propia conservación, más que guiados por su dedicación a los principios de la libertad republicana. Atacaron a la persona del déspota, pero nunca a la autoridad despótica de su cargo.[39]

En resumen, cuando sus intereses de clase estaban en peligro, los senadores no tenían ningún problema en elegir la dictadura política ante la más mínima traza de participación popular o reforma económica igualitaria. Raras veces dudaban en romper su propia institución si las circunstancias lo aconsejaban. Durante los últimos ochenta años de República recurrieron repetidamente al *senatus consultum ultimum*, suspendiendo todas las garantías constitucionales por *raison d'état*. Tan común fue su tendencia a recurrir al absolutismo de un solo hombre –incluso generaciones antes del

senatus consultum ultimum– que Apiano muestra su sorpresa sobre una ocasión en que no lo hicieron. Comentando su lucha contra Gayo Graco en los años 122-121, escribe: "Estoy asombrado de que no hayan pensado en nombrar un dictador, porque en crisis de este tipo suelen encontrar la salvación en el poder absoluto, una línea de acción que ha probado ser de lo más útil en otros precedentes.[40] Como hemos visto, en vez de nombrar un dictador los *optimates* preservaron sus virtudes republicanas matando a Graco y a sus seguidores.

La descripción que da Aurelio Víctor varios siglos más tarde de la muerte de César merece la pena recordarla: la nobleza "se vanagloriaba de su ociosidad y al mismo tiempo temblaba por su fortuna, cuyo uso e incremento consideraban más importante que la propia vida eterna".[41] Puestos a empujar, sus vastas posesiones significaban más que el poder del estado, mientras que ese poder del estado estuviera en manos de alguien que protegiera sus vastas posesiones.

11

PAN Y CIRCO

El gentío le ha vitoreado y aplaudido con sus manos callosas
Ha lanzado al aire sus gorros sudorosos
Y ha exhalado sus olores hediondos
Porque César ha rechazado la corona.

Julio César, acto I, escena 2.

El crítico que ve a Roma lacerada por la injusticia de clase está expuesto a ser juzgado por los ciceronianos de hoy como culpable de "presentismo", en otras palabras, culpable de imponer anacrónicamente los valores de los tiempos modernos a una sociedad pasada. Pero si nos introducimos sin ningún sentido crítico en el contexto de una sociedad pasada, viéndola sólo como ella se veía a sí misma, entonces adoptamos las ilusiones que ella tenía de sí misma.[1] Así cuando los historiadores clásicos modernos tachan a los líderes populares de Roma de "demagogos ambiciosos" no están emitiendo un juicio histórico objetivo, sino compartiendo sin sentido crítico las ideas propagadas por los comentaristas de la élite tales como Cicerón. Del mismo modo, cuando defienden la idea de que Roma se regía por el beneficio de sus individuos menos afortunados, están aceptando sin

sentido crítico alguno las ilusiones autocomplacientes que cualquier sistema imperialista tiene de sí mismo. En resumen, los que insisten en que percibamos el pasado "puramente en sus propios términos" –suponiendo que eso fuera posible– a menudo olvidan que eso generalmente significa verlo a través de los ojos de la clase dominante, la clase que monopolizó prácticamente la información en aquellos tiempos. Respecto a la Última República eso significa la oligarquía acaudalada.

Esta "regla de inmersión contextual", si podemos llamarla así, la violan regularmente los que la proponen cuando conviene a sus inclinaciones ideológicas. Muchos historiadores hacen pocos esfuerzos para sumergirse en el contexto opresivo que incitaba el descontento popular, pocos esfuerzos para ver en las luchas del proletariado cómo éste se veía a sí mismo. Respecto a Roma raras veces se preguntan: ¿Cuáles eran las necesidades humanas por las que luchaba la plebe? ¿Cuáles eran las condiciones de miseria y explotación a las que hacían frente? ¿Eran los disturbios populares simplemente una manifestación irracional y perturbadora, como afirmaban los líderes de los *optimates*, o una respuesta a unas condiciones duramente injustas?

Los caballeros historiadores raras veces han recapacitado sobre la gente corriente de la historia, si es que se han molestado en pensar en ellos alguna vez. Cicerón era parte de una tradición ya establecida cuando describía repetidamente a la *plebs urbana* como "lo sucio e inmundo de la ciudad" *(sordes urbis et faecem)*, la "escoria de fuera de la ciudad" *(ex urbis faeces)*, los "rebeldes e inferiores", "una chusma hambrienta y despreciable". (Sabía que estaban hambrientos, pero lo consideraba un defecto de ellos mismos.) Y sin embargo las gentes que se movilizaron contra las injusticias de clase se convirtieron para Cicerón en las más odiosas de las criaturas, el "gentío".[2]

Mucho antes de Cicerón, Polibio afirmaba que "las masas son siempre volubles, guiadas por bajos deseos, irrazonablemente iracundas y llenas de pasiones violentas".[3] Un siglo después de la Última República Plutarco describió a César como "agitador y apegado a los numerosos elementos enfermizos y corruptos de la sociedad".[4] Asconio se refiere a los seguidores de Clodio como "una gran multitud de esclavos y chusma", una "masa ignorante".[5] Más tarde Apiano escribía sobre "los pobres y fanáticos", y veía que César "introducía leyes para ganarse el favor de las masas".[6]

Los muchos clasicistas que siguen el ejemplo de Cicerón no son mejores. Yavetz nos recuerda cómo los historiadores del siglo XIX se lamentaron del apetito sin fin de la "muchedumbre romana". Nos recuerda las palabras de Pohlmann: "La idea comunista de compartir las provisiones con los demás se convirtió para esos proletarios en su segunda naturaleza".[7] Varios escritores de los tiempos actuales se refieren a "el gentío", "la chusma ociosa de la ciudad", las "masas emotivas" que "no eran más que un instrumento del poder", "la multitud estúpida y egoísta que no era buena para nada", "la muchedumbre de parásitos de la ciudad", "los elementos sin ningún valor".[8]

Scullard habla de la "voluble" y "ociosa muchedumbre urbana", como si su ociosidad la hubieran elegido ellos. Mientras tanto, los parásitos y holgazanes aristócratas –que vivían en una opulencia obscena del trabajo de los esclavos y plebeyos– no merecen ni una sola palabra dura de su parte o de la de la mayoría de otros escritores.[9] Mommsen se refiere a "la chusma indolente y hambrienta"; para él las asambleas del pueblo estaban agitadas por "pasiones especiales, en las que se había perdido totalmente la inteligencia". "Ese terrible proletariado urbano" era "totalmente carente de moral... a veces estúpido y a veces bribón".[10] Y Christian Meier, está de acuerdo con los nobles romanos que "se referían a la masa urbana como los tontos de la ciudad" y acusa a "los trabajadores, comerciantes y artesa-

nos de Roma" de intentar asumir un nivel de participación política "que estaba más allá de su capacidad".[11]

Las interpretaciones desaprobadoras sobre los *proletarii* romanos han tenido tal extensión que han influido hasta en escritores resueltamente igualitarios como Karl Marx. Éste describe a los granjeros desposeídos de la Última República que inundaron Roma como "una multitud de ociosos".[12] En tiempos más recientes el historiador y periodista radical I.F. Stone denomina a la plebe romana "una chusma que no tenía nada que ver con la ciudadanía de Atenas".[13] Y el liberal Lewis Mumford se refiere a la "muchedumbre parásita" de Roma.[14]

Juvenal escribe desdeñosamente sobre "el gentío de Roma" y su preocupación por el "panem et circenses" (pan y circo), una frase muy utilizada después a través de las épocas, que añade a la imagen del proletariado de Roma la de ser taimado, volátil y adicto a los alimentos y las diversiones gratuitos.[15] Scullard anuncia que "la muchedumbre de la ciudad era demasiado irresponsable para ejercer el poder político: más bien quería *panem et circenses*".[16] Y Mumford sólo ve parasitismo en la "doble petición de pan y circo".[17]

Los historiadores siempre han estado alerta sobre la influencia corruptora que la asistencia estatal puede tener sobre los pobres. Salustio habla del "populacho que ahora está desmoralizado por la generosidad de la distribución pública de grano". Forzados a la holgazanería, se convierten en "infectados con principios viciosos" y necesitan "que se les impida molestar al gobierno".[18] Apiano nos cuenta que la ración de grano atraía a "los indigentes desocupados y a los elementos exaltados de la península italiana a la capital", que contrastan desfavorablemente con "los que tienen propiedades y buen sentido".[19]

Muchos siglos después de Salustio y Apiano, John Dickinson demostró que poco había cambiado. Descarga toda su desaprobación sobre la política de bienestar romana, acusando a César de atraer "la codicia y el interés de los que sólo quieren vivir a expensas del estado" y animar a "los votantes a actuar por los motivos más bajos de la naturaleza humana".[20] Dickinson nunca explica por qué la plebe empobrecida –muchos de ellos exesclavos o gentes desposeídas de la tierra por los aristócratas– manifestaban "los motivos más bajos" para luchar por los precios subsidiados del pan, la reforma de la tierra, los trabajos públicos, el alivio de las deudas y el control de los alquileres. Tampoco reprocha nunca a la nobleza sus "motivos más bajos", su saqueo a las clases más pobres y al tesoro público. Con un espíritu similar Scullard escribe que la ley de Clodio para cambiar la distribución subsidiada de grano por una distribución completamente gratuita, "alimentó la desmoralización del pueblo". En contraste, a la abolición de la distribución de grano de Sila se le llama "reforma", y no suscita ningún comentario crítico por el daño que debió hacerle a los pobres.[21]

Al contrario que la imagen propagada por los historiadores pasados y presentes, los receptores del subsidio de grano no vivían como parásitos del "pan" que recibían, realmente una ración mínima de trigo o maíz que utilizaban para hacer pan o gachas. Los hombres y mujeres no podían vivir sólo de pan, ni incluso a nivel psicológico. La plebe necesitaba dinero para los alquileres, el aceite para cocinar y otras necesidades. La mayoría de ellos tenía que encontrar trabajo, aunque fuera mal pagado e irregular. El pan subsidiado a menudo era un complemento necesario, la diferencia entre sobrevivir y morir de hambre, pero nunca el sostenimiento total que permitiera al pueblo estar ocioso toda la vida.

En cualquier caso, podemos cuestionarnos por qué tantos eruditos han juzgado al pueblo romano como venal y degradado sólo porque pedía pan asequible y estaba preocupado por tener la comida suficiente para alimentarse a sí mismo y a sus hijos.[22]

Alan Cameron es uno de los pocos escritores, junto con Ste. Croix, que ponen en cuestión la imagen histórica y a veces histérica de la plebe libre de cargas: "La célebre multitud ociosa de gandules que vivían a costa del estado es poco más que una quimera surgida por los prejuicios de la clase media, tanto antigua como moderna". Al igual que con el pan ocurría con el circo. Cameron señala: "No era culpa de la gente que los espectáculos públicos, que tenían su origen en festivales religiosos, fueran gratuitos".[23] En cualquier momento casi la mitad de la población libre adulta de Roma podía acomodarse en sus circos, arenas y teatros, según calcula Lewis Mumford. Incluso en una ciudad de provincias como Pompeya el anfiteatro tenía una capacidad para 20.000 personas, más de la mitad de sus habitantes adultos. Mumford parece pensar que la asistencia al anfiteatro era la ocupación principal del proletariado. Cayendo en un error casi enfermizo nos pide que creamos que la gente corriente debía escapar a su "odio por sí mismos" y a su "deseo de morir" abandonándose al deseo violento "de imponer una muerte humillante a los demás" en la arena de Roma.[24]

No se puede negar que los juegos y carreras ayudaban a los pobres a olvidar sus penas durante un rato, actuando como una distracción popular, no muy lejos de los acontecimientos deportivos de masas de hoy día. Los emperadores parecían estar bien al tanto de la función de control que ejercía la diversión social, por eso la mantenían a pesar de su coste.[25]

Algunos escritores olvidan que no eran los pobres quienes favorecían esas emociones bajas creando y financiando los espectáculos sangrientos del anfiteatro, ni los únicos que asistían a ellos. Perowne escribe que el circo era el espectáculo preferido tanto de ricos como de pobres.[26] Probablemente era una proporción más alta de los nobles y los ecuestres la que frecuentaba los juegos, sentados en lugares reservados que les proporcio-

naban la mejor visión. En el anfiteatro, informa Juvenal, "todos los mejores asientos estaban reservados para las clases que tenían más dinero".[27]

Mumford señala que los grandes pasajes del anfiteatro se usaban como vomitorios.[28] De esto podemos deducir que una buena parte de los asistentes eran gente bien situada, porque sólo ellos podían tener recursos para engullir grandes cantidades de comida y después inducirse el vómito en repetidas rondas de "*vomunt ut edant, edunt ut vomant*".

El propio emperador Augusto admitió que le gustaban los juegos.[29] Y el hijo del emperador Tiberio presidía los combates de gladiadores, mostrando un "desmesurado deleite... por las luchas, ya que los hombres le importaban poco".[30] Los ricos no sólo promocionaban y patrocinaban los juegos en la arena, sino que ocasionalmente participaban en ellos. Los hijos de los patricios desplegaban sus dotes de manejo de caballos. Los jóvenes vástagos competían unos con otros en carreras de carruajes. Algunos caballeros y el hijo de un antiguo pretor se prestaron voluntariamente a participar en simulacros de combates en un gran espectáculo producido por César. Un senador quiso contender con armadura completa pero se echó atrás cuando César mostró su disgusto con la idea.[31]

Considerada como poco más que una chusma sedienta de sangre, la plebe sin embargo a veces fue muy crítica con los espectáculos de que eran testigos en la arena. Las ceremonias dedicadas a Pompeyo en su teatro incluían una batalla entre elefantes y hombres armados con jabalinas. El acontecimiento no fue según los cálculos. La lucha contra los elefantes fue más de lo que la multitud podía soportar. Una criatura gigante hincada de rodillas por las armas arrojadizas, arrastrándose, arrancándoles los escudos a sus atacantes y lanzándoles al aire. Otra, herida gravemente en un ojo por una jabalina, cayó con un terrible estrépito. Los elefantes chillaban lastimeramente cuando sus atacantes les cercaron. Alguno se negó a luchar, levantando el cuerpo frenéticamente hacia el cielo, como lamentándose a

los dioses. En su desesperación, las bestias acosadas intentaron romper la empalizada de hierro que les acorralaba. Cuando perdieron toda esperanza de escapar se volvieron a los espectadores como si les pidieran su ayuda con gestos conmovedores de súplica, deplorando su destino con una especie de gemidos. Sus chillidos lastimeros conmovieron a la multitud que lloraba maldiciendo a Pompeyo. El auditorio estaba sobrecogido sintiendo que esos grandes mamíferos tenían algo de común con la raza humana.[32]

Otro ejemplo puede ser suficiente. En el 46, para celebrar su triunfo en las Galias y su tercer consulado, César produjo una serie de espectáculos. Se cazaron leones que luego fueron sacrificados en el circo. Se escenificó una batalla naval en una hondonada del Campo de Marte, inundada para la ocasión. Y en un gran final, dos ejércitos, formados respectivamente por cautivos de guerra y criminales condenados –cada bando consistente en cientos de soldados a pie, caballería y un grupo de elefantes– lucharon a muerte. Pero la plebe se sintió más angustiada que cautivada por el sangriento espectáculo. Como cuenta Dión, criticaron a César por el gran número de muertos, acusándole de que "no se había saciado lo suficiente con sus luchas y quería exhibir ante el pueblo los símbolos de sus propias miserias". Hubo una protesta adicional porque César había recaudado la mayor parte de los fondos para el espectáculo de forma irregular y se los había gastado en ese capricho.[33]

¿Quiénes componían realmente el proletariado romano, esa "masa insensible" que lloraba por los elefantes martirizados y a veces deploraba el derramamiento de sangre y el derroche de fondos públicos? ¿Quién podía ser esa "chusma de vagos" que se organizaba en grupos políticos y gremios de trabajadores, se involucraba en reuniones en el Foro, manifestaciones y sublevaciones callejeras?

Las "masas" de los siglos XVIII y XIX en Inglaterra y Francia las describen los críticos de las clases altas de aquellos tiempos como compuestas por mendigos, convictos y otros detritus de baja estofa. Pero los documentos revelan que las multitudes rebeldes estaban formadas por trabajadores de las granjas, albañiles y varias clases de artesanos, junto con tenderos, mercaderes de vino, cocineros, porteros, sirvientes domésticos, mineros y trabajadores urbanos, casi todos con domicilio fijo, algunos con empleos temporales, sólo un puñado de los cuales eran vagabundos o tenían antecedentes penales.[34]

Los rebeldes de la Comuna de París en 1871, sentenciados a muerte o a prisión por los tribunales reaccionarios, consistían en carpinteros, trabajadores del estaño, relojeros, encuadernadores, maestros, pintores, cerrajeros, sastres, curtidores, picapedreros, zapateros y otras numerosas ocupaciones. Otros estaban registrados como estudiantes de medicina, contables, cajeros, hombres de letras y jefes de escuela primaria. Alrededor de la mitad de los artesanos y trabajadores cualificados de París desaparecieron tras las ejecuciones sumarias de 1871.[35]

El largamente mantenido estereotipo de la masa popular como gente voluble, bruta, desarraigada y destructiva fue elaborado por Gustave Le Bon en su *La Foule*, traducida al inglés como *The Crowd* (La multitud), un libro que se ha reimpreso y mostrado a lo largo de generaciones de estudiantes durante casi 130 años. "Aunque Le Bon escribió durante el relativamente tranquilo final del siglo XIX", señala Leonard Richards, "se las arregló para sonar como un aristócrata defendiéndose apasionadamente de la acusación durante la Revolución Francesa horas antes de ir a la guillotina".[36] Llevando la contraria a Le Bon, George Rudé muestra que las "acciones de masas" del siglo XIX no eran caprichos irracionales, sino formas de protesta social contra los alquileres insoportables, los precios de la comida y los impuestos agobiantes. Las manifestaciones a menudo eran acciones coordinadas, teniendo como objetivo funcionarios en particular,

mercaderes, graneros, terratenientes y otras personas o lugares, dependiendo del asunto. Protestaban no sólo por la comida, sino pidiendo un salario decente, seguridad para sus casas y el derecho a disentir y organizarse en sindicatos. Rudé llega a la conclusión de que las manifestaciones no eran las algaradas sin sentido "imaginadas por los historiadores que han continuado con los prejuicios de los observadores contemporáneos".[37]

Lo mismo ocurrió en la antigua Roma. Mientras Cicerón tachaba a los elementos activistas de la plebe de "exiliados, esclavos, locos", fugitivos, criminales y "asesinos salidos de la cárcel", de hecho eran realmente albañiles, carpinteros, tenderos, escribas, vidrieros, carniceros, herreros, trabajadores del cobre, panaderos, tintoreros, secadores, sastres, tejedores, metalúrgicos, transportistas, estibadores, porteros y otros varios tipos de trabajadores, en definitiva el proletariado de Roma.[38]

Este proletariado era perfectamente capaz de ejercer juicios críticos. Por ejemplo, en julio del 45, como el propio Cicerón recoge, la gente mostró su disgusto ante las pretensiones monárquicas de César, absteniéndose de aplaudir a su estatua cuando era llevada en procesión junto con las de los dioses. Mantenían la suficiente memoria histórica y respeto a sus derechos como para sentir un odio profundo por todo lo que sonara a reyes. Su silencio desaprobador agradó a Cicerón lo bastante como para emitir un comentario positivo sobre la *plebs urbana*: "Qué espléndidamente se comportó la multitud".[39] En este único caso, al menos, ellos no eran una chusma, sino una "multitud".

Muchos de los proletarios romanos eran ex-esclavos o hijos de esclavos. La mayoría casi tan pobres como los esclavos. A veces trabajaban como esclavos y estaban inclinados a tener intereses comunes con la población servil sobre muchos temas básicos. En partes de Sicilia los granjeros libres hicieron causa común con los esclavos para rebelarse contra los latifundistas.[40]

Un incidente que cuenta Tácito habla de cifras. En el año 61 d. de C., el prefecto de la ciudad fue asesinado en su dormitorio por uno o más de sus esclavos. Según una antigua costumbre, cuando un amo era asesinado por un esclavo todos los *servii* de la casa eran condenados a muerte. En este caso eso suponía la exterminación de unas 400 almas, incluyendo mujeres y niños. La posibilidad de tal ejecución masiva causó una protesta pública que impulsó al Senado a mantener un debate formal sobre el asunto. Uno de los miembros antiguos del Senado habló largamente en apoyo de las ejecuciones, manteniendo que el interés de los poseedores de esclavos demandaba no salirse de la vieja práctica sin importar lo duro que fuera el resultado. Si los 400 esclavos no eran ejecutados, ¿quién podía sentirse seguro?, argumentó. Hubo unas cuantas protestas, pero ningún senador salió a la palestra para denunciar la medida, que se aprobó sin mayor debate.[41]

Sin embargo, esta ejecución masiva provocó las airadas protestas de la plebe, que se reunió en el exterior del Senado armada con piedras y antorchas. Nerón tuvo que llamar a las tropas para que se alinearan a lo largo del camino que debían seguir los condenados. Por supuesto, Tácito se refiere a los que protestaban como "la multitud", pero no hace ninguna referencia crítica a la mentalidad de linchadores que prevaleció en el Senado por parte de los que sancionaron esa ejecución masiva. El sentido moral profundo de rabia expresado por los que protestaron fue una señal más del vínculo de simpatía entre los pobres esclavos y los pobres plebeyos.

Por una buena razón, escribe Plutarco, Catón temía la rebeldía de los ciudadanos más pobres, porque ellos "eran siempre los que encendían la llama entre el pueblo".[42] La plebe romana jugó un papel democrático creativo suministrando apoyo vital a los diversos *populares*, incluido el líder excepcional que fue César, que fue capaz de ganarse su apoyo, no porque

estuvieran hipnotizados por sus trucos "demagógicos", sino porque les favoreció fuertemente con sus políticas reformistas.

Las dispersas evidencias que tenemos del activismo del proletariado, suministradas por Plutarco y otros, son ignoradas virtualmente por los historiadores clásicos de nuestro tiempo. Respecto a la reforma agraria de Tiberio Graco, Plutarco escribe, "fue sobre todo el propio pueblo el que alimentó las energías de Tiberio escribiendo eslóganes y llamamientos sobre los pórticos, monumentos y paredes de las casas pidiendo la recuperación de las tierras públicas para los pobres". También recuerda cómo el pueblo dirigió su ira contra el asesino de Tiberio, Nasica, haciendo que tuviera que huir de Roma.[43]

Y Gayo Graco, que dejó su casa en un lugar privilegiado en la Colina Palatina para irse a vivir entre los pobres cerca del Foro, fue elegido tribuno por segunda vez "aunque no era candidato y no había solicitado el cargo; pero el pueblo quiso nombrarle". Después de poner en marcha su reforma legislativa, "una gran multitud empezó a reunirse en Roma desde todas partes de Italia para apoyarle". Gayo se ganó "la total devoción de la gente y ésta estaba dispuesta a hacer todo lo necesario en el mundo para mostrar su buena voluntad".[44]

Después de que los Graco fueran asesinados, el conocimiento público de su existencia fue borrado oficialmente. Los oligarcas intentaron expurgar la memoria histórica colectiva. Sin embargo el populacho continuó rindiendo homenaje a los dos hermanos. Plutarco nos ofrece una narración emotiva:

> "El pueblo se sintió acobardado y humillado por el hundimiento de su causa democrática, pero pronto mostró lo profundamente que sentían la ausencia de los Graco. Se erigieron estatuas de los hermanos en lugares prominentes de la ciudad, lugares que fueron

declarados tierra santa y donde se les ofrecieron las primeras frutas de la temporada durante todo el año. Mucha gente incluso dedicó todos los días a su memoria y adoró sus estatuas como si fueran representaciones de los dioses".[45]

Varios años después de la muerte de Catilina la plebe adornó su tumba "como antiguamente habían hecho con las de los Graco, con flores y guirnaldas".[46] *Nota bene*, el pueblo nunca ofreció honores en memoria de Cicerón, Catón, Sila, Cátulo, Milo, Bruto, Casio o cualquier otro prominente conservador.

En el 88 a. de C., más de treinta años después de los Graco, cuando el reaccionario Sila entró en Roma con su ejército, violando la sagrada prohibición constitucional de entrar con unidades militares dentro de los límites de la ciudad, la plebe recibió a las tropas arrojándoles todo tipo de objetos, hasta el punto de que se vieron obligados a retroceder.[47] Y en el 67, cuando el *optimate* Cátulo propuso que el pueblo aprobara el nombramiento de un dictador por seis meses para resolver una emergencia, la multitud le abucheó gritando el odiado nombre de "Sila".[48] En vísperas de la guerra civil, en febrero del 49, Cicerón enjuició las nada prometedoras perspectivas de la causa de los *optimates* señalando que "el populacho y las gentes de más baja estofa simpatizan... con el otro bando y muchos están dispuestos a la revolución".[49] Unos cuantos años más tarde los proletarios, conservando todavía la memoria histórica de Sila como sangriento defensor de la aristocracia, derribaron su estatua junto con la de Pompeyo.[50]

Al principio de su carrera, cuando César pronunció una oración funeraria en el Foro en memoria de su tía Julia, se atrevió a alabar en voz alta al último de los *popularis,* Mario, lo que había sido un asunto tabú desde la dictadura de Sila. Cuando algunos individuos empezaron a proferir gritos contra César, "el pueblo les hizo callar con sus voces y aplaudieron a

César, expresando su sorprendida alegría y satisfacción ante este hecho, que suponía desenterrar de la tumba los honores a Mario, que durante mucho tiempo había estado perdido para la ciudad".[51]

En el año 70 y de nuevo en los años 67, 66 y 64, los tribunos radicales convocaron las asambleas y organizaron manifestaciones y campañas electorales, movilizando a los *collegia*, esos gremios de libertos, esclavos y gente pobre. Tales acciones de masas fueron lo suficiente para que el Senado aprobara un decreto disolviéndolos todos excepto unos pocos de los más inocuos, privando al movimiento popular de sus organizaciones clave.[52]

El apoyo popular dio aliento a César en más de una ocasión. En el 62 a. de C., cuando actuaba como pretor, él y Cecilio Metelo, un tribuno del pueblo, fueron suspendidos de su cargo por un decreto senatorial por haber presentado lo que Suetonio describe como "proyectos incendiarios" que César apoyó resueltamente en el Senado. Amenazado físicamente, César corrió a su casa decidiendo permanecer en un retiro temporal porque, según escribe Suetonio, "los tiempos no le daban otra alternativa. Al día siguiente sin embargo el populacho se manifestó de forma espontánea ante la casa de César, ofreciéndole tumultuosamente su respaldo, pero él calmó su ardor". El Senado estaba tan conmovido por "su actitud inesperadamente correcta" que le mostró su adhesión y le restituyó como pretor.[53] Se podría sospechar que esa restitución se debió al menos en parte al deseo de calmar la agitación popular. Por otra parte los intentos de César para suavizar las deudas no se debieron completamente a su iniciativa, sino que fueron impulsados por las fuerzas democráticas que luchaban sin éxito por la cancelación de todas las reclamaciones contra los pobres.

Más de una vez la gente corriente de Roma puso a prueba al propio César. En una ocasión, cuando estaba sentado en una silla dorada para presenciar una ceremonia pública, Antonio entró al Foro y aproximándo-

se a él le ofreció una diadema adornada con hojas de laurel. Fue un hecho aislado y sin importancia, cuenta Plutarco, "llevado a cabo por unos pocos que se presentaron allí con ese propósito; pero cuando la rechazó, hubo un aplauso general". César declinó un segundo ofrecimiento, de nuevo ante una aprobación entusiasta.[54] Parece que hay pocas dudas de que este rechazo estuvo fortalecido por el fuerte odio popular a los reyes. La época de los reyes (753-509 a. de C.) había sido un tiempo de especial autocracia y represión para la gente común, lo bastante como para mantener su memoria histórica, haciéndoles ser intolerantes con cualquier pretensión real unos cuatrocientos años más tarde.

En todos los aspectos el proletariado jugó un papel crucial aunque muy ignorado en la lucha por las libertades democráticas. No se mostró ni como una multitud insensata ni como una chusma de holgazanes, sino como políticamente capaz de manifestar sus preferencias de acuerdo con sus necesidades y de distinguir los amigos de los enemigos. Que sus esfuerzos políticos hayan merecido poco más que una condena superficial, no es sino un reflejo del sesgo de clase compartido por los historiadores tanto antiguos como modernos.

* * *

Lord Acton se refiere a "las convenciones, errores, prejuicios y pasiones que impulsan a las masas y arrastran a sus dirigentes". La imagen es familiar. El pueblo es una gran bestia, irracional y propensa al error, que "arrastra" a sus dirigentes a la desgracia.[55] Raras veces la consideración es a la inversa, las numerosas ocasiones en que los dirigentes le han fallado al pueblo, las veces en las que el sentimiento popular pretendía contener a los potentados y desviarles de una dirección perjudicial. También se minusvaloran las veces en que el pueblo ha perseguido una mejora social y una

política de mayor igualdad y democracia, sólo para hacer frente a una oposición implacable de los que están en lo alto de la pirámide social.

Repitamos que hemos oído que debemos evitar imponer los valores presentes sobre la experiencia pasada y que debemos sumergirnos en el contexto histórico a estudiar. Pero pocos historiadores se sumergen en la severa y agobiante experiencia social del proletariado romano. Si acaso ven a los pobres –especialmente a los pobres rebeldes– a través del prisma de su propio sesgo de clase, el mismo sesgo compartido por los historiadores antiguos desde Polibio y Cicerón hasta Tácito y Veleo. En el registro de un solo lado que llamamos historia ha sido una práctica continua condenar la agitación popular como si fuera la tarea de una gentuza de demagogos. Hasta donde los caballeros historiadores pueden ver, la rebelión no está inspirada por quejas legítimas, sino por impulsos equivocados y manipulados de los rebeldes.[56]

La gente corriente de la Roma antigua ha tenido muy escasas oportunidades de dejar constancia escrita de sus puntos de vista y sus luchas. Entre las fuentes primarias supervivientes existe poca información sobre cómo la *plebs urbana* organizaba sus *collegia*, y sobre qué sentían acerca de los salarios, los precios, los impuestos, las guerras, la política de la tierra o los problemas de empleo. Aunque podamos deducir ciertas inferencias, la historia nos ha dejado sólo impresiones fragmentarias de sus tribulaciones. Sin embargo, como he intentado mostrar, lo que sabemos de la gente corriente nos dice que tenían conciencia social y sentido de la justicia a un nivel normalmente superior al de los que fueron sus dirigentes.

En los registros altamente sesgados de lo que llamamos historia, Cicerón, Bruto, Catón y otros oligarcas han llegado hasta nosotros como defensores de las libertades públicas; mientras que César –que intentó actuar contra su poder y sus privilegios y hacer algo por los pobres– nos ha llegado como un tirano y un usurpador.

Y el propio pueblo de Roma, la masa anónima sobre cuyos hombros se mantuvieron los populares, apenas nos ha llegado de ninguna forma, o si acaso como una muchedumbre despreciable. A los que lucharon contra la injusticia con todo el temor y el valor de los seres humanos corrientes, cuyos nombres nunca sabremos, cuya sangre y lagrimas nunca veremos, cuyos gritos de dolor y esperanza nunca oiremos, a ellos estamos unidos por un pasado que nunca muere ni es realmente pasado. Y así, cuando las mejores páginas de la historia se escriban finalmente, no lo harán los príncipes, presidentes, primeros ministros o eruditos, ni incluso los profesores, sino el propio pueblo. Porque con todos sus errores y defectos, el pueblo es lo único que tenemos. Realmente nosotros somos ellos.

APÉNDICE

UNA NOTA SOBRE CITAS PEDANTES Y NOMBRES CONFUSOS

Mi deseo ha sido hacer que las fuentes clásicas utilizadas aquí sean accesibles para el lector profano. La mayoría de los historiadores clásicos de hoy día parecen determinados a hacerlas inaccesibles, un hecho que en sí mismo puede ser indicativo de la naturaleza pedante y elitista de su formación. Respecto a las fuentes antiguas, recurren a un tipo de citas del latín tan rigurosamente abreviadas como para hacerlas identificables sólo por los colegas selectos formados especialmente en literatura clásica. Así nos encontramos referencias indescifrables como "B.i.146" y "*De fin.*, V. 65". Para añadir dificultad raras veces se suministra una clave para esas abreviaturas arcaicas, con lo que es seguro que los profanos que deseen ahondar en las fuentes antiguas o al menos sondearlas, se encontrarán con una barrera infranqueable.

Además los clasicistas tienen por costumbre no relacionar las fuentes antiguas en sus por otra parte copiosas bibliografías, ni incluso en su latín original. Con la ayuda de diccionarios, y después de una profunda inmersión en la literatura, el lector profano perseverante (incluidos los historiadores no clásicos) finalmente puede ser capaz de adivinar que "Sall. *Bell Iug* 71" es una referencia al *Bellum Iugurthium* de Salustio y está disponi-

ble en inglés como *The Jugurthine War* de Salustio. Los lectores profanos persistentes pueden incluso ser capaces de descubrir, como hice yo, que "Plin. *NH* VII. 92-2" es una referencia, no a Plinio el joven, sino a Gayo Segundo Plinio (*maior*), *Naturalis Historia*, esto es, la Historia Natural de Plinio el viejo. Pero, ¿qué hacer con "*Ad Q. fr.* II.iv.1" o con "*Q.F.*I.i"? (Que resulta ser *Ad Quintum Fratrem* o A Quinto, hermano de Cicerón). Sabiendo el latín suficiente como para sospechar que "*Ep. Ad Caes*" (o a veces solo "*ad Caes*") es *Epistulae ad Caesarem,* uno puede llegar a la conclusión de que alguien le ha escrito una carta a César; pero cuando ni siquiera se menciona la abreviatura con el nombre del autor, deberíamos saber lo suficiente como para sospechar que fue Salustio y no el más probable Cicerón, cuyas cartas han sobrevivido en abundancia.

Este modo abstruso de escribir las citas lo utilizan incluso intelectuales progresistas como Neal Wood y el incomparable G.E.M. de Ste. Croix, aunque ambos por otra parte parecen interesados en comunicar con los lectores. Una de las pocas excepciones a esta pedantería es Arthur D. Kahn, que en su *The Education of Julius Caesar* (1986) suministra una lista de fuentes antiguas que ha utilizado, tanto en inglés como en latín, así como las claves de sus abreviaturas, lo que es sólo una de las varias razones para dar la bienvenida a este libro.

En mi caso yo doy sólo los títulos en inglés de las fuentes antiguas, y sin abreviaturas. Como algunos trabajos clásicos tienen tantas ediciones, yo utilizo la anotación del texto clásico más que el número de página de una edición en particular, porque es una manera más sencilla de localizar la cita.

Algunas traducciones inglesas presentan problemas en sí mismas, como cuando hay varias ediciones y traducciones del mismo volumen publicadas bajo diferentes títulos. Por ejemplo el poema épico de Lucano se suele titular *The Pharsalia*, y todavía se puede encontrar en los catálogos

bajo este título, pero su título en los manuscritos antiguos es *De Bello Civili*. Así que yo sigo la senda del idioma inglés tomada por J.D. Duff en 1928 y probablemente por otros antes que él y cito el trabajo de Lucano como *The Civil War*.

Otro ejemplo: La primera edición inglesa de las obras completas que han sobrevivido de Dión Casio (1905) fue titulada *Annals of Rome* por su traductor, Herbert Baldwin Foster, que argumenta que los romanos la hubieran llamado *annales* y no *historiae*. Que Dión fuera un griego que escribió en griego parece que no le preocupó a Foster, que decidió –con mucha convicción– que Dión, que vivió en Italia y fue senador romano y pretor, era más romano que griego en su estilo de vida (aunque los dos estilos tuvieron mucho en común a veces). Yo me fío de la traducción de Foster, y poseo los seis volúmenes de esa preciosa primera edición de 1905 de *Annals of Rome,* pero cito el trabajo de Dión como *Roman History* porque ese ha sido el título utilizado más comúnmente.

Incluso trabajos escritos originalmente en inglés pueden presentar problemas de citas. Por ejemplo, sería equivocado dar un número de volumen cuando hacemos referencia a la obra magna de Gibbon, ya que hay ediciones en tres, cinco, seis, siete y ocho volúmenes, e incluso en un resumen de un solo volumen. Originalmente fue *A History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, pero la mayoría de las ediciones de los últimos sesenta años han eliminado las tres primeras palabras de ese título, al igual que yo. Los capítulos de las diversas ediciones (excepto alguna de las resumidas) están numerados exactamente como lo hizo Gibbon. Por tanto yo cito el número de capítulo (como hacen la mayoría de los escritores), pidiéndole al lector que tenga in mente que me estoy refiriendo a la edición de Heritage Press (1946) respecto a los números de las páginas.

Los nombres romanos pueden presentar un reto desalentador tanto para el escritor como para el que elabora los índices, que se pueden encon-

trar con tres nombres distintos, el *praenomen*, el *nomen* y el *cognomen*. El *praenomen* es el nombre dado a la persona, el cual se utiliza relativamente poco: Gayo, Lucio, Marco, Quinto, Servio, Tito, Tiberio y otros. El *nomen* es el nombre familiar o nombre de la *gens*, generalmente terminado en *-ius*. Y el *cognomen* es un tercer nombre adoptado cuya función original era distinguir a unos de otros a los individuos masculinos de una familia, que tenían el mismo primer nombre y el mismo nombre familiar. El cognomen usualmente era un apodo referido a alguna característica física u otro aspecto a veces humorístico y no necesariamente halagüeño; así Ovidio era Nasón ("nariz"), Licinio era Mácer ("escuálido"), Tulio era Cicerón ("garbanzo"). A veces el *cognomen* se usaba bastante seriamente, funcionando como una especie de nombre adicional.

Para complicar más las cosas, a algunos individuos del sexo masculino dentro de las clases altas les conocemos regularmente por su *nomen*; por eso Gayo Casio Longino es conocido como Casio. Otros son conocidos por su *cognomen*, como Gayo Julio César y Marco Tulio Cicerón. Sólo durante los últimos días de la República se hizo costumbre llamar a la gente por su nombre de *gens* o *nomen*. Por eso durante toda su vida César fue conocido como Gayo César. Sin embargo yo he mantenido el nombre de uso común en el presente, refiriéndome a él como Julio César.

Para añadir más confusión algunos escritores usan el *nomen* y otros el *cognomen* para la misma persona. En algunos libros C. Licinio Mácer es Licinio y en otros es Mácer. A veces los escritores no utilizan los nombres suficientes, refiriéndose sólo a, digamos, Cornelio Léntulo, dejándonos que decidamos si es Cornelio Léntulo Crus, Cornelio Léntulo Marcelino, Cornelio Léntulo Níger o Cornelio Léntulo Espinter. En casos como éste sería deseable utilizar todos los nombres disponibles del personaje.

Como si los nombres romanos no fueran lo suficientemente complicados en sí mismos, la mayoría de los eruditos clásicos –manteniendo su

pedantería– tienen el placer de mencionar en los índices a los personajes prominentes por su *nomen* menos conocido en lugar de por su *cognomen* más conocido. Mi práctica de utilizar el nombre más fácilmente reconocible para el lector no es la más usual. Raramente puede uno encontrar a Sila, Catón, Cicerón, Graco, Bruto o César mencionados con estos nombres en el índice onomástico de un libro. En vez de eso Cicerón aparece como Tulio, César como Iulius o, menos frecuentemente, como Julius y Bruto como Iunius. Una de las familias de *optimates* más prominentes, los Metelo, no aparecen bajo este nombre sino por su raramente utilizado *nomen*, Cecilio. De ese modo los lectores que no están familiarizados con la red intrincada de los nombres romanos se ven privados de una referencia sencilla.

Para los personajes más conocidos yo recurro a la forma inglesada que es más familiar para el lector moderno en idioma inglés. Por ejemplo, no hubo nadie en la Roma antigua llamado Pompeyo o Marco Antonio, pero esos son los nombres utilizados, en vez de Gnaeus Pompeius Magnus y Marcus Antonius.

La ortografía de los nombres romanos puede cambiar. Por eso Gayo es también Cayo (yo uso siempre Gayo), Calgaco es a veces Galgaco y Gneo (o Cneo) puede ser Gneius (o Cneius). Pero en abreviatura los nombres revierten a la forma *C*. Así Gayo Julio César se abrevia siempre como C. Julio César (de Cayo). No me pregunten por qué.

Los nombres pueden cambiar con el destino de uno. Gayo Octavio tomó el nombre de C. Julio César Octaviano cuando se convirtió en heredero de César. Y, como se señala en el capítulo 10, el Senado le concedió el título de Augusto, que rápidamente se convirtió en su nombre. Por eso le conocemos como el emperador Augusto o César Augusto. Gneo Pompeyo se convirtió en Pompeyo Magno (Pompeyo el Grande), siendo Magno un *cognomen* que adoptó para sí mismo a imitación de Alejandro el Grande.

El problema de los nombres también afecta a los historiadores antiguos. Todavía hay disputas sobre si Gayo Salustio Críspulo debería ser llamado Gayo Críspulo Salustio. Yo me refiero a él simplemente como Salustio, como hacen los historiadores de hoy día excepto los más pedantes. En el caso de Casio Dión Coceiano tenemos a uno con dos *cognomina* y sin *praenomen* conocido, lo que no es inusual para un griego. Algunos escritores, prefiriendo el estilo romano, le llaman Casio Dión (*nomen y cognomen*). Otros, pensando que en griego el *nomen* viene detrás del *cognomen*, se refieren a él como Dión Casio. Para confundirnos más, hubo griegos que utilizaban el estilo romano para sus propios nombres, y romanos que preferían el estilo griego. Hasta donde puedo saber no hay un argumento convincente para elegir uno por encima de otro. Yo utilizo Dión Casio simplemente porque parece ser el nombre más comúnmente utilizado hoy en día.

NOTAS

INTRODUCCIÓN: ¿TIRANICIDIO O TRAICIÓN?

1. Adicionalmente podría considerarse el trabajo menos conocido y totalmente de ficción de Thornton Wilder sobre los seis últimos meses de la vida de César: *The Ides of March* (Nueva York: Harper & Brothers, 1948).

2. Unos buenos comentarios literarios sobre la obra de Shakespeare podemos encontrarlos en Vivian Thomas, *Julius Caesar* (Nueva York: Twayne Publishers, 1992).

3. Apiano, *Las guerras civiles* V.8. Alrededor del año 41 a. de C., Antonio le escribió a Octavio contándole que él ya había intimado con Cleopatra nueve años antes, lo que supone dos años antes de que César pusiera los pies en Alejandría; ver Suetonio, *Augusto,* 69.2. Ver también Victor Thaddeus, *Julius Caesar and the Grandeur that Was Rome* (Londres: Brentano's, 1928), 245.

4. La mayoría de los historiadores no dan fechas precisas para designar la época de la Última República. Muchos dejan suponer que fue un período desde poco después de Sila hasta la muerte de César, sobre los años 75 al 44 a. de C. Para algunos el año 133 a. de C. y los siguientes del Siglo II deberían considerarse parte de la República Media.

1. UNA HISTORIA DE CABALLEROS: IMPERIO, CLASE Y PATRIARCADO.

1. Benedetto Croce, *History as the Store of Liberty* (Londres: George Allen y Unwin, 1941), 19; R.G. Collingwood, *The Idea of History* (Nueva York: Oxford University Press, 1956, originalmente 1946), xii.

2. Edward Gibbon, *Memoirs of My Life* (Londres/Nueva York: Penguin Books, 1984), 65, 75, 86, 128.

3. Ver mi *History as Mystery* (San Francisco: City Lights, 1999), 171-176.

4. Gibbon, *Memoirs of My Life*, 157 y 175.

5. Gibbon, *Memoirs of My Life*, 173.

6. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, II, 33 y III, 61.

7. Por ejemplo, Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* II.1.4-10 y II.3.1.

8. Salustio, *La conspiración de Catilina*, 10.6. Sobre el comportamiento corrupto del propio Salustio mientras desempeñaba el cargo de procónsul y gobernador de Africa Nova en el año 46 a. de C., ver Dión Casio, *Historia romana* XLIII.9; y Cicerón, *Una declaración contra Salustio,* 7. Algunos creen que Cicerón no es el autor de este último escrito.

9. Salustio, *Historias*, libro 4.

10. Tácito, *Agrícola* XXX-XXXI.

11. Dión Casio, *Historia romana* XXX-XXXV, fragmento CVII. Peter Burke señala el sesgo de clase de Tácito. Incapaz de escribir la palabra "cocinero" para describir a la única persona que no abandonó al emperador Vitelo en sus últimos momentos, Tácito se refiere confusamente a "uno de los más humildes" entre los servidores del emperador: Burke, "*People's History or Total History*", en Raphael Samuel, ed., *People's History and Socialist Theory* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1981), 4-5.

12. John G. Pager, *The Origins of Anti-Semitism: Attitudes Toward Judaism in Pagan and Christian Antiquity* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 1983), 266.

13. Juvenal, *Sátiras* VIII, 88-90.

14. Joseph Schumpeter, "*The Sociology of Imperialism*", en *Two Assays* by Joseph Schumpeter (Nueva York: Meridian Books, 1955), 51.

15. Cyril E. Robinson, *History of the Roman Republic* (Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1965), 146.

16. Ver la introducción de Willson Whitman a Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, edición condensada (Nueva York: Wise & Co., 1943), ix-xi; y los comentarios exculpatorios del propio Gibbon sobre la controversia en *Memoirs of My Life*, 161-162.

17. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, XV y XVI. Para una discusión detallada respecto al surgimiento de los primeros cristianos, ver mi *History as Mystery*, capítulos 2 y 3.

18. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, I, 111.

19. Dos notables excepciones son J.P.V.D. Balsdon, *Roman Women* (Londres: 1962) y el simpático ensayo de M.I. Finley, "*The Silent Women of Rome*" en su *Aspects of Antiquity*, 2ª ed. (Nueva York: Penguin Books, 1977), 124-136.

20. Keith Hopkins, "*The Age of Roman Girls at Marriage*", Population Studies, 18, 1965, 124-151.

21. Finley, "*The Silent Women of Rome*", 124-126.

22. Sarah B. Pomeroy, *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves: Women in Classical Antiquity* (Nueva York: Schocken Books, 1975), 199-201

23. Pomeroy, *Goddesses, Whores, Wives, and Salves*, 201.

24. La desconsolada esposa de Pompeyo compartió voluntariamente con él su triste destino en Farsalia: Lucano, *La guerra civil* VIII.87-108; y la mujer de Bruto, Porcia, sufrió en silencio las heridas que ella misma se infligió para probarse a sí misma que podía ser la confidente de su marido: Plutarco, *Bruto* XIII. Ver también los ejemplos que ofrece Tácito, *Anales* XV. 71.7 y XVI. 34.2; y Plinio el joven, *Cartas* VI.24.

25. Otto Kiefer, *Sexual Life in Ancient Rome* (Londres: Abbey Library, 1934), 52-54.

26. Apiano, *Las guerras civiles* IV. 32-33. Las esposas de Marco Antonio y de Cicerón tenían grandes posesiones. Carcopino hace la afirmación improbable de que durante los siglos primero y segundo d. de C. las mujeres romanas "disfrutaron de libertad e independencia al menos a igual, si no superior, nivel del que

reclaman hoy día las feministas": Jérôme Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome* (New Haven: Yale University Press, 1940, 1968), 85.

27. Richard Barman, *Women and Politics in Ancient Rome* (Nueva York/ Londres: Routledge, 1995); también Judith Hallett, *Fathers and Daughters in Roman Society: Women and the Elite Family* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1984). Pomeroy es una de las pocas que tratan a las mujeres de las clases bajas tan bien como a las matronas romanas en su *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves*, 150-204.

28. Salustio, *La conspiración de Catilina*, 13.

29. Horacio, *Odas* VI. Iii.

30. Juvenal, *Sátiras* VI.

31. Robinson, *History of the Roman Republic*, 426.

32. Kiefer, *Sexual Life in Ancient Rome*, 7-63; y Pomeroy, *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves*, 160.

33. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* VI.3.10-12.

34. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* VI.6.2-3; Plinio el joven, *Cartas* IV.19, IV.21, VII.5.

35. J.P.V.D. Balsdon, "*Cicero the Man*", en T.A. Dorey (ed.), *Cicero* (Nueva York: Basic Books, 1965), 205.

36. Cicerón, *Pro Flacco*, 1, 5, 12 y 67.

37. Theodore Mommsen, *The History of Rome*, una nueva edición de Dero A. Saunders y John H. Collins (Clinton, Mass.: Meridian Books, 1958), 49 y 327.

38. Para éste y otros ejemplos desafortunados, ver Robinson, *History of the Roman Republic*, 109, 177, 183, 213, 219, 288 y 301.

39. J.F.C. Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant* (Nueva York: Da Capo Press, 1965), 20.

40. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 102.

2. ESCLAVOS, PROLETARIOS Y SEÑORES

1. Unos cuantos historiadores hacen estimaciones más altas. Hopkins sitúa la población esclava en un 35-40 por ciento de la población total de Italia: Keith Hopkins, *Conquerors and Slaves* (Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press, 1980), 9.

2. Keith R. Bradley, *Slavery and Rebellion in the Roman World*, 140 B.C.-70 B.C. (Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press, 1989, 1998); Mommsen, *The History of Rome*, 25-30 y 93.

3. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 23-44; Lionel Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, ed. rev. (Baltimore/Londres: Johns Hopkins University Press, 1998 [1975]), 37-38; Lewis Munford, *The City in History* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1961), 221; y Arthur D. Kahn, *The Education of Julius Caesar* (Nueva York: Schocken Books, 1986), 405.

4. Juvenal, *Sátiras* III. 191-196.

5. Cicerón, *A Ático*, XIV. 9 y XIV. 11.2.

6. El poeta Marcial dedica un par de sus epígramas a estos recipientes de olor apestoso llenos de orina: *Epígramas* VI.93, XII.48; ver también Thaddeus, *Julius Caesar and the Grandeur that Was Rome*, 4; Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 42.

7. Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, 19 y 25.

8. Juvenal, *Sátiras* III.288-304 y Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, 45-46.

9. Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, 28.

10. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 202; Mumford, *The City in History*, 219; Ernst Mason, *Tiberius* (Nueva York: Ballantine Books, 1960), 29.

11. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 66.

12. Mencionado en Mommsen, *The History of Rome*, 543.

13. Para un estudio detallado, ver E. Badian, *Publicans and Sinners: Private Enterprise in the Service of the Roman Republic* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1972).

14. P.A. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic* (Nueva York: W.W. Norton, 1971), 68-73.

15. H.H. Scullard, *From the Gracchi to Nero: A History of Rome from 133B.C. to 68 A.D.* (Londres: Methuen, 1959, 1963), 182; Mumford, *The City in History,* 219; Mommsen, *The History of Rome*, 543-544; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 34; Joseph Vogt, *The Decline of Rome* (Nueva York: New American Library, 1965), 166.

16. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 32-33.

17. Finley, *Aspects of Antiquity*, 127.

18. Juvenal, *Sátiras* III.137-147, 159.

19. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* II, 31.

20. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 56.

21. K.R.Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire: A Study in Social Control* (Nueva York: Oxford, 1987 [1984]), 19. Sobre las formas en que la ideología conservadora, especialmente el anticomunismo, ha presentado la antigua esclavitud, ver M.I. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Londres: Chatto & Windus, 1980), 61ss.

22. Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, 61.

23. Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, 64.

24. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 119.

25. Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire*, 83, 107, 111.

26. Cicerón, *Sobre las provincias consulares,* 10 y Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology*, 177-178, n.99.

27. Lucio Anneo Floro, *Epítome de la historia romana* III, 20.1.

28. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* II, 31-2.

29. Ronald Syme, *The Roman Revolution* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1939, 1960), 446.

30. Columella, *Res Rusticae*, resumida y explicada de forma magnífica por Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire*, 21-33.

31. Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire*, 60 y 79.

32. Séneca, *Sobre la piedad* I.18. Sobre la terrible crueldad a la que tenía que hacer frente un esclavo, ver el incidente que relata Séneca en *Sobre la ira* III.40.i.

33. Mason, *Tiberius*, 37; también ver el incidente en Tácito, *Anales* XIV, 42-43, tratado en más detalle en el Capítulo 11.

34. Así era en todos los casos presentados por Valerio Máximo; ver su *Hechos y dichos memorables* VI.5.5-7.

35. En algunos casos a los esclavos huidos o criminales se les encerraba en una cárcel especialmente cruel denominada *ergastulum*: Mason, *Tiberius*, 37.

36. M.I. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Londres: Chatto & Windus, 1980), 111.

37. Cicerón, *A sus amigos* V.9.2, V.10.1, V.11.3, XIII.77.3.

38. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology*, 114-115.

39. Amiano Marcelino, *Historias* XXVIII.4.16.

40. Séneca, *Epístola* 47.5-8.

41. Horacio, *Sátiras* I.2.116-119.

42. Petronio, *Satyricon,* 75.11.

43. Marcial *Epígramas* I.84.

44. Marcial, *Epígramas* VI.39, II.34, III.91, IV.66, VI.71, XI.70, XII.58.

45. Marcial, *Epígramas* I.58 y I.90.

46. Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire*, 115-116 y Marcial, *Epígramas* IX.6.

47. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology*, 105.

48. Cicerón, *A Ático* I.12.4.

49. Page Smith, *Trial by Fire*, vol. 5 de *A People's History of the Civil War and Reconstruction* (Nueva York/Londres: Penguin, 1982), 657. Para ejemplos de "ingratitud" de los esclavos, ver Burke Davis, *Sherman's March* (Nueva York: Vintage, 1988), 29, 166, 183-184, 191, 247; James M. McPerson, *The Negro's Civil War: How American Blacks Felt and Acted During the War for the Union* (Nueva York: Ballantine Books, 1991); Joseph T. Glatthaar, *Officers Forged in Battle: The Civil war Alliance of Black Soldiers and White* (Nueva York: Meridian, 1990).

50. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* VI:8.1-7; y Apiano, *La guerra civil* IV. 43-44.

51. Plinio el joven, *Cartas* III.14.

52. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology*, 73-75, 96; Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire*, 60.

53. Las notas de Catón y Cicerón las refiere Kiefer, *Sexual Life in Ancient Rome,* 88; ver también Plutarco, *Cato the Elder*, 13.

3. UNA REPÚBLICA PARA UNOS POCOS

1. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* III, 50.

2. Lucio Anneo Floro, *Epítome de la historia romana* I.25-26. La única diferencia que quedaba era que los patricios no eran elegibles para obtener los dos consulados el mismo año y no podían ocupar los cargos plebeyos de tribuno ni de edil. Los ediles plebeyos, de los cuales había dos funcionando al mismo tiempo, eran magistrados que ayudaban a los tribunos de la plebe en sus deberes, incluyendo la defensa de los derechos de los plebeyos. Junto con los dos ediles curiles (de origen patricio), los ediles plebeyos también eran responsables del cuidado de las calles de Roma, el suministro de agua, el drenaje y los baños, el tráfico, los edificios públicos, los juegos públicos y el suministro de grano.

3. Floro, *Epítome de la historia romana* II.6.

4. Plutarco, *Tiberio Graco* VIII. 1-3.

5. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 36. Ver también C. Osborne Ward, *The Ancient Lowly*, vol. 1 (Chicago: Charles H. Kerr & Company, 1888), 246-247 y Max Weber, *The Agrarian Sociology of Ancient Civilization* (Londres: Humanities Press, 1976, publicado originalmente en 1891).

6. Apiano, *Las guerras civiles* I.7-8.

7. Robinson, *The History of the Roman Republic*, 139-141; Lily Ross Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar* (Berkeley, Calif.: University of California Press, 1949), 5; Hopkins, *Conquerors and Slaves*, 11 y otras.

8. Plinio, *Historia natural* II.63. 158-64, 159.

9. Plinio, *Historia natural* II.68. 174-69, 176.

10. La Asamblea Tribal del Pueblo no tuvo sus competencias legislativas completas hasta el siglo III a. de C. Además estaba la Asamblea Plebeya (*concilium plebis*), que era un tercer cuerpo legislativo. Durante los siglos V y IV a. de C. no tuvo estatus oficial dentro del estado romano, siendo simplemente un órgano asesor que expresaba la voluntad de la plebe. Las resoluciones de la Asamblea Plebeya (*plebiscita*) eran tenidas en cuenta y a veces aceptadas por los magistrados. Sin embargo, en 287 a. de C., una ley (*lex hortensia*) estipuló que todas las resoluciones de la Asamblea Plebeya tenían que tener fuerza de ley, obligando a toda la población. Sin embargo hemos sabido poco sobre esta Asamblea.

11. Los pretores eran los segundos en rango dentro de la magistratura después de los cónsules; tenían la responsabilidad de la administración de justicia. Los terceros en rango eran los ediles, mencionados en la nota 2. Los siguientes en rango eran los cuestores, que tenían a su cargo sobre todo las finanzas y los asuntos del tesoro.

12. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, 5-6; Robinson, *History of the Roman Republic*, 44.

13. Robinson, *History of the Roman Republic*, 206; Mommsen, *The History of Rome*, 22-23; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 50-51.

14. Mary Beard y Michael Crawford, *Rome in the Late Republic*; "los elementos de la oligarquía eran en la práctica mucho más fuertes", escribe G.E.M. de Ste. Croix en su tratamiento de Roma, que está incluido en su importante obra: *The*

Class Struggle in the Ancient Greek World (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1981), 340.

15. Robinson, *History of the Roman Republic*, 23.

16. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 140.

17. Michael Grant, Introducción a Cicerón, *On Government* (Londres: Penguin Books, 1993), 5fn. Para estimaciones similares, ver S.A. Handford, Introducción a Salustio, *The Jugurthine War/The Conspiracy of Catiline* (Middlesex, Inglaterra: Penguin Books, 1963), 17; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 6, y Thomas Africa, *Rome of the Caesars* (Nueva York: John Wiley & Sons, 1965), 22.

18. Salustio, *Epístolas a César* I.3. Ha habido controversias respecto a la autoría de las dos epístolas a César, generalmente atribuidas a Salustio. Está muy discutido, aunque sin llegar a ninguna conclusión, por el Reverendo Watson; ver Salustio, Floro, y Veleo Patérculo, traducido y comentado por John Selby Watson (Nueva York: Harper & Bros, 1872).

19. Weber, *The Agrarian Sociology of Ancient Civilization*, 281; también Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, 33.

20. Cicerón, *Pro Sestio*, 97-98.

21. Asconio Pediano, exposición a su comentario sobre *Pro Cornelio*, en su *Orationum Ciceronis*.

22. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 140.

23. Tácito, *Anales* I.2.

24. San Agustín, *La ciudad de Dios* III.30.

25. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* I, 53.

26. John Dickinson, *Death of a Republic: Politics and Political Thought at Rome 59-44 B.C.* (Nueva York: MacMillan, 1963), 257-323; Michael Grant, *History of Rome* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1978), 68; Grant también describe la República como "ésta que fue una vez ponderosa institución"; ver su nota introductoria a "*In Defense of Titus Annius Milo*" en Cicerón, *Selected Political Speeches* (Londres: Penguin Books, 1989), 217; Robinson, *History of the Roman Republic*, 31, 103, 203; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 5, 8-9; ver el tratamiento general de

Andrew Lintott, *The Constitution of the Roman Republic* (Nueva York: Clarendon Press, 1999). Como muchos otros, Wilkinson se refiere de forma aprobatoria a los aristócratas oponentes de César como "los republicanos", sin clarificar el término. Anotación de L.P. Wilkinson en *Letters to Cicero* (Nueva York: W.W. Norton, 1968), 185.

27. Polibio, *Historias* VI. 3-5. En este mismo pasaje Polibio señala que "el proceso por el cual las diferentes formas de gobierno se transforman naturalmente de una en otra lo han tratado Platón y otros filósofos con el mayor detalle". Platón hizo mucho por la transición "natural" de una forma a otra, pero yo no creo que favoreciera una constitución mixta tal y como hoy entendemos el término: ver Platón, *La República* VIII. 545-587 y otras. Platón era un aristócrata que atacaba incansablemente la democracia ateniense, defendiendo un gobierno de los que poseían "experiencia" y "excelencia".

28. Cicerón, *De Re Publicus* I.54.

29. Para una de las primeras manifestaciones sobre una constitución mixta, ver Polibio, *Historias* VI. 3-4; también Aristóteles, *Politica* IV. 6 y otras. Sobre la estructura de la Constitución de los Estados Unidos, ver mi *Democracy for a Few*, 7ª ed. (Belmont, Calif.: Wadsworth, 2002), capítulo 4. Yo he tratado sobre la democracia limitada y a veces letal del sistema centralista de la Rusia capitalista; ver mis *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996), 133-140 y *Blackshirts and Reds: Racional Fascism and the Overthrow of Communism* (San Francisco: City Lights Books, 1997), 87-96.

30. Mommsen, *The History of Rome*, 489-490.

4. "DEMAGOGOS" Y ESCUADRONES DE LA MUERTE

1. Cicerón, *Pro Sestio* XLVI. 99-100.

2. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 127; ver también Saunders y Collins en su introducción a Mommsen, *The History of Rome*, 9; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 7-8 y Handford, *Introduction to Sallust, The Jugurthine War/The Conspiracy of Catline*, 16-17.

3. Apiano, *Las guerras civiles* I. 9-10.

4. Plutarco, *Tiberio Graco* IX. 1-3.

5. Plutarco, *Tiberio Graco* IX. 4-5.

6. Plutarco, *Tiberio Graco* II.2 y XX.1-2.

7. Dión Casio, *Historia romana* XXIV, fragmento 83. 1-3.

8. Estas acotaciones son respectivamente de la introducción de Handford a Salustio, *The Jugurthine War/The Conspiracy of Catiline*, 20; Grant, *History of Rome*, 170; Syme, *The Roman Revolution*, 60; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 27-28.

9. Incluso Cyril Robinson garantiza este punto. Ver su *History of the Roman Republic,* 240.

10. Apiano, *Las guerras civiles* I. 11-13; Plutarco, *Tiberio Graco* XV. 1-3.

11. Plutarco, *Tiberio Graco* XVI. 1-2.

12. Mommsen, *The History of Rome*, 50 y Handford, *Introduction to Sallust*, *The Jugurthine War/The Conspiracy of Catiline*, 21.

13. Acotaciones de la introducción de Handford a Salustio, *The Jugurthine War/The Conspiracy of Catiline*, 21 y Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 28 y 30.

14. Plutarco, *Tiberio Graco* XIII. 1-3, XV y XIX. 1.

15. Mommsen, *The History of Rome*, 48.

16. Plutarco, *Tiberio Graco* XXI. 2-3.

17. Lucio Aneo Floro, *Epítome de la historia romana* III.12.8-9 y III.14.

18. Lintott, *Violence in Republican Rome*, 182.

19. Robinson, *History of the Roman Republic*, 239, 241.

20. Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 30.

21. Plutarco, *Tiberio Graco* XX.1 y XXI.1.

22. Cornelio Nepote, *Fragmentos* I.2.

23. Salustio, *Epístolas a César* I.7.

24. Plutarco, *Gayo Graco* VI. 3-4.

25. Plutarco, *Gayo Graco* XVII; Apiano, *Las guerras civiles* I. 26.

26. Cicerón, *Sobre el Estado* (III) 41 y sus *Contra Catilina* I.4 y *Pro Milo* 14 y 68.

27. Dión Casio, *Historia romana* XXV. Fragmento 84.

28. Floro, *Epítome de la historia romana* III.12. 8-9 y III.14.

29. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* III.2.17, IV. 7.1-2, V.3. 2e-2f, IX. 4.3 y VII.2.6b.

30. Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.3,6.

31. San Agustín, *La ciudad de Dios* II.22.

32. Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 38.

33. Christian Meier, *Caesar* (Nueva York: Basic Books, 1982), 38.

34. Kiefer, *Sexual Life in Ancient Rome*, 26.

35. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 90. Para un breve tratamiento de las ocasiones en las que se utilizó el *senatus consultum ultimum*, ver Jane F. Gardner, "Appendix II: *The Ultimate Decree*" en César, *The Civil War* (Londres: Penguin Books, 1967), 312-316.

36. Brunt señala que los pequeños propietarios eran vulnerables ante la violencia los más grandes: *Social Conflicts in the Roman Republic*, 116; igual hace Mommsen, *The History of Rome*, 91.

37. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 91-92.

38. Incluso un conservador como Meier muestra que los asesinatos "tenían claramente la aprobación de los senadores principales", *Caesar,* 159.

39. Apiano, *Las guerras civiles* I.34-36; Floro, *Epítome de la historia romana* III.17 y Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.13.

40. Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.13.

41. De los antiguos ver por ejemplo Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* VI.3 y Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.23.1c. Algunos ejemplos modernos son: Robinson, *History of the Roman Republic*, 278 y 280, John

Hazel, *Who's Who in the Roman World* (Londres y Nueva York: Routledge, 2001), 271 y Erich Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic* (Berkeley: University of California Press, 1974), 12. Meier resta importancia al asesinato de Druso, diciéndonos que "la atmósfera recalentada le costó la vida a Druso": *Caesar*, 49.

42. Ver T.F. Carney, *A Biography of Gaius Marius* (Chicago: Argonaut, 1970).

43. Sobre los caballeros que apoyaban a Cinna, ver Asconio Pediano, *In toga candida.*

44. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 44; Apiano, *Las guerras civiles* I.64 y Mommsen, *The History of Rome*, 155.

45. Floro, *Epítome de la historia romana* III.2, asegura que Sila masacró a 4.000 personas sólo en la Villa Publica. Salustio, *Letter to Caesar* II.4, se refiere a la masacre; Lucano, *La guerra civil* II.139-222, da cuenta de la sangrienta matanza perpetrada por Sila; Grant, *History of Rome*, 187, dice que perdieron la vida sólo cuarenta senadores, pero un total de 10.000 personas durante las proscripciones de Sila.

46. Ver la narración de Dión Casio sobre el régimen de terror salvaje de Sila: *Historia romana* XXX-XXXV. Fragmento CV.1-3.

47. Mommsen, *The History of Rome*, 198.

48. Matthias Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1968), 27-28; Robinson, *History of the Roman Republic*, 288-303; Grant, *History of Rome*, 188-189; Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant*, 35.

49. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 94. Escribiendo en el siglo I d. de C., Veleo Patérculo nos dice que "en Sila se reunía el modelo mejor y más juicioso". Ver su *Compendio de la historia de Roma* II.25.

50. De un fragmento del libro III de las *Historias* de Salustio.

51. Plutarco, *Sertorio* XXII.1.

52. Cicerón, *A Ático* XI.21.3.

53. Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 83-84; Mommsen, *The History of Rome*, 157, 194; Meier, *Caesar*, 79-80; Arthur Keaveney, *Sulla: The Last Republican* (Londres: Croom Helm, 1982).

54. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 119-120.

55. Asconio Pediano, comentario sobre *Pro Milo* (de su *Oratorium Ciceronis*).

56. Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma*, Ii.45. Ver también Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 295; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 134-135. Kahn y (por alguna razón) Brunt están entre los pocos historiadores que no tienen ni una palabra despectiva hacia Clodio. El uso de los presagios para bloquear la acción popular está desarrollado en el Capítulo 6.

57. Cicerón, *A Ático* IV.3.2.

58. Plutarco, *Pompeyo* XLVI.4, *Catón el joven* XIX.3 y *Marco Antonio* II.4; Asconio Pediano, comentario sobre *In Pisonem* de su *Orationum Ciceronis* y Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.47. 3-4.

59. Para ésta y otras citas, ver Mommsen, *The History of Rome*, 320, 329; Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant*, 66; Robinson, *History of the Roman Republic*, 317 y 361; Grant en *Selected Political Speeches of Cicero*, 215 y 224fn; Dickinson, *Death of a Republic*, 328-329; D.R. Shackleton Bailey, comentarios en *Cicero's Letters to His Friends*, vol. 2 (Harmondsworth, Middlesex y Nueva York: Penguin, 1978), Meier, *Caesar*, 69.

60. Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, 96; Lintott, *Violence in Republican Rome*, 82 y 196.

61. Cicerón, *A Ático* I.13.3 y I.16.9.

62. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 280.

63. Apiano, *Las guerras civiles* II.21-22.

64. Cicerón, *Pro Milo,* 4,13 y otras.

65. Cicerón, *A Ático* IV.3.5.

66. Apiano, *Las guerras civiles* II.21.

67. Asconio, comentario sobre *Pro Milo*.

68. Asconio presenta el testimonio de Metelo Escipión y de Emilio Filemón, después deja de lado el asunto: comentario sobre *Pro Milo*.

69. Cicerón, *Pro Milo,* 53-54.

70. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 286.

71. Mommsen, *The History of Rome*, 142.

5. LA CAZA DE BRUJAS DE CICERÓN

1. Syme, *The Roman Revolution*, 4.

2. Citas recogidas de Dickinson, *Death of a Republic*, 257-323; Grant, en Cicerón, *On Government*, primera página; Robinson, *History of the Roman Republic*, 342, 434; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 164-165.

3. Arthur D. Kahn, "No había una superestructura en la Roma antigua", *Monthly Review*, febrero 1990, 37. Theodore Mommsen y Wilhelm Drumann están entre los pocos historiadores prominentes que no comparten la adulación a Cicerón. Y el escritor Iain Boal me informa que los profesores y estudiantes de su época consideraban a Cicerón como un "charlatán pomposo".

4. Citado de Kahn, "¿No había una superestructura en la Roma antigua?", 37.

5. Plutarco, *Cicerón* VI.2.

6. Plutarco, *Cicerón*VII.2.

7. *A Ático* II.16.2.

8. Citado de la introducción de Grant a Cicerón, *Selected Political Speeches*, 14.

9. *A Ático* VI.1.7, XII.37.2., XII.14.4.

10. *A Ático* IV.5.2-3.

11. Dión Casio, *Historia romana* XXXVIII.12.

12. Cicerón, *Primera filípica contra Marco Antonio,* 20.

13. Dión, *Historia romana* XXXVI.42.

14. Cicerón, *Leyes* III.34-35.

15. *A Ático* I.16 y VIII.3; y Cicerón, *Para Flacus,* 15-18 y *A sus amigos* VII.1.

16. *A Ático* I.19,4.

17. *A Ático* II.6.

18. *A Ático* IV.5.1.

19. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 20.12-23.3.

20. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 18.8.

21. Asconio informa que Craso y César apoyaron a Catilina, pero Crawford mantiene que no hay evidencias de que lo hicieran en ningún momento. Ver la discusión en Jane W. Crawford, *M. Tullius Cicero, The Fragmentary Speeches, An Edition with Commentary* (Atlante, Georgia: Scholars Press, 1994).

22. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, 3.

23. Salustio, *La guerra jugurtina,* 63.6-7.

24. Quinto Cicerón, *Libro sobre elecciones,* 2.

25. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 135.

26. Dión, *Historia romana* XXXVII.29.

27. Dión, *Historia romana* XXXVII.25.

28. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 33.1.

29. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 157-158.

30. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 158.

31. Dión, *Historia romana* XXXVII.29, 32.

32. Cicerón, *Contra Catilina* I.1-4, I.11, I.15, I.31-32, IV.2 y otras.

33. Cicerón, *Contra Catilina* I.15.

34. Cicerón, *Pro Milo,* 19.

35. *Contra Catilina* I.4, I.ii.1-4 y *Pro Milo,* 13-20.

36. Cicerón, *Contra Catilina* II.3. Incluso Dión, que defiende sin la menor crítica las declaraciones más salvajes de Cicerón, observa que el Senado no estaba convencido de actuar contra Catalina porque sospechaba que aquel había presentado acusaciones falsas: Dión Casio, *Historia romana* XXXVII. 29.

37. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 35.1-5. Dión dice que el Senado votó para que Catilina dejara la ciudad. Pero no está claro por qué tenían que enviar fuera de Italia a una persona sospechosa de organizar una revolución en toda Italia: *Historia romana* XXXVII. 33.

38. Que Catalina partiera inicialmente sin ninguna idea de organizar una oposición en Italia está bien argumentado por R. Seager, *"Iusta Catilinae", Historia* 22 (1973), 240-248.

39. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 36.1.

40. Cicerón, *Contra Catilina* II.7-8.

41. K.H. Waters, *"Cicero, Salustio and Catiline", Historia* 19 (1970), 202-203.

42. Cicerón, *Contra Catilina* II.19 y III.vi. Cicerón se colma a sí mismo de alabanzas a través de sus ataques a Catalina; ver su *Contra Catilina* II.19, III.14-15, IV.18 y otras.

43. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 42.2.

44. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 45.1.

45. Cuatro de los sospechosos, Léntulo, Cétego, Estatilio y Gabino, respondieron a los llamamientos de Cicerón. Un quinto, Cepario, se enteró de los arrestos y huyó, pero fue aprehendido más tarde; ver Salustio, *La conspiración de Catilina,* 45.1-48.1.

46. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 167.

47. Cicerón, *Contra Catilina* III.11-12.

48. Cicerón, *Contra Catilina* III.10.

49. Cicerón, *Contra Catilina* III.11-12.

50. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 169, 172.

51. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 48.1-49.3.

52. En un juicio por extorsión en fechas anteriores de ese mismo año, Pisón había sido denunciado por César por ejecutar injustamente a un hombre en el norte de Italia. Defendido por Cicerón, Pisón fue absuelto. Al ultraconservador Cátulo no le gustaba César por sus tendencias populistas y por haberle derrotado en las elecciones a *pontifex maximus* en el año 64, un cargo prestigioso que hubiera coronado la larga y distinguida carrera de Cátulo.

53. Salustio, *La conspiración de Catilina*, 49.3-4.

54. Plutarco, *Catón el joven* XXII.1-3.

55. Plutarco, *Catón el joven* XXIII.1-2.

56. Plutarco, *Bruto* V.2-3 y Plutarco, *Catón el joven* XXIV.1-2.

57. Veleo Patérculo, *Compendio de la historia romana* II.35.

58. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 55.6.

59. Salustio, *Una declamación contra Cicerón,* 2. Si la acusación era falsa, continua el escritor, entonces Cicerón podía demostrarlo enseñando la propiedad que había heredado de su padre y con qué recursos había sido capaz de adquirir la casa y las villas.

60. Cicerón, *A sus amigos* I.9.13,16; V.1.1, V.2.8 y V.6.2.

61. Cicerón, *A sus amigos* V.7.2-3 y V.12.6.

62. Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.34; Plutarco, *Cicerón* XVIII.1-2,4; XXII.5 y Plutarco, *Catón el joven* XXII.1-3; Juvenal, *Sátiras* VIII.237-242; Lucano, *La guerra civil* II.550-552. Dión escribe que Catilina reunía las características más bajas, ávido de cancelar las deudas y de redistribuir la tierra. Y en una preparación para la revolución Catilina "sacrificó a un muchacho" y probó sus tripas mientras hacía un juramento impío sobre las entrañas del chico: *Historia romana* XXXVII.30,34.

63. Citas de Gardner en *Caesar, The Civil War*, apéndice II, 314; Duane A. March, "*Cicero and the 'Gang of Five'*", *The Classical World*, vol. 82, nº4, 1989, 234; Frank O. Copley, introducción a Cicerón, *On Old Age and On Friendship* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1967), x-xi; Copley acepta la existencia de una

conspiración pero señala que "la naturaleza exacta, extensión e importancia de la conspiración han sido oscurecidas por el propio Cicerón"; Handford, introducción a Salustio, *The Conspiracy of Catiline,* 170; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 131; y Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 114-115.

64. *Contra Catilina* II.11-13.

65. Cicerón, *Contra Catilina* II.4,2.

66. Cicerón, *Contra Catilina* II.12.

67. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 160.

68. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 28.1; Plutarco, *Cicerón,* 16.1; Apiano, *Las guerras civiles* II.3; Cicerón, *Catilina* I.9. En *Pro Sulla,* 52, Cicerón nombra veladamente a Cornelio; ver la excelente exposición de Waters, "*Cicero, Sallust and Catiline*", 202-203.

69. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 24.4 y 27.1.

70. Waters, "*Cicero, Sallust and Catiline*", 204-205.

71. Cicerón, *Contra Catilina* III.viii.17-18 y 22-23.

72. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 31.3.

73. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 37.1-2.

74. Dión, *Historia romana* XXXVII.38 y XXXVII.42 y Cicerón a Metelo Celer, *A sus amigos* V.2.

6. EL ROSTRO DE CÉSAR

1. Por ejemplo Plutarco, *César* I.2-3.

2. Suetonio, *Julio César* 1. Plutarco señala un comentario similar de Sila: *César* I.2-3.

3. Durante este período César actuó sin éxito como acusador en dos casos de corrupción oficial. Uno de ellos está mencionado en: Asconio Mediano, comentario sobre *Pro Scavaro* II.45 en su *Orationum Ciceronis*.

4. Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.42.

5. Cicerón, *Bruto,* 238.

6. Salustio, libro de *Historias,* 3.

7. Cicerón, *A Ático* I.4.2.

8. Plutarco, *Cicerón* IX.

9. Plutarco, *César* VI.1-4.

10. Plutarco, *César* VII.1-3. Veleo señala que uno de los dos senadores a los que César derrotó, Quinto Cátulo, era "considerado por todos como el primer hombre del Senado": Veleo Patérculo, *Compendio de la historia de Roma* II.43.

11. Ver Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 138-143, para una discusión sobre el programa de la tierra y el papel de Cicerón en rechazarlo.

12. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 141; también Cicerón, *Contra Rullum* I,II,III.

13. Plutarco, *Pompeyo* VIII.1-4.

14. Cicerón, *A Ático* II.9.2.

15. Dión, *Historia romana* XXXVIII.1 y 4; Veleo Patérculo, *Compendio de la historia romana* II.45.3-4.

16. Cicerón, *A Ático* II.16.2.

17. En el año 56 a. de C., Pompeyo declaró que había oído truenos y utilizó esta excusa para disolver la Asamblea. Plutarco denuncia su maniobra como un hecho vergonzoso: *Catón el joven* XLII.3-4.

18. Cicerón, *Leyes* III.27; *Pro Sestio* XLVI.98.

19. Polibio, *Historias* VI.56.

20. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, II,22.

21. Robinson, *History of the Roman Republic*, 226.

22. Dión, *Historia romana* XXXVIII.4.

23. Para un estudio sobre la destreza militar de César y sus conquistas, ver Theodore Ayrault Dodge, *Caesar* (Nueva York: Da Capo, 1997).

24. Lucio Anneo Floro, *Epítome de la historia romana* III.11.10.

25. Marco Anneo Lucano (Lucano), *La guerra civil* I.125-126.

26. Dión, *Historia romana* XXXIX.25.

27. Plutarco, *Pompeyo* LVIII.2-3.

28. César, *La guerra civil* I.5.5.

29. César, *La guerra civil* I.7-13.

30. *A Ático* VII.8. Pero un mes más tarde Cicerón informa que Pompeyo no estaba contento con las fuerzas de que disponía: *A Ático*VII.14.1.

31. Suetonio, *Julio César* 30.2.

32. Plutarco, *Pompeyo* LIX.1.

33. Marco Anneo Lucano, *La guerra civil* II.439-440.

34. César a Opio y Cornelio, *A Ático* IX.7C.

35. Balbo a Cicerón, *A Ático* IX.7B.1.

36. Cicerón, *A Ático* VII.11.1 y VII.12.2.

37. Cicerón, *A Ático* IX.11A y 12, XII.51.2 y XIII.27.1.

38. Dión Casio, *Historia romana* XLI.36.

39. Plutarco, *Pompeyo* LXXVII.4 y LXXX.5.

7. TODOS LE AMASTEIS UNA VEZ

1. Salustio, *La conspiración de Catilina,* 53.5.

2. El comentario está atribuido a Catón: Suetonio, *Julio César* 53; el mismo Catón que llamó a César injustamente "borracho" durante el debate del año 63; ver capítulo 5.

3. Para uno de los mejores tratamientos sobre César como escritor, ver F.E. Adcock, *Caesar as Man of Letters* (Londres/Nueva York: Cambridge University Press, 1956), 6-18, 63-108.

4. Cicerón, *Bruto,* 176-178, 260-263; Suetonio, *Julio César* 55-57.

5. Suetonio, *Julio César* 54.1-3.

6. Veleo estima que César mató a unas 400.000 personas y tomó prisioneros a otro gran número durante sus campañas en la Galia. Vehementemente hostil hacia César, Veleo es posible que inflara el número; sin embargo, debió ser un número de víctimas terrible.

7. Julio César, *Comentarios a la guerra de las Galias* VII.29.

8. César da cuenta detallada de su campaña contra Vercingetorix en su *Guerra de las Galias* VII.4-90.

9. Lucano, *La guerra civil* V.273-276.

10. Suetonio, *Julio César* 27.1. Años antes, en el 82, Sila le ofreció, y Pompeyo aceptó, a su hijastra en matrimonio, aunque ella vivía con su marido y estaba embarazada de él, y aunque el propio Pompeyo tenía que divorciarse de la esposa que tenía: Plutarco, *Pompeyo* IX.2-3.

11. Cátulo, *Poemas* XXIX. Cátulo describe a Mamurra como una persona corrupta y agotada por su excesivo desenfreno sexual: *Poemas* LVII.

12. Marcial, *Epígramas* I.4.

13. Suetonio, *Julio César* 50-52.

14. Dión Casio, *Historia romana* XLIII.43.20.

15. Citado en Suetonio, *Julio César* 49.1-3, 52.2.

16. Polibio, *El surgimiento del imperio romano* VI.37.2.

17. Anthony Corbeill, *Controlling Laughter: Political Humor in the Late Roman Republic* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1996), 147-173 y otras; también Eva Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1992).

18. Cicerón, *Contra Catilina* I.12, II.22-23.

19. Suetonio, *Julio César* 22.2. A Semiramis la describe brevemente Herodoto, *La Historia* I.184.

20. Juvenal, *Sátiras* II.106-107 y otras.

21. Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant*, 50.

22. Mommsen, *The History of Rome*, 495-508.

23. César, *La guerra civil* I.22 y I.32.

24. Alfred Duggan, *Julius Caesar* (Londres: Faber & Faber, 1955), 157; Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 405.

25. Zwi Yavetz, *Julius Caesar and his Public Image* (Londres: Thames and Hudson, 1983), 136-137, 212.

26. Cicerón, *Pro Sestio* XLVII.101 y *A sus amigos* VI.1.3.

27. Plutarco, *Catón el joven* IV.1 y IX.3-5; también Plutarco, *Cicerón* XXIII.2-3; Dión Casio, *Historia romana* XXXVII.22,57; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* II.10.7-8; Veleo Patérculo, *Compendio de la historia romana* II.35.1-2; Salustio, *La conspiración de Catilina,* 53.5.

28. Michael Grant (ed.), *Selected Political Speeches of Cicero* (Londres: Penguin Books, 1989), 127; Syme, *The Roman Revolution*, 21; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 132. Albert Dragstedt explica la hostilidad de Catón hacia las causas populares como algo que se debía a su erudición superior: "Catón defendía los intereses del pueblo, incluso en contra del propio pueblo": Albert Dragstedt, "*Politeuma de Catón*", *Journal of Classical Studies*, nº 3, 1969, 69.

29. Mommsen, *The History of Rome*, 314,265-266, 289, 320, 474. Marco Porcio Catón no debe ser confundido con su bisabuelo, que se llamaba de forma idéntica y fue conocido como Catón el viejo (243-149 a. de C.); ver Plutarco, *Catón el viejo*, y Livio, *Historia de Roma* XXXIX.40.

30. Las palabras que se citan son de Suetonio, *Julio César* 19.1, pero expresan totalmente el punto de vista de Catón.

31. Cicerón, *A sus amigos* XV.6.1; *A Ático* VII.2.7 y la discusión en Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, 169.

32. Cicerón, *A Ático* IV.15.7; Plutarco, *Catón el joven* XLIV.4.

33. Asconio, comentario sobre *Pro Milo*.

34. Plutarco, *Catón el joven* XLVII.1.

35. Plutarco, *Catón el joven* LX.2. Catón permitió que si los poseedores de esclavos los cedían voluntariamente, éstos podían ser alistados en la milicia.

36. Cicerón, *A sus amigos* XV.4.12; Asconio, comentario sobre *Pro Milo*.

37. Dragstedt, "*Politeuma de Catón*", 72.

38. Hazle, *Who's Who in the Roman World*, 60.

39. Según informó Plutarco en su por otra parte adulatoria biografía, *Catón el joven* VI.1-2. Plinio el joven también escribe que Catón era conocido por estar bebido públicamente en varias ocasiones: *Cartas* III.12.

40. Dión Casio, *Historia romana* XXXVII.22; Plutarco, *Catón el joven* XXXIII.1.

41. Plutarco, *Catón el joven* XXVI.1-2.

42. El comentario de César es de su *Contra Catón*, que se ha perdido para nosotros pero que está mencionada por Plutarco, *Catón el joven* XXV.1-5 y LII.2-3. Como gran admirador de Catón, Plutarco no acepta la acusación de César de que Catón era culpable de hacer arreglos para su beneficio material. Sin embargo se echa un poco atrás: "Aunque sí quizá en otros aspectos el matrimonio era impropio y un tema para investigar".

43. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, 167-168.

44. *Julio César*, acto IV, escena 3.

45. Cicerón, *A Ático* V.1 y VII.21.

46. Ambos ejemplos son de Plutarco, *Bruto* II.3-4.

1. Apiano, *Las guerras civiles* (Londres: Penguin Books, 1996), II.11.

2. Plutarco, *Catón el joven* XXXIII.1. De acuerdo con Robinson el plan de reforma de la tierra de César excedía al que presentaron los Graco: *History of the Roman Republic*, 343. Otros como Yavetz vieron las propuestas de César como temporales e improvisadas comparadas con el programa de Gayo Graco: *Julius Caesar and his Public Image*, 211-121 y otras.

3. Suetonio, *Julio César* 56; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 148-149.

4. Plutarco, *César* LVIII.4-5.

5. Apiano, *Las guerras civiles* II.48 y 101; ver también Suetonio, *Julio César* 40-44.

6. Suetonio, *Julio César* 42.

7. Suetonio, *Julio César* 40-44; W. Warde Fowler, *Julius Caesar and the Foundation of the Imperial System* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1899), 344-345; James Anthony Froude, *Caesar* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1908), 490; Yavetz, *Julius Caesar and his Public Image*, 150-154; Gelzer, *Caesar: Politician and Sratesman*, 246.

8. Dión Casio dice que la lista del subsidio creció de forma desproporcionada "por métodos no legales": *Historia romana* XLIII.21.

9. Suetonio, *Julio César* 42. Para una discusión sobre el manejo de las deudas de César, ver Fletcher Pratt, *Hail Caesar!* (Londres: Williams & Norgate, 1938), 295; Fraude, *Caesar*, 488; Fowler, *Julius Caesar*, 342.

10. Mommsen, *The History of Rome*, 554.

11. Grant, *History of Rome*, 233-235.

12. Salustio, *Carta a César* II.5.

13. Mommsen, *The History of Rome*, 555-557.

14. Dión, *Historia romana*, XXXVII.17; también Casson, *Everyday Life in Ancient Rome,* 139.

15. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 370-371, 381 y 408; Gager, *The Origins of Anti-Semitism*, 98.

16. Suetonio, *Julio César* 26, 42, 44; Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 193.

17. Plutarco, *César* XLIX.6; Dión Casio, *Historia romana* XLII.38; Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, 248; Gérard Walter, *Caesar, a Biography* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1952), 426.

18. Lucio Anneo Floro, *Epítome de la historia romana* IV.2.59.

19. Lucano, *La guerra civil* X.488-505.

20. César, *La guerra civil* III.111.6-112.8.

21. Luciano Canfora, *The Vanished Library* (Berkeley: University of California Press, 1987), 81-82.

22. Suetonio, *Claudio,* 42.5.

23. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* II, 25 n.9.

24. Canfora, *The Vanished Library*, 192. Para un tratamiento completo sobre la guerra de la cristiandad contra la literatura y el saber paganos, ver mi *History as Mistery* (San Francisco: City Lights Books, 1999), 45-47, 95-103. Traducida al castellano por Editorial Hiru (*La historia como misterio*), 2003.

25. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* XXVIII, 891.

26. Canfora, *The Vanished Library*, 83-99 y otras.

27. Citado en Thomas Cahill, *How the Irish Saved Civilization* (Nueva York: Doubleday, 1995), 181-182. Cahill evita mencionar que fueron los cristianos quienes convirtieron las bibliotecas en tumbas y declararon sistemáticamente la guerra al saber clásico. En vez de eso culpa repetidamente a los bárbaros de la destrucción de las bibliotecas, sin ofrecer ni una sola prueba que apoye esa afirmación errónea; ver mi *History as Mistery*, 99-101. (Traducida al castellano por Editorial Hiru –*La historia como misterio*–, 2003.)

28. J.W. Thompson, *The Medieval Library* (Nueva York. Hafner, 1939).

29. Livio, *Historia de Roma,* prefacio.

30. Dos ejemplos del mundo del arte pueden ser suficientes: La famosa estatua ecuestre del siglo II d. de C. del emperador Marco Aurelio está ahora en el Museo Capitolino de Roma dentro de una urna de cristal especial. La leyenda que la explica señala que "la estatua sobrevivió por ser identificada erróneamente como perteneciente al emperador Constantino". Este comentario no tiene sentido en sí. Al menos un libro guía lo explica mejor: La estatua ecuestre "sobrevivió a la destrucción sólo porque los cristianos creyeron que era realmente de Constantino", el primer emperador cristiano: Dana Facros y Michael Pauls, *Rome* (Londres: Cadogan Books, 1989), 80. Igualmente la hermosa Venus del Museo Capitolino, una excelente copia romana de la Afrodita de Cnidos de Praxiteles, fue descubierta en el siglo XVII en el lugar donde su primer propietario, ante el temor de las hachas cristianas, la había emparedado cuidadosamente para preservarla: Facaros y Pauls, *Rome*, 81.

31. Jane Gardner es una de las pocas historiadoras modernas que no sigue la opinión convencional, señalando que era "muy dudoso" que "la gran biblioteca estuviera en un sitio cercano a los muelles". Si ardieron algunos libros, serían los que "estuvieran guardados en almacenes de los muelles"; ver César, *La guerra civil*, traducido y con una introducción de Gardner, 297, n.91.

32. Plutarco, *César* XIV.1-2.

33. Dión Casio, *Historia romana* XXXVIII.1.

34. *A Ático* VII.5-7 y X.8,2.

35. Bailey, *Cicero's Letters to His Friends,* vol. 2, 449.

36. Syme, *The Roman Revolution*, 47 y 51.

37. Dión, *Historia romana*, XLIII.50. Un asociado, Matio, informó que César nunca se desanimó respecto a llevarse bien con cualquiera que él deseara, incluso con personas que no le gustaban: Matio a Cicerón, *A sus amigos* XI.28.

38. Apiano, *Las guerras civiles* II.13.

39. Dickinson, *Death of a Republic*, 326. El mandato de César ha estado tan relacionado con la autocracia como para hacer del término "cesarismo" una apela-

ción oprobiosa del poder despótico, especialmente en boga durante el siglo XIX. Para una revisión de la historiografía de los siglos XIX y XX sobre César y el cesarismo, ver Yavetz, *Julius Caesar and his Popular Image*, 10-57.

40. Paul MacKendrick, *The Athenian Aristocracy, 399 a 31 a. de C.* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1969), 49, 65.

41. César, *La guerra civil* III.11-12.

42. Cicerón, *Marco Claudio Marcelo* IX-X.

43. Suetonio, *Julio César* 20. Grant cree que la publicación de los procedimientos del Senado la intentó César para desacreditar a sus colegas conservadores: Introducción a Cicerón, *Selected Political Speeches*, 25.

44. Suetonio, *Julio César* 86.

45. Mommsen, *The History of Rome*, 508.

46. Salustio, *Epístolas a César* I.7.

47. Froude, *Caesar*, 488; Yavetz, *Julius Caesar and his Public Image*, 126-127, 170.

48. *A Ático* IX.18.

49. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* III,47.

50. Syme, *The Roman Revolution*, 78.

51. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 20 y la introducción de Grant a Cicerón, *Selected Political Speeches*, 17; Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome,* 108.

52. Suetonio, *Julio César* 41-42.

53. Dión, *Historia romana* XLIII.14.6, 15.1, 21.1.

54. Plutarco señala que los deseos monárquicos de César eran conocidos "y mostraban una pretensión clara para aquellos que habían sido sus enemigos de siempre": *César,* LX.1.

55. Gardner, introducción a César, *La guerra civil*, 21.

56. Dión Casio, *Historia romana* XLI.38.

57. Al 30 de marzo se le refería como el tercero desde las calendas de abril, el 31 de marzo era el segundo desde las calendas de abril y el 1 de abril eran las calendas de abril. El 13 de marzo era el tercero desde los idus de marzo; el 14 de marzo era el segundo desde los idus de marzo y el 15 de marzo eran los idus de marzo. Por qué los romanos utilizaban este sistema particularmente molesto es algo que no se comprende bien. Ver Frank Parise (ed.), *The Book of Calendars* (Nueva York: Facts on File, 1982), 62 y otras.

58. Plutarco, *César* LIX.1-2 y Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 408. Augusto hizo algunos ajustes al calendario y cambió el nombre del mes de sextilis por el de "augusto" (agosto): Suetonio, *Augusto* 31.

59. A los días del 5 al 14 de octubre de 1582 simplemente se les negó la oportunidad de existir.

9. EL ASESINATO

1. No tenemos testimonios directos sobre el asesinato de César. Las fuentes originales –Plutarco, Suetonio, Apiano, Dión Casio y unos cuantos otros– escribieron algunas generaciones después del hecho. En el caso de Apiano más de un siglo después y en el de Dión más de dos siglos. Pero todos ellos tuvieron acceso a las narraciones de la época. Suetonio cita a Cornelio Balbo, un amigo íntimo de César como testigo ocular: *Julio César* 81. Apiano y Suetonio se basan en las historias perdidas de Asnio Polio. Polio sirvió como oficial bajo el mando de César y estuvo con él cuando cruzó el Rubicón; ver las referencias a Polio en Suetonio, *Julio César* 55.4 y 56.3. En *Bruto* II.3, Plutarco dio "una breve pero excelente cuenta del asesinato" (perdida para nosotros), según el retórico Empylus, amigo de Bruto. Octavio, un actor principal de los últimos días de la República, y finalmente primer emperador de Roma, escribió una autobiografía que se ha perdido para nosotros, pero que leyó Suetonio, quién se refiere a ella en su *Augusto* 2. Livio fue contemporáneo de César y escribió sobre su muerte, pero esa parte de la historia no nos ha llegado completa. Estos y otros testigos de la Última República estuvieron disponibles para la mayoría de los autores antiguos. Desgraciadamente los antiguos raras veces citan sus fuentes primarias. Una excepción es Asconio Mediano, que es casi moderno en

su disposición a citar a otros escritores, señalando referencias e incluso decidiendo entre fuentes discordantes; ver su *Comentarios sobre cinco discursos de Cicerón*.

2. Dión Casio, *Historia romana* XLIV.7-9.

3. Plutarco, *César* LVII.3-4.

4. Plutarco, *César* LXIV.1; Apiano, *Las guerras civiles* II.111; Suetonio, *Julio César* 83. A César le gustaba y confiaba en Décimo, a quien hizo su heredero en segundo grado, esto es, si el primer heredero no quería o era incapaz de recibir la herencia.

5. Plutarco, *Bruto* V:1-2. En ese mismo pasaje Plutarco presta crédito al mito sobre la paternidad de César respecto a Bruto; lo mismo hace Apiano, *Las guerras civiles* II.112.

6. Plutarco, *Bruto* XII.1-2, XIII.1.

7. Suetonio, *Julio César* 80.2.

8. Apiano, *Las guerras civiles* II.114.

9. Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant*, 303-304.

10. Apiano, *Las guerras civiles* II.114. Antonio más tarde llegó a la misma conclusión, declarando que fue perdonado "para hacer más plausible el acto de un tiranicidio y hacer que pareciera que mataban, no a muchos hombres porque eran sus enemigos, sino a un solo hombre porque era un déspota": Apiano, *Las guerras civiles* III.33.

11. Plutarco, *César* XLIII.4.

12. Valerio cita a Augusto como fuente para la historia de los sueños premonitorios de Calpurnia: Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* I.7.2; ver también Veleo Patérculo, *Compendio de historia romana* II.57.2

13. Plutarco, *César* LXIII.1.3,5.

14. Suetonio, *Julio César* 81.1-2; Dión, *Historia romana* XLIV.17. Apiano acepta la validez de los malos presagios pero dice relativamente poco acerca de ellos: *Las guerras civiles* II.116.

15. Cicerón, *Marco Claudio Marcelo* I.1, VIII y otras.

16. Plutarco, *César* LXII.4 y William Shakespeare, *Julio César*, acto I, escena 2.

17. Plutarco, *César* LXV.1-2; Apiano, *Las guerras civiles* II.116; Suetonio, *Julio César* 81.2; Veleo Patérculo, *Compendio de historia romana* II.57.2.

18. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* VIII.11.2 y por supuesto tanto Plutarco, *César* LXIII como Suetonio, *Julio César* 81.2-3, no podían resistirse a contar esta anécdota.

19. Apiano, *Las guerras civiles* II.116; Dión Casio, *Historia romana* XLIV.18.

20. Apiano, *Las guerras civiles* II.109.

21. Dión, *Historia romana* XLIV.16.

22. Apiano, *Las guerras civiles* II.117. La mayoría de los biógrafos dicen que fue Trebonio. Plutarco también nombra a Trebonio en *Bruto* XVII.1-2, pero se contradice a sí mismo en *César* LXVI.3, declarando que Bruto Albino entretuvo a Antonio.

23. La historia dice que al ver a Marco Bruto entre los que le atacaban, César exclamó en griego *"kai su, teknon?"* (¿Tú también, hijo mío?), a lo que se debe la famosa frase latinizada de Shakespeare *"et tu Brute?", Julio César*, acto III, escena 1. Dión señala que cuando Bruto le atacó, César dijo: "¿Tú también, hijo mío?": *Historia romana* XLIV.19. Algunas narraciones dicen, de acuerdo con Plutarco, *César* LXVI.6-7, que César dejó de luchar o defenderse al sentirse desalentado cuando vio la espada de Bruto. Esto es más una leyenda que un hecho. César, como ya he dicho, nunca pensó que Bruto fuera su hijo. Si sintió un desánimo especial al ver a Bruto sería más probablemente referido a Décimo Bruto, en quien confiaba y a quien quería como camarada de armas.

24. Plutarco, *César* LXVII.1-3.

25. Walter, *Caesar*, 530. De acuerdo con Walter fue el festival de *Anna Perenna*.

26. Dión, *Historia romana* XLIV.21.

27. Cicerón, *A sus amigos* XI.7,8 y XII.22.

28. Cicerón, *A sus amigos* XI.5.

29. Dión, *Historia romana* XLIV.10-11.

30. Suetonio, *Julio César* 80.

31. Dión, *Historia romana* XLIII.50.

32. Apiano, *Las guerras civiles* II.134.

33. Apiano, *Las guerras civiles* II.131, 141.

34. Dión, *Historia romana* XLIV.34.

35. Apiano, *Las guerras civiles* II.131.

36. Dión, *Historia romana* XLIV.23-33; Cicerón, *Primera filípica contra Marco Antonio* VII.2-3 y VIII.

37. Cicerón, *A Ático* XIV.6.2

38. Cicerón, *A sus amigos* IX.14 y VI.15.

39. Cicerón, *A Bruto* II.5.

40. Cicerón, *A sus amigos* XII.3; ver también su carta a Ático, *A Ático*XIV.4.

41. Apiano, *Las guerras civiles* III.62.

42. Dión, *Historia romana* XLIV.36-49.

43. Plutarco, *César* LXVIII.1 y su *Bruto* XX.2-5. Suetonio da una versión diferente, diciendo que Antonio dijo poco y que la indignación de la multitud fue la que le llevó a cobrar ímpetu: *Julio César* 84.

44. Suetonio, *Julio César* 84.

45. Se dice que un grupo de amotinados se equivocó y mató a C. Helvio Cinna, un tribuno amigo de César, confundiéndole con Cornelio Cinna, uno de los conspiradores senatoriales, que había denunciado públicamente a César inmediatamente después del asesinato: Plutarco, *César* LXVIII.2-3; Suetonio, *Julio César* 85.

46. Cicerón, *A Ático* XIV.10.1.

47. Cicerón, *A sus amigos* X.28 y XII.1.

48. Cicerón, *A Bruto* VIII.2.1, 2, 5-6; también Cicerón, *A sus amigos* XII.4.1.

49. *A Ático* XIV.15.

50. Cicerón, *A sus amigos* XI.27.

51. Una copia de la carta de Décimo aparece en Cicerón, *A sus amigos* XI.1.

52. Cicerón, *A Bruto* I.15.3-5.

53. Plinio, *Historia natural* II.93-94. El mismo incidente lo menciona Suetonio, *Julio César* 88.

10. LAS LIBERTADES DEL PODER

1. Dión Casio, *Historia romana* XLIV.1. El propio César señala que en vísperas de la Guerra Civil "los que tenían viejos rencores contra César se reunieron en el Senado": *La guerra civil* I.3.

2. Suetonio, *Julio César* 78.

3. Suetonio, *Julio César* 73. Suetonio ofrece varios ejemplos, incluyendo el del poeta Cátulo, a quien César trató de una forma cortés incluso después de ser atacado groseramente en sus versos; ver Cátulo, *Poemas* XXIX y LVII.

4. Cicerón, *A sus amigos* I.9.18.

5. Cicerón, *A sus amigos* VI.8.3.

6. Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, 188.

7. Apiano, *Las guerras civiles* I.4.

8. Mason, *Tiberius*, 8.

9. Grant, *History of Rome*, 241 y varios comentarios de Grant en Cicerón, *On Government*.

10. Cicerón, *A sus amigos* II.6.4.

11. Walter, *Caesar*, 121.

12. Plutarco, *Bruto* XI y otras y Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant*, 300. El *praetor urbanus* discernía casos entre romanos y el *praetor peregrinus* lo hacía entre extranjeros.

13. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* V.1.10.

14. Como comenta Gelzer, César intentó completar su revolución sin recurrir al terror y sin el cuidado suficiente para su seguridad personal; ver su *Caesar: Politician end Statesman*, 331.

15. E. Badian, *Roman Imperialism in the Late Republic*, 2ª edición (Oxford: Blackweel, 1968), 87.

16. Peter Rose, *"Cicero and the Rhetoric of Imperialism, Putting the Politics Back into Political Rhetoric"*, *Rhetorica*, vol. 13, nª 4 (Otoño 1995), 376n.

17. Citado en Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 144.

18. Rose, *"Cicero and the Rhetoric of Imperialism"*, 361.

19. Ver Apiano, *Las guerras civiles* II.23, 86; también Cicerón, *A Ático* IV.1.7; Fowler, *Julius Caesar and the Fundation of the Roman Imperial System*, 246-254 y Yavetz, *Julius Caesar and his Public Image*, 209 y otras.

20. César, *La guerra de las Galias* I.40-44.

21. César, *La guerra de las Galias* VIII.39.

22. Cicerón, *A Bruto* I.18.

23. Hazel, *Who's Who in the Roman World*, 28-29.

24. Apiano, *Las guerras civiles* IV. 8.

25. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* V.3.4.

26. Tácito, *Anales* I.2,1.

27. Plinio, *Historia natural* XIV.1.5.

28. Suetonio, *Augusto* 41.1.

29. Suetonio, *Augusto* 32.

30. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 149.

31. Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 238-244.

32. De acuerdo con Suetonio, *Augusto* 40.3. Sobre Augusto, ver también Dión, *Historia romana* LV.13; M.I. Finnley, *Aspects of Antiquity*, 2ª ed. (Nueva York: Penguin Books, 1977), 150; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 154.

33. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, III,47-55.

34. Peter Dale Scott, *Deep Politics and the Death of JFK* (Berkeley: University of California Press, 1993), 313.

35. Cicerón, *A Ático* XIV.3.

36. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 230.

37. Ver los comentarios de Jo-Ann Shelton en su *As the Romans Did: A Sourcebook in Roman History*, 2ª ed. (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 1998), 156 y extractos de Tácito, *Un dialogo sobre oradores* 34.1-6, comparando favorablemente a los retóricos de la primera época republicana con los de los tiempos imperiales. Como comenta J.P. Sullivan, "bajo las condiciones políticas del imperio se redujo enormemente la importancia de la oratoria"; ver sus notas sobre Petronio, *The Satyricon and The Fragments* (Harmondsworth, Midelesex: Penguin Books, 1969), 182.

38. Plinio el joven, *Cartas* X.33-34.

39. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, III,55-56 y Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 380.

40. Apiano, *Las guerras civiles* I.16.

41. Citado en Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 494. Starr señala algo similar: "La primera función y actividad de la aristocracia después de todo era la supervisión y mantenimiento de su riqueza": Chester Starr, *The Roman Empire, 27 BC to AD 476* (Nueva York: Oxford University Press, 1982), 63.

11. PAN Y CIRCO

1. Ver los comentarios críticos de Rose, "*Cicero and the Rhetoric of Imperialism*", 362n.

2. Cicerón, *A Ático* I.16,11 y I.19,4; *A sus amigos* XI.7.1; *Filípicas* II.116 y VIII.9.

3. Polibio, *Historias* VI.56.

4. Plutarco, *Catón el joven* XXVI.1-2.

5. Asconio Mediano, comentario sobre *Pro Milo*, en su *Orationum Ciceronis*.

6. Apiano, *Las guerras civiles* I.59 y II.13.

7. Yavetz, *Julius Caesar and his Public Image*, 18.

8. Para estas y otras opiniones igual de negativas, ver Dickinson, *Death of a Republic*, 328-329 y otras; Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 109, 139; Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, 48 y otras; Saunders y Collins, en su glosario en Mommsen, *The History of Rome*, 589; Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier, and Tyrant*, 24, 53, 120n, 194, 284 y otras y Robinson, *History of the Roman Republic*, 138, 222 y 334.

9. Scullard llega a la conclusión de que la ley democrática de Clodio para legalizar los gremios populares "iba a tener resultados perniciosos", porque estas agrupaciones organizaron "bandas de brutos" que "rompieron el orden y la seguridad". Pero cuando describe a los *optimates* que asesinaron a Clodio les aplica un vocabulario diferente: una "banda rival de seguidores bajo la dirección capaz de Milo"; Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 30,32,38, 120-121.

10. Mommsen, *The History of Rome*, 23,48, 73-74.

11. Meier, *Caesar*, 41 y 151.

12. Marx citado en Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 371.

13. En una charla en el Washington Post Club transmitida por la National Public Radio en 1988. Stone es el autor de *The Trial of Socrates* (Boston: Little, Brown, 1988).

14. Mumford, *The City in History*, 228-229.

15. Juvenal, *Sátiras* X.77-81. *Panem et circenses* probablemente tiene una traducción más adecuada como "pan y carreras", especialmente para el lector moderno, para quien el circo se asocia a las imágenes equívocas de payasos y acróbatas. *Circensis* es un adjetivo que pertenece a la pista de carreras. El masculino plural *circenses* significa "carreras". El gran circo de Roma, igual que el Circo Flaminio, el

Circo Máximo y el Circo Gayo, eran grandes pistas oblongas construidas para las carreras de carruajes.

16. Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 235.

17. Mumford, *The City in History*, 229.

18. Salustio, *Epístola a César* II.5, 7.

19. Apiano, *Las guerras civiles* II.120 y I.59, respectivamente.

20. Dickinson, *Death of a Republic*, 331.

21. Scullard, *From the Gracchi to Nero*, 85 y 120.

22. Ste. Croix, *The Class Struggle in Ancient Greek World*, 371.

23. Alan Cameron, "*Bread and Circuses, The Roman Emperor and his People*", lectura inaugural, King's College, 1973, citado en Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 371. De acuerdo con una de las primeras estimaciones, el Circo Máximo, reconstruido por César y utilizado principalmente para carreras de carros, albergaba a más de 385.000 personas. Plinio el viejo menciona 260.000, lo que todavía es una cifra asombrosa; otros dan cifras más bajas: Plinio, *Historia natural* XIV.139 y Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 214-215.

24. Mumford, *The City in History*, 229, 231, 233-234.

25. Sobre la importancia de los espectáculos organizados, ver Roland August, *Cruelty and Civilization: The Roman Games* (Nueva York: Routledge, 1994).

26. Stewart Perowne, *Caesares and Saints* (Nueva York: W.W. Norton, 1962), 86.

27. Juvenal, *Sátiras* III.159 y Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, ed. rev., 100.

28. Mumford, *The City in History*, 224.

29. Suetonio, *Augusto* 44.

30. Tácito, *Anales* I.76.5.

31. Dión Casio, *Historia romana* XLIII.23.

32. Plinio, *Historia natural* VIII.7.20-21; Dión Casio, *Historia romana* XXXIX. 38; Cicerón, *A sus amigos* VII.1.

33. Dión Casio, *Historia romana* XLIII.24.

34. George Rudé, *The Crowd in History*, 1730-1848 (Nueva York: John Wiley & Sons, 1964), 199-201, 210.

35. P.O. Lissagary, *History of the Commune of 1871* (Nueva York: International Publishing Co., 1898 [1876], 382-465, 499-500 y Graham Robb, *Victor Hugo* (Nueva York/Londres: W.W. Norton, 1977), 466-469.

36. Leonard L. Richards, *"Gentlemen of Property and Standing": Anti-Abolition Mobs in Jacksonian America* (Nueva York: Oxford University Press, 1970), 82-85 y otras.

37. Rudé, *The Crowd in History*, 30, 45, 55-56, 60-61, 68, 178, 189. Por supuesto, no todas las acciones de las multitudes tenían objetivos democráticos; recordemos los linchamientos, las manifestaciones contra los emigrantes, los ataques patrioteros contra los manifestantes por la paz y las manifestaciones anticatólicas o antisemitas. Las manifestaciones violentas antiabolicionistas a menudo estaban organizadas por los líderes de la comunidad y otros individuos ricos; ver Richards, *"Gentleman of Property and Standing": Anti-Abolition Mobs in Jacksonian America*, varias.

38. Sobre las ocupaciones de los libertos en la Roma antigua, ver Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, 137; Neal Word, *Cicero's Social and Political Thought* (Berkeley: University of California Press, 1988), 19 y Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, 179-180. Cicerón admite que había tenderos entre los seguidores de Claudio, pero él los tacha de "criminales".

39. Cicerón, *A Ático* XIII.44,1. Mientras hablaba ante la Asamblea Popular en el Foro, Cicerón pretendía asombrar a la gente; ver sus comentarios citados en Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 624, n.14.

40. Apiano, *Las guerras civiles* I.116.

41. Tácito, *Anales* XIV.42-45.

42. Plutarco, *César* VIII.3-4. También el comentario de Ste. Croix en *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 353. Una excepción puede ser Yavetz, que cita unas cincuenta acciones políticas de masas conocidas ocurridas durante la época republicana: Zwi Yavetz, *Plebs and Princeps* (Oxford University Press, 1969).

43. Discutido en el capítulo 4; y ver Plutarco, *Tiberio Graco* XXI.2-3.

44. Plutarco, *Tiberio Graco* VIII.1-2,5 y *Gayo Graco* VIII.1-2,5 y XII.1.

45. Plutarco, *Gayo Graco* XVIII.2. El pueblo también erigió una estatua de bronce a Cornelia, con la inscripción: "Cornelia, madre de los Graco": *Gayo Graco* IV.2-4.

46. Mommsen, *The History of Rome*, 488.

47. Mommsen, *The History of Rome*, 145.

48. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 117.

49. Cicerón, *A Ático* VII.3.

50. Suetonio, *Julio César* 75.

51. Plutarco, *César* V.1-2.

52. Kahn, *The Education of Julius Caesar*, 134.

53. Suetonio, *Julio César* 16.

54. Plutarco, *César* LXI.3-4.

55. John Emerich Edward Dalberg-Acton, *Essays in the Study and Writing of History*, vol. 2 de *Selected Writings of Lord Acton*, editado por J. Rufus Fears (Indianapolis: Liberty Fund, 1986), 169.

56. Para un intento valiente de remediar esto en el siglo XIX, ver Ward, *The Ancient Lowly*, vols. 1 y 2.

ÍNDICE

Reconocimientos 9

Introducción: ¿Tiranicidio o traición? 11

Una historia de caballeros: Imperio, clase y patriarcado 21

Esclavos, proletarios y señores 34

Una república para unos pocos 50

"Demagogos" y escuadrones de la muerte 63

La caza de brujas de Cicerón 85

El rostro de César 109

"Todos le amasteis una vez" 125

Los *populares* 140

El asesinato 156

Las libertades del poder 173

Pan y circo 190

Apéndice: Una nota sobre citas pedantes y nombres confusos 207

Notas 213

COLECCIÓN "OTRAS VOCES"

1. EL PROBLEMA ESPAÑOL, Alberto Arana
2. EL BURDEL DE LAS PEDRARIAS, Ricardo Pasos M.
3. LA OTRA HISTORIA DE LOS EE.UU., Howard Zinn
4. MUJERES EN KURDISTÁN, Gerd Schumann
5. EL JUEGO DE LA MENTIRA. LAS GRANDES POTENCIAS, YUGOSLAVIA, LA OTAN Y LAS PRÓXIMAS GUERRAS, Michel Collon
6. LA ESTÉTICA DE LA RESISTENCIA, Peter Weiss
7. NADIE ES NEUTRAL EN UN TREN EN MARCHA, Howard Zinn
8. LA CUARTA VÍA AL PODER: VENEZUELA, COLOMBIA, ECUADOR, Heinz Dieterich
9. EL MITO DE LA GUERRA LIMPIA, Jacques R. Pauwels
10. HAITI PARA QUÉ. USOS Y ABUSOS DE HAITÍ, Paul Farmer
11. LA HISTORIA COMO MISTERIO, Michael Parenti
12. EL ORDEN SIN EL PODER. Ayer y hoy del anarquismo, Normand Baillargeon

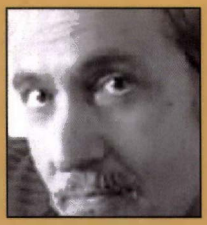
13. LOS NUEVOS CUBANOS, Eva Forest

14. PATOLOGÍAS DEL PODER, Paul Farmer

15. CUBA Y LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA, Ricardo Alarcón

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).



Michael Parenti está considerado uno de los pensadores estadounidenses más progresistas de los últimos tiempos. Recibió su doctorado en ciencias políticas en la Yale University en 1962 y ha sido profesor en numerosos institutos y universidades. Sus escritos han sido muy difundidos en diarios y revistas –*CovertAction Quarterly, Z Magazine, New Political Science, Monthly Review, The Humanist, Dollars and Sense, The Nation, Los Angeles Times, New York Times*– y ha participado en programas de radio, aportando en todas sus intervenciones interesantes ideas sobre temas como: "Democracia y poder económico", "Imperialismo y Estados Unidos", "Intervencionismo de los EE.UU.", "Terrorismo y Globalización", "los Media", "Ideología e Historia", "Raza, género y clase", "El derrocamiento del comunismo", etc. Algunos de sus libros más renombrados son: *La trampa del terrorismo*, *Democracia para unos pocos*, *Matar a una nación*, *Contra el Imperio, Inventar la realidad*, *Tierra de ídolos, La espada y el dólar, El asesinato de Julio César y La Historia como misterio* (publicados en esta misma colección).

La mayoría de los historiadores, antiguos y modernos, han visto la última república de Roma a través de los ojos de su nobleza rica. Miran a los plebeyos romanos como una multitud parásita, interesada solamente en panes y circos. Hablan de César, que levantó la causa popular, como un déspota y un demagogo, tratando su asesinato como el resultado de una pelea personal o de una lucha constitucional, pero desprovisto de contenido social. En *El asesinato de Julio César*, Michael Parenti hace un análisis crítico de estas aserciones de los "caballeros historiadores" y nos presenta una historia compilatoria de la resistencia popular contra el poder atrincherado. Parenti demuestra que César tan sólo fue el último en una línea de reformadores que a lo largo de todo un siglo serían asesinados por los opulentos conservadores.

El asesinato de César desemboca en una guerra civil prolongada, el fallecimiento de una república de 500 años y la aparición de una regla absolutista que prevalecería en Europa occidental durante siglos.

€ 16,00

Parenti reconstruye el contexto social y político del asesinato de César, ofreciendo detalles fascinantes sobre la sociedad romana. En estas páginas encontramos elecciones dirigidas por dinero, la lucha por la democracia económica, el uso de la religión como instrumento del control social, el abuso sexual de esclavos y el uso político de ataques homófobos. Aquí se narra una historia del imperio y de la corrupción, de patriarcas y de mujeres subordinadas, de capitalistas que se enriquecen, de provincias doblegadas, de escuadrillas de la muerte y de caza de brujas políticas.

ISBN 84-95786-72-9
9 788495 786722